

Una iglesia que vive dignamente del Evangelio de Cristo

(Una meditación sobre Filipenses)

Índice

Introducción

«Cada vez que pienso en ustedes» (1:1–6)

Están en mi corazón (1:7–11)

Anhelando sinceramente el progreso en la difusión del evangelio (1:12–19)

«Lo que me ha sucedido, en realidad...» (1:12)

«Mi anhelo y esperanza» (1:20–26)

¿Qué significa vivir de manera digna del evangelio de Cristo? (1) (1:27)

¿Qué significa vivir de manera digna del evangelio de Cristo? (2) (1:28)

¿Qué significa vivir de manera digna del evangelio de Cristo? (3) (1:27–30)

Una iglesia que llena de gozo al Señor (2:1–4)

Un mismo sentir (2:2)

La causa de las contiendas en la iglesia (2:3a)

Debemos tener el sentir de Cristo Jesús (2:5–11)

«Ocupaos en vuestra salvación» (2:12–18)

Alguien que busca los intereses de Cristo Jesús (2:19–24)

«Arriesgando su vida por la obra de Cristo...» (2:25–30)

La seguridad ante todo (3:1–3)

No debemos poner nuestra confianza en la carne (3:4–6)

El valor supremo de conocer a Cristo (3:7–9)

Quiero dejar clara una sola cosa (3:10–14)

¡Avancemos hacia la meta! (3:13–14)

Seamos cristianos espiritualmente maduros (3:15–16)

«Sigán mi ejemplo» (3:17–21)

«Manténganse firmes en el Señor» (4:1–5)

«La maravillosa paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento» (4:6–7)

Debemos pensar y actuar en consecuencia (4:8–9)

«Me gozo grandemente en el Señor...» (4:10–23)

Conclusión

Introducción

El libro de Filipenses ocupa un lugar especial en mi corazón. Esto se debe a que escribí mi tesis para la Maestría en Teología (Th.M.) en el Seminario Teológico Fuller, centrándome en Filipenses 2:1-4. Cuando le comenté a mi asesor, el profesor Kim Seyoon, mi intención de escribir mi tesis sobre este pasaje, me dijo que no había suficiente material en esos versículos para sustentar una tesis completa. Sin embargo, decidí continuar porque me interesaba profundamente la eclesiología —o la teología de la comunidad— que se presenta en ese pasaje. A medida que investigaba y estudiaba diversos materiales para escribir la tesis, mi interés por el libro de Filipenses creció aún más. Durante este proceso, leí y resumí el comentario completo *La Carta de Pablo a los Filipenses* del teólogo Gordon Fee (parte de la serie de Comentarios del Nuevo Testamento Griego Internacional). Mirando hacia atrás, me asombra haber emprendido la tarea de leer y resumir un comentario de más de 500 páginas. Más tarde, prediqué una serie de sermones sobre todo el libro de Filipenses en la Iglesia Presbiteriana de Seungri, donde sirvo como pastor. Mi motivación era meditar profundamente en la carta —escrita por el apóstol Pablo, a quien admiro— y aprender más sobre una teología bíblica de la comunidad, con la esperanza de que la Iglesia Presbiteriana de Seungri se convirtiera en una congregación como la iglesia de Filipos.

Tras meditar y predicar sobre todo el libro de Filipenses, finalmente he recopilado mis reflexiones en este libro. Al organizar el material, pensé detenidamente en el título. Recordé que el teólogo Gordon Fee identificó el Evangelio como el tema central de Filipenses en su comentario. Si bien coincido con su punto de vista, sentí que, además del Evangelio mismo, es igualmente importante vivir de una manera digna de él. El fundamento de esta convicción se encuentra en Filipenses 1:27: «Solamente, que su manera de vivir sea digna del evangelio de Cristo...». Personalmente, creo que si bien es esencial centrarse en el evangelio de Jesucristo, debemos dar igual importancia a vivir de una manera acorde con ese evangelio.

De hecho, cuando el apóstol Pablo escribió a los creyentes de Filipos, exhortó y enfatizó no solo el evangelio de Cristo, sino también la necesidad de vivir de una manera digna de él. Por eso elegí el título «Una Iglesia que Vive Digna del Evangelio de Cristo» para este libro. Mi humilde oración es que la iglesia a la que sirvo —la Iglesia Presbiteriana Victoria— y, de hecho, todas las iglesias que conforman el Cuerpo del Señor, se conviertan en iglesias que vivan de una manera digna del evangelio de Cristo. Oro para que el Señor mismo establezca su iglesia de tal manera.

Abril de 2017.

Rev. James Kim

(Con la oración de que nos convirtamos en la iglesia del Señor: una iglesia establecida por Él y que viva digna del evangelio de Cristo)

“Cada vez que pienso”

[Filipenses 1:1–6]

¿Con qué frecuencia piensas en las personas que amas? ¿Cuántas veces al día piensas en tus queridos familiares? ¿Mil veces? ¿Diez mil veces? Es probable que nunca hayamos contado exactamente cuántas veces al día pensamos en nuestros seres queridos. Por consiguiente, la pregunta “¿Cuántas veces al día piensas en la persona que amas?” nos resulta poco habitual. Si nos esforzáramos por responder a esa pregunta, tal vez diríamos algo así: “Pienso en mi ser querido innumerables veces a lo largo del día”.

El martes pasado, durante el servicio de oración de la madrugada, medité en el Salmo 144 y reflexioné sobre por qué los cristianos somos personas felices. La razón de nuestra felicidad es que el Dios en quien confiamos (v. 15) es “mi amor” (nuestro amor) (v. 2). David, el autor del salmo, experimentó el amor de Dios a través de la gracia mediante la cual Dios —su “Amor”— le concedió la victoria en la batalla (v. 10) y lo rescató de las manos de los extranjeros (vv. 7, 11). Habiendo experimentado ese amor, David confesó (vv. 3–4): “Oh Señor, ¿qué es el hombre para que te preocupes por él, o el hijo del hombre para que pienses en él? El hombre es como un soplo; sus días son como una sombra pasajera”. Mientras meditaba en las palabras de David —“¿qué es el hijo del hombre para que pienses en él?”—, recordé el Salmo 139:17–18: “¡Cuán preciosos son para mí tus pensamientos, oh Dios! ¡Cuán inmensa es la suma de ellos! Si intentara contarlos, superarían en número a los granos de arena. Cuando despierto, todavía estoy contigo”. La Biblia nos dice que el número

de los preciosos pensamientos del Señor hacia nosotros es mayor que la arena. Al escuchar esto, ¿sientes el amor de Dios por ti? La Biblia dice que Dios nos ama tanto que sus pensamientos sobre nosotros son innumerables. Por mucho que los padres amen a sus hijos —incluso si piensan en ellos miles de veces al día—, no pueden pensar en ellos mientras duermen por la noche. Sin embargo, Dios, que no se adormece ni duerme (Salmo 121:4) mientras nos cuida y protege, piensa constantemente en nosotros de innumerables maneras. ¿Qué son los seres humanos, qué son los simples mortales, para que el Señor nos reconozca y piense en nosotros de esta manera?

En el pasaje de hoy, Filipenses 1:3-4, Pablo —«siervo de Cristo Jesús»— escribe a «todos los santos en Cristo Jesús que están en Filipos, con los obispos y diáconos» (versículo 1) y les dice: «Doy gracias a mi Dios siempre que me acuerdo de vosotros. En todas mis oraciones por todos vosotros, siempre oro con alegría» (versículos 3-4). ¿Qué significa esto? Al escribir a los obispos, a los diáconos y a todos los santos de la iglesia de Filipos, Pablo transmite dos cosas:

En primer lugar, Pablo dice a todos los santos de la iglesia de Filipos: «Cada vez que pienso en vosotros, doy gracias a mi Dios».

Observemos el pasaje de hoy, Filipenses 1:3: «Doy gracias a mi Dios siempre que me acuerdo de vosotros». ¿Da usted gracias a Dios cada vez que piensa en sus queridos familiares? Si es así, ¿por qué da gracias a Dios al pensar en sus seres queridos? ¿Cuál es la razón? Al volver a leer la carta que escribí a mi amado hijo Dillon el 4 de mayo de 2008 — justo antes del Día del Niño—, vi que la había comenzado así: «Querido hijo Dillon: papá y mamá estamos muy agradecidos contigo. Gracias por ser nuestro hijo. Gracias por ser bueno con nosotros y con tus hermanas. Gracias por ser quien eres». Al releer la carta que escribí a mi amada hija Yeri, descubrí que había empezado dando gracias a Dios por haberla traído a la vida de su mamá y de su papá. En la carta explicaba la razón: «Porque eres un regalo precioso de Dios para nosotros».

¿Cuál era la razón por la que el apóstol Pablo daba gracias a Dios cada vez que pensaba en todos los santos de Filipos? Creo que la razón fundamental se encuentra en el pasaje de hoy, Filipenses 1:2: «Gracia y paz a vosotros, de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo». Esta expresión aparece no solo en el pasaje de hoy, sino también en los saludos de otras cartas escritas por Pablo: «gracia y paz» (Ro. 1:7; 1 Co. 1:3; 2 Co. 1:2; Gá. 1:3; Ef. 1:2; Col. 1:2; 1 Ts. 1:2; 2 Ts. 1:2; 1 Ti. 1:2; 2 Ti. 1:2; Tit. 1:4; Flm. 1:3). En otras palabras, la razón fundamental por la que Pablo daba gracias a Dios al pensar en la iglesia de Filipos era precisamente esta «gracia y paz». En resumen, aquí la «gracia» se refiere a un don inmerecido; concretamente, al acto de Dios de redimir (perdonar pecados) y salvar, por medio de Jesucristo, a personas que justamente merecían la destrucción. La bendición de la que goza la iglesia de Cristo como resultado es la «paz». Es decir, se refiere a la paz espiritual que disfrutaban los pecadores quienes, tras haber recibido la gracia de Dios mediante Cristo, son reconciliados con Dios en Él (Park Yun-sun). Al reflexionar sobre esta gracia y paz provenientes de Dios, Pablo no podía sino dar gracias a Dios. Al escribir a todos los santos de la iglesia de Filipos, afirmó que la razón principal por la que «daba gracias a Dios siempre que se acordaba de ellos» era la gracia y la paz que Dios les había otorgado en Jesucristo. En suma, Pablo no podía evitar dar gracias a Dios cuando contemplaba la gracia salvadora divina.

En 1 Tesalonicenses 5:18, Pablo dice: «Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús». La Biblia nos dice que dar gracias en toda circunstancia es la voluntad de Dios para nosotros en Jesucristo. Debemos obedecer esta voluntad de Dios. Entonces, ¿por qué debemos dar gracias a Dios en toda circunstancia, ya sea pensando en nosotros mismos o en nuestra iglesia? La razón es que Dios ha perdonado todos nuestros pecados y nos ha salvado a través de Jesucristo. En otras palabras, siempre que reflexionamos sobre la gracia de la salvación que Dios nos ha otorgado, debemos darle gracias por todo. Contemplar esta gracia salvadora nos impulsa a dar gracias a Dios a lo largo de nuestra vida y por toda la eternidad.

En segundo lugar, en su carta a los santos, supervisores y diáconos de la iglesia de Filipos, Pablo afirma: «En todas mis oraciones por vosotros, siempre oro con alegría».

Observemos el pasaje de hoy, Filipenses 1:4: «En todas mis oraciones por todos vosotros, siempre oro con alegría». Cuando escribí una carta a mi amado hijo Dillon el 4 de mayo de 2008, tras expresar mi gratitud, escribí lo siguiente: «Papá y mamá están orando por ti, Dillon. Nuestra oración por ti es que conozcas quién es Jesucristo y creas en Él. Él es tu Señor y Salvador. Oramos para que comprendas y experimentes su amor por ti todos los días de tu vida, de modo que tú también le ames. Nuestra oración por ti es que vivas tu vida conforme al significado de tu nombre, "Dillon" (Veraz y Fiel). Jesús es la Verdad. Y Él es Fiel. Que el Señor te bendiga y tenga misericordia de ti, para que puedas imitar a nuestro Señor Jesucristo».

Pablo no se limitaba a pensar en los santos de la iglesia de Filipos; también oraba a Dios por ellos. En otras palabras, Pablo pensaba en los santos y oraba a Dios por ellos. Siempre que lo hacía, no solo daba gracias a Dios, sino que también presentaba sus peticiones por ellos con alegría. ¿Por qué daba gracias y se regocijaba cada vez que pensaba en los santos de la iglesia de Filipos y oraba por ellos? Hay dos razones:

(1) La primera razón se expone en el texto de hoy, Filipenses 1:5: «(La razón es) porque habéis participado en la obra del evangelio desde el primer día hasta ahora».

La primera razón por la que Pablo oraba por los santos de Filipos con acción de gracias y gozo era que ellos participaban en su ministerio del evangelio. ¿Cómo participaban los santos de Filipos en el ministerio del evangelio de Pablo? Observemos Filipenses 4:15-16: «Filipenses, vosotros mismos sabéis que al principio de la predicación del evangelio, cuando partí de Macedonia, ninguna iglesia participó conmigo en razón de dar y recibir, sino vosotros solos; pues aun en Tesalónica me enviasteis ayuda para mis necesidades una y

otra vez». Los santos de Filipos colaboraban en el ministerio del evangelio de Pablo proporcionando apoyo material para sus necesidades. Al recibir dicho apoyo, Pablo daba gracias y se regocijaba siempre que pensaba en los santos de Filipos y oraba por ellos.

(2) En segundo lugar, la razón por la que Pablo siempre daba gracias y se regocijaba al pensar en los santos de Filipos y orar por ellos se expone en el texto de hoy, Filipenses 1:6: «Estamos convencidos de esto: que aquel que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Cristo Jesús». La segunda razón por la que Pablo siempre sentía gratitud y gozo al orar a Dios y recordar a los santos de la iglesia de Filipos era su convicción. ¿Cuál era esta convicción? Era la certeza de que la buena obra —específicamente, la obra de salvación— que Dios había comenzado entre los creyentes filipenses sería llevada a su culminación con toda seguridad (Park Yun-sun). Esta convicción de Pablo no se basaba en los propios creyentes filipenses, sino que se fundamentaba en Dios. En otras palabras, puesto que Pablo tenía la certeza de que Dios salvaría infaliblemente a los creyentes que había elegido en amor, siempre experimentaba gratitud y gozo cuando pensaba en ellos y oraba por ellos.

En 2 Timoteo 2:13, Pablo afirmó: «Si somos infieles, Él permanece fiel, pues no puede negarse a sí mismo». ¿Qué significa esto? Significa que, aun cuando nosotros somos infieles, Dios permanece fiel a nosotros porque es un Dios de verdad y fidelidad. Ese Dios fiel ciertamente completará la obra de salvación que comenzó en nosotros, independientemente de nuestra infidelidad. Por lo tanto, la seguridad de salvación que poseemos no se basa en absoluto en nosotros mismos, sino en Dios. El Dios fiel comenzó la obra de salvación en nosotros, continúa llevándola a cabo y la llevará a su plenitud el día en que el Señor regrese a esta tierra. Al igual que los santos de la iglesia de Filipos, nosotros también debemos unirnos al ministerio de evangelización del evangelio, aferrándonos firmemente a esta seguridad de salvación.

El domingo pasado, mientras nuestra iglesia celebraba su 34.º aniversario, el mensaje que recibimos al adorar a Dios fue: «Esforcémonos todos por agradar aún más a Dios». Al reunirnos hoy para adorar a Dios, quisiera reiterar los anuncios hechos anteriormente: nuestro Pastor Emérito parte hacia el campo misionero en un vuelo esta noche, y el diácono Kim Chang-min sale hacia Egipto mañana por la tarde. Tengo entendido que el diácono Kim emprende una misión de tres años para difundir el Evangelio en aquella tierra lejana. Aunque planea regresar aquí brevemente este diciembre, su intención es volver a Egipto y dedicarse a la evangelización como misionero durante un periodo de tres años. Espero que todos nosotros, como congregación, elevemos oraciones a Dios siempre que pensemos en el Pastor Emérito y en el diácono Kim. Oremos para que el Dios fiel inicie y lleve a término la obra de salvación entre la gente de aquel lugar a través de estos dos hombres. Más allá de la oración, participemos todos —tanto material como espiritualmente— en sus ministerios de evangelización. Además, oremos por todos los misioneros a quienes apoyamos, así como por sus familias y ministerios, siempre que vengan a nuestra mente. (Esto incluye al matrimonio misionero que actualmente sirve en nuestro coro; pronto se dirigirán a Ensenada, México —donde se encuentra el diácono Kim Chang-man— para llevar a cabo su labor misionera, así que tengámoslos también presentes en nuestras oraciones). Ofrezcamos estas oraciones con corazones llenos de gratitud y alegría. Puesto que Dios ya ha comenzado la obra de salvación a través de ellos, el Dios fiel seguramente la llevará a su plenitud. Aferrándonos a esta fe y seguridad, oremos y recordémoslos, confiando en que el ministerio evangelístico de Jesucristo se extenderá cada vez más; oro esto en el nombre de Jesús.

Estás en mi corazón.

[Filipenses 1:7-11]

¿Qué pensamientos acuden a tu mente cuando piensas en los seres queridos que llevas en el corazón? Especialmente si esa persona amada está lejos —o incluso si ya ha partido de este mundo—, ¿qué recuerdos surgen al pensar en ella? Personalmente, creo que nosotros, como padres, debemos sembrar muchos recuerdos del amor del Señor en lo profundo de los corazones de nuestros hijos. De este modo, incluso después de que hayamos fallecido, nuestros hijos podrán vivir vidas marcadas por el amor mutuo y hacia el prójimo, sostenidos por aquellos recuerdos del amor del Señor grabados en sus corazones. En este sentido, debemos crear muchos buenos recuerdos con nuestros seres queridos en el Señor. En particular, hemos de crear recuerdos hermosos —recuerdos que el Señor mismo forma para nosotros— mientras trabajamos juntos por Su reino. Así, aunque algún día nos separemos, podremos rememorar esos buenos momentos y dar gracias a Dios por la gracia y el amor que nos otorgó a través de la comunión y los encuentros que Él dispuso. ¿Posees tú tal espíritu de gratitud? ¿Das gracias a Dios por la gracia y el amor que te ha mostrado a través de las relaciones y la comunión que has experimentado en el Señor?

El domingo pasado, a través del pasaje de Filipenses 1:1-6, reflexionamos sobre dos cosas que el apóstol Pablo expresó al escribir a los santos de la iglesia de Filipos: (1) Pablo les dijo: «Doy gracias a mi Dios siempre que me acuerdo de vosotros» (versículo 3). (2) Les dijo: «Siempre que oro por todos vosotros, lo hago con alegría» (versículo 4). ¿Por qué daba Pablo gracias a Dios y oraba con tanta alegría cada vez que pensaba en los santos de Filipos? La razón fundamental, por supuesto, es que Dios les había concedido la gracia de la salvación

en Jesucristo («gracia y paz», 1:2). Hemos aprendido que existen dos razones más específicas: (1) La primera es que los santos de la iglesia de Filipos participaban en el ministerio del evangelio de Pablo (v. 5). Concretamente, colaboraban con su ministerio brindándole el apoyo material que necesitaba (4:15-16). (2) La segunda razón es que Pablo tenía una firme convicción. Él estaba seguro de que la obra salvadora que Dios había comenzado entre los santos de Filipos llegaría sin duda a su plenitud.

En el pasaje de hoy, Filipenses 1:7, al escribir a todos los santos de la iglesia de Filipos, Pablo expresa su amor por ellos diciendo: «...porque los llevo en mi corazón...». En otras palabras, les dice: «Ustedes están en mi corazón». Consideremos tres lecciones sobre lo que Pablo hizo por los santos de Filipos que ocupaban un lugar tan especial en su corazón; ruego que nosotros también podamos ponerlas en práctica con nuestros seres queridos.

En primer lugar, Pablo tenía constantemente presentes en sus pensamientos a los santos de la iglesia de Filipos.

Observemos el pasaje de hoy, Filipenses 1:7: «Es justo que sienta esto por todos ustedes, porque los llevo en mi corazón, ya que tanto en mis prisiones como en la defensa y confirmación del evangelio, todos ustedes participan conmigo de la gracia». Siempre que Pablo pensaba en los santos de Filipos, daba gracias a Dios (v. 3). Y siempre que oraba por ellos, lo hacía con alegría (v. 4). ¿Cuál era la razón de esto? Hemos aprendido que existen tres motivos:

(1) La razón principal y fundamental es que Dios les otorgó la gracia de la salvación en Jesucristo, reconciliándolos así consigo mismo (versículo 2).

(2) La segunda razón por la que Pablo sentía gratitud y alegría al pensar en los creyentes de Filipos y orar por ellos era su colaboración en su ministerio del evangelio (versículo 5). Pablo

estaba agradecido de que se hubieran unido a su labor de difundir el evangelio brindando apoyo material para sus necesidades (4:15–16).

(3) La tercera razón era la convicción de Pablo de que el Dios fiel llevaría ciertamente a término la obra de salvación (la «buena obra») que había comenzado entre los creyentes de Filipos, culminándola «hasta el día de Cristo Jesús» (versículo 6).

Luego, en el versículo 7 del pasaje de hoy, Pablo dice a los creyentes de Filipos: «Es justo que sienta esto por todos ustedes». La **Biblia Coreana Contemporánea** traduce esto así: «Es natural que los lleve en mi corazón». Lo que queda claro aquí es que Pablo llevaba constantemente en su corazón a los amados creyentes de Filipos (versículo 7). Además, siempre que pensaba en ellos, daba gracias a Dios (versículo 3). ¿Por qué daba gracias a Dios Pablo al pensar en los creyentes filipenses? Porque, ya fuera que Pablo estuviera encadenado (encarcelado), defendiendo el evangelio o confirmándolo (dando testimonio de él), los creyentes filipenses participaban con él de la gracia (de Dios) (versículo 7). ¿Qué significa esto? En resumen, la razón por la que Pablo daba gracias a Dios cada vez que pensaba en los santos de la iglesia de Filipos era que todos ellos se habían convertido en sus compañeros al participar de la gracia de Dios (versículo 7). ¿Cuál es, entonces, la «gracia de Dios» a la que se refiere Pablo aquí? En primer lugar, tal como reflexionamos al analizar el versículo 5, se refiere al hecho de que los santos filipenses «participaron en la obra del evangelio» (la comunión en el evangelio), específicamente cubriendo sus necesidades (véase 4:15) mientras él estaba encarcelado en Roma («mi encarcelamiento»), uniéndose así a su ministerio del evangelio. Teniendo esto en cuenta, Pablo esencialmente les dice a los santos filipenses: «Todos ustedes han compartido conmigo la gracia (de Dios); por eso doy gracias a Dios cada vez que pienso en ustedes». Sin embargo, esta no era la única razón por la que Pablo daba gracias a Dios respecto a los santos filipenses. Otro motivo de gratitud era que también se habían convertido en sus compañeros en la gracia de «defender y confirmar el evangelio» (1:7). Esta participación conjunta en la gracia de Dios —defender y confirmar el evangelio— implicaba que también compartían el sufrimiento y la adversidad

que acompañaban al ministerio del evangelio de Pablo. Por eso Pablo escribió lo siguiente a los santos filipenses en Filipenses 1:29: «Porque a ustedes se les ha concedido, por causa de Cristo, no solo creer en él, sino también sufrir por él». La razón por la que Pablo daba gracias constantemente a Dios al recordar a los santos de la iglesia de Filipos era que ellos sufrían por causa de Jesús —al igual que él— mientras proclamaban el Evangelio de Jesucristo mediante la fe. Pablo declara que esta misma experiencia es una gracia de Dios; en otras palabras, sufrir mientras se proclama el Evangelio de Jesucristo es un acto de gracia divina. Dado que los santos filipenses compartían esta gracia junto con Pablo, él daba gracias a Dios cada vez que pensaba en ellos.

¿Hay personas entre tus seres queridos —aquellos que están constantemente en tus pensamientos— que, al igual que los santos filipenses, comparten contigo esta gracia de Dios? ¿Hay seres queridos que sufren por causa de Jesús mientras proclaman su Evangelio? ¿Hay personas que te impulsan a dar gracias a Dios cada vez que piensas en ellas? Dentro de nuestra propia comunidad eclesial, ciertamente existen personas tan amadas: individuos que poseen la pasión de compartir el Evangelio de Jesucristo y que soportan fatigas, dificultades, adversidades e incluso sufrimientos al difundir ese mensaje. Son personas que, a pesar de tener la opción de vivir cómodamente en los Estados Unidos, han elegido llevar el Evangelio de Jesucristo a pueblos de diferentes idiomas y culturas. Sirven al Señor con gratitud, a menudo sin buscar reconocimiento ni fama. Agradecidos por la gracia salvadora de Dios, dedican toda su vida a servir al Señor, impulsados por una necesidad irresistible de proclamar el Evangelio de Jesucristo. Son personas que no temen a la adversidad, la dificultad ni el sufrimiento en su labor evangelizadora, sino que consideran tales pruebas como una gracia de Dios. Que nosotros también sigamos su ejemplo y participemos de esta gracia de Dios.

En segundo lugar, Pablo anhelaba a los santos de la iglesia de Filipos con el corazón de Jesucristo.

Observemos el texto de hoy, Filipenses 1:8: «Dios me es testigo de cuánto los anhelo a todos con el corazón de Jesucristo». En su carta a los santos de Filipos, Pablo dijo: «Ustedes están en mi corazón. Doy gracias a Dios cada vez que pienso en ustedes. Es justo que me sienta así, porque son mis compañeros en la gracia» (versículo 7). Luego, en el versículo 8, les dice: «Dios me es testigo de cuánto los anhelo con el corazón de Jesucristo». A través del contenido de esta carta, podemos vislumbrar cuán profundamente amaba Pablo a los santos de Filipos con el corazón de Jesús. Él les expresa ese amor mediante esta carta. Además, para demostrar la sinceridad de su amor hacia ellos, Pablo declara: «Dios me es testigo». ¿Qué significa esto? Significa que Pablo afirma que Dios conoce su corazón y sabe que siente un amor sincero hacia los santos de Filipos.

¿Es verdaderamente sincero nuestro amor por el prójimo? ¿Amamos realmente a nuestro prójimo con el corazón de Jesucristo? El lema de nuestra iglesia para este año es precisamente «Con el corazón de Jesucristo». Estamos llamados a anhelar a nuestro prójimo con el corazón de Jesucristo; ¿qué significa esto? Significa anhelar a nuestro prójimo con el amor de Jesús. Podemos considerar este «anhelo por el prójimo» de dos maneras:

(1) Anhelar al prójimo significa que debemos mirarlo con compasión, movidos por el amor de Jesús. Observemos Jeremías 31:20 en la Biblia: «¿No es Efraín mi hijo amado, el niño en quien me deleito? Aunque a menudo hablo en su contra, todavía me acuerdo de él. Por eso mi corazón anhela estar con él; ciertamente tendré misericordia de él», declara el Señor. Dios Padre reflexiona profundamente cada vez que nos dirige una palabra de reprensión a nosotros, sus hijos amados en quienes se deleita. En consecuencia, su corazón se conmueve de compasión por nosotros. La Biblia describe el corazón de Dios Padre hacia nosotros como un corazón que nos «anhela» (o que se siente profundamente conmovido) por nosotros. Además, declara: «Ciertamente tendré misericordia de él [de nosotros]». Así como Dios Padre tiene misericordia y compasión de nosotros, nosotros también debemos tener misericordia y compasión de nuestro prójimo, amándolo y anhelando su bien.

(2) Decir que anhelamos el bien de nuestro prójimo con el corazón de Jesús significa que debemos anhelarlo hasta el punto de sentir celos.

Observemos Santiago 4:5 en la Biblia: «¿O creen que la Escritura dice en vano que el Espíritu que Él hizo habitar en nosotros nos anhela celosamente?». La Biblia afirma que el Espíritu Santo que mora en nosotros anhela con celos. Ese mismo Espíritu Santo produce el fruto del amor en nuestro interior, capacitándonos para amar a nuestro prójimo y anhelar su bien con esa misma intensidad celosa. Por tanto, al amar y anhelar el bien de nuestro prójimo, debemos hacerlo hasta el punto de sentir celos. Lo que debemos tener presente aquí es que no todos los celos son malos; existe una forma de celos —específicamente en nuestras relaciones con el prójimo— que es esencial y buena. Así como Dios nos ama —a su pueblo— con un amor tan intenso que se describe como «celos», nosotros también debemos valorar a nuestros cónyuges con esos mismos celos santos. Esta es la esencia del verdadero amor matrimonial. De la misma manera, debemos amar y valorar profundamente a nuestro prójimo.

Por último, el tercer punto es que Pablo oraba por los creyentes de la iglesia de Filipos.

Observemos el pasaje de hoy, Filipenses 1:9-11: «Y esta es mi oración: que el amor de ustedes abunde cada vez más en conocimiento y en profundo discernimiento, para que puedan distinguir lo mejor y sean puros e irrepreensibles para el día de Cristo, llenos del fruto de justicia que viene por medio de Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios». ¿Qué considera usted que es la mayor expresión de amor hacia el prójimo? ¿Cree que es la oración? Si amamos y valoramos a nuestro prójimo con el corazón de Jesucristo —sintiendo compasión y lástima por él—, ¿qué es lo primero que haríamos por él? Inmediatamente nos arrodillaríamos y oraríamos a Dios Padre en su favor. Oraríamos con fervor, derramando nuestro corazón ante Dios. Además, no oraríamos por él solo una o dos veces; ...le pediríamos a Dios Padre a diario hasta que la oración fuera contestada.

Esto es exactamente lo que hizo Pablo en el pasaje de hoy. Él presentó peticiones a Dios a favor de sus prójimos: los creyentes de la iglesia de Filipos (versículo 4). Y no se limitó a orar una o dos veces. Filipenses 1:4 habla de orar «en todas mis oraciones por todos vosotros» (o «cada vez que hago una petición»). Esto implica que Pablo pensaba constantemente en los creyentes filipenses (versículo 3) y oraba fervientemente a Dios por ellos siempre que venían a su mente. Cada vez que oraba de esta manera, Pablo daba gracias a Dios (v. 3). Además, siempre presentaba sus peticiones por los santos de la iglesia de Filipos con gozo (v. 4). La razón de ello era que ellos habían participado en la obra del Evangelio desde el primer día hasta aquel momento (v. 5). Asimismo, cuando Pablo presentaba peticiones a Dios por los santos filipenses, lo hacía con confianza en su corazón. Esta confianza nacía de la seguridad de que el Dios fiel, que guarda su pacto, habiendo comenzado ya una «buena obra» —es decir, la obra de la salvación— en los santos filipenses, la llevaría a su culminación. Pablo, quien oraba por los santos filipenses con tal confianza, gratitud y gozo, pidió específicamente a Dios respecto al «amor» (v. 9). ¿Qué clase de amor? Es un amor que abunda cada vez más en conocimiento y en todo discernimiento. ¿Cuál era el propósito de Pablo al orar por esta clase de amor? Observemos el versículo 10: «para que aprobéis lo mejor y seáis sinceros e irrepreensibles para el día de Cristo». Pablo buscaba este amor —que abunda en conocimiento y discernimiento— para los santos filipenses porque deseaba fervientemente que fueran capaces de discernir lo que es verdaderamente excelente. En otras palabras, Pablo pidió a Dios que los santos filipenses pudieran discernir claramente la voluntad de Dios (Park Yun-sun). Por consiguiente, Pablo esperaba que los santos filipenses permanecieran sinceros e irrepreensibles hasta el día de Cristo (v. 10). Es decir, oraba para que ellos, como cristianos sinceros, no tropezaran ni cayeran (Park Yun-sun). Por último, Pablo deseaba fervientemente que los santos de Filipos fueran llenos del fruto de justicia (v. 11). Oraba para que ellos —habiendo recibido la justicia de Dios mediante la fe— produjeran fruto abundante de buenas obras (Park Yun-sun).

Nosotros también debemos ofrecer tales oraciones a Dios Padre en favor de nuestro prójimo. Hemos de pedir fervientemente a Dios Padre que conceda a nuestro prójimo dar frutos abundantes de amor; concretamente, que su amor crezca cada vez más en conocimiento y en todo discernimiento. Al hacerlo, debemos aprender a discernir lo mejor, para así consolidarnos como cristianos sinceros e irreprochables y vivir una vida digna del Evangelio.

¿Por qué no decirle a alguien a quien amas con el amor del Señor —tal como hizo Pablo—: «Estás en mi corazón»? ¿Acaso no deseas decirle a esa persona amada —a quien llevas constantemente en tus pensamientos, a quien aprecias con el corazón de Jesús y por quien oras ahora y hasta el día de tu muerte—: «Estás en mi corazón»? Incluso ahora, Jesús, a quien amas, te dice a ti: «[Nombre], estás en mi corazón». Puesto que estamos en el corazón del Señor, Él piensa constantemente en nosotros; sus pensamientos hacia nosotros son innumerables, más numerosos que los granos de arena a la orilla del mar. Él también nos anhela profundamente. Además, intercede por nosotros en este mismo instante a la diestra de Dios. Lo hace porque nos ama; un amor tan profundo que entregó su propia vida en la cruz por nosotros. Que lleguemos a ser personas que aman a su prójimo, llenas de gratitud por ese inmenso amor de Dios.

Anhelo sinceramente que haya avances en la difusión del Evangelio.

[Filipenses 1:12–19]

Probablemente sepa que el Papa visitó Corea recientemente. ¿Qué tipo de impacto cree que tuvo esa visita? Un ejemplo es el Kia Soul. El vehículo obtuvo una inmensa publicidad indirecta porque el Papa eligió desplazarse en un Kia Soul modesto y sin blindaje durante su visita; una decisión tomada para mantenerse más cerca del público. En particular, el mercado de ventas del Soul se concentraba anteriormente en Norteamérica (con el 80 % de la demanda proveniente de EE. UU.); sin embargo, el hecho de que el Papa utilizara el automóvil durante su visita dio a conocer su nombre y apariencia a todo el mundo, lo que se tradujo en un valor publicitario enorme. Además, Kia informó que, durante los seis días hábiles transcurridos entre el día 11 (justo antes de la visita) y el 19 (el día posterior a su partida), el promedio diario de pedidos del Soul fue de 32,5; un aumento del 62,5 % respecto al promedio diario de 20 pedidos del mes anterior. Más allá de este impacto comercial, creo que la visita del Papa también generará un mayor interés en la Iglesia Católica. De hecho, la semana pasada conversaba por KakaoTalk con un hermano cristiano que trabaja cerca de Gwanghwamun; me contó que un colega ateo había expresado una opinión positiva sobre el Papa durante una cena de empresa. Al parecer, dicho colega comentó que «el cristianismo protestante parece demasiado egoísta», señalando que, si bien «los pastores a menudo cometen actos indebidos, la Iglesia Católica parece menos propensa a ello». El hermano cristiano con el que hablé parecía preocupado por esto; lo describía como un asunto serio y temía que muchos no creyentes —que tal vez no comprendan del todo las diferencias— pudieran inclinarse hacia el catolicismo. Ese hermano comentó: «La

confianza pública en el cristianismo coreano ha tocado fondo». Parece que hay incluso personas tan hartas del cristianismo que están considerando convertirse al catolicismo. ¿Qué opina al respecto? ¿Cree también que la confianza en el cristianismo coreano está en su punto más bajo? Le ofrecí este consejo a aquel hermano: «Todo empieza por convertirme en alguien que inspire confianza en mi lugar de trabajo». «Las acciones valen más que las palabras, ¿verdad? ¿Servicio altruista en lugar de egoísmo?». «¿A través del carácter?». «¿Mostrar preocupación por los marginados?» ¿Cómo podemos los cristianos recuperar esa confianza? Creo que lo primero que debemos hacer es derramar lágrimas de arrepentimiento, pues no puede haber restauración sin un arrepentimiento genuino. Por tanto, nosotros mismos debemos cambiar; sin ese cambio, jamás podremos ganarnos la confianza del mundo.

Para cumplir nuestro papel como sal y luz del mundo, primero debemos atender y obedecer las palabras de 1 Timoteo 4:15: "Ocúpate de estas cosas; entrégate de lleno a ellas, para que todos vean tu progreso". Para demostrar este progreso a todos, debemos ser "ejemplo para los creyentes en palabra, conducta, amor, fe y pureza" (versículo 12). Además, debemos ser ejemplo en nuestras vidas también para los no creyentes. En este contexto, otro pasaje que debemos atender y obedecer es Filipenses 1:25: "Convencido de esto, sé que permaneceré y continuaré con todos ustedes para su progreso y gozo en la fe". Debe haber progreso en nuestra fe; nuestra fe debe crecer. Debemos alimentarnos de (escuchar) las palabras de Cristo Jesús y permitir que nuestra fe crezca vigorosamente. ¿Cuál es el propósito de esto? Que el evangelio del Señor Jesucristo sea proclamado a través de nosotros. En otras palabras, debe haber progreso en la difusión del evangelio por medio de las personas de fe.

En el pasaje de hoy, Filipenses 1:12, Pablo escribe a los creyentes de la iglesia en Filipos: "Quiero que sepan, hermanos y hermanas, que lo que me ha sucedido en realidad ha servido para el avance del evangelio". Centrándome en este versículo, quisiera reflexionar

sobre el pasaje que abarca los versículos 12 al 19, bajo el título "Deseo fervientemente el progreso en la difusión del evangelio", y recibir las enseñanzas que Dios nos ofrece.

En primer lugar, quisiera considerar cuáles fueron realmente las "cosas que le sucedieron" a Pablo.

En Filipenses 1:12, Pablo dice a los creyentes de Filipos que "lo que me ha sucedido en realidad ha servido para el avance del evangelio". ¿Cuál era, entonces, la situación que él enfrentaba? Observemos el versículo 13: «De tal manera que se ha hecho evidente a toda la guardia del palacio y a todos los demás que estoy encadenado por causa de Cristo». El contenido de esta carta revela que lo que Pablo experimentaba era «mi encarcelamiento»: estaba confinado en una prisión. En otras palabras, cuando escribía esta carta a los filipenses, Pablo se encontraba encarcelado en una prisión romana. Esa era la situación que Pablo afrontaba. ¿No resulta interesante este hecho? ¿No es extraordinario que, aun estando en prisión, cada vez que Pablo pensaba en los creyentes de Filipos —y cada vez que oraba por ellos— lo hiciera con gozo? (Versículos 3-4). ¿Cómo podía Pablo dar gracias a Dios al pensar en los santos de la iglesia de Filipos mientras estaba en prisión? ¿Cómo podía orar siempre por ellos con alegría al presentar sus súplicas? Lo más probable es que la mayoría de las personas no fueran capaces de dar gracias a Dios en una situación como la de Pablo. Es más, a menos que un cristiano poseyera una fe excepcional, le resultaría difícil orar con gozo por sus seres queridos mientras estuviera encarcelado. Sin embargo, Pablo —no solo en el pasaje de hoy, sino también en el capítulo 16 de Hechos— oró y cantó alabanzas a Dios en plena noche (versículo 25), incluso cuando él y Silas estaban confinados en el «calabozo de más adentro» con los pies firmemente sujetos en el cepo (versículo 24). ¿Cómo pudieron Pablo y Silas orar y cantar alabanzas a Dios en tales circunstancias? Habían sido encarcelados injustamente. Tras llegar a Filipos (versículo 12) y mientras se dirigían a un lugar de oración, una esclava poseída por un espíritu de adivinación (versículo 16) los siguió gritando fuertemente. No lo hizo solo durante un día o dos, sino durante muchos días. Finalmente, Pablo, muy molesto, se volvió y ordenó al espíritu: «En el nombre de Jesucristo,

te mando que salgas de ella», y el espíritu salió inmediatamente (versículos 17-18). Al presenciar esto, los dueños de la esclava —quienes habían obtenido grandes ganancias gracias a sus dotes de adivinación (versículo 16)— se dieron cuenta de que su lucrativa fuente de ingresos se había cortado, ya que ella ya no podía practicar la adivinación; En consecuencia, apresaron a Pablo y a Silas y los arrastraron a la plaza pública para que comparecieran ante las autoridades (versículo 19). Llevaron a Pablo y a Silas ante los magistrados y los acusaron (v. 22); por ello, los magistrados ordenaron que les arrancaran la ropa, hicieron que los azotaran severamente con varas y los arrojaron a la cárcel (vv. 22–23). A pesar de estar encarcelados injustamente, Pablo y Silas oraban y cantaban alabanzas a Dios en plena noche. ¿Cómo era esto posible?

Los seres humanos a menudo nos dejamos llevar en gran medida por nuestras circunstancias. En particular, cuando afrontamos situaciones difíciles de soportar, solemos vernos influidos —si no totalmente dominados— por ellas, llegando a menudo a alterarnos o desorientarnos. Si hubiéramos sido encarcelados injustamente como Pablo, probablemente nos habríamos quejado o habríamos albergado resentimiento en lugar de dar gracias. Al fin y al cabo, ¿cómo podría alguien que no ha cometido ninguna falta —que no ha hecho nada para merecer la prisión— evitar quejarse o sentir resentimiento ante un encarcelamiento injusto? Ese es nuestro instinto natural. Además, ¿cómo podríamos, en tal situación, orar con alegría mientras pensamos en nuestros seres queridos, tal como hizo Pablo? ¿Cómo puede haber alegría en tales circunstancias? ¿No es así? En el capítulo 3 del Éxodo, en el Antiguo Testamento, cuando los israelitas se vieron «acorralados» frente al mar Rojo (v. 3), vieron que el faraón y los egipcios se acercaban por detrás; aterrorizados, clamaron a Dios (v. 10). Luego se quejaron contra Moisés: «¿Acaso no había sepulcros en Egipto que nos sacaste para morir en el desierto? ¿Por qué nos sacaste de Egipto y nos hiciste esto? ¿No te dijimos en Egipto: "Déjanos en paz; déjanos servir a los egipcios"? Habría sido mejor para nosotros servir a los egipcios que morir en el desierto» (versículos 11–12). ¿Tiene esto sentido? ¿Es razonable quejarse de haber sido sacados de Egipto? ¿Tiene sentido volverse contra Moisés ahora —en un momento de crisis— citando lo que habían

dicho cuando eran esclavos al servicio de los egipcios? Al enfrentarnos a la adversidad y a la crisis —ya sea en el pasado, en el presente o en el futuro—, nuestro instinto es quejarnos y murmurar en lugar de dar gracias. Sin embargo, si realmente creemos en Dios, ¿no deberíamos ofrecerle nuestras oraciones, alabanzas y acciones de gracias incluso en tales situaciones?

Si resulta difícil comprender plenamente la experiencia de estar encarcelado como Pablo, o acorralado por todas partes como Moisés y los israelitas durante el Éxodo, intente imaginar un diagnóstico de cáncer. Si usted acudiera al hospital por una enfermedad y, tras varias pruebas, un médico le diagnosticara cáncer, ¿cómo reaccionaría? Se dice que las reacciones emocionales de los pacientes diagnosticados con cáncer suelen dividirse en tres etapas (según fuentes en línea):

(1) La etapa de reacción inicial se produce en la semana posterior al diagnóstico y se caracteriza por sentimientos de negación, incredulidad y desesperación; durante este tiempo, algunos pacientes pueden tomar decisiones desacertadas respecto a las pruebas o las opciones de tratamiento debido a una ansiedad intensa.

(2) La segunda etapa se describe como un periodo de agitación emocional. Durante esta fase, los pacientes se ven atormentados por pensamientos recurrentes sobre el cáncer y la muerte; sufren síntomas como depresión, ansiedad, insomnio, dificultad para concentrarse y pérdida de apetito durante una o dos semanas, lo que dificulta mantener sus rutinas diarias.

(3) La tercera etapa es la fase de adaptación, en la que los pacientes aceptan el diagnóstico y el proceso de tratamiento, descubren sus propios mecanismos de afrontamiento y retoman su vida cotidiana.

A medida que los pacientes atraviesan estas etapas, a menudo se enfrentan a problemas psiquiátricos específicos. Se informa que entre el 50 % y el 70 % de los pacientes con cáncer experimentan trastornos de adaptación —que se manifiestan como insomnio, ansiedad o depresión— debido a los desafíos asociados con la enfermedad. Además, entre el 10 % y el 20 % de los pacientes sufren depresión clínica que requiere tratamiento; esta afección se caracteriza no solo por un estado de ánimo bajo, falta de motivación e insomnio, sino también por diversos síntomas físicos, como la incapacidad para comer y dolor corporal generalizado. Los pacientes también pueden lidiar con el miedo a la muerte, la ansiedad ante una posible recidiva o metástasis, la inquietud por un futuro incierto y la preocupación por los cambios y el sufrimiento inminentes. Pueden experimentar una ansiedad intensa, temiendo que incluso cambios físicos leves sean señal de una enfermedad grave. En casos poco frecuentes, los pacientes desarrollan delirios de persecución, sospechando que su familia desea su muerte o que el equipo médico les está administrando intencionadamente un tratamiento incorrecto. ¿Cómo debemos responder, entonces, los cristianos ante un diagnóstico de cáncer? El pastor John Piper, quien fue diagnosticado con cáncer de próstata, nos insta: "No desperdices tu cáncer". Él expone nueve formas de evitar desperdiciar el cáncer, y me gustaría compartir cinco de ellas con ustedes (Piper):

(1) Si no creemos que Dios ha diseñado nuestro cáncer para nosotros, lo desperdiciaremos.

(2) 2 Corintios 1:9 deja claro el diseño de Dios: "De hecho, sentíamos que habíamos recibido sentencia de muerte. Pero eso sucedió para que no confiáramos en nosotros mismos, sino en Dios, que resucita a los muertos".

(3) El diseño de Dios es profundizar nuestro amor por Cristo. No vencemos al cáncer simplemente muriendo; el cáncer gana cuando no valoramos a Cristo.

(4) Dios tiene el propósito de que el cáncer cultive en nosotros un amor profundo y un corazón que se preocupe por los demás.

(5) El cáncer es una gran oportunidad para dar testimonio de Cristo (Lucas 21:12–13). ¿Qué piensa usted al respecto? ¿Considera realmente el cáncer como una oportunidad valiosa para testificar de Cristo?

Al igual que Pablo, debemos ver cualquier situación que estemos atravesando como una oportunidad para dar testimonio de Cristo. Debemos considerar cómo el Evangelio (las Buenas Nuevas) de Jesucristo puede avanzar incluso en medio de nuestras circunstancias. Debemos reflexionar en oración sobre cómo podemos glorificar a Dios y agradarle a través de nuestras experiencias. Nunca debemos permitir que nuestras propias dificultades nos consuman hasta el punto de centrarnos únicamente en nosotros mismos. Por el contrario, debemos aprovechar nuestras circunstancias como una oportunidad para cuidar las almas de quienes nos rodean y compartir con ellos el Evangelio del Señor Jesucristo. En segundo y último lugar, quisiera considerar el avance del evangelio que se logró gracias al encarcelamiento de Pablo.

Por favor, observe el texto de hoy, Filipenses 1:12: «Quiero que sepan, hermanos, que lo que me ha sucedido ha servido en realidad para el avance del evangelio». Al escribir a los santos de la iglesia de Filipos, Pablo menciona algo que desea que sepan: el hecho de que, aunque estaba preso, aquello resultó en el avance del evangelio. ¿Cómo fue esto posible? ¿Cómo podía avanzar el evangelio cuando Pablo —un proclamador del evangelio— estaba confinado en prisión e imposibilitado para salir a predicar? Observe los versículos 13 y 14: «Como resultado, se ha hecho evidente a toda la guardia del palacio y a todos los demás que estoy encadenado por causa de Cristo. Y, gracias a mis cadenas, la mayoría de los hermanos en el Señor se han animado a hablar la palabra de Dios con mayor valentía y sin temor». Pablo señala dos razones por las que el evangelio avanzó a pesar de su encarcelamiento:

(1) El evangelio avanzó porque los soldados de «toda la guardia del palacio» —asignados para vigilar a Pablo mientras estaba preso— llegaron a comprender que su confinamiento se debía a Cristo (versículo 13) (Park Yun-sun).

¿Qué significa esto? Esto significa que, mientras Pablo estaba encarcelado en Roma, los soldados asignados a su custodia supieron que estaba preso a causa de Jesucristo, y esto propició el avance del evangelio. Más allá de los soldados, el versículo 13 del pasaje de hoy nos dice que el hecho de que Pablo estaba encarcelado por causa de Jesucristo llegó también a conocimiento de «todos los demás», impulsando así la difusión del Evangelio. Esto demuestra cuán ampliamente se sabía que su encarcelamiento se debía a Cristo. El Dr. Park Yun-sun comentó en una ocasión: «Si el sufrimiento que padece un creyente es por causa de Cristo, posee un valor incalculable. Además, cuando se hace evidente que tal sufrimiento surge de esa relación, se revela a quienes lo presencian cuán precioso y verdadero es el Evangelio de Cristo». Al reflexionar sobre las palabras del Dr. Park, recordé al Dr. Kent Brantly, quien acaparó los titulares hace un tiempo tras contraer el virus del ébola mientras realizaba labores médicas en Liberia, África Occidental. Tres meses antes de partir hacia su campo misionero en Liberia, afirmó: «Cuando lleguen los días difíciles, me recordaré a mí mismo el llamado de Dios». Esta declaración expresaba su determinación de confiar y depender únicamente de Dios y de dejarse guiar por Su llamado, aun si tuviera que afrontar momentos de prueba mientras servía en África. ¡Qué hermosa confesión de fe! Aunque sirvió como médico en Liberia sin buscar fama ni reconocimiento, el hecho de contraer el ébola atrajo la atención mundial hacia él; la gente supo que era un creyente que, guiado por el llamado de Dios y obediente a Su mandato, había viajado a aquella región remota para prestar servicios médicos y, posteriormente, había contraído el virus. Quienes se dejan guiar por tal llamado son verdaderamente hermosos. Las personas de Dios que obedecen Su llamado son hermosas. A través de tales individuos, Dios cumple Su voluntad y recibe gloria. Al obedecer el llamado de Dios, estas personas revelan a Jesucristo dondequiera que van. Dondequiera que viajen por este mundo —siguiendo el llamado del Señor—, esparcen la fragancia de Jesucristo. Tales personas, que han respondido a este

llamado, comparten la misma confesión de fe que el apóstol Pablo: «Sin embargo, no considero que mi vida tenga valor alguno para mí mismo; mi única meta es terminar la carrera y completar la tarea que el Señor Jesús me ha encomendado: la tarea de dar testimonio de las buenas noticias de la gracia de Dios» (Hechos 20:24). Es mi ferviente oración que nosotros también mantengamos esta misma confesión de fe.

(2) La razón por la que el evangelio siguió avanzando a pesar del encarcelamiento de Pablo es que muchos de los hermanos, animados por sus cadenas, comenzaron a hablar la palabra de Dios con mayor valentía y sin temor.

Observemos el pasaje de hoy, Filipenses 1:14: «Y la mayoría de los hermanos, cobrando ánimo en el Señor con mi encarcelamiento, se atreven mucho más a hablar la palabra sin temor». ¿No es algo extraordinario? Aunque Pablo, su líder espiritual, estaba en prisión, los creyentes de la iglesia de Filipos no cedieron ante el miedo; al contrario, proclamaron la palabra de Dios con una valentía aún mayor. Esta no es la reacción típica que cabría esperar. Ante la persecución —con su líder espiritual encarcelado—, la respuesta natural habría sido retraerse por temor a quienes se oponían a Cristo y al evangelio; sin embargo, verlos proclamar la palabra de Dios con tal valentía deja claro que aquello fue obra del Espíritu Santo. El Dr. Park Yun-sun afirmó: «Aunque la persecución que enfrentó Pablo era aterradora, la obra del Espíritu Santo —que le permitió perseverar y mantenerse firme— era mucho más poderosa. Por tanto, los cristianos no deben centrarse únicamente en la aterradora realidad de la persecución, sino mirar hacia el poder de Dios que les permite superarla, manteniendo así una confianza inquebrantable» (Park Yun-sun). Fue precisamente porque los creyentes filipenses poseían esta confianza inquebrantable que pudieron proclamar la palabra de Dios con tal valentía y sin temor, confiando en el Señor incluso en medio del encarcelamiento de Pablo (versículo 14). No obstante, no todos los que proclamaban la palabra de Dios con tal valentía lo hacían con motivos puros. Observemos los versículos 15 al 17: «Es cierto que algunos predicán a Cristo por envidia y rivalidad, pero otros lo hacen por buena voluntad. Estos últimos lo hacen por amor, sabiendo que he sido puesto aquí para

la defensa del evangelio. Aquellos predicaban a Cristo por ambición egoísta, no con sinceridad, pensando que pueden causarme problemas mientras estoy encadenado». Pablo era consciente de esto. Mientras algunos predicaban a Cristo «por buena voluntad» y «por amor», otros lo hacían «por envidia y rivalidad» —predicando «por ambición egoísta» (o falta de sinceridad)— con la intención de añadir «aflicción» al encarcelamiento de Pablo (versículo 17). Quienes buscaban aumentar el sufrimiento de Pablo predicando a Cristo por envidia, rivalidad y ambición egoísta eran, probablemente, personas que le envidiaban y le odiaban. Lo que está claro es que no predicaban el evangelio de Jesucristo con motivos puros (versículo 18, «con motivos falsos»). No obstante, Pablo escribió a los filipenses: «¿Entonces qué? Lo importante es que de cualquier manera, ya sea con motivos falsos o verdaderos, se predica a Cristo. Y por esto me regocijo. Sí, y seguiré regocijándome» (versículo 18).

Esta era precisamente la fuente del gozo de Pablo. Su gozo residía en el hecho de que se estaba proclamando a Jesucristo. Ya fuera que el evangelio de Jesucristo se predicara con motivos impuros o puros, el mensaje proclamado era el verdadero evangelio de Jesucristo; por tanto, Pablo se regocijaba y seguiría regocijándose. Por supuesto, esto no significa que el apóstol Pablo aprobara la predicación del evangelio con motivos impuros. Podemos verlo al observar la primera parte de Filipenses 2:3: «No hagan nada por ambición egoísta o vanidad...». En el pasaje de hoy —Filipenses 1:17— había personas proclamando a Cristo con motivos impuros, específicamente «por ambición egoísta»; sin embargo, en Filipenses 2:3, Pablo nos instruye a no hacer *nada* por tal ambición egoísta. No obstante, debido a que era a Cristo a quien se proclamaba, Pablo dijo a los creyentes de Filipos: «Por esto me regocijo. Sí, y seguiré regocijándome» (versículo 18). También explica la razón de su regocijo en el versículo 19: «...porque sé que mediante las oraciones de ustedes y la ayuda del Espíritu de Jesucristo, esto resultará en mi liberación». ¿Qué significa esto? Pablo lo sabía. Él se regocijaba —y se regocijaba de nuevo— porque sabía que las oraciones de los creyentes filipenses y la ayuda del Espíritu de Jesucristo conducirían a su liberación. ¿No deberíamos nosotros también poseer esta clase de gozo?

Hace poco, leí una noticia en la CNN sobre el alta médica del Dr. Kent Brantly y Nancy Writebol del Hospital de la Universidad Emory en Atlanta; ambos habían contraído el virus del ébola mientras realizaban labores médicas misioneras en Liberia. Tras ver la noticia, busqué en internet el video del discurso que el Dr. Brantly pronunció al recibir el alta. Lo vi declarar: «Dios salvó mi vida». Escuchar aquel discurso me conmovió profundamente. Me emocionó sobremanera la preciosa confesión de fe contenida en la oración que él elevó a Dios mientras permanecía postrado en cama en Liberia durante nueve días, sintiéndose cada vez más enfermo y débil tras haber contraído el virus. Su oración decía: «Dios, ayúdame a permanecer fiel aun en mi enfermedad. Dios, que seas glorificado, ya sea a través de mi vida o de mi muerte». También me impactaron las palabras de Nancy Writebol, la otra paciente que había contraído el ébola y recibió el alta discretamente el martes pasado. Sus palabras fueron sencillamente: «¡Gloria a Dios!». No podemos comprender plenamente lo que estas dos personas —este hermano y esta hermana— soportaron al infectarse de ébola, una enfermedad mortal con una tasa de mortalidad del 90 %. No podemos captar del todo el estado de sus corazones, especialmente cuando se encontraban en la encrucijada entre la vida y la muerte. Sin embargo, lo que sí podemos entender claramente es que, incluso en esa situación crítica, no perdieron la fe; al contrario, su único deseo era dar gloria a Dios, tanto en la vida como en la muerte. En particular, cuando vi al Dr. Kent Brantly —durante la conferencia de prensa oficial tras su alta— hablar voluntariamente ante tantos periodistas y declarar: «Dios salvó mi vida» y «Dios respondió a las oraciones de innumerables personas», mientras buscaba sinceramente dar gloria únicamente a Dios, ya fuera en la vida o en la muerte, pude vislumbrar la obra de Dios para extender el Evangelio de Jesucristo a través de esta experiencia. Por tanto, como hermanos y hermanas en el Señor, nos regocijamos —y seguiremos regocijándonos— tal como lo hizo el apóstol Pablo.

«Lo que me ha sucedido, en realidad...»

«Quiero que sepan, hermanos, que lo que me ha sucedido ha servido, en realidad, para el avance del evangelio» (Filipenses 1:12).

¿Cómo veo mi situación actual? ¿Es esta verdaderamente la situación que quería o esperaba? Lo más probable es que las circunstancias que enfrento ahora no sean ni lo que deseaba ni lo que anticipaba. Como consecuencia, me siento insatisfecho con mi situación y lucho con ella; es una experiencia angustiosa y dolorosa. Siento desesperanza, sin saber cuánto tiempo más deberé permanecer en un estado tan difícil y agonizante. Cuanto más pienso en mis circunstancias, más desanimado —e incluso desesperado— me siento. Me siento privado de esperanza. ¿Qué debo hacer?

Hoy leí Filipenses 1:12. Al leerlo, me llamaron la atención las palabras del apóstol Pablo: «lo que me ha sucedido» (mis circunstancias) había servido «en realidad» (había resultado) para cumplir un propósito. Primero, reflexioné sobre lo que exactamente le había ocurrido a Pablo; es decir, la situación que él enfrentaba. En el versículo siguiente, Pablo describe esta situación como «mi encarcelamiento» (versículo 13). Además, su mención de «toda la guardia del palacio» sugiere que, efectivamente, estaba confinado en prisión. ¿Cómo reaccionaría yo si fuera encarcelado como Pablo? Si fuera a una nación comunista o musulmana a predicar el evangelio de Jesucristo y terminara en la cárcel, ¿cómo respondería? Vinieron a mi mente las palabras de Hechos 16:25: «A eso de la medianoche, Pablo y Silas oraban y cantaban himnos a Dios, y los otros prisioneros los escuchaban». Estando confinado en el calabozo de más adentro y con los pies asegurados en el cepo (v. 24), Pablo oraba y cantaba alabanzas a Dios junto con Silas. Si fuera encarcelado mientras

predico el evangelio en el campo misionero, ¿sería realmente capaz de orar y cantar alabanzas a Dios tal como lo hizo Pablo? Probablemente le rogaría a Dios que me librara de la prisión. Sin embargo, no estoy seguro de si cantarías alabanzas con la suficiente fuerza para que otros prisioneros me escucharan. Si dependiera solo de mis propias fuerzas, probablemente no cantarías. Sin embargo, creo que si Dios me concede su gracia, el Espíritu Santo que mora en mí me capacitará para cantar alabanzas incluso en tales circunstancias. Creo esto porque, tras esparcir las cenizas de mi primogénito, el Espíritu Santo me impulsó a alabar a Dios por su amor salvador. Puesto que Dios me ha dado esta fe, aun si me encuentro en una situación que ni deseaba ni esperaba, reconoceré la soberanía de Dios y aceptaré la situación con fe en lugar de negarla. Además, aunque desconozca cuál es la voluntad soberana de Dios, confiaré en que es «buena, agradable y perfecta» (Romanos 12:1) y hallaré consuelo en la convicción de que me encuentro dentro de esa voluntad divina. En ese estado, sostenido por la paciencia que Dios provee, aguardaré —orando y a la expectativa— para ver cómo Dios hace que todas las cosas cooperen para el bien (Romanos 8:28). Lo hago así porque, en Filipenses 1:12, el apóstol Pablo afirmó que los sucesos que padeció habían servido «en realidad» para el avance del evangelio. Al meditar en estas palabras, comprendí una o dos verdades importantes. Una de ellas es el hecho de que, mientras Pablo estaba encadenado, el evangelio de Jesucristo no podía ser encadenado. Por tanto, decido creer que, aunque yo me vea atado por circunstancias difíciles, el evangelio de Jesucristo no puede ser atado; debo orar para que el evangelio avance incluso a través de mi propio confinamiento. Otra revelación es que la voluntad soberana de Dios se cumple a través de otros, incluso en ausencia de Pablo, el proclamador del evangelio. Así, se me recuerda una vez más que debo abandonar la idea de que soy indispensable. Cuando Pablo estaba encadenado, Dios hizo avanzar el evangelio a través de dos grupos de personas. Respecto al primer grupo, el versículo 14 dice: «La mayoría de los hermanos, cobrando ánimo en el Señor con mis prisiones, se atreven mucho más a hablar la palabra de Dios sin temor». Ellos proclamaban a Cristo por «buena voluntad» (versículo 15). Sabiendo que Pablo había sido puesto para la defensa del evangelio, proclamaban a Cristo «por amor» (versículo 16). Proclamaban a Cristo «en verdad» (versículo 18). Sin embargo,

otro grupo proclamaba a Cristo «por envidia y contienda» (versículo 15). Pensando que podían añadir aflicción al encarcelamiento de Pablo, proclamaban a Cristo por ambición egoísta y no con motivos puros (versículo 17). Proclamaban a Cristo «por fingimiento» (versículo 18). Sin embargo, dado que Cristo estaba siendo proclamado «de todas maneras», el apóstol Pablo se regocijaba y seguiría regocijándose (versículo 18). En última instancia, Pablo se alegraba porque los sucesos que soportaba servían, de hecho, para el avance de la proclamación del Evangelio.

Oro para que nuestras circunstancias actuales conduzcan asimismo al avance del Evangelio. Oro para que Cristo sea proclamado a través de la situación en la que nos encontramos ahora. Puesto que aquello que estamos soportando está contribuyendo realmente al avance del Evangelio, oro por el progreso de nuestra fe y de nuestro gozo (v. 25).

«Mi anhelada expectativa y esperanza»

[Filipenses 1:20-26]

Los seres humanos vivimos de esperanza. No podemos sobrevivir sin ella. Es gracias a la esperanza que comemos, bebemos, trabajamos y vivimos cada día con un sentido de expectación. Algunos nos esforzamos por superar las adversidades actuales y las circunstancias dolorosas, sostenidos por la esperanza y la expectativa de que las cosas mejorarán. Otros resisten y perseveran —negándose a renunciar a la vida— mientras luchan contra sus realidades inmediatas, impulsados por la expectativa de que ellos también, finalmente, triunfarán. Seguimos adelante, día tras día, debido a la esperanza que llevamos dentro. Si esa esperanza muere, es como si estuviéramos muertos, aunque sigamos respirando. Pero ¿cómo reaccionaríamos si aquello que esperábamos y anhelábamos con tanto fervor nos fuera arrebatado?

En el pasaje de hoy, Filipenses 1:20-21, Pablo escribe a los santos de la iglesia de Filipos: «Conforme a mi anhelada expectativa y esperanza de que en nada seré avergonzado, sino que con toda confianza, como siempre, ahora también Cristo será magnificado en mi cuerpo, ya sea por vida o por muerte. Porque para mí, el vivir es Cristo, y el morir es ganancia». ¿Cuál era la anhelada expectativa y esperanza de Pablo? Para resumirlo en una sola frase: que «Cristo fuera magnificado en mi cuerpo, ya sea por vida o por muerte» (v. 20). ¿Qué significa esto? ¿Qué significa que Cristo sea magnificado en el cuerpo de uno? La palabra griega original traducida aquí como «magnificado» conlleva el significado de «hacer grande» o «hacer que algo aumente de tamaño». En otras palabras, la anhelada expectativa y esperanza de Pablo era que Cristo fuera magnificado en su cuerpo. Si Pablo deseaba

fervientemente que Cristo fuera magnificado en su cuerpo, ¿qué tenía que suceder con el propio cuerpo de Pablo? ¿Acaso no tenía que hacerse más pequeño? Dicho de forma sencilla: el nombre de Pablo tenía que hacerse más pequeño y bajo para que el nombre de Jesucristo pudiera hacerse más grande y alto. Un ejemplo más bíblico se encuentra en las palabras de Juan el Bautista en Juan 3:30: «Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe». Me viene a la mente la letra de la tercera estrofa del himno 323, «Llamados a servir»: «Que Tú solo recibas honor, gloria y todo poder; yo llevaré la cruz del escarnio y el desprecio. Serviré con gratitud, sin buscar fama ni reconocimiento».

En efecto, Pablo sirvió al Señor con un corazón agradecido. Podemos verlo en 1 Timoteo 1:12–14: «Doy gracias a Cristo Jesús nuestro Señor, que me ha dado fuerzas, por haberme considerado digno de confianza al nombrarme para su servicio. Aunque antes fui blasfemo, perseguidor y hombre violento, recibí misericordia porque actué por ignorancia e incredulidad. La gracia de nuestro Señor se derramó sobre mí abundantemente, junto con la fe y el amor que hay en Cristo Jesús». Pablo no podía dejar de estar agradecido por la gracia y el amor que el Señor le había mostrado —a él, que había sido blasfemo, perseguidor y hombre violento, el «peor de los pecadores» (v. 15)—. El Señor no solo lo había salvado, sino que también lo había considerado fiel y le había confiado un ministerio, nombrándolo apóstol a los gentiles. Impulsado por esta gratitud, sirvió al Señor; en su servicio, su único deseo era proclamar el evangelio del Señor Jesucristo. Consideremos 1 Corintios 1:17: «Pues Cristo no me envió a bautizar, sino a predicar el evangelio; y no con sabiduría y elocuencia, para que la cruz de Cristo no perdiera su poder». Como Pablo no consideraba que su propia vida tuviera valor alguno en comparación con la misión que había recibido del Señor Jesús —dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios—, entregó su vida para proclamar el evangelio de Jesucristo, aun soportando toda clase de tribulaciones y sufrimientos. Para él, la misión que el Señor le había encomendado —la proclamación del evangelio— era más importante que su propia vida. Por eso, al escribir a los creyentes de Filipos, quería que supieran que su encarcelamiento por causa del evangelio había servido, en realidad, para promover la difusión de este, en lugar de centrarse simplemente en el

hecho de que estaba físicamente confinado en prisión (Fil. 1:12). Él compartió su alegría con los santos de la iglesia de Filipos, regocijándose enormemente ante la noticia de que su encarcelamiento había contribuido, de hecho, al avance del Evangelio de Jesucristo: un Evangelio que no podía ser encadenado. Luego, en el pasaje de hoy —Filipenses 1:20—, Pablo compartió con ellos su anhelada expectativa y esperanza: que Cristo fuera exaltado en su cuerpo. La ferviente esperanza de Pablo era seguir proclamando el Evangelio de Jesucristo con total valentía y denuedo, tal como siempre lo había hecho, sin sentir jamás vergüenza. Él creía que esta era la misión que el Señor le había encomendado, y que cumplir fielmente dicha misión era precisamente la manera en que Cristo sería exaltado. Deseaba tal exaltación de Cristo hasta el punto de querer que sucediera «ya sea por vida o por muerte» (v. 20). La razón de este intenso deseo era su convicción de que «el vivir es Cristo, y el morir es ganancia» (v. 21). ¿Qué significa esto? Dado que Cristo era su vida en el presente, sabía que la muerte también sería ganancia; por ello, anhelaba fervientemente exaltar a Cristo dando testimonio valiente del Evangelio, sin escatimar nada —ni siquiera su propia vida— en el proceso.

¿Cree usted que proclamar el Evangelio de Jesucristo es más valioso que su propia vida? Si es así, ¿está dispuesto a morir mientras difunde ese Evangelio —un mensaje más precioso que la vida misma? Además, al igual que el apóstol Pablo, ¿cree que, puesto que Cristo es su vida ahora, su estado tras la muerte también será ganancia? Si realmente lo cree, usted —como el apóstol Pablo— dedicará toda su vida a exaltar a Cristo proclamando el evangelio del Señor Jesucristo, ya sea en vida o en muerte. De hecho, en el pasaje de hoy —Filipenses 1:23—, el apóstol Pablo afirma que «partir y estar con Cristo es muchísimo mejor» y expresa su deseo de hacer precisamente eso. Se describe a sí mismo como alguien que se siente «puesto en estrecho por ambas cosas» (versículo 23). ¿A qué se refiere aquí con «ambas cosas»? Se refiere a vivir en la carne en esta tierra (versículo 22) y a partir de este mundo para estar con Cristo (versículo 23). ¿No se ha encontrado usted también dividido entre estas dos opciones, tal como Pablo? Por un lado, existe el deseo de dejar este mundo, ir al cielo y estar con el Señor; por otro, está el pensamiento de que uno debe permanecer en la tierra para

cumplir —o completar— la misión que el Señor le ha encomendado. Por supuesto, creo que el Señor no nos llama a casa desde esta tierra hasta que hemos completado la misión que Él nos ha dado. Sin embargo, hay momentos en que cumplir esa misión se vuelve tan arduo y doloroso que deseamos que el Señor nos llame a casa antes. Esto es especialmente cierto cuando recordamos la promesa de Apocalipsis 21:4: que en el cielo, el Señor «enjugará toda lágrima de los ojos de ellos» y «ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor». Al reflexionar sobre esto, a menudo nos encontramos anhelando el cielo y deseando ir allí aún más, especialmente al enfrentarnos a las penas, los dolores y la mortalidad acumulados de este mundo. Pablo, dividido entre vivir en la carne en la tierra y partir para estar con Cristo, no sabía qué elegir (Filipenses 1:22–23). Si hubiera pensado solo en sí mismo, habría preferido partir de este mundo y estar con Cristo, ya que eso era mucho mejor que vivir en la tierra en la carne (v. 23). No obstante, Pablo sabía que permanecer en la carne era más beneficioso para los santos de la iglesia de Filipos (v. 24). ¿De qué manera les beneficiaba que Pablo siguiera viviendo en la tierra? Porque su presencia servía para fomentar su «progreso y gozo en la fe» (v. 25).

Cada vez que reflexiono sobre este pasaje, recuerdo que los cristianos debemos tener un propósito claro para nuestra existencia. ¿Cuál es el propósito de nuestras vidas? Es simplemente glorificar a Dios y disfrutar de Él para siempre (Catecismo Menor de Westminster, Pregunta 1). ¿Cómo, entonces, podemos glorificar a Dios y disfrutar de Él para siempre? Obedeciendo la voluntad de Dios hasta la muerte, tal como lo hizo Jesús (Filipenses 2:8). En esta obediencia hasta la muerte, Pablo no consideró su propia vida valiosa, pues cumplió la misión que recibió del Señor: dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios. Así, aunque escribía a los santos de Filipos estando encarcelado, se regocijó —y seguiría regocijándose— al oír que el evangelio avanzaba (versículo 12; versículo 18). Al escribir a los creyentes de Filipos, afirmó que permanecer en la carne era beneficioso para su progreso y gozo en la fe (versículo 24) y expresó su certeza de que permanecería con ellos (versículo 25). Además, Pablo deseaba que su presencia entre ellos —para su progreso y gozo en la fe— hiciera que su orgullo por Cristo Jesús abundara gracias a él (versículo 26).

En otras palabras, Pablo quería que su visita y presencia entre los creyentes de Filipos resultara en un desbordamiento de gozoso orgullo por Cristo Jesús (versículo 26). Incluso estando encarcelado, Pablo se regocijó enormemente al enterarse del avance del evangelio y deseó que los creyentes de Filipos también experimentaran una gran alegría gracias a él. Esta alegría proviene del avance del Evangelio de Jesucristo y del crecimiento en la fe de los creyentes de la iglesia de Filipos. Oro para que nosotros también podamos experimentar esta alegría.

Hechos 4:12 de la Biblia afirma claramente: «En ningún otro hay salvación, porque no hay otro nombre bajo el cielo dado a los hombres por el cual podamos ser salvos». Precisamente por eso Pablo se sentía tan impulsado a proclamar el Evangelio de Jesucristo. Deseaba predicar el evangelio con tal fervor que declaró en 1 Corintios 9:16: «Porque si predico el evangelio, no tengo de qué gloriarme, pues me es impuesta la necesidad; ¡ay de mí si no predico el evangelio!». Pablo no tenía nada propio de qué gloriarse; el único del que deseaba gloriarse era el Señor Jesucristo. Deseaba proclamar únicamente el evangelio de Cristo. Dado que predicar el evangelio era un deber que se sentía obligado a cumplir, declaró: «¡Ay de mí!» si no lo hacía. ¿Por qué deseaba Pablo con tanto ahínco predicar el evangelio? ¿Por qué dedicó su vida —arriesgándolo todo— al avance del evangelio? Fue porque deseaba que Cristo fuera exaltado en su cuerpo, ya fuera por la vida o por la muerte, mediante el fiel cumplimiento de la misión que había recibido (Filipenses 1:20). Que nosotros también podamos llevar a cabo fielmente la misión de proclamar el evangelio y convertirnos en personas que exalten a Cristo, ya sea en la vida o en la muerte.

«Señor mío, hágase tu voluntad; en tus manos encomiendo todo y camino tranquilamente hacia la ciudad celestial; sea que viva o muera, hágase tu voluntad».

(Nuevo Himnario n.º 549, «Señor mío, hágase tu voluntad», versículo 3).

¿Qué significa vivir de una manera digna del evangelio de Cristo? (1)

“Solamente que os comportéis como es digno del evangelio de Cristo, para que o sea que vaya a veros, o que esté ausente, oiga de vosotros que estáis firmes en un mismo espíritu, combatiendo unánimes por la fe del evangelio” (Filipenses 1:27).

Cuando piensa en sus amados hijos, ¿acaso no alberga ciertas esperanzas y oraciones por ellos? Es probable que una de esas esperanzas sea que sus hijos se amen mutuamente y vivan en armonía. Ningún padre desea ver a sus hijos peleando y discutiendo antes de que él parta de este mundo; todo padre anhela ver a sus hijos llevándose bien, amándose y viviendo en paz. Como padre de fe, tengo una esperanza y una oración particulares para mis propios tres hijos: que todos crezcan firmes en su fe en Jesús, sirvan juntos a la iglesia del Señor y unan sus fuerzas para realizar la obra del Señor. Si bien sería maravilloso que pudieran servir al Señor juntos en la misma iglesia, aun si llegaran a casarse y servir en congregaciones diferentes, mi deseo es que las tres parejas se apoyen mutuamente — aunque sea de manera indirecta— mientras trabajan para el Señor. Tengo la intención de compartir este deseo con mis tres hijos algún día.

En el pasaje de hoy, Filipenses 1:27, el apóstol Pablo escribe desde una prisión romana a los creyentes de Filipos. Los exhorta a “vivir de una manera digna del evangelio de Cristo” (v. 27) y menciona que hay algo específico que desea oír sobre ellos (v. 28). ¿Qué era lo que Pablo quería oír respecto a los creyentes de la iglesia de Filipos? La noticia de que todos los

hermanos y hermanas de la iglesia filipense están “firmes en un mismo espíritu, combatiendo unánimes por la fe del evangelio” (versículo 27). Hay unos cuatro puntos aquí que debemos considerar:

El primero es el concepto de “estar firmes”.

Al pensar en qué noticias desearía escuchar más el pastor fundador de nuestra iglesia — quien ahora está jubilado y sirve en el campo misionero— sobre nuestra Iglesia Presbiteriana Victory, creo que sería saber que todos los miembros de nuestra familia eclesiástica se mantienen firmes en su fe. Imagino que él se regocijaría y daría gracias a Dios al oír que, aun en medio de diversas dificultades y adversidades, la fe de nuestra familia eclesiástica no ha vacilado; por el contrario, se mantienen aún más firmes, sin desviarse ni a la izquierda ni a la derecha. En el pasaje de hoy —Filipenses 1:27-28—, Pablo exhorta a los santos de la iglesia de Filipos a «vivir de una manera digna del evangelio de Cristo» y luego menciona algo específico que anhela escuchar sobre ellos. Una de las cosas que quería oír era que se mantenían firmes (versículo 27). Deseaba saber, en particular, que permanecían firmes incluso al enfrentar «sufrimiento» (versículos 29-30) causado por sus «adversarios» (versículo 28). Por eso les dijo a los creyentes filipenses: «Así que, hermanos míos, a quienes amo y extraño, mi gozo y mi corona, ¡manténganse así firmes en el Señor!» (4:1). La Biblia nos dice: «Manténganse alerta; permanezcan firmes en la fe; sean valientes y fuertes» (1 Corintios 16:13), y también: «Por lo tanto, mis queridos hermanos y hermanas, manténganse firmes. Que nada los mueva. Entréguese siempre por completo a la obra del Señor, porque saben que su trabajo en el Señor no es en vano» (1 Corintios 15:58). ¿Cómo podemos mantenernos firmes aun en medio del sufrimiento? Es mediante la fe que logramos permanecer firmes (2 Corintios 1:24). Podemos mantenernos firmes en la fe cuando nos aferramos a las enseñanzas de la Palabra de Dios (2 Tesalonicenses 2:15). De hecho, es Dios quien nos afirma en Cristo (2 Corintios 1:21).

El segundo punto es «un mismo espíritu».

¿Cree usted que los miembros de su iglesia están unidos en espíritu, ayudándose mutuamente y uniendo fuerzas para realizar la obra del Señor? Probablemente sea difícil encontrar personas que respondan «sí» a esta pregunta —incluso en lo más profundo de su corazón— sin reservas. Dada la dificultad de mantener la unidad de espíritu incluso en las familias biológicas —ya sea entre cónyuges, entre hermanos o en la relación entre padres e hijos—, cabe preguntarse cómo pueden los miembros de la familia espiritual de la iglesia cooperar entre sí en la obra del Señor con un espíritu unido. En el pasaje de hoy, Filipenses 1:27, cuando el apóstol Pablo habla de «un mismo espíritu» a los creyentes de Filipos, el teólogo Kredanus sugiere que el término significa «entendimiento» (Park Yun-sun). Si esta interpretación es correcta, Pablo estaba exhortando a los creyentes de la iglesia de Filipos a comprenderse mutuamente. ¿Comprendes a los miembros de nuestra iglesia cuando los miras? Dadas las innumerables formas en que diferimos, ¿se comprenden verdaderamente y viven en comunión en el Señor como miembros de una misma familia eclesial? En el transcurso de la vida de la iglesia, es inevitable encontrarse con personas a las que no comprendemos del todo. Si incluso los matrimonios difieren tanto entre sí, ¡cuánto más ocurrirá esto entre los miembros de una iglesia! Sin embargo, en Filipenses 1:27, la Biblia nos llama a cooperar por la fe del evangelio con «un mismo sentir». En particular, en Filipenses 4:2, Pablo instó a dos hermanas —Evodia y Síntique— a que «se pusieran de acuerdo en el Señor». Esto se debía a que, a pesar de su servicio ferviente en la iglesia de Filipos, no lograban compartir un mismo sentir.

¿Cómo podemos, entonces, cooperar con un mismo sentir? Encontré la respuesta en Filipenses 2:2-3: «Completen mi gozo sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unidos en espíritu y con un mismo propósito. No hagan nada por egoísmo o vanidad; más bien, con humildad, consideren a los demás como superiores a ustedes mismos». Para que los miembros de la iglesia cooperen con un mismo sentir por causa del evangelio, todos debemos poseer un corazón humilde. Solo cuando todos abrazamos el corazón humilde de Jesús podemos comprendernos mutuamente, cooperar y llevar a cabo la obra del Señor en unidad. Por el contrario, si el orgullo habita en nosotros, nunca podremos cooperar con un

mismo sentir para realizar la obra del Señor. Si albergamos el pensamiento de que "soy mejor que esa persona", jamás podremos cooperar plenamente entre nosotros para llevar a cabo la obra del Señor. Por tanto, si hemos de trabajar para el Señor unidos, con un mismo corazón y apoyándonos mutuamente, aquello contra lo que más debemos guardarnos es el orgullo. En particular, debemos cuidarnos de cualquier sentimiento de superioridad espiritual. Espero que todos imitemos el corazón humilde de Jesús, manteniéndonos firmes en la unidad y cooperando unos con otros.

El tercer punto es "un mismo sentir".

Según Calvino, la expresión "un mismo sentir" se refiere aquí a la "voluntad y el deseo". En su carta a los santos de Filipos, el apóstol Pablo expresó su deseo de saber que cooperaban con un mismo sentir por la fe del evangelio. En otras palabras, quería saber que llevaban a cabo la obra del Señor —cumpliendo su voluntad— con una voluntad y un deseo compartidos, unidos por el corazón humilde del Señor. Por eso Pablo exhortó a los creyentes de Filipos, en Filipos 2:2, a tener un "mismo propósito". ¿Cómo podemos unificar nuestros propósitos, unir fuerzas y ayudarnos mutuamente en la obra del Señor? Si cada uno actúa según sus propios pensamientos y voluntades, no podremos servir a la iglesia —el cuerpo de Cristo— con un mismo corazón y un mismo sentir; más bien, estaríamos realizando la obra del Señor simplemente conforme a nuestras inclinaciones y deseos individuales. Sin embargo, si todos dejamos de lado nuestra propia voluntad y buscamos juntos la voluntad del Señor, podremos cooperar en su obra con un mismo corazón y un mismo sentir. Por consiguiente, debemos dejar a un lado nuestra voluntad personal y buscar juntos la voluntad del Señor. Para ello, debemos orar a Dios diciendo: "Señor, que no se haga mi voluntad, sino la tuya".

El cuarto y último punto es «por la fe del evangelio».

¿Qué significa esto? ¿Qué es la «fe del evangelio»? Para comprender su significado, debemos remitirnos a Filipenses 1:20, un pasaje sobre el cual ya hemos meditado. El apóstol Pablo confesó que, ya fuera en vida o en muerte, su único deseo era que el Señor Jesucristo fuera exaltado. A la luz de esta confesión, podemos afirmar que la fe del evangelio es una vida centrada en Cristo. En otras palabras, una vida centrada en Cristo es, de hecho, una vida plenamente centrada en el evangelio. «Para Pablo, el evangelio lo es todo; el evangelio del Señor Jesucristo constituye la totalidad de su vida. Por eso lo confesó sin vacilar como la "fe del evangelio". Esto revela cuán cautivado estaba por el evangelio de Cristo y cuán profundamente se aferraba a él. Nada lo detenía —enfrentaba cualquier peligro— por causa del evangelio de Cristo. La "fe del evangelio" significa una vida centrada en el evangelio... La fe es el evangelio y el evangelio es fe; la vida se revela a través de la fe, y la fe se revela a través del evangelio. Pablo describió su propia vida —totalmente centrada en el evangelio de Cristo— como la fe del evangelio» (Internet). El apóstol Pablo exhortó a los creyentes de la iglesia de Filipos a mantenerse firmes con un mismo ánimo y un mismo espíritu, cooperando entre sí por causa de esta fe del evangelio. La razón es que hacerlo constituye «vivir como es digno del evangelio de Cristo» (versículo 27).

Vivir como es digno del evangelio de Cristo significa mantenerse firmes con un mismo ánimo y un mismo espíritu, y cooperar unos con otros por causa de la fe del evangelio. Al escuchar estas palabras del apóstol Pablo, nosotros también debemos cooperar entre nosotros. Todos debemos ayudarnos mutuamente y unir nuestras fuerzas. Todos los miembros de nuestra iglesia deben cooperar con un mismo corazón y un mismo ánimo por causa de la fe del evangelio de Jesucristo. Todos debemos dejar de lado nuestro orgullo, imitar la humildad de Jesús y vivir una vida centrada en Cristo, poseyendo el mismo sentir de Jesucristo. Todos debemos rendir diligentemente nuestra propia voluntad a los pies de la cruz y buscar únicamente la voluntad del Señor. Ya sea que vivamos o muramos, pertenecemos al Señor; debemos cumplir únicamente su voluntad.

¿Qué significa vivir de una manera digna del evangelio de Cristo? (2)

«...y en nada intimidados por los que se oponen, que para ellos ciertamente es indicio de perdición, mas para vosotros de salvación; y esto de Dios» (Filipenses 1:28).

El pastor John Maxwell, un reconocido autor que ha escrito extensamente sobre liderazgo, publicó un libro titulado **Power Leadership**. En él, relata la historia de Eddie Rickenbacker, un legendario piloto de combate estadounidense conocido como un «piloto as». Al finalizar la Primera Guerra Mundial, Rickenbacker había acumulado 300 horas de vuelo en combate —la cifra más alta entre los pilotos estadounidenses— y se había enfrentado a aeronaves enemigas en 134 ocasiones, derribando 26 de ellas. En reconocimiento a su servicio, recibió la Medalla de Honor, ocho Cruces por Servicio Distinguido y la Legión de Honor francesa. El valor que demostró le valió el título de «As de ases estadounidense». Cierta vez, al preguntársele sobre el valor que mostró en combate, se dice que respondió: «El valor es hacer aquello que te da miedo hacer». «El valor es hacer aquello que te da miedo hacer; no puede haber valor si no se siente miedo».

¿A qué le temes? ¿Qué situaciones específicas te asustan? Sorprendentemente, un estudio realizado en Canadá reveló que lo que más teme la gente en el mundo es hacer una presentación, es decir, hablar en público (41 %). A esto le seguían el miedo a las alturas (32 %), los problemas financieros (22 %), las aguas profundas (22 %), la enfermedad (19 %), la muerte (19 %) y la oscuridad (8 %). La razón por la que las personas podrían temer más a

las presentaciones que a la muerte podría ser que, mientras que la muerte es una experiencia desconocida, una presentación es algo a lo que ya se han enfrentado y que les ha resultado aterrador. Después de una presentación, uno puede no recordar lo que dijo, olvidar puntos clave o tartamudear; recibir comentarios de que la audiencia no entendió ni una palabra, o enfrentarse a una reprimenda de un jefe, puede desencadenar un nivel de pavor y vergüenza —un deseo de simplemente desaparecer— que supera con creces los temores de la vida cotidiana. La exposición repetida a experiencias tan aterradoras puede conducir fácilmente al desarrollo de antropofobia (fobia social). Esta afección se define como una fobia caracterizada por el miedo y la ansiedad ante situaciones sociales —como conversar con desconocidos o hablar en público—, lo que lleva a la persona a intentar evitar dichas situaciones siempre que sea posible. Más concretamente, los síntomas incluyen la incapacidad para conversar adecuadamente con los demás o un temor obsesivo a ser juzgado negativamente por ellos; esta ansiedad y temor ante los encuentros sociales o el hecho de compartir espacios con otras personas los lleva a evitar por completo relacionarse con los demás.

Imagínese la situación. Considere la perspectiva de los creyentes de la iglesia de Filipos mencionados en el pasaje de hoy. Al leer la carta a los filipenses —escrita por el apóstol Pablo desde la cárcel—, eran plenamente conscientes de que Pablo estaba encarcelado en Roma a causa de Jesucristo y su evangelio. Por consiguiente, debieron de prever que, si ellos también proclamaban el evangelio de Jesucristo, podrían enfrentarse a la cárcel o a otras formas de persecución. Ante esta expectativa —sabiendo que compartir el evangelio podía acarrear persecución—, el instinto humano los habría llevado naturalmente a temer tal sufrimiento y a evitar las situaciones que pudieran provocarlo; podrían haber optado por compartir el evangelio en secreto en lugar de hacerlo públicamente, como hacía Pablo, o incluso haberse abstenido por completo de difundirlo. Sin embargo, como hemos reflexionado anteriormente, Filipenses 1:14 revela que «la mayoría de los hermanos, cobrando ánimo en el Señor con mis prisiones [las de Pablo], se atreven mucho más a hablar la palabra sin temor». Ciertamente, esto no fue algo que surgiera únicamente del

esfuerzo humano. Fue una obra realizada por el Espíritu Santo actuando en los creyentes de la iglesia de Filipos. Consciente de este hecho —y sabiendo que era a Cristo a quien se proclamaba—, Pablo escribió a los filipenses declarando: «Me gozo, y me gozaré» (v. 18). A continuación, compartió su anhelada expectativa y esperanza (vv. 20–26). Concretamente, afirmó que su profundo deseo no era ser avergonzado en modo alguno, sino mantener plena valentía —tal como siempre había hecho— para que Cristo fuera exaltado en su cuerpo, ya fuera por la vida o por la muerte (v. 20). Pablo no estimaba su propia vida como algo precioso cuando se trataba de la misión que el Señor le había encomendado: dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios. Ya fuera en vida o en muerte, su deseo ferviente era únicamente proclamar el evangelio del Señor Jesucristo. Sabía que enfrentaría persecución por compartir ese evangelio y, de hecho, sufrió enormemente. Sin embargo, Pablo no se avergonzaba del evangelio y continuaba proclamándolo con total valentía. Muchos de los creyentes en Filipos también proclamaban sin temor la Palabra de Dios con creciente audacia, tal como lo hacía Pablo. Al recibir estas noticias, Pablo les expresó su alegría en su carta, diciendo: «Me regocijo, y seguiré regocijándome». Luego, en el pasaje de hoy —Filipenses 1:27—, instó a los creyentes a «comportarse de una manera digna del evangelio de Cristo». Al hacerlo, Pablo llamó a los filipenses a vivir de una forma que estuviera a la altura del evangelio de Cristo... Al hablar sobre cómo vivir, Pablo afirmó —como segundo punto— en el versículo 28 del pasaje de hoy: «No se dejen intimidar en nada por sus adversarios». ¿Por qué les dijo esto Pablo? Él quería ver a los creyentes de la iglesia de Filipos firmes y sin miedo frente a sus adversarios; como mínimo, deseaba saber que no se dejaban amedrentar por quienes se oponían a ellos. Pablo anhelaba que, así como él proclamaba valientemente la Palabra de Dios (el evangelio del Señor Jesucristo) con sus labios —a pesar de estar encarcelado precisamente por ese evangelio—, los filipenses también la proclamaran con valentía a través de sus vidas. Por ello, los instó a «comportarse de una manera digna del evangelio de Cristo» (versículo 27) y los exhortó a no «dejarse intimidar en nada por sus adversarios» (versículo 28). Además, en la segunda parte del versículo 28, Pablo ofreció palabras de consuelo a los creyentes filipenses: «... Esto es señal de destrucción para ellos, pero de salvación para ustedes; y esto proviene de Dios». ¿Qué

significa esto? Pablo ofrece palabras de consuelo a los santos de la iglesia de Filipos: «La persecución que enfrentan sirve como prueba de destrucción para sus adversarios, pero para ustedes es prueba de salvación. Su capacidad para soportar esa persecución hasta el fin mediante la fe y para triunfar sobre ella es evidencia de que son salvos. Dios les concederá la fortaleza para resistir y los capacitará para superar dicha persecución». Pablo escribe esta carta para consolar a los creyentes filipenses —quienes, al igual que él, sufren persecución por causa de Jesucristo y su evangelio—, expresando su deseo de saber que permanecen sin temor ante sus adversarios. Soportar la persecución y el sufrimiento por causa de Jesús y su evangelio es prueba de nuestra salvación. Dios nos dará la fortaleza y el valor para resistir y superar tal persecución y sufrimiento. Por lo tanto, no debemos temer a quienes se oponen a nosotros por causa de Jesucristo.

Hace poco recibí un mensaje de KakaoTalk de una mujer que decía: "Urgente: Peticiones de oración recibidas esta misma mañana (21 de septiembre) de parte de un misionero en Oriente Medio". El mensaje incluía un enlace a un sitio web, el cual abrí. El sitio contenía el texto de dos correos electrónicos enviados por una mujer a sus amigos misioneros en una región bajo ataque del EI (Estado Islámico, un grupo militante extremista de Irak). Los correos revelaban que, si bien la ONU ya se había retirado de las zonas ocupadas por el EI, los misioneros habían decidido quedarse. Optaron por permanecer allí porque todavía había familias cristianas en la zona. La razón por la que estas familias cristianas se quedaron —incluso mientras otros huían— fue que sus hijos habían sufrido el martirio. Según un misionero, los militantes del EI iban sistemáticamente puerta por puerta obligando a los niños a renunciar a Jesús; sin embargo, ni un solo niño lo negó, y todos fueron asesinados. Al parecer, los niños fueron decapitados por los militantes del EI. No obstante, aunque los militantes mataron a los niños que se negaron a convertirse, al parecer no mataron a los padres. En consecuencia, los padres parecen estar quedándose en la zona, preparados para afrontar el martirio tal como lo hicieron sus hijos, y los misioneros han decidido quedarse para apoyar a estas familias cristianas. Una parte del correo dice lo siguiente: "Han decidido quedarse por el bien de las familias cristianas de allí, aunque eso

signifique su propia muerte. Están aterrorizados y ni siquiera saben cómo empezar a ministrar a unos padres que han visto a sus hijos sufrir el martirio. Sin embargo, nuestro amigo misionero dice creer que Dios los ha llamado a ser Su voz y Sus manos en este lugar y en este momento. No obstante, piden fervientemente oraciones para tener el valor de vivir de manera digna de su llamado en medio de circunstancias tan peligrosas; para que, si Dios los llama como llamó a aquellos niños, ellos también puedan soportar el martirio". Amigos, en lugar de temer la perspectiva de enfrentarnos a situaciones tan aterradoras, deberíamos temer la falta de fe que nos impediría superarlas. En lugar de temer a quienes se nos oponen, deberíamos temer la ausencia de la fe necesaria para proclamar con valentía el Evangelio de Jesucristo. En lugar de temer a quienes nos odian, nos desprecian, se nos oponen y nos persiguen a causa de Jesucristo y Su Evangelio, debemos temer a Dios. Que temamos a Dios para que, sin importar las situaciones aterradoras que enfrentemos, podamos — fortalecidos por su ayuda— hallar el valor para defender con valentía nuestra fe y cumplir la misión que se nos ha confiado: no solo proclamar con nuestros labios el Evangelio del Señor Jesucristo, sino también vivir de manera digna de ese Evangelio.

¿Qué significa vivir de una manera digna del evangelio de Cristo? (3)

[Filipenses 1:27–30]

¿Cómo ve usted el «sufrimiento»? El Salmo 119:71 (primera parte) dice: «Bueno me es haber sido humillado...» ¿En qué sentido nos beneficia el sufrimiento? Hay al menos dos razones:

(1) En primer lugar, el beneficio del sufrimiento es que nos hace reconocer nuestros errores. Observe el Salmo 119:67 (primera parte): «Antes que fuera yo humillado, descarriado andaba...» A menudo, antes de que llegue el sufrimiento, no somos conscientes de que estamos actuando mal o de que caminamos por la senda equivocada. Por supuesto, hay momentos en los que elegimos conscientemente el camino incorrecto. Sin embargo, con frecuencia estamos espiritualmente ciegos y sordos, vagando sin rumbo —desviándonos a izquierda o derecha— en lugar de caminar por la senda estrecha de la cruz que recorrió el Señor. En tales momentos, el sufrimiento que el Señor permite nos hace entrar en razón. Así como un joven pastor usa el cayado para guiar de vuelta al camino correcto a una oveja descarriada, el Señor —nuestro Pastor— utiliza el cayado del sufrimiento para hacernos regresar cuando nos hemos extraviado. En Isaías 53:6, el profeta declaró: «Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino...» Cuando caminamos por la senda ancha del mundo en lugar de por la senda estrecha del Señor, Él nos envía sufrimiento para hacernos reconocer nuestro extravío (nuestros errores).

(2) En segundo lugar, un beneficio del sufrimiento es que nos lleva a guardar la palabra del Señor. Observe el Salmo 119:67: «Antes que fuera yo humillado, descarriado andaba; mas ahora guardo tu palabra».

Aquí debemos considerar seis formas en las que el sufrimiento nos lleva a guardar la palabra del Señor:

(1) El sufrimiento nos lleva a creer en los mandamientos del Señor.

Observe el Salmo 119:66: «He creído en tus mandamientos...» El sufrimiento, que revela nuestro extravío cuando caminamos por la senda equivocada, nos impulsa a dar media vuelta; nos lleva a creer que solo los mandamientos del Señor representan el camino verdadero. Cada día vivimos eligiendo entre dos caminos: el camino estrecho del Señor o el camino ancho del mundo. En otras palabras, en cada momento decidimos si seguir los mandamientos del Señor o prestar atención a las palabras de Satanás o del mundo. El sufrimiento no solo nos hace reconocer nuestras decisiones equivocadas, sino que —al actuar como una disciplina amorosa derivada de esas mismas decisiones— nos guía hacia el camino correcto (el camino del Señor), llevándonos a creer en Sus mandamientos y a andar por la senda que ellos prescriben.

(2) El sufrimiento nos enseña «discernimiento y conocimiento».

Observemos el Salmo 119:66: «...enséñame discernimiento y conocimiento». ¿Cuántos de nosotros, los cristianos, hemos perdido el «buen discernimiento» —la capacidad de distinguir lo correcto— y caminamos por la senda equivocada debido a nuestra ignorancia? Este estado de pérdida de discernimiento espiritual genera confusión en lugar de convicción. En última instancia, nos impide recorrer con constancia el camino de los mandamientos del Señor; por el contrario, nos lleva a vagar por las sendas del mundo: caminos de confusión. Sin embargo, a través del sufrimiento, el Señor nos rescata de ese pantano de ignorancia y

falta de discernimiento. Él nos concede un sano discernimiento espiritual y el conocimiento de Su voluntad, capacitándonos para correr hacia Su Palabra.

(3) El sufrimiento nos permite gustar la bondad del Señor.

Observemos el Salmo 119:68: «Tú eres bueno, y haces el bien...». El mayor beneficio o bendición de gustar la bondad del Señor a través del sufrimiento (Salmo 34:8) es experimentar al Dios bueno que hace que todas las cosas—incluido el sufrimiento—obren para bien (Romanos 8:28). La gloria de nuestro Dios bueno resplandece con mayor intensidad en nuestras vidas precisamente cuando luchamos, estamos angustiados o hemos colapsado por el agotamiento; es decir, cuando nos encontramos en medio de un dolor y un sufrimiento intensos. Por eso, incluso en lo más profundo de un sufrimiento severo, podemos cantar: «Dios bueno, Dios bueno, mi Dios verdaderamente bueno».

(4) El sufrimiento hace que aborrezcamos las falsedades de los soberbios.

Observemos el Salmo 119:69: «Los soberbios han forjado una mentira contra mí...». Antes de sufrir, las mentiras de los soberbios resuenan con tanta claridad en nuestros oídos que a menudo nos encontramos caminando por sus sendas engañosas. Los cristianos podemos llegar a confundirnos, tomando las mentiras de los soberbios de este mundo por la verdad: aceptamos falsedades como realidad y elegimos el camino equivocado. ¿Acaso no nos estamos precipitando actualmente por sendas tan engañosas? Nos sentimos tentados por el falso éxito, el honor y el materialismo que exhiben los soberbios de este mundo. Sin embargo, tras soportar el sufrimiento, llegamos a aborrecer esos caminos engañosos de los soberbios. Esto sucede porque el sufrimiento revela con claridad el camino verdadero: el camino del Señor. Es el camino estrecho de la cruz, que Jesús, en su humildad, nos muestra en las Escrituras. Y el destino final de ese camino es la muerte. ¡Qué diferencia tan enorme existe entre esto y el desenlace de los caminos del mundo! ¿Percibes en ello un atractivo espiritual? ¿Nos sentimos realmente atraídos por el hecho de que el punto culminante de

este camino estrecho que recorreremos sea la muerte? ¿Te cautiva la idea de que un pecador como tú pueda sufrir el martirio para gloria del Señor? Parece que no todos pueden abrazar tal verdad. Los soberbios no pueden aferrarse a ella ni aceptarla. No obstante, a través del sufrimiento, el Señor planta esta verdad en nuestros corazones. En este proceso de siembra, Él utiliza el sufrimiento para hacernos aborrecer las mentiras de los soberbios.

(5) El sufrimiento elimina la grasa del corazón.

Observemos el Salmo 119:70: "Su corazón es insensible como la grasa..." Hoy en día, la obesidad se ha convertido en un problema importante en Estados Unidos. Innumerables personas hacen dieta y ejercicio en un esfuerzo por perder peso. De hecho, muchas incluso se someten a cirugías para eliminar el exceso de grasa corporal. En medio de este esfuerzo generalizado por deshacernos de la grasa física, creo que los cristianos también debemos unirnos a la tarea de eliminar la "grasa" de nuestros corazones. Al fin y al cabo, el exceso de grasa física causa diversos inconvenientes y, a la larga, conduce a enfermedades derivadas del estilo de vida; del mismo modo, si restamos importancia a la "grasa del corazón" —esos elementos pecaminosos que obstaculizan nuestra vida de fe—, corremos el riesgo de caer en pecados aún más graves. En tal estado espiritual, el sufrimiento actúa como un remedio esencial —quizás incluso el mejor— para eliminar esa grasa espiritual. Debemos librar nuestros corazones de esta grasa a través de la experiencia del sufrimiento.

(6) El sufrimiento nos permite comprender profundamente el valor supremo de la Palabra de Dios.

Consideremos el Salmo 119:72: "Mejor es para mí la ley de tu boca que millares de piezas de oro y plata". Durante el Éxodo, Dios quiso que los israelitas aprendieran, a través de sus cuarenta años de adversidad en el desierto, que "no solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca del Señor" (Deuteronomio 8:3). Del mismo modo, al recorrer el camino estrecho —el camino de la cruz— en este mundo que es como un

desierto y al enfrentar diversas formas de sufrimiento, debemos llegar a comprender que somos seres que, en última instancia, solo pueden vivir gracias a la Palabra que procede de la boca del Señor. Es entonces cuando confesamos que la Palabra es más preciosa que la vida misma. ¿Cómo podría compararse la Palabra eterna con la breve duración de nuestras vidas humanas en la tierra? El sufrimiento nos revela el carácter precioso —el valor supremo— de la Palabra, mostrándonos que es muy superior a la riqueza material. En resumen, Hebreos 5:8 describe el beneficio que el sufrimiento nos aporta: "Aunque era Hijo, aprendió obediencia por lo que padeció". El beneficio del sufrimiento es que, a través de él, aprendemos obediencia.

En el pasaje de hoy, que corresponde a la primera parte de Filipenses 1:27, el apóstol Pablo dice a los creyentes de Filipos: "Solamente que os comportéis como es digno del evangelio de Cristo...". Centrándonos en este versículo, ya hemos aprendido dos formas de vivir de manera digna del evangelio de Cristo. En primer lugar, vivir dignamente del evangelio significa permanecer unidos con un mismo corazón y una misma mente —cooperando unos con otros— por la causa de la fe del evangelio (Filipenses 1:27). En segundo lugar, vivir de manera digna del evangelio de Cristo significa no dejarse intimidar en absoluto por los adversarios (Filipenses 1:28).

Vivir de manera digna del evangelio de Cristo implica sufrir por causa de Cristo mediante la fe.

Observemos el pasaje de hoy, Filipenses 1:29: "Porque a vosotros os es concedido por amor de Cristo, no solo que creáis en él, sino también que padezcáis por él". ¿Cómo percibe usted el "sufrimiento"? Hacia julio de 2009, un diácono de nuestra iglesia envió un correo electrónico con esta reflexión: «El sufrimiento nos impide eficazmente confundir esta vida con nuestro lugar de descanso». ¿Qué significa esto? Como cristianos, cuanto más sufrimos por nuestra fe en Jesús en este mundo, más nos damos cuenta de que este mundo no es nuestro lugar de descanso eterno, sino simplemente una escala temporal. Y cuanto más

comprendemos esto, más anhelamos —al igual que los héroes de la fe mencionados en Hebreos 11— «una patria mejor», es decir, «una celestial»: el cielo, nuestro hogar eterno. En este sentido, es inevitable estar de acuerdo con la afirmación de que «el sufrimiento nos impide eficazmente confundir esta vida con nuestro lugar de descanso».

En el pasaje de hoy, Filipenses 1:29, vemos que Pablo, al escribir a los creyentes de Filipos, les dijo: «Porque a ustedes se les ha concedido, por causa de Cristo, no solo creer en él, sino también sufrir por él». ¿Qué significa esto? Se puede resumir en dos puntos. Una verdad es que la gracia que Dios concedió a los santos de la iglesia de Filipos —por causa de Cristo— es el don de creer en Jesús. Creemos en esta verdad. Creemos que llegar a tener fe en Jesús es enteramente resultado de la gracia de Dios. El fundamento de esta creencia se encuentra en Efesios 2:8: «Porque por gracia ustedes han sido salvados mediante la fe; esto no procede de ustedes, sino que es el regalo de Dios». Las Escrituras lo afirman claramente: la fe es un don de Dios. La salvación mediante la fe en Jesús es también un don de Dios. La Biblia declara explícitamente que no se origina en nosotros. Esta es una verdad que probablemente todos creemos y aceptamos. Sin embargo, hay otra verdad mencionada en la segunda parte del pasaje de hoy —Filipenses 1:29— que parece costarnos aceptar: el hecho de que la gracia que Dios nos ha concedido por causa de Cristo incluye sufrir por Jesús. Uno podría preguntarse: «¿Acaso creer en Jesús no debería traer bendiciones en lugar de sufrimiento?». Al reflexionar sobre esta cuestión, recuerdo Job 2:10: «Él respondió: "Hablas como una mujer insensata. ¿Aceptaremos el bien de parte de Dios y no el mal?". En todo esto, Job no pecó con sus labios».

El hecho mismo de haber llegado a creer en Jesús es un don magnífico de la gracia de Dios. ¿Es eso todo? La bendición que hemos recibido de Dios es la vida eterna en Jesucristo. Por amor, Dios nos eligió antes de la fundación del mundo; en su tiempo perfecto, hizo que naciéramos de nuevo, nos llevó a creer en Jesús y nos salvó. Ya hemos recibido esta bendición maravillosa. Además, hemos recibido la bendición asombrosa de que el Espíritu Santo habite en nosotros, santificándonos y transformándonos a la semejanza de Jesús.

También hemos llegado a ser hijos de Dios —llamándolo «Abba, Padre»— y herederos de Dios. De este modo, ya hemos recibido toda bendición espiritual de Dios (Efesios 1:3–6). ¿No deberíamos, entonces, estar dispuestos a sufrir por causa de Jesucristo y su evangelio, en lugar de esperar solo bendiciones de Dios, como hacía Job? El apóstol Pablo hizo exactamente eso; soportó grandes sufrimientos por causa de Jesucristo y su evangelio. No podía sino sentirse lleno de gratitud por la gracia y el amor de Dios al considerar cómo el Señor le había mostrado misericordia y gracia para salvarlo —a un hombre que había sido blasfemo, perseguidor y violento, el «peor de los pecadores» (1 Timoteo 1:15)— y lo había considerado lo suficientemente fiel como para confiarle el ministerio de ser el apóstol de los gentiles. Impulsado por esta gratitud, no consideraba que su propia vida tuviera valor alguno en comparación con la misión que había recibido del Señor Jesús: dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios. Entregó su propia vida para proclamar el evangelio de Jesucristo, aun mientras soportaba toda clase de tribulaciones y sufrimientos. Respecto a las adversidades que enfrentó, Pablo dijo a los creyentes de Corinto: «gran paciencia en tribulaciones, necesidades y angustias; en azotes, encarcelamientos y tumultos; en trabajos arduos, noches sin dormir y hambre» (2 Corintios 6:4–5). Llegó incluso a decir en Gálatas 6:17: «Llevo en mi cuerpo las marcas de Jesús». Pablo, quien soportó grandes sufrimientos al proclamar a Jesucristo y su evangelio, declara en el pasaje de hoy —Filipenses 1:29— que sufrir por causa de Jesucristo es una forma de «gracia de Dios». ¿Creemos verdaderamente que sufrir por Jesucristo es gracia de Dios? ¿Consideramos una bendición de Dios las dificultades que enfrentamos al compartir el evangelio de Jesucristo? ¿Estimamos como una gracia divina el participar, aunque sea en pequeña medida, en los sufrimientos de Jesús como sus discípulos?

Cuando recibimos bendiciones de Dios, a menudo Él nos parece grande. Sin embargo, cuando enfrentamos el sufrimiento, ese mismo Dios parece pequeño, mientras que nuestro sufrimiento cobra una magnitud enorme. En tales momentos, debemos convertir el sufrimiento en algo provechoso para nosotros. Debemos aprender la obediencia a través del sufrimiento, tal como lo hizo Jesús. Respecto a esta obediencia, la Biblia nos instruye a vivir

de una manera digna del evangelio de Cristo (Filipenses 1:27). Por tanto, debemos vivir de un modo que esté a la altura del evangelio de Cristo. Debemos permanecer unidos de corazón y propósito, cooperando los unos con los otros. Además, no debemos dejarnos intimidar por nuestros adversarios en ninguna situación. Finalmente, debemos aceptar el sufrimiento por causa de Cristo mediante la fe. Que la gracia de Dios esté con ustedes.

Una iglesia que llena de gozo al Señor

[Filipenses 2:1–4]

Rick Warren, pastor principal de la iglesia Saddleback, afirmó en una ocasión: «La cuestión más importante para la iglesia del siglo XXI no es el crecimiento de la iglesia, sino su salud. El número de feligreses no es lo fundamental; lo es la salud». Él propuso cinco formas de medir el crecimiento de la iglesia: (1) la iglesia necesita ser más cálida mediante la comunión fraternal, (2) más profunda mediante el discipulado, (3) más fuerte mediante la adoración, (4) más amplia mediante el ministerio y (5) más grande mediante el evangelismo. Además, declaró: «El porcentaje de miembros movilizados para el ministerio y las misiones es un indicador más preciso de la salud de una iglesia que el número de personas que asisten a los servicios de adoración». Al reflexionar sobre esto, me pregunto si nuestra iglesia es verdaderamente saludable. Sin embargo, más que el término «iglesia saludable», prefiero la expresión «una iglesia que es verdaderamente iglesia», o dicho de otro modo, una iglesia que está a la altura de lo que una iglesia debe ser. ¿Qué caracteriza, entonces, a tal iglesia? En resumen, creo que «una iglesia que es verdaderamente iglesia es aquella que se ajusta a la definición bíblica de iglesia».

Hechos 2:42–43 describe cuatro características de la iglesia según la Biblia: (1) Una iglesia que es verdaderamente iglesia se dedica a aprender la Palabra de Dios. Las 3000 personas que aceptaron a Jesús tras el sermón de Pedro eran nuevos creyentes; para fomentar su crecimiento en la fe, se dedicaron a la enseñanza de los apóstoles (Hechos 2:42). Los miembros de una iglesia que es verdaderamente iglesia aprenden fiel y diligentemente la Palabra de Dios. (2) Una iglesia que es verdaderamente iglesia se dedica de todo corazón a

la comunión fraternal. En resumen, la comunión significa compartir cosas en común y transmitir a los demás lo que uno posee. Los miembros de una iglesia verdadera se ayudan mutuamente compartiendo y transmitiendo en el Señor. (3) Una iglesia que es verdaderamente iglesia se dedica de todo corazón a la Cena del Señor. A través del servicio de comunión, los miembros reciben con humildad el pan y el vino —símbolos del cuerpo y la sangre de Jesús— con fe, experimentando y disfrutando así de la gracia del Señor. (4) Se dedicaban de todo corazón a la oración. La iglesia de Jerusalén estaba plenamente dedicada a diversas formas de oración. Además, siguiendo el ejemplo de los 120 discípulos (1:14), perseveraron en la oración incluso cuando la congregación creció hasta alcanzar las 3.000 personas. Para la iglesia de Jerusalén, el crecimiento numérico significó un aumento en el número de personas que oraban. Los miembros de una iglesia verdadera se dedican a la oración.

En el texto de hoy —la segunda mitad de Filipenses 2:4—, Pablo escribe a los creyentes de Filipos instándoles a «hacer completo mi gozo». Luego, ofrece cuatro lecciones específicas sobre cómo pueden cumplir esta petición. Hoy, mi intención es aplicar estas cuatro lecciones a nuestra propia iglesia. Mi oración es que, al aceptar y obedecer humildemente estas cuatro enseñanzas, nuestra iglesia se convierta en una comunidad que haga completo el gozo del Señor, la Cabeza de la iglesia.

En primer lugar, una iglesia que hace completo el gozo del Señor es una iglesia donde existe el ánimo en Cristo.

Observemos la primera parte de Filipenses 2:1 en el texto de hoy: «Por tanto, si hay algún ánimo en Cristo...». ¿Qué significa aquí la palabra «exhortación»? Según el Diccionario Naver, el término coreano *gwonmyeon* se define como «instar y animar a alguien a comprender y esforzarse por alcanzar una meta». Sin embargo, la palabra griega original conlleva significados como «consejo ferviente» (exhortación), «ánimo» y «consuelo». En el contexto del pasaje de hoy —Filipenses 2:1—, la palabra se refiere a instar fervientemente (exhortar),

amonestar (advertir) o animar (consolar) a los creyentes con el fin de fortalecer y consolidar su fe (Zodhiates). Pablo utilizó esta palabra varias veces en sus cartas, más allá de este pasaje; un ejemplo de ello se encuentra en 2 Corintios 8:4: «rogándonos con insistencia el privilegio de participar en este ministerio para los santos». Entonces, ¿qué es aquello que Pablo ruega fervientemente —o exhorta— a los creyentes de la iglesia de Filipos que hagan en Cristo en el pasaje de hoy (Filipenses 2:1)? Es «tener el mismo sentir». Observemos la primera parte de Filipenses 2:2: «que tengáis el mismo sentir...». La expresión «tener el mismo sentir» se refiere aquí a poseer una «misma mente» o unidad de criterio, tal como Pablo ya había mencionado en Filipenses 1:27. En otras palabras, Pablo exhortaba a los creyentes filipenses —en Cristo— a compartir una mentalidad unificada. La razón de ello es que tal unidad constituye una forma de vivir digna del evangelio de Cristo (1:27). Sin embargo, lamentablemente, la iglesia de Filipos no estaba viviendo de manera digna del evangelio de Cristo. Podemos comprobarlo al examinar Filipenses 4:2: «Ruego a Evodia y a Síntique que tengan un mismo sentir en el Señor». Dado que estas dos mujeres de la iglesia de Filipos no compartían el mismo sentir, Pablo —quien ya había instado a toda la congregación a «estar firmes en un mismo espíritu» (1:27) y a «tener un mismo sentir» (2:2)— mencionó específicamente a Evodia y a Síntique por su nombre en 4:2 y las exhortó encarecidamente a «tener un mismo sentir». Además, la primera mitad de Filipenses 2:3 —nuestro texto de hoy— muestra a Pablo indicando a los creyentes que no hagan nada por «ambición egoísta o vanagloria», lo que sugiere que, en efecto, existían conflictos entre ellos. Al parecer, la causa raíz de tales conflictos era la «vanagloria».

¿Qué es la «vanagloria»? El diccionario Naver la define de la siguiente manera: «Gloria que excede la propia condición y carece de sustancia, existiendo solo en la apariencia externa; o bien, una exhibición externa excesiva» (Internet). Si dentro de la iglesia hay personas que persiguen esa gloria vacía —buscando apariencias externas que van más allá de lo que les corresponde—, inevitablemente surgirán conflictos. Un ejemplo claro de esto se encuentra en el capítulo 16 del libro de Números. Coré (un levita) y Datán, Abiram y On (descendientes de Rubén) formaron una facción (v. 1) y reclutaron a «doscientos cincuenta jefes de la

congregación, escogidos de la asamblea, hombres de renombre» (v. 2); juntos, se alzaron contra su líder, Moisés (v. 2). Cuando se congregaron contra Moisés y Aarón, dijeron: «¡Basta ya de vosotros!» (v. 3). Argumentaron: «¡Toda la congregación es santa, todos ellos, y el Señor está en medio de ellos! ¿Por qué, pues, os exaltáis sobre la asamblea del Señor?» (v. 3). Al oír esto, Moisés primero se postró sobre su rostro y oró a Dios (16:4). Luego reprendió a Coré y a todo su grupo, diciendo: «¡Basta ya, hijos de Leví!» (v. 7). Moisés continuó preguntando a Coré y a los levitas: «¿Os parece poca cosa que el Dios de Israel os haya apartado de la congregación de Israel para acercaros a Él, para realizar la obra del tabernáculo del Señor y para estar delante de la congregación y ministrar para ella? Dios os ha acercado a Él a vosotros y a todos vuestros hermanos levitas; ¿es eso poca cosa? ¿Y aun así buscáis también el sacerdocio?». ¿Qué significa esto? Significa que Coré y los levitas consideraron insignificante la gracia de Dios. Aunque Dios los había apartado para servir en Su tabernáculo y ministrar en favor de la congregación, ellos tomaron a la ligera este precioso llamamiento. A pesar de que no era en absoluto un asunto trivial, lo menospreciaron y buscaron, en cambio, el sacerdocio —como el de Aarón—. Debido a que Coré y los levitas menospreciaron y trataron con ligereza el ministerio que Dios les había dado, se volvieron presuntuosos y dirigieron a Moisés y a Aarón palabras que iban mucho más allá de los límites que les correspondían. En última instancia, no solo habían desafiado a Moisés y a Aarón, sino al mismo Dios (v. 11). El resultado fue que Coré y todo su grupo, que se habían opuesto a Moisés y a Aarón, no pudieron escapar de la muerte (versículos 33, 35). Debemos guardarnos de pensar más allá de los límites que nos corresponden, y debemos tener cuidado de evitar palabras y acciones que excedan nuestra posición. Ante Dios, debemos pensar, hablar y actuar de manera apropiada a nuestra posición. No debemos hacer nada por ambición egoísta o por vanidad (Filipenses 2:3). Nunca debemos tratar como insignificante o trivial el ministerio que Dios nos ha confiado bondadosamente. Más bien, debemos servir con un corazón agradecido, humildad y un espíritu dispuesto y alegre en la función para la cual Dios, en su amor, nos ha apartado para servir.

¿Cuál era el sentir profundo detrás de la ferviente exhortación de Pablo a los creyentes de Filipos, quienes no estaban viviendo de una manera digna del evangelio de Cristo? En otras palabras, cuando Pablo los instaba a tener un mismo sentir, a compartir la misma mentalidad o a pensar de la misma manera, ¿qué clase de mentalidad tenía él en mente? Observemos el pasaje de hoy, Filipenses 2:3: «No hagan nada por egoísmo o vanidad; más bien, con humildad consideren a los demás como superiores a ustedes mismos». La mentalidad a la que se refiere Pablo es, sencillamente, la «humildad». Y esta humildad se define como «considerar a los demás mejores que a uno mismo» (versículo 3). ¿Cómo es esto posible? ¿Cómo podemos considerar a otros superiores a nosotros? En realidad, al mirar a otra persona, podríamos pensar: «Mi fe parece más fuerte y mi vida espiritual mejor que la suya»; entonces, ¿cómo podemos llegar a considerarlos mejores que nosotros? Encontré la respuesta en la segunda parte de Romanos 5:20: «... Pero donde el pecado abundó, sobreabundó la gracia». En otras palabras, cuanto más comprendemos la magnitud de nuestro pecado ante un Dios santo, más inevitablemente comprendemos la magnitud de la gracia de Dios hacia nosotros. Cuando eso sucede, nosotros —al igual que el apóstol Pablo— nos sentimos impulsados a confesar humildemente: «Porque yo soy el más insignificante de los apóstoles, que ni siquiera merezco ser llamado apóstol, pues perseguí a la iglesia de Dios» (1 Corintios 15:9). Sin embargo, en realidad, Pablo no era en absoluto inferior a los «superapóstoles» (2 Corintios 11:5; 12:11). No obstante, él confesó: «Soy el más insignificante de los apóstoles» (1 Corintios 15:9). Más tarde, en Efesios 3:8, Pablo confesó: «A mí, que soy menos que el más insignificante de todos los santos, se me concedió esta gracia...». Luego, hacia el final de su vida, confesó: «... de los cuales yo soy el primero» (2 Timoteo 1:15b). A medida que nos volvemos más humildes —no ante las personas, sino ante Dios—, somos capaces de considerar a los demás como superiores a nosotros mismos. Al hacerlo, podemos «servirnos los unos a los otros por amor» (Gálatas 5:13). Al hacerlo, podemos «amarnos los unos a los otros con afecto fraternal, honrándonos mutuamente» (Romanos 12:10).

Cuando todos atendemos la ferviente exhortación de Pablo y adoptamos un corazón humilde, nuestra iglesia puede glorificar a Dios con un mismo sentir y un mismo parecer. El corazón humilde que debemos adoptar no es otro que «la actitud de Cristo Jesús». Escuchen lo que dice el apóstol Pablo en Filipenses 2:5: «Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús». Cuando todos los miembros de nuestra iglesia adoptemos juntos el corazón humilde de Jesús, podremos hacer que el gozo del Señor sea completo.

«Aunque servir al Señor con humildad traiga muchas pruebas,
¡oh Salvador!, dame fuerzas para soportarlas bien».
(Nuevo Himnario n.º 212, estrofa 1).

En segundo lugar, una iglesia que hace completo el gozo del Señor posee el consuelo del amor.

¿Qué hace usted cuando atraviesa dificultades y necesita desesperadamente consuelo? En esos momentos, es natural que busquemos apoyo en nuestros familiares cercanos o amigos. Así, compartimos lo que llevamos en el corazón, llegando incluso a desahogarnos por completo. Sin embargo, por más que nos acerquemos a los demás en busca de consuelo, es posible que sigamos sintiéndolos como extraños (Salmo 69:8). Incluso podríamos terminar sintiéndonos más desanimados en lugar de comprendidos o reconfortados por ellos.

Números 32:7, en la Biblia, habla de aquellos que desanimaron al pueblo de Israel. No eran otros que los descendientes de Gad y de Rubén. ¿Cómo desanimaron las tribus de Gad y de Rubén a las demás tribus? Sucedió porque, en lugar de unirse a sus hermanos —las otras diez tribus— para luchar contra el pueblo de Canaán al otro lado del río Jordán, pidieron permiso a Moisés para establecerse en las tierras de Jazer y Galaad (versículos 1, 4 y 5), las cuales eran propicias para el ganado. Dijeron a Moisés: «Si hemos hallado gracia ante tus

ojos, que esta tierra sea dada a tus siervos en posesión; no nos hagas cruzar el Jordán» (versículo 5). Al oír esto, Moisés reprendió a los descendientes de Gad y de Rubén, preguntando: «¿Irán vuestros hermanos a la guerra mientras vosotros os quedáis aquí?» (versículo 6). Además, preguntó: «¿Por qué desalentáis al pueblo de Israel para que no cruce a la tierra que el Señor les ha dado?» (versículo 7). De este modo, los descendientes de Gad y de Rubén desalentaron a sus hermanos de las otras diez tribus. Sin embargo, Moisés señaló que no fueron solo ellos, sino también sus antepasados, quienes habían desalentado al pueblo de Israel (versículos 9, 14). Sus antepasados habían hecho que toda la nación de Israel perdiera el ánimo (Deuteronomio 1:28) debido a los informes negativos (Números 13:32; 14:35-36) de los diez espías enviados a la tierra de Canaán; esto llevó al pueblo a llorar toda la noche y a murmurar contra Moisés y Aarón (Números 14:1). En última instancia, la incredulidad de los antepasados de los gaditas y rubenitas —manifestada en los diez espías— no solo desalentó a los propios espías, sino que también desanimó a los israelitas que escucharon sus informes carentes de fe. Además, los propios gaditas y rubenitas desalentaron a la comunidad israelita al priorizar sus propios deseos egoístas, olvidando su responsabilidad hacia la comunidad en su conjunto. En resumen, al igual que sus antepasados, los gaditas y rubenitas desanimaron al pueblo de Israel porque —dicho de forma sencilla— no siguieron a Dios de todo corazón (véase el versículo 24).

Si no seguimos a Dios de todo corazón, podemos desalentar a todos en la comunidad a la que pertenecemos. Si no confiamos plenamente en Dios y albergamos incredulidad, podemos hacer que nuestros hermanos pierdan el ánimo. Es más, cuando no cumplimos fielmente nuestras responsabilidades, tanto individuales como comunitarias, dentro de la iglesia, podemos desalentar a los demás miembros del cuerpo de Cristo. Debemos ser fuentes de consuelo en lugar de desaliento. Así como el Espíritu Santo nos consuela, debemos vivir bajo su guía, consolando también a nuestro prójimo.

Observemos el pasaje de hoy, Filipenses 2:1: «...algún consuelo del amor...». Al escribir a los creyentes de la iglesia de Filipos, Pablo habla de «...algún consuelo del amor...». Mientras

que la Biblia coreana utiliza simplemente la palabra «amor», las versiones en inglés especifican «su amor», refiriéndose al amor de Cristo. Pablo exhortó encarecidamente a los hermanos y hermanas de la iglesia de Filipos a consolarse mutuamente con el amor de Cristo. ¿Por qué dio Pablo esta exhortación a los creyentes filipenses? Podemos encontrar la razón en Filipenses 1:30: «Ustedes están librando la misma lucha que vieron en mí y que ahora oyen que todavía tengo». La razón es que los creyentes filipenses, al igual que Pablo, estaban luchando por causa de Jesucristo y su evangelio; en otras palabras, estaban sufriendo (versículo 29). Dado que ellos —como Pablo— sufrían a manos de «aquellos que se oponen» a Jesucristo y al evangelio (versículo 28), Pablo les instó encarecidamente a consolarse unos a otros con el amor de Cristo. En este contexto, Pablo les dice en el pasaje de hoy —Filipenses 2:2— que tengan «un mismo sentir» y «un mismo amor». ¿Qué significa esto? Significa que, al enfrentar el sufrimiento, todos los creyentes debían amarse y consolarse mutuamente con ese mismo amor de Cristo. ¿Cómo, entonces, instruyó Pablo a amarse y consolarse mutuamente con este amor compartido de Cristo? Observemos Filipenses 2:4: «No busquen solo sus propios intereses, sino también los intereses de los demás, y así hagan completo mi gozo» [o, como lo expresa la *Biblia Coreana Contemporánea*: «No piensen solo en sus propios intereses; consideren también los intereses de los demás»]. La manera de consolarse mutuamente con el mismo amor de Cristo es considerar los intereses de los demás. En otras palabras, Pablo insta a los creyentes de Filipos a velar por los intereses de los otros en lugar de los suyos propios, para que puedan consolarse mutuamente con el amor mismo de Jesucristo. Esta exhortación a preocuparse por los asuntos de los demás implica que nuestro amor por el prójimo no debe ser un amor egoísta que busca solo el beneficio personal, sino más bien un amor altruista —como el de Jesús— que busca el bienestar de los demás. Parece que Pablo deseaba especialmente que los creyentes filipenses cuidaran de sus hermanos y hermanas con el amor altruista de Cristo; Él quería que buscaran los intereses de los demás en lugar de los propios, compartiendo así el mismo sentir en el Señor. Creo esto porque, en Filipenses 4:2, Pablo menciona por su nombre a Evodia y a Síntique, y las exhorta a «tener un mismo sentir en el Señor».

¿Qué sería de la iglesia si todos buscáramos únicamente nuestros propios intereses y nos ocupáramos solo de nuestros propios asuntos? ¿Qué aspecto tendría la iglesia si cada persona pensara, hablara, actuara y sirviera exactamente como le placiera? Tal iglesia jamás podría agradar al Señor. Además, es imposible sentir el amor de Cristo en una congregación donde las personas solo buscan su propio beneficio. ¿Qué dice la Biblia sobre el amor? En el famoso «capítulo del amor», 1 Corintios 13:5, se afirma que el amor «no busca lo suyo» (no es egoísta). Cuando Pablo exhorta a los creyentes de Filipos a amarse y consolarse mutuamente con «el mismo amor» (Filipenses 2:2), les está diciendo que no busquen sus propios intereses, sino los de los demás. ¿Cómo podemos, entonces, buscar los intereses de los otros? Henri Nouwen escribió en su libro **La espiritualidad del cuidado** (The Spirituality of Care): La palabra «kara» —raíz etimológica de **care** (cuidado)— significa afligirse, guardar luto, unirse al sufrimiento y compartir el dolor... Cuidar significa clamar junto a aquellos que están enfermos, confundidos, solos, aislados y olvidados; implica reconocer que su dolor también habita en nuestros propios corazones. Cuidar significa adentrarse en el mundo de los quebrantados y los desvalidos, y compartir la comunión allí, entre los débiles. También significa permanecer junto a quienes sufren y acompañarlos, incluso cuando no existe posibilidad de que la situación mejore (Nouwen). Si nos cuidáramos unos a otros con esta clase de atención, ¡qué gran fuente de consuelo seríamos los unos para los otros! Respecto a la frase «algún consuelo de su amor» que aparece en el texto de hoy (Filipenses 2:1), el pastor John MacArthur explica el significado de la palabra griega para «consuelo» de la siguiente manera: describe al Señor acercándose a un creyente y susurrándole al oído palabras de suave aliento o tierno consejo. Creo que cuando nosotros, al igual que Jesús, buscamos consolar a un hermano con el amor de Cristo, también debemos acercarnos a él y susurrarle palabras de suave aliento u ofrecerle un tierno consejo.

En una ocasión reflexioné sobre el «ministerio del consuelo», centrándome en el pasaje de Hechos 15:35-41. En aquel momento, reflexioné sobre tres formas de llevar a cabo este ministerio de consuelo. (1) En primer lugar, para cumplir con el ministerio de consuelo,

debemos tener un encuentro genuino con el Señor; un encuentro en el que nos interese por la condición espiritual de los demás. (2) En segundo lugar, para ejercer el ministerio de consuelo, no debemos contender entre nosotros; dicho de otro modo, debemos vivir en armonía. Pablo y Bernabé tuvieron un fuerte desacuerdo y se separaron a causa de la decisión de llevar o no a Juan Marcos en su viaje para volver a visitar los campos misioneros de su primer recorrido. Lo que aprendemos de esto... La lección es que debemos aprender a moderar adecuadamente nuestro celo por el Señor. Nuestro celo no debe desbordarse hasta el punto de volverse incontrolado (Calvino). (3) En tercer lugar, para llevar a cabo el ministerio de consuelo, debemos fortalecer la iglesia. ¿Cómo puede fortalecerse la iglesia? La iglesia se mantiene firme cuando escucha la Palabra de Dios y la fe crece. Este es el verdadero ministerio de consuelo. Cuando cumplimos fielmente este ministerio de consuelo en el Señor, podemos llevar el gozo del Señor a su plenitud.

En tercer lugar, una iglesia que lleva el gozo del Señor a su plenitud experimenta la comunión del Espíritu Santo.

En una ocasión hablé con líderes del ministerio de habla inglesa y les pregunté qué opinaban sobre por qué la gente deja la iglesia al entrar en la universidad. Un hermano comentó que faltar a la iglesia una o dos veces puede convertirse fácilmente en un hábito. Otro hermano sugirió que tal vez se debía a la falta de "socialización" dentro de la iglesia, pero también utilizó otra palabra en inglés: *fellowship* (comunión). Parecía utilizar "socialización" y "comunión" como sinónimos. ¿Qué opinan ustedes? Personalmente, creo que "comunión" es uno de los términos cristianos que más se malinterpretan dentro de la iglesia. Este malentendido surge porque muchos creyentes confunden la comunión con la mera "actividad". Sin embargo, la comunión no es una actividad, sino una "relación" (Jerry Bridges). Debemos construir relaciones con nuestros hermanos y hermanas en la comunidad (comunión horizontal) y, al mismo tiempo, edificar nuestra relación con Dios mediante una comunión íntima (comunión vertical).

El pasaje bíblico de Hechos 2:42 habla de cómo los miembros de la iglesia primitiva "tenían comunión unos con otros". La palabra griega para "comunión" en este contexto, **koinonia**, abarca dos significados. El primero es compartir mutuamente (participación recíproca), y el segundo es dar a otros lo que uno posee (impartir o distribuir). La comunión entre creyentes de la que hablamos no consiste simplemente en compartir una comida y mantener conversaciones agradables. No significa únicamente jugar en un ambiente cristiano o charlar sobre los sucesos de la semana anterior. Tales cosas se hacían incluso antes de nacer de nuevo. Aquí estaba implicada una nueva forma de compartir: específicamente, "compartir lo aprendido de la Palabra de Dios y orar juntos", "ofrecer oración intercesora por las luchas de otros creyentes" y "compartir las propias posesiones unos con otros". ¿Qué es, entonces, la "comunión" mencionada en Hechos 2:42? En el griego original se utiliza el artículo definido, refiriéndose a "**la** comunión". ¿A qué se refiere "**la** comunión"? Se refiere a la "comunión del Espíritu Santo". En el día de Pentecostés, en medio de la poderosa obra del Espíritu Santo, lo que compartían los aproximadamente 3.000 nuevos creyentes era el Espíritu Santo que moraba en ellos. Así, vemos que la iglesia primitiva de Jerusalén se dedicaba a la comunión del Espíritu Santo. La comunión del Espíritu es una característica natural de una comunidad del Espíritu. Por tanto, la iglesia primitiva de Jerusalén no era simplemente una comunidad centrada en el ser humano y unida por la reunión de personas; era una comunidad de comunión en el Espíritu Santo, con el Espíritu Santo en su mismo centro y núcleo (Yoo Sang-seop). Observemos el pasaje de hoy, Filipenses 2:1: "...si hay alguna comunión con el Espíritu...". Al escribir a los santos de la iglesia de Filipos, Pablo los exhorta fervientemente a participar en la "comunión con el Espíritu". El propósito de esta exhortación es la unidad de la iglesia. Aunque existen diversos dones (1 Corintios 12:4), diversos ministerios o servicios (v. 5) y diversas funciones (v. 6) dentro de la iglesia, "un mismo Espíritu hace todas estas cosas, repartiendo a cada uno en particular como él quiere" (v. 11). Dentro de la iglesia —el cuerpo del Señor—, Dios ha «colocado a los miembros, cada uno de ellos, en el cuerpo tal como Él quiso» (v. 18); específicamente, Dios ha «formado el cuerpo... para que no haya división en el cuerpo, sino que los miembros tengan el mismo cuidado unos por otros» (vv. 24-25). Por tanto, nuestra responsabilidad es

«mantener la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz» (Efesios 4:3). ¿Cómo podemos, entonces, preservar diligentemente la unidad que el Espíritu Santo ha creado? En el pasaje de hoy, Filipenses 2:2, Pablo insta a los santos de la iglesia de Filipos a estar «unidos en espíritu». ¿Qué significa esto? Literalmente, describe a personas estrechamente unidas en armonía como «una sola alma», que comparten los mismos deseos, pasiones y ambiciones. En Filipenses 1:27 —un pasaje sobre el que ya hemos reflexionado—, el apóstol Pablo exhortó a los creyentes de Filipos a «vivir de una manera digna del evangelio de Cristo». Aprendimos que tal vida digna del evangelio implica «estar firmes en un mismo espíritu, combatiendo unánimes por la fe del evangelio». Aquí, la expresión «unánimes» (o «un mismo sentir») se refiere a la «voluntad y el deseo». Pablo exhorta a los creyentes a adoptar una mentalidad unificada, caracterizada por la humildad del Señor, y a llevar a cabo la obra del Señor con una voluntad y una pasión compartidas, a fin de cumplir Su voluntad.

¿Cómo podemos unir fuerzas y ayudarnos mutuamente para llevar a cabo la obra del Señor con un "propósito unificado"? Si cada uno de nosotros actúa según sus propios pensamientos y voluntades, no podremos servir a la iglesia del Señor —Su cuerpo— con un mismo corazón y una misma mente; más bien, simplemente perseguiríamos la obra del Señor basándonos en nuestros propios deseos e intenciones individuales. Sin embargo, si todos dejamos de lado nuestras voluntades personales y buscamos juntos la voluntad del Señor, podremos cooperar para realizar Su obra con unidad de corazón y propósito. Por tanto, todos debemos apartar nuestra propia voluntad y buscar juntos la voluntad del Señor. Para ello, debemos orar a Dios siguiendo la guía del Espíritu Santo: "Dios, que no se haga según mi voluntad, sino según la Tuya". Además, debemos participar en el proceso de *gurejil* (ajuste preciso o trazado de contornos). ¿Qué es el *gurejil*? Al construir una casa tradicional coreana (*hanok*), el primer paso suele ser colocar las *juchu*: las piedras de cimentación que sostienen los pilares. Solo después de colocar estas piedras se erigen los pilares directamente sobre ellas. Luego, se levanta la estructura conectando los pilares con vigas horizontales. No obstante, existe un paso crucial al colocar un pilar sobre la piedra de cimentación: el *gurejil*. Dado que las piedras de cimentación suelen ser rocas naturales,

incluso una piedra ancha y plana rara vez ofrece una superficie que permita al pilar mantenerse perfectamente erguido por sí solo. Por ello, se requiere un trabajo preparatorio para asegurar que la superficie del pilar encaje con precisión en la superficie de la piedra de cimentación; este proceso se denomina *gurejil*. El método es sencillo: se talla y se rebaja la base del pilar para que se adapte perfectamente a la forma de la piedra de cimentación. No se altera la piedra angular de la base en sí; en su lugar, siempre se da forma y se recorta la base del pilar para que encaje con dicha piedra. La referencia siempre es la piedra angular, no el pilar. Cuanto más hábilmente se realice este proceso de ajuste —conocido en inglés como *scribing*—, más segura y sólida será la casa. Al reflexionar sobre esto, pensé en el "ajuste espiritual". La escritura espiritual consiste simplemente en vivir una vida que sigue la Palabra del Señor, quien es nuestra Roca (Mateo 7:24). En otras palabras, significa no limitarse a clamar «Señor, Señor», sino hacer la voluntad de nuestro Padre celestial (versículo 21). El punto crucial aquí es que, así como la piedra angular —y no la columna— sirve de referencia en la construcción, el Señor y su voluntad deben ser la norma para nuestras vidas. Esto significa que debemos alinear nuestra voluntad con la suya, en lugar de intentar ajustar su voluntad a la nuestra; tal como la columna debe ser labrada para encajar con la piedra angular, y no al revés. Como discípulos de Jesús, debemos vivir únicamente conforme a la voluntad del Señor, guiados por el Espíritu Santo. Al hacerlo, toda nuestra familia eclesial podrá brindar plenitud de gozo al Señor, quien es la Cabeza de la iglesia.

En cuarto y último lugar, una iglesia que brinda plenitud de gozo al Señor es una iglesia caracterizada por la compasión y la misericordia.

El lema de nuestra iglesia para este año es «Con el corazón de Jesucristo». El versículo que acompaña a este lema es Filipenses 1:8: «Dios me es testigo de cómo los anhele a todos con el corazón de Jesucristo». Nuestra meta para este año es amar a nuestro prójimo con el corazón de Jesucristo. Durante el culto de Año Nuevo, se nos enseñó que debemos amar a nuestro prójimo; específicamente, anhelarlo con el corazón de Jesucristo (v. 8), sentir compasión por él (Jer. 31:20) e incluso anhelarlo con un celo nacido del amor (Santiago 4:5).

Además, se nos desafió a tener siempre presente a nuestro prójimo y a orar por él con el corazón de Jesucristo (Fil. 1:9–11). También se nos exhortó, mediante la Palabra, a participar en la obra del Evangelio con el corazón de Jesucristo al recibir el nuevo año (v. 5). Al mirar atrás y considerar los últimos once meses, ¿qué tan cerca cree que ha estado de alcanzar estas metas? ¿Realmente anhelamos a nuestro prójimo —incluso con un anhelo celoso— al tiempo que sentíamos compasión por él? ¿Nos hemos acordado constantemente de nuestro prójimo y hemos orado por él a Dios? ¿Hemos participado en la obra del Evangelio con el corazón de Jesucristo? ¿Ha habido momentos en los que hemos mirado a nuestro prójimo, hemos orado por él con un corazón compasivo y nos hemos preocupado por él o le hemos ayudado?

Consideremos el texto de hoy, la última parte de Filipenses 2:1: «...si hay algún afecto y compasión». La palabra traducida aquí como «afecto» es la misma palabra griega utilizada para «afecto» (o «corazón») en Filipenses 1:8. Así como Pablo, escribiendo desde la prisión en Roma, anhelaba a los santos de la iglesia de Filipos con el corazón de Jesucristo (1:8), los exhorta a que ellos también se anhelan mutuamente con la compasión de Cristo (2:1). Consideremos 1 Juan 3:17-18: «Si alguien tiene bienes materiales y ve a un hermano en necesidad pero no se compadece de él, ¿cómo puede el amor de Dios estar en él? Queridos hijos, no amemos de palabra ni de lengua, sino con hechos y en verdad». Si uno ama y aprecia al prójimo con el corazón compasivo de Jesucristo, no cerraría —es más, no podría cerrar— su corazón al ver a un hermano en necesidad. Tampoco se limitaría a ofrecer palabras vacías —diciendo cosas como «Qué lástima» o «Siento mucho lo que te pasa»— sin pasar a la acción. En cambio, movido por el amor de Dios, ayudaría a ese hermano necesitado mediante actos genuinos y sinceridad. La manera de profundizar esta clase de compasión en las relaciones entre hermanos es acogerse y obedecerse mutuamente a través del amor de Cristo. Un ejemplo excelente de esto se encuentra en 2 Corintios 7:15: «Y su afecto por ustedes es aún mayor cuando recuerda que todos fueron obedientes, recibéndolo con temor y temblor». En este pasaje, Pablo dice a los creyentes de Corinto que el afecto de Tito —su corazón, amor y compasión— hacia ellos se profundizó porque

recordaba cómo lo habían acogido y obedecido con temor y temblor durante su visita. Además, Pablo señaló que el espíritu de Tito fue reconfortado por los creyentes de Corinto (versículo 13); en otras palabras, Tito cobró fuerzas y ánimo gracias al amor y al consuelo de ellos. Al ver a Tito en ese estado, Pablo no solo se sintió reconfortado, sino que también «se alegró aún más» (versículo 13). Entonces, ¿cuál es el significado de la «compasión» de la que habla Pablo en el texto de hoy, Filipenses 2:1? La palabra inglesa **compassion** (compasión) deriva de las raíces latinas **pati** (sufrir) y **cum** (con), combinándose para significar «sufrir juntos». En su libro **Compassion**, Henri Nouwen escribió: «La compasión nos pide ir adonde hay heridas, entrar en los lugares de dolor y compartir el quebranto, el miedo, la confusión y la angustia». Jesús dijo: «Sed misericordiosos, así como vuestro Padre es misericordioso» (Lucas 6:36). La misericordia de Dios Padre que aquí se manifiesta implica amar a los enemigos y mostrar bondad incluso hacia los ingratos y los malvados. Jesús nos otorgó su misericordia al expiar nuestros pecados. Habiendo experimentado tal misericordia de parte de Jesús, debemos mostrar misericordia y brindar ayuda al prójimo necesitado (Mateo 6:2–4; cf. Santiago 1:27); y si hay quienes nos agravian, debemos sentir compasión por ellos y perdonarlos (Mateo 18:35). Al hacerlo, recibiremos la bendición que el Señor promete —«alcanzar misericordia» (Mateo 5:7)— y el Señor tendrá compasión de nosotros, perdonándonos y ayudándonos.

En el pasaje de hoy, Filipenses 2:1, Pablo habla a los creyentes de la iglesia de Filipos sobre el "afecto y la compasión", pues desea que vivan con un propósito unificado, impulsados por corazones compasivos. Observemos Filipenses 2:2: "teniendo el mismo sentir, manteniendo el mismo amor, unidos en espíritu, enfocados en un mismo propósito". La frase "enfocados en un mismo propósito" corresponde a una sola palabra en el griego original, la cual ha sido bien captada por las traducciones al inglés. Esta palabra denota tener una intención o meta específica y singular. Aparece nuevamente en Filipenses 2:5: "Haya, pues, en vosotros esta actitud..." Aquí, la expresión "haya en vosotros esta actitud" se refiere a una mentalidad o disposición de ánimo: la determinación de avanzar hacia un propósito concreto. En otras palabras, Pablo exhorta a los creyentes filipenses a hacer de la

"mente de Cristo Jesús" su meta y a esforzarse por alcanzar ese objetivo. Y la mente de Jesús se caracteriza no solo por la humildad, sino también por el "afecto y la compasión". A través de esta carta, Pablo insta encarecidamente a toda la congregación a valorarse, amarse y consolarse mutuamente, y a compartir una verdadera comunión en el Señor, todo ello encarnando ese mismo corazón compasivo.

¿No deberíamos atender esta ferviente exhortación de Pablo? ¿No deberíamos todos adoptar el corazón compasivo y misericordioso de Jesucristo, tal como aconsejó Pablo? Con ese corazón, debemos valorarnos, amarnos y consolarnos unos a otros, extendiendo misericordia y compasión, y compartiendo así una verdadera comunión en el Señor. Al hacerlo, nuestra iglesia puede convertirse en un lugar lleno del gozo del Señor.

Debemos brindar plenitud de gozo al Señor, quien es la Cabeza de la iglesia. Para lograrlo, debemos animarnos mutuamente en Cristo; específicamente, manteniendo un mismo sentir. Esto requiere que no hagamos nada por ambición egoísta o vanidad. Además, debemos amarnos y consolarnos unos a otros con el amor de Cristo. Hemos de velar por los intereses de los demás en lugar de buscar únicamente los nuestros; debemos practicar un amor altruista que busque el bienestar del prójimo, tal como Jesús amó. También debemos procurar la comunión en el Espíritu Santo y unificar nuestros propósitos bajo Su guía. Debemos dejar de lado nuestras agendas individuales para compartir y buscar juntos la voluntad del Señor. Con corazones llenos de compasión y misericordia, debemos avanzar hacia una meta común. Es mi oración que nuestra iglesia progrese con un mismo corazón y un mismo sentir, guiada por el Espíritu Santo y centrada únicamente en la gloria de Dios, brindando así plenitud de gozo al Señor, la Cabeza de la iglesia.

«Un mismo sentir»

«...que tengáis el mismo sentir, teniendo el mismo amor, unánimes y sintiendo una misma cosa» (Filipenses 2:2).

El ministerio de mujeres reviste gran importancia dentro de la iglesia. Así como las mujeres que rodeaban a Jesús le amaban y le servían, las hermanas de la iglesia que aman a Jesús y sirven a la iglesia —su cuerpo— son verdaderamente valiosas. Su servicio abnegado y sus oraciones fervientes son aspectos indispensables de su ministerio. A menudo, las mujeres más jóvenes sirven a la iglesia con abnegación, mientras que las mayores mantienen una vida de oración constante. Su servicio y sus oraciones embellecen a la iglesia y la fortalecen. Su ternura maternal (1 Tesalonicenses 2:7) y su cálida bondad iluminan a la comunidad eclesial. Sin embargo, considero que la contienda (Filipenses 2:3) es uno de los peligros potenciales en el ministerio de mujeres. Por supuesto, la contienda no se limita a hombres o mujeres; debido a nuestra naturaleza pecaminosa inherente, todos podemos vernos envueltos en disputas y conflictos dentro de la iglesia. Al parecer, existía tal contienda en la iglesia de Filipos (2:3). Respecto al conflicto entre las hermanas Evodia y Síntique (4:2), Pablo las exhortó a «ponerse de acuerdo en el Señor» (4:2). En efecto, todos los santos de la iglesia deben compartir un mismo sentir en el Señor. Al hacerlo, demostramos al mundo que el cuerpo de Jesucristo es uno solo. En otras palabras, debemos preservar la unidad de la iglesia; concretamente, debemos esforzarnos por mantener esa unidad aun en medio de nuestra diversidad.

Podemos vernos envueltos en disputas dentro de la iglesia debido a motivos impuros (1:17). Tales contiendas pueden alimentarse de nuestra propia vanidad (2:3) o soberbia. El apóstol

Santiago preguntó: «¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros?» (Santiago 4:1). A causa de la «codicia» y la «envidia» (v. 2) que hay en nosotros, podemos llegar a discutir y pelear unos con otros. Al odiar a nuestros hermanos y hermanas en el corazón, incluso cometemos el pecado de homicidio (Santiago 4:2; 1 Juan 3:15). Por lo tanto, el pasaje de Filipenses 2:2 es increíblemente relevante e importante para nosotros hoy en día. Nuestra iglesia debe prestar atención a esta exhortación de Pablo. El apóstol Pablo ofrece tres exhortaciones específicas: (1) tener un mismo sentir (o una misma mentalidad), (2) compartir el mismo amor y (3) estar unidos en un mismo propósito.

En primer lugar, debemos tener un mismo sentir.

¿Cómo es esto posible? Cada uno de nosotros tiene su propia mentalidad; ¿cómo pueden mentes tan diversas llegar a ser una sola? Solo hay una manera: adoptar la mentalidad de Jesús. Observemos Filipenses 2:5: «Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús». Si todos abrazamos la mentalidad de Jesús y nos esforzamos por ser como Él, ciertamente podremos compartir un mismo sentir. Debemos adoptar una mentalidad humilde que, al igual que la de Jesús, se humilla a sí misma. Debemos preservar la unidad de la iglesia «estimando a los demás como superiores a nosotros mismos» (v. 3).

En segundo lugar, debemos compartir el mismo amor.

Ese amor no es otro que el amor de Dios. Debemos poseer el amor de Dios y usarlo para amarnos unos a otros. Romanos 5:5 afirma que «el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado». En otras palabras, el amor de Dios —junto con el Espíritu Santo— reside en aquellos de nosotros que creemos en Jesús. Debemos llenarnos cada vez más de ese amor; específicamente, debemos llenarnos de amor, el cual es un fruto del Espíritu Santo. Con este fin, debemos orar a Dios como lo hizo Pablo: «...que vuestro amor abunde aún más y más en ciencia y en todo conocimiento»

(Filipenses 1:9). Además, debemos amarnos unos a otros con este amor abundante de Dios. Debemos consolarnos mutuamente con el amor de Dios (2:1) y compartir en comunión dentro de ese amor (versículo 1). No debemos buscar solo nuestros propios intereses, sino también los intereses de los demás (versículo 4). Al hacerlo, podremos mantener la unidad de la iglesia en medio de nuestra diversidad.

En tercer lugar, debemos tener un mismo sentir.

Para lograrlo, debemos dejar de lado nuestra propia voluntad y abrazar la voluntad del Señor. En otras palabras, la voluntad del Señor debe convertirse en la nuestra. Al igual que Jesús, debemos orar: «pero no se haga mi voluntad, sino la tuya» (Marcos 14:36). Debemos esforzarnos por dejar de lado nuestros propios deseos y cumplir la voluntad del Señor. Así como Jesús obedeció hasta la muerte en la cruz para cumplir la voluntad del Padre, nosotros debemos estar dispuestos a entregar nuestra vida para llevar a cabo la voluntad del Señor. Esa voluntad del Señor consiste en «vivir de una manera digna del evangelio de Cristo» (Filipenses 1:27). Debemos «mantenernos firmes en un mismo espíritu, luchando unánimes por la fe del evangelio» (versículo 27). Cuando nos mantenemos firmes en un mismo espíritu y cooperamos con un mismo sentir por causa del evangelio, somos capaces de preservar la unidad de la iglesia. El apóstol Pablo y su hijo espiritual, Timoteo, fueron quienes permanecieron unidos y cooperaron con un mismo propósito en favor de la fe del evangelio (2:19–22). Estos dos colaboradores tenían «un mismo sentir» (v. 20); es decir, Pablo y Timoteo compartían la misma intención. Pablo, quien enviaba, y Timoteo, quien era enviado, trabajaron juntos por la fe de los hermanos y hermanas en el evangelio, unidos por la voluntad del Señor. También compartían el mismo amor: amaban a sus compañeros creyentes con el amor de Dios. Se preocupaban sinceramente por el bienestar de sus hermanos y hermanas (v. 20). Estaban unidos de corazón, buscando no sus propios intereses, sino únicamente las cosas de Jesucristo (v. 21). Nosotros también debemos imitar la vida ejemplar de Pablo y Timoteo —quienes se esforzaron por cumplir la voluntad del Señor, impulsados por el corazón de Él y por el amor de Dios—, tal como fueron llamadas

a hacerlo Evodia y Síntique, mujeres líderes en la iglesia de Filipos. Que nuestra iglesia preserve diligentemente su unidad, glorificando así a Dios y convirtiéndose en un ejemplo resplandeciente para el mundo.

La causa de las contiendas dentro de la iglesia

«No hagan nada por egoísmo o vanidad» (Filipenses 2:3a).

Una de las causas de las contiendas dentro de la iglesia es la vanidad (Fil. 2:3). Si hay personas que persiguen una gloria meramente superficial —carente de sustancia y que excede los límites que les corresponden—, inevitablemente surgirán conflictos en la iglesia. Un ejemplo claro de esto es la «iglesia en el desierto» (Hechos 7:38).

Si consideráramos a la iglesia en el desierto como una iglesia presbiteriana, Moisés sería el pastor y Aarón el anciano. El cuerpo de ancianos estaría compuesto por Moisés (el anciano docente o pastor) y Aarón (el anciano gobernante). Sin embargo, un grupo de hombres —Coré (un levita) junto con Datán, Abiram y On (descendientes de Rubén)— formó una facción (Núm. 16:1). (Resulta desconcertante por qué ciertas personas dentro de la iglesia forman tales facciones). Reclutaron a 150 líderes prominentes de la congregación israelita —figuras clave dentro de la iglesia— para unirse a ellos y rebelarse contra el pastor Moisés y el anciano Aarón (v. 2). (Uno se pregunta cómo aquellos que fueron reclutados pudieron carecer de tal discernimiento espiritual). Desafiaron a los dos líderes diciendo: «¡Ya basta! Toda la congregación es santa, todos ellos, y el Señor está en medio de ellos. ¿Por qué, entonces, se ponen por encima de la asamblea del Señor?» (v. 3). Al oír esto, el pastor Moisés primero se postró rostro en tierra y clamó a Dios (v. 4). (¿Qué más podía hacer? Un pastor no tiene más remedio que clamar a Dios). Luego, el pastor Moisés reprendió a Coré y a todo su grupo diciendo: «¡Ustedes, levitas, han ido demasiado lejos!» (versículo 7). ¿De qué manera habían sobrepasado sus límites Coré y sus seguidores? Habían menospreciado la gracia de Dios. Trataron a la ligera el precioso oficio que Dios les había conferido:

apartarlos para servir al pueblo de Israel en el Tabernáculo (versículo 9). En consecuencia, codiciaban el sacerdocio, al igual que Aarón. Al subestimar y restar importancia al papel que Dios les había asignado, albergaron pensamientos que excedían su posición legítima —una arrogancia que los llevaba a exaltarse a sí mismos—, lo que los impulsó a hablar y actuar con presunción frente al pastor Moisés y al anciano Aarón. Se comportaron de este modo porque sus corazones estaban llenos de vanidad; desafiaron el liderazgo de la iglesia del desierto porque perseguían una gloria vana. La Biblia afirma que, al hacerlo, no solo se oponían al pastor Moisés y al anciano Aarón, sino también a Dios, quien había designado a ambos líderes sobre la iglesia del desierto (versículo 11).

Así como hubo personas en la iglesia del desierto que, llenas de vanidad, pensaron, hablaron y actuaron más allá de los límites que les correspondían, hoy existe —dentro de una gran iglesia urbana (¿quizás una megaiglesia?)— una figura «al estilo de Coré», llena de vanidad. Esta persona forma facciones, recluta a miembros influyentes o destacados de la congregación y provoca conflictos y problemas en el seno de la iglesia. Resulta asombroso —casi increíble— cómo un solo individuo puede causar problemas tan graves en una iglesia. ¿Por qué está causando tal conmoción en este momento? ¿Cuál es, en realidad, su verdadera intención? Me vienen a la mente las palabras de Santiago 4:1-2: «¿De dónde surgen las guerras y los conflictos entre ustedes? ¿No es precisamente de las pasiones que luchan en su interior? Desean algo y no lo consiguen, así que matan. Codician, pero no pueden obtener lo que quieren, por lo que pelean y hacen la guerra. No tienen porque no se lo piden a Dios». En este momento, él está provocando conflictos porque lo impulsan los deseos que luchan en su interior; y la razón de que discuta tanto es que está consumido por la codicia. ¿Qué es exactamente lo que codicia? Quizás, aspirando a una posición muy superior a la suya, desee ser exaltado ante la congregación. Tal vez busque una gloria hueca: una apariencia externa vacía, carente de verdadera sustancia. Sin embargo, al no conseguir lo que ansía a pesar de su búsqueda codiciosa, pelea y discute aún más. ¿Quién es esta persona? ¿Quién, dentro de la iglesia presbiteriana, está lleno de vanidad, pensando,

hablando y actuando más allá de sus límites y provocando así conflictos? ¿Podría ser un anciano de la iglesia? ¿Podría ser un pastor?

Se trata de un asunto verdaderamente grave. Me parece que el problema principal dentro de la iglesia presbiteriana no reside en los miembros laicos, sino en los propios pastores y ancianos. ¿Por qué ven los ancianos al pastor con tanto desagrado? ¿Acaso el anciano Aarón —tan elocuente al hablar— guardaba resentimiento hacia Moisés por su falta de elocuencia y quiso expulsarlo de la congregación en el desierto? ¿Son realmente tan superiores los ancianos como para considerar al pastor inaceptable? Y, a su vez, ¿por qué el pastor ve a los ancianos con tanto desagrado? ¿Acaso Moisés —quien hablaba cara a cara con Dios (Éxodo 33:11)— disciplinó al anciano Aarón por permitir que la congregación de Israel cayera en el desenfreno (32:25) y lo despojó de su cargo de anciano? ¿Cómo puede haber paz en una iglesia cuando el pastor y los ancianos —los propios miembros del consejo de la iglesia— no logran tener un mismo sentir y, en cambio, contienden entre sí?

Pastores y ancianos, la congregación está sufriendo daño en este momento. Los miembros están abandonando la iglesia. Nuestra iglesia enfrenta el reproche público, no solo del mundo, sino también de otros creyentes de otras iglesias. Estamos entristeciendo el corazón del Señor, quien vela por nuestra iglesia. Pastores y ancianos, por favor, dejen de pelear. Por favor, reconcíliense y vivan en armonía. Por favor, tengan un mismo sentir. Oro para que adopten el corazón humilde de Jesús (Filipenses 2:3, 5).

Debemos tener la mente de Cristo Jesús.

[Filipenses 2:5–11]

¿Goza usted de buena salud? Es probable que todos nos preocupemos por nuestra salud. Yo también comencé a interesarme por mi salud y a hacer ejercicio para cuidarla cuando rondaba los treinta y tantos años. Sin embargo, cuanto más tiempo vivo una vida de fe, más me doy cuenta de cuán importante es la salud del corazón en comparación con la salud física. El versículo bíblico que me hizo comprender esto es Proverbios 4:23: «Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida». ¿Cómo podemos guardar adecuadamente nuestro corazón? ¿Cómo debemos cuidar la salud de nuestro corazón? En una ocasión escribí y compartí un breve texto titulado «Guardar bien el corazón», que decía: «Cuando la duda hacia Dios comienza a surgir en el corazón, se convierte en incredulidad; la incredulidad conduce a quejas y resentimientos nacidos de la insatisfacción; y, en última instancia, desemboca en la desobediencia a los mandamientos de Dios. Por tanto, debemos guardar nuestro corazón con mayor cuidado aún que nuestra salud física». ¿Está sano su corazón en este momento? La iglesia solo puede estar sana cuando nuestros corazones están sanos. Un corazón sano es aquel que confía plenamente en Dios y le ama. Es también un corazón que ama a los hermanos y hermanas con el amor de Dios. Por eso Pablo, en su carta a los santos de Filipos, habló de que ellos estaban «en [su] corazón» (Fil. 1:7), les instó a «estar firmes en un mismo espíritu» (1:27) y les exhortó a tener «un mismo sentir» (2:2) y a «compartir el mismo sentir» (2:2).

En este contexto, Pablo exhortó fervientemente a los santos de Filipos en el pasaje de hoy, Filipenses 2:5: «Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús».

Centrándome en este pasaje y en el tema «Debemos adoptar la mente de Cristo Jesús», deseo reflexionar sobre tres aspectos de la mente de Jesús que todos deberíamos adoptar, y oro para que aceptemos y obedezcamos las lecciones que el Señor nos imparte. En primer lugar, la mentalidad de Cristo Jesús que todos debemos adoptar es la actitud de no considerar la igualdad con los demás como algo que deba retenerse o aprovecharse para beneficio propio.

Observemos el texto de hoy, Filipenses 2:6: «Quien, siendo por naturaleza Dios, no consideró la igualdad con Dios como algo que debía usar para su propio beneficio». Según la clasificación de igualdad de género de 2014 publicada el 28 de octubre por el Foro Económico Mundial (WEF, por sus siglas en inglés) en Suiza, Corea del Sur ocupó el puesto 117 de entre los 142 países analizados. Esto supone un descenso de seis posiciones respecto a la clasificación del año anterior, en la que ocupaba el puesto 111. Estas clasificaciones se determinan cuantificando las brechas de género en ámbitos como el empleo, las oportunidades educativas, la salud y la participación política; mientras Corea del Sur permanecía en los últimos lugares, Islandia ocupaba el primer puesto, seguida por las naciones nórdicas —Finlandia, Noruega, Suecia y Dinamarca—, que completaban los cinco primeros lugares. En Asia, Filipinas ocupaba la posición más alta, en el noveno puesto, mientras que China se situaba en el 87.º y Japón en el 104.º. Entonces, ¿cuál es la razón de la baja posición de Corea del Sur en cuanto a igualdad de género? La causa principal señalada para esta desigualdad son los «estereotipos sobre los roles de género» (47,8 %). Otras razones citadas incluyen las «diferencias físicas entre hombres y mujeres» (22,5 %), las «diferencias en las relaciones sociales e interpersonales» (10,8 %) y las «disparidades de género en cuanto a las cargas de las tareas domésticas y el cuidado de los hijos» (9,3 %) (Internet).

¿Qué dice la Biblia sobre la igualdad de género? Al leer la Biblia, uno podría tener la impresión de que discrimina a las mujeres. Un ejemplo de ello es 1 Corintios 14:34, donde Pablo, al escribir a los creyentes de Corinto, afirmó: «Las mujeres deben guardar silencio en

la iglesia». Tal pasaje podría dar fácilmente la impresión de discriminación contra las mujeres dentro de la iglesia. Sin embargo, no es así. Según el profesor Lee Sang-won, del Seminario Teológico de la Universidad Chongshin en Corea, un hecho crucial que cabe señalar aquí es que el mandato de Pablo de «guardar silencio» no iba dirigido únicamente a las mujeres; era una orden dada a todos los creyentes de la iglesia. Podemos comprobar esto observando el versículo que precede inmediatamente a la instrucción de que las mujeres guarden silencio: «como en todas las iglesias de los santos» (versículo 33). ¿Por qué, entonces, Pablo ordenó a todos los creyentes de la iglesia de Corinto que «guardaran silencio»? La razón es que había muchas personas en la iglesia de Corinto que habían recibido el don de hablar en lenguas; como todos hablaban en lenguas simultáneamente, la iglesia se había vuelto un caos. Pablo ordenó a la congregación «guardar silencio» para instarlos a abstenerse de hablar en lenguas durante los cultos públicos donde se reunía mucha gente. Sin embargo, dado que la mayoría de quienes habían recibido el don de lenguas eran mujeres, él se dirigió específicamente a ellas al dar la orden de guardar silencio. En otras palabras, quería decir que, si alguien desea hablar en lenguas, debe hacerlo en voz baja y en un lugar donde no moleste a los demás; de ninguna manera se trataba de una orden que prohibiera a las mujeres hablar en la iglesia o enseñar a otros creyentes (Internet).

El libro del Génesis... El versículo 27 del capítulo 1 afirma que Dios creó al «hombre» — específicamente «varón y hembra»— a su propia imagen. Esto implica que Dios creó a hombres y mujeres como iguales. No obstante, Dios dotó a cada uno de personalidades, características y funciones distintas, adecuadas a sus respectivos géneros. Así, capacitó a hombres y mujeres para cooperar y cumplir el llamado que les otorgó. Un ejemplo claro es el mandato divino de «ser fecundos y multiplicarse»; este es un llamado que ni el hombre ni la mujer podrían cumplir por sí solos. Al fin y al cabo, un bebé solo puede ser concebido cuando el espermatozoide aportado por el hombre se une al óvulo aportado por la mujer. Es mediante la procreación como se puede obedecer el mandato de Dios de ser fecundos y multiplicarse.

El Dios en quien creemos es el Dios Trino. En otras palabras, Dios Padre, Dios Hijo (Jesús) y Dios Espíritu Santo son idénticos en esencia: tres Personas iguales entre sí. La pregunta 6 del Catecismo Menor de Westminster plantea: «¿Cuántas personas hay en la Deidad?», y ofrece esta respuesta: «Hay tres personas en la Deidad: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; y estas tres son un solo Dios, iguales en sustancia, poder y gloria». Dios Padre, Dios Hijo (Jesús) y Dios Espíritu Santo —quienes son un solo Dios e iguales en todo sentido— existen como tres personas distintas con roles diferentes, pero como un solo ser (la unidad de la Deidad). ¿En qué se diferencian, entonces, los roles del Dios Trino? Podemos comprender esto observando el plan y la historia de la salvación orquestados por la Santísima Trinidad. En la obra de nuestra salvación, Dios Padre ideó el plan, Dios Hijo lo llevó a cabo y Dios Espíritu Santo lo aplica (cf. Rom. 8:1–17; 2 Cor. 13:14; Ef. 1:3–14; 2 Tes. 2:13–14; 1 Ped. 1:2) (Packer). El Dios de la Biblia, en quien creemos, es el Dios Trino que actúa en cooperación a través de las tres personas para salvarnos. Creemos en Dios Padre, Dios Hijo (Jesús) y Dios Espíritu Santo (cf. el Credo de los Apóstoles). Sin embargo, en el texto de hoy —Filipenses 2:6—, la Biblia afirma que Jesucristo, «siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse». El sentido aquí es que, aunque Jesús era igual a Dios Padre en gloria, no consideró esa igualdad divina como algo que debiera retener o aferrar para sí mismo (Park Yun-sun). ¿Por qué, entonces, Pablo —tras exhortar a los creyentes de Filipos a adoptar la mente de Cristo Jesús en el versículo 5— afirmó en el versículo 6 que Jesús, a pesar de estar en la misma forma de Dios, no consideró la igualdad con Dios en términos de gloria como algo a lo que aferrarse? Encontré la razón en el versículo 3: «Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás...» «...estimando a los demás como superiores a sí mismos». Pablo dice a los santos de la iglesia de Filipos que, «con humildad, estimen a los demás como superiores a sí mismos»; a la luz de los versículos 5 y 6, esto significa adoptar la mente de Cristo Jesús, quien, aun siendo en naturaleza Dios, no consideró la igualdad con Dios como algo a lo que aferrarse. En otras palabras, Pablo los exhorta a adoptar la actitud humilde de Cristo Jesús —quien no se aferró a su igualdad con Dios— y a considerar a sus hermanos y hermanas como superiores a sí mismos, en lugar de hacer valer su propia igualdad o estatus.

En Gálatas 3:28, Pablo afirma: «Ya no hay judío ni griego, esclavo ni libre, hombre ni mujer, porque todos ustedes son uno en Cristo Jesús». En Cristo Jesús, todos nos hemos convertido en hijos e hijas de Dios. Y como hijos de Dios, estamos unidos en Cristo Jesús. Sin importar si somos hombres o mujeres; coreanos, estadounidenses o sudamericanos; empleadores o empleados; ricos o pobres, todos somos uno en Cristo Jesús. No existe absolutamente ninguna discriminación en Jesucristo (Romanos 10:12; Colosenses 3:11). Nosotros, como cristianos que creemos en Jesucristo, nunca debemos discriminarnos unos a otros (Santiago 2:1). Si discriminamos a las personas, estamos pecando contra Dios (versículo 9). Sin embargo, debemos ejercer discernimiento. ¿Qué debemos discernir? Como pueblo santo y apartado para Dios, debemos distinguir entre lo santo y lo común, y entre lo inmundo y lo limpio (Levítico 10:10). Con este discernimiento, debemos vivir una vida separada del mundo. Debemos romper con la vida pecaminosa de separarnos de nuestros hermanos y hermanas en la iglesia mientras nos unimos al mundo; en cambio, debemos preservar fielmente la unidad que ya compartimos en Cristo. Para ello, debemos adoptar el corazón humilde de Cristo Jesús y no considerar la igualdad como algo a lo que aferrarse para obtener un beneficio egoísta.

En segundo lugar, la mentalidad de Cristo Jesús que todos debemos adoptar es la de vaciarnos de nosotros mismos para servir a los demás como siervos.

¿Conoce el cuento *El príncipe y el mendigo*? Es la historia de un príncipe y un mendigo que se encuentran e intercambian sus ropas; el príncipe experimenta la vida de un mendigo mientras intenta recuperar su estatus real, mientras que el mendigo se convierte en príncipe y comienza a comprender gradualmente el funcionamiento del gobierno. Al principio, el príncipe no estaba acostumbrado a la vida de mendigo; intentó revelar su verdadera identidad diciendo a la gente: «Soy un príncipe», pero en su lugar, fue tratado como un loco y se ganó la hostilidad de los demás. Mientras tanto, el mendigo se fue acostumbrando poco a poco a la vida del príncipe y comenzó a ocuparse de los asuntos de Estado; Aunque él también intentó revelar la verdad diciendo: «No soy más que un mendigo», la gente

simplemente pensaba: «¡El príncipe ha perdido la razón!» y lo trataba con aún mayor deferencia. Finalmente, el príncipe y el mendigo se encontraron, y el príncipe regresó a su lugar legítimo: no solo como príncipe, sino como rey. Llegó a ser rey porque perseveró hasta el final sin perder su identidad, a pesar de las adversidades que enfrentó. Esta historia vino a mi mente porque el pasaje de hoy —Filipenses 2:7— afirma que Jesús, quien era «por naturaleza Dios», se despojó a sí mismo, tomó «la naturaleza de siervo» y se hizo semejante a los hombres. Por supuesto, existe un abismo de diferencia entre un príncipe que vive como mendigo y Jesús —que es Dios— convirtiéndose en siervo; no obstante, reflexioné sobre esta historia porque parecía ofrecer cierta ayuda para comprender la Encarnación de Jesús.

Observemos el pasaje de hoy, Filipenses 2:7: «sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, y hecho semejante a los hombres». El acontecimiento en el que Jesús, que es Dios, vino a esta tierra revestido de un cuerpo humano se denomina «Encarnación». Basándose en Juan 1:14, la Encarnación se refiere al suceso en el que «el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros». Este Verbo existía antes de la creación del mundo; no solo estaba con Dios, sino que el Verbo era Dios mismo (Juan 1:1). Según el testimonio de Juan, todo lo creado llegó a existir por medio de este Verbo (Juan 1:3). Este Verbo se hizo carne y habitó entre la humanidad; Él es la luz verdadera y la vida de todas las personas. Este Verbo, al hacerse carne, vino a nosotros como Jesucristo; el acontecimiento de la venida de Jesucristo es precisamente el suceso de la Encarnación. El concepto de la Encarnación significa que Dios asumió un cuerpo humano: se despojó a sí mismo y se hizo semejante a un ser humano en todos los aspectos. Significa que Aquel que creó todas las cosas se convirtió en uno de los seres creados. Aquí, la afirmación de que Jesús «se despojó a sí mismo» (o «se anonadó») no significa que se despojara de su naturaleza divina, de su esencia o de su identidad como Dios; más bien, significa que dejó a un lado su gloria divina. En otras palabras, no quiere decir que Jesucristo renunciara a su divinidad, sino que dejó atrás la gloria del cielo. Habiendo dejado así a un lado la gloria celestial, Jesús —quien era «por naturaleza Dios»— vino a esta tierra y asumió «la naturaleza de siervo» (Filipenses 2:6-

7); esto significa que, aunque Él es el Señor, descendió a la humilde posición de convertirse en siervo de todos.

¿No es asombroso? ¿El hecho de que Jesús, quien es el Señor, descendiera a la humilde posición de siervo? ¿Por qué descendió Jesús a un lugar tan humilde? Observemos Mateo 20:27-28: «El que quiera ser el primero entre ustedes deberá ser su siervo. Porque ni siquiera el Hijo del Hombre vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos». Aunque Jesús es nuestro Señor, se convirtió en nuestro siervo para servirnos y ofrecer su vida como rescate por muchos. La palabra griega para «rescate» aquí se refiere al precio pagado para liberar a un esclavo o a un cautivo. En otras palabras, Jesús tomó sobre sí todos nuestros pecados y murió en la cruz para liberarnos —a nosotros, que estábamos condenados por el pecado— de nuestra esclavitud al pecado. Aunque Jesús, nuestro Señor, merecía legítimamente ser servido, vino a este mundo para servirnos en su lugar. Jesús llamó a sus discípulos y les dijo: «Si alguien quiere ser el primero, deberá ser el último de todos y el servidor de todos» (Marcos 9:35). El Señor nos dirige estas palabras también hoy. Nos dice que nos convirtamos en siervos. ¿Cómo podemos, entonces, servir a nuestro prójimo?

En 2007, el lema de nuestra Iglesia Presbiteriana Victory fue «Una iglesia que sirve». Como iglesia que sirve, nos propusimos el desafío de servir a la iglesia con humildad, a nuestras familias con un corazón alegre y a nuestro prójimo voluntariamente. Durante la primera semana de aquel año, en nuestras reuniones especiales de oración matutina, los sermones de cada día se centraron en el tema del servicio. Durante esa semana, prediqué un sermón basado en Efesios 6:5-7; tras el servicio de oración matutino, un diácono de la iglesia me envió un correo electrónico con el siguiente mensaje: «En nuestras respectivas vidas —ya sea en el hogar, en la sociedad, en el trabajo o en la iglesia— hay personas a quienes estamos llamados a servir. ¿Cómo debemos servirlos? Debemos servirlos mediante la obediencia. No logramos obedecerlos porque nuestra propia voluntad y nuestras opiniones son demasiado fuertes y dominantes. Nuestra falta de obediencia hacia los superiores en el

trabajo, los maestros, los padres y los pastores y ancianos de la iglesia se debe a la ausencia de una mentalidad de siervo, a la falta de espíritu de siervo. También surge de una formación insuficiente en cuanto a obedecer al Señor como el Dueño de nuestras vidas» (Kim Chang-man).

En 1 Corintios 3:5, Pablo se describió a sí mismo y a Apolos como «servidores» (*diakonoi*). Esta palabra griega es el origen del término «diácono». Literalmente significa «aquellos que sirven». Más adelante, en 1 Corintios 4:1, Pablo se refirió a sí mismo y a sus colaboradores como «servidores de Cristo». Aunque ambos términos se traducen como «servidores» en español, el griego original revela una distinción. La palabra para «servidor» en este segundo caso es *huperetes*, que literalmente se refiere a un «remero de la cubierta inferior»: alguien que remaba en un barco desde la cubierta de abajo. Según el pastor John MacArthur, los esclavos que remaban desde las cubiertas inferiores en aquella época realizaban las tareas más humildes; eran figuras a las que nadie envidiaba y que eran objeto del mayor desprecio. Con el tiempo, sin embargo, esta palabra pasó a significar alguien que rinde obediencia absoluta a la autoridad (MacArthur). En última instancia, Pablo les decía a los miembros de la iglesia de Corinto —quienes actuaban según la carne al jactarse de él, de Apolos o de Pedro— que él y sus colegas eran «servidores» (o «esclavos subordinados», como lo expresa Park Yun-sun) de Cristo; esclavos del Señor que rendían obediencia absoluta a Sus mandatos. Hermanos y hermanas, como servidores de Cristo, nosotros también somos esclavos del Señor, obligados a obedecer Sus mandatos de manera absoluta. Debemos poseer esta mentalidad de esclavo. Recuerdo haber dicho una vez en un sermón que necesitamos tener una «mentalidad de esclavo». Sin embargo, me parece que, en lugar de una «mentalidad de esclavo» o una «conciencia de esclavo», a menudo poseemos una «mentalidad de amo» o una «conciencia de amo». Podemos determinar qué mentalidad tenemos observando si servimos al Señor en obediencia a Su Palabra o si esperamos ser servidos mientras desobedecemos Su Palabra. Necesitamos una mentalidad de servicio; debemos cultivar la conciencia de un servidor. Con esta mentalidad, no debemos insistir en

la igualdad con nuestros hermanos y hermanas, sino más bien considerarlos superiores a nosotros mismos y servirles con humildad.

Hace unos tres años, antes de que a mi amada hija Yeri le perforaran las orejas, compartí con ella el pasaje de Éxodo 21:1–6. Ese relato bíblico expone la ley de Dios respecto a los siervos hebreos: si alguien compraba un siervo hebreo, este debía servir durante seis años y quedar libre en el séptimo (versículo 2). Sin embargo, si el siervo declaraba: «Amo a mi señor, a mi esposa y a mis hijos —cabe notar que, si el señor había proporcionado la esposa, ella pertenecía al señor y no podía quedar libre junto con el siervo (versículo 4)—, y no deseo quedar libre» (versículo 5), el señor debía llevarlo ante los jueces y luego a la puerta o al poste de la puerta, donde le perforaría la oreja con una lezna. La Biblia afirma que, entonces, el siervo «le serviría de por vida» (versículo 6). Compartí esta historia con Yeri y, afortunadamente, ella ya conocía el pasaje. Entonces la animé diciéndole: «Si realmente quieres perforarte las orejas, comprométete a ser sierva de Jesús —nuestro Señor—, tal como el esclavo de esa historia bíblica». Le dije: «Si haces eso, te daré permiso para perforarte las orejas». Al reflexionar sobre esta historia bíblica, recuerdo la canción góspel estadounidense «Pierce My Ears» (Perfora mi oreja), que se basa en dicho pasaje. He traducido la letra al coreano: (Estrofa 1) Oh Señor, Dios mío / llévame hoy a tu puerta / no serviré a ningún otro dios / Señor, aquí me quedo; (Estrofa 2) Pagaste el precio por mí / me redimiste con tu sangre / ahora te serviré solo a Ti para siempre / Señor, aquí me quedo; (Estribillo) Así que, oh Señor, Dios mío, perfora mi oreja / llévame hoy a tu puerta / ya no serviré a ningún otro dios / oh Señor, aquí me quedo. Un día, mientras cantaba este himno durante un servicio de oración matutino, pensé en Jesús, quien fue crucificado y murió por mí. Reflexioné sobre cómo Jesús murió en la cruz por mí —alguien que de otro modo estaba destinado a la destrucción eterna— y cómo, a través de Él, fui salvado de ser esclavo del pecado y me convertí en siervo de Jesucristo, disfrutando de la libertad frente al pecado. Así como el siervo de Éxodo 21 —que amaba a su amo, a su esposa y a sus hijos— renunció a su libertad en el séptimo año y eligió que le perforaran la oreja con una lezna para servir a su amado amo para siempre, yo también decidí renunciar a mi libertad por amor al Señor, a mi

esposa y a mis hijos, y «perforé el oído de mi corazón» con la determinación de servir al Señor eternamente. Confesé al Señor mi deseo de dedicar plenamente mi corazón y servirle solo a Él por la eternidad. Aun en medio de tales confesiones, el Dios santo me llevó a reconocer mi pecado al revelarme que una «mentalidad de amo» —en lugar de una «mentalidad de esclavo», propia de un siervo del Señor— había echado raíces en mi corazón. Además, el Espíritu Santo me impulsó a buscar la mente humilde de Jesús descrita en Filipenses 2:4. Desechemos todos esta mentalidad de amo y, abrazando la actitud de un esclavo, sirvamos al Señor con humildad. Es mi oración que todos lleguemos a ser personas que sirvan a nuestro prójimo con el corazón humilde de Cristo Jesús.

En tercer lugar, la mente de Cristo Jesús que todos debemos adoptar es la de humillarnos y obedecer al Señor incluso hasta la muerte.

Observemos el pasaje de hoy, Filipenses 2:8: «Y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz». Aquellos que adoran a Dios en vano le honran con los labios, pero sus corazones están lejos de Él (Mateo 15:8–9). Hablan, pero no actúan (23:3). Además, anhelan la alabanza y la exaltación de los demás (5–7). En consecuencia, incluso cuando dan a los necesitados, buscan la gloria de la gente (6:2). Este es precisamente nuestro instinto pecaminoso. Incluso hoy, dentro de la iglesia, hay quienes —como los fariseos— aparentan servir a Dios mientras interiormente sirven al dinero, todo ello impulsados por el deseo de ser exaltados por los demás (Lucas 16:13). Sirven al dinero de esta manera porque creen que «el dinero es poder», y buscan utilizarlo para ganar estatus y honor entre la gente. Al igual que Simón el Mago en la Biblia, quien pensó que podía comprar el don de Dios con dinero (Hechos 8:20), ellos incluso intentan comprar cargos eclesiásticos con dinero para ganar honra ante los demás. Sin embargo, Lucas 16:15 afirma: «Lo que los hombres tienen en gran estima es abominación delante de Dios».

No debemos convertirnos en personas arrogantes. El deseo de una persona arrogante de ser exaltada nunca puede verse satisfecho. La vanidad que busca la gloria de los demás jamás queda saciada. Nunca debemos codiciar la gloria. El Dr. Park Yun-sun afirmó: «Por tanto, el principio de acción que rechaza la gloria en lugar de codiciarla impide la arrogancia desde el mismo comienzo» (Park Yun-sun). Debemos llegar a ser personas humildes. Debemos humillarnos. Debemos humillarnos cada vez más. Para ello, hemos de adoptar la mente humilde de Cristo Jesús (Filipenses 2:5). Aunque Jesús poseía la naturaleza misma de Dios, no consideró la igualdad con Dios como algo a lo que aferrarse; más bien, se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo y haciéndose semejante a los hombres (versículos 6-7). Además, la Biblia nos dice en el pasaje de hoy —Filipenses 2:8— que Jesús apareció en forma humana, se humilló a sí mismo y se hizo obediente hasta la muerte en la cruz, un madero de maldición. ¿Qué hizo Dios entonces por Él? Observemos Filipenses 2:9-11: «Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio el nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre». El resultado de la humildad de Jesús fue que Dios exaltó a Jesucristo hasta lo sumo. Jesús resucitó y ascendió al cielo, haciendo que toda rodilla se doblara ante Él. Una de las lecciones que Dios me enseñó durante los momentos difíciles de mi vida es que es mucho mejor ser exaltado por Dios que por las personas. Asimismo, para ser exaltado por Dios, uno debe humillarse tanto ante Dios como ante los demás. En otras palabras, cuando permanecemos humildes ante Dios y ante las personas, Él nos exaltará a su debido tiempo (cf. Filipenses 2:5-11). En este sentido, una crisis es una oportunidad: una oportunidad para que Dios nos humille y, al mismo tiempo, una oportunidad maravillosa para que Él nos exalte. Al igual que Jesús, debemos despojarnos de nosotros mismos y humillarnos ante los demás. Debemos humillarnos y, al igual que Jesús, obedecer al Señor con humildad, incluso hasta la muerte. Cuando lo hacemos, Dios nos exaltará en su tiempo perfecto.

La actitud que todos debemos adoptar es la de Cristo Jesús. Es una actitud que no considera la igualdad con los demás como algo a lo que aferrarse. Es la actitud de Jesús, quien se despojó a sí mismo para servir a los demás como un siervo. En última instancia, la actitud de Cristo Jesús que debemos adoptar consiste en humillarnos y obedecer al Señor incluso hasta la muerte.

«Ocupaos de vuestra salvación»

[Filipenses 2:12–18]

¿Has sido salvo? Hechos 4:12 afirma: «En ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos». En otras palabras, la Biblia declara que la salvación es posible únicamente «en el nombre de Jesucristo de Nazaret» (v. 10). Enseña que somos salvos «por medio de la fe» en Jesús, exclusivamente «por la gracia del Señor Jesús» (Hechos 15:11; Efesios 2:8). 1 Pedro 1:9 nos dice que el resultado de nuestra fe es la salvación de nuestras almas. ¿Crees en Jesús?

En el pasaje de hoy, Filipenses 2:12, Pablo se dirige a los creyentes de la iglesia de Filipos: «Por tanto, amados míos... ocupaos de vuestra salvación con temor y temblor; no solamente cuando estoy presente, sino mucho más ahora en mi ausencia». Hoy, centrándome en este versículo y en el pasaje más amplio de Filipenses 2:12–18, deseo meditar sobre el tema «Ocupaos de vuestra salvación» y recibir la gracia que el Señor nos otorga.

En primer lugar, consideremos el significado de la frase «ocupaos de vuestra salvación».

La razón por la que quiero abordar primero el significado de esta frase es que hay algo que debe aclararse. (1) En primer lugar, debemos aclarar que cuando Pablo dice a los santos de la iglesia de Filipos que se «ocupen de su salvación», de ninguna manera está sugiriendo que la salvación se obtiene mediante obras (buenas acciones).

Podemos verificar esto observando otras cartas que escribió Pablo. Por ejemplo, en Efesios 2:8–9, Pablo afirma que somos salvos «por la gracia de Dios» y que ciertamente no es el resultado de nuestras propias obras. Nuestra salvación es totalmente una cuestión de la gracia de Dios; es «don de Dios». Además, en Romanos 3:22–24, Pablo explica que hemos sido «justificados gratuitamente» «por su gracia» y «mediante la fe en Jesucristo». Por lo tanto, sigue siendo cierto que cuando Pablo dice a los filipenses que «lleven a cabo su salvación» en el pasaje de hoy (Filipenses 2:12), no les está diciendo que se ganen la salvación mediante sus acciones.

(2) También debemos comprender claramente que la salvación abarca los tiempos pasado, presente y futuro.

Sin embargo, parece que por lo general solo somos conscientes de los aspectos pasado y futuro de la salvación. ¿Cuál es el aspecto pasado de la salvación? Significa que, en el momento en que creemos en Jesucristo —el Hijo de Dios— por la gracia de Dios, ya hemos recibido la salvación. Un ejemplo destacado de esto se encuentra en 1 Juan 5:12-13, un pasaje que habla de la «certeza de la salvación»: «El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida. Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna». Este pasaje declara claramente que aquellos que creen en Jesús, el Hijo de Dios, ya han obtenido la vida eterna (la salvación). No obstante, la Biblia también habla de una salvación que recibiremos en el futuro; esto constituye el aspecto futuro de la salvación. Pasajes clave que ilustran esto incluyen Hechos 16:31 y Romanos 10:9: «Cree en el Señor Jesús, y serás salvo, tú y tu casa» (Hechos 16:31), y «Si declaras con tu boca que "Jesús es el Señor" y crees en tu corazón que Dios lo levantó de entre los muertos, serás salvo» (Romanos 10:9). Estos versículos no afirman que uno ya sea salvo simplemente por creer en el Señor Jesús; más bien, utilizan el tiempo futuro, indicando que la salvación es algo que se recibirá en el tiempo venidero. Entendemos esta salvación futura como la experiencia del regreso del Señor Jesús a esta tierra (la Segunda Venida) y su conducción de nosotros hacia el Reino de los Cielos eterno,

donde viviremos para siempre. Así pues, generalmente entendemos la «salvación» de dos maneras: el hecho de que ya somos salvos mediante la fe en Jesús, y la expectativa de que recibiremos la salvación a su regreso. Sin embargo, la cuestión surge en el texto de hoy —Filipenses 2:12—, donde Pablo instruye a los creyentes a «llevar a cabo su salvación». Esto apunta a la salvación en tiempo presente; es un llamado a trabajar en la salvación *ahora*: ni en el pasado ni en el futuro, sino en el momento presente. Pablo dijo a los santos de la iglesia de Filipos que «llevaran a cabo su salvación»; no obstante, entendemos que la salvación no es algo que los seres humanos puedan lograr por sí mismos, sino algo que Dios realiza. ¿No es así? Por ejemplo, la última parte de Jonás 2:9 afirma: «... La salvación pertenece al Señor» (o «La salvación viene del Señor»). Además, Apocalipsis 7:10 dice: «Y clamaban a gran voz, diciendo: "¡La salvación pertenece a nuestro Dios, que está sentado en el trono, y al Cordero!"». Estos pasajes dejan muy claro que la salvación es algo que Dios realiza —o concede— y que de ninguna manera es algo que nosotros, como seres humanos pecadores, podamos alcanzar por nuestra cuenta mediante nuestros propios esfuerzos o buenas obras. Sin embargo, en el texto de hoy —Filipenses 2:12—, Pablo dice a los creyentes de Filipos que «lleven a cabo su salvación». ¿Cómo debemos entender esto? Si la Biblia enseña claramente que la salvación es obra de Dios, ¿por qué Pablo instruye a los creyentes filipenses a «llevar a cabo» su salvación? ¿Acaso quiere decir que deben alcanzar la salvación mediante sus propias fuerzas o esfuerzos? Eso no tendría sentido, dado que la salvación es claramente obra de Dios, no del hombre. De hecho, ¿no les dijo Pablo a los creyentes filipenses en Filipenses 1:6 —un pasaje sobre el que ya hemos reflexionado— que estaba «convencido de esto: que el que comenzó en ustedes la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Cristo Jesús»? ¿Qué significa esto? Expresa la convicción de que la obra de salvación que Dios inició en los creyentes filipenses será llevada a su plenitud por Él para el día de Cristo Jesús; es decir, el momento de Su Segunda Venida.

¿Qué quiere decir entonces Pablo cuando afirma: «lleven a cabo su salvación»? Creo que, para entenderlo, primero debemos tener una idea clara de lo que realmente es la «salvación». ¿Qué es la salvación? En el Antiguo Testamento, la palabra para salvación es el

término hebreo *Yeshua*, que significa liberación o rescate del pecado y de situaciones peligrosas. En el Nuevo Testamento, la palabra para «salvación» es el término griego *soteria*; se utiliza para significar la liberación del castigo, el poder y el estilo de vida asociados con el pecado, permitiendo a la persona vivir como ciudadana del eterno Reino de los Cielos (Internet). Al reflexionar sobre la pregunta de qué es la «salvación», consideré los pasajes que se encuentran en Romanos 5:6, 8 y 10:

(1) Observemos Romanos 5:6: «Porque cuando aún éramos débiles, a su tiempo Cristo murió por los impíos».

A la luz de este versículo, podemos decir que la salvación consiste en que Dios nos ayude —a nosotros, que éramos totalmente impotentes e impíos— librándonos de nuestra debilidad mediante la muerte de Cristo y haciéndonos piadosos.

(2) Observemos Romanos 5:8: «Pero Dios demuestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros».

A la luz de este versículo, la salvación significa que Dios, por amor a nosotros cuando aún éramos pecadores, hizo que su Hijo unigénito, Jesucristo, muriera en la cruz por nosotros, justificándonos así (versículo 9). Esto implica que la salvación —fiel al significado de la palabra griega para «salvación»— no solo significa nuestro rescate de la penalidad, el poder y la vida del pecado, sino que también abarca el hecho de que hemos sido justificados.

(3) Observemos Romanos 5:10: «Porque si cuando éramos enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, habiendo sido reconciliados, seremos salvos por su vida».

A la luz de este versículo, la salvación significa que Dios nos reconcilió consigo mismo —a nosotros, que éramos sus enemigos— mediante la muerte de su Hijo unigénito, Jesús, y nos hizo sus hijos. Esto es precisamente lo que significa «salvación».

Entonces, ¿cuál es la «salvación» de la que habla Pablo en el pasaje de hoy, Filipenses 2:12? Creo que esta «salvación» en tiempo presente se refiere precisamente a la «vida eterna». En otras palabras, creo que Pablo está diciendo a los santos de la iglesia de Filipos que «lleven a cabo su vida eterna». Mi razonamiento se basa en el hecho de que, como consideramos anteriormente, cuando la Biblia habla de salvación en tiempo futuro, se refiere al momento en que Jesús regrese a esta tierra y nos conduzca al eterno Reino de los Cielos, donde viviremos para siempre. Al mismo tiempo, respecto a la enseñanza de que ya hemos recibido la salvación mediante la fe en Jesús —respaldada por 1 Juan 5:12–13—, sabemos que aquellos de nosotros que creemos en Jesús ya poseemos la vida eterna. Por lo tanto, ya sea que consideremos la salvación en tiempo pasado o futuro, si entendemos la «salvación» como «vida eterna», podemos interpretar coherentemente las palabras de Pablo en Filipenses 2:12 —«ocupaos en vuestra salvación»— como un llamado a «ocuparse en su vida eterna». Aplicado a nosotros, esto significa que la Biblia nos dice que «vivamos de una manera digna de aquellos que poseen la vida eterna». Para resumir y aplicar esto en una sola frase: la Biblia nos dice: «Vivan como ciudadanos del Reino de los Cielos».

El segundo punto que debemos considerar es este: ¿cómo es, en la práctica, que los santos de la iglesia de Filipos —y nosotros mismos—, quienes hemos obtenido la vida eterna mediante la fe en Jesús, vivamos en esta tierra de una manera digna de quienes poseen la vida eterna, o como ciudadanos del Reino de los Cielos?

Significa vivir en obediencia al «doble mandamiento» de Jesús, que es el mandamiento del Reino de los Cielos. Observemos Mateo 22:37–39: «Jesús le dijo: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente”. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”». En otras

palabras, vivir en esta tierra como ciudadanos del cielo —como aquellos que han alcanzado la vida eterna— significa amar a Dios con todo nuestro corazón, alma y mente, y amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. ¿Quién nos capacita para hacer esto? Observemos el pasaje de hoy, Filipenses 2:13: «Porque Dios es quien obra en vosotros tanto el querer como el hacer, para cumplir su buen propósito» [(Versión coreana contemporánea) «Dios obra dentro de vosotros para que actuéis voluntariamente conforme a Su buen propósito»]. La Biblia nos dice que Dios obra dentro de nosotros. Afirma que Dios pone el deseo en nosotros y nos capacita para actuar conforme a Su buena voluntad. Esto significa que «Dios da al creyente tanto el deseo de hacer el bien como la fuerza para llevarlo a cabo» (Park Yun-sun). ¿Cómo provee Dios este deseo y esta fuerza para hacer el bien? Es a través del Espíritu Santo que mora en nosotros —quien produce el fruto del amor en nuestro interior (Gálatas 5:22-23)— que somos capacitados para amar tanto a Dios como a nuestro prójimo.

Sin embargo, ¿cuál es el problema? El problema radica en que hay momentos en los que no caminamos según el Espíritu (Gálatas 5:16), sino que resistimos al Espíritu, siguiendo los deseos de la carne (versículo 17) y cometiendo los actos propios de ella (versículo 19). Entre las "obras de la carne" se encuentran "discordias, celos, arrebatos de ira, ambición egoísta y disensiones" (v. 20). Tales problemas también existían en la iglesia de Filipos. Lo sabemos porque Pablo menciona a dos miembros de la iglesia —Evodia y Síntique—, instándolas a "ponerse de acuerdo en el Señor" (Fil. 4:2) y exhortando a la congregación a tener "un mismo sentir, un mismo amor, un mismo espíritu y un mismo propósito", y a no hacer nada por "ambición egoísta o vanidad" (2:2-3). Además, en Filipenses 1:15, Pablo señala que "algunos" predicaban la palabra de Dios con valentía —aunque por "envidia y rivalidad" (v. 17)— con la intención de causarle más aflicción mientras estaba encarcelado. Es en este contexto que él dice a los filipenses en el pasaje de hoy (Fil. 2:12): "Por tanto, mis queridos amigos... sigan llevando a cabo su salvación con temor y temblor; no solo en mi presencia, sino mucho más en mi ausencia". En otras palabras, como quienes han recibido el amor expiatorio de Cristo, los creyentes de Filipos fueron llamados a vivir en amor mutuo —como

corresponde a quienes poseen vida eterna— obedeciendo a Dios en todo momento (tanto cuando Pablo estaba presente como, aún más, cuando estaba ausente) y manteniendo un corazón humilde y un temor reverente hacia Dios (Sal. 2:11). Mi oración es que nosotros, como receptores de la vida eterna en Jesucristo, vivamos amando a Dios y a nuestro prójimo, guiados por el Espíritu Santo que mora en nosotros.

Entonces, concretamente, ¿cómo exhorta el apóstol Pablo a los creyentes de la iglesia de Filipos a amarse unos a otros? He identificado tres puntos:

En primer lugar, Pablo los exhortó a «hacer todo sin murmuraciones ni contiendas».

Observemos el pasaje de hoy, Filipenses 2:14: «Haced todo sin murmuraciones ni contiendas». Henri Nouwen escribió en su libro **La espiritualidad de vivir**: «La murmuración hace que nos obsesionemos con el fracaso o la decepción y que nos quejemos de las pérdidas que llegan a nuestras vidas». Estas palabras resuenan en mí. De hecho, ha habido momentos en los que he murmurado y me he encontrado obsesionado con el fracaso o la decepción. Tal como describió Nouwen, también me he quejado de las pérdidas que he afrontado en la vida. Consulté un versículo sobre el que había meditado hace algún tiempo, Deuteronomio 1:27: «Y murmurasteis en vuestras tiendas, diciendo: "Porque Jehová nos aborrece, nos ha sacado de tierra de Egipto, para entregarnos en manos del amorreo para destruirnos"». Anteriormente había meditado sobre este pasaje bajo el título «El pecado de la murmuración», y retomé aquellas reflexiones. La causa raíz de nuestra murmuración es nuestra «incredulidad». Deuteronomio 1:32 afirma: «Y aun con esto no creísteis a Jehová vuestro Dios». Esta incredulidad es la raíz amarga de la murmuración. En consecuencia, cuando enfrentamos realidades difíciles, murmuramos —preguntando «¿Por qué?»— y revelamos nuestro sentimiento de victimización. Sin embargo, en el pasaje de hoy —Filipenses 2:14—, Pablo dice a los creyentes de la iglesia de Filipos que «hagan todo sin murmuraciones ni contiendas». Esto implica que, efectivamente, había murmuraciones (quejas) y contiendas (disputas) dentro de la iglesia de Filipos. De hecho,

dado que Pablo ya había advertido en Filipenses 2:3 contra hacer algo por ambición egoísta o vanagloria, podemos confirmar la presencia de tales quejas y conflictos. Además, la causa raíz de estas murmuraciones y disputas era la vanidad (versículo 3). En otras palabras, si hay personas en la iglesia que persiguen una gloria vacía y superficial que excede su propia condición, inevitablemente surgirán quejas y conflictos. Al parecer, esta era la situación en la iglesia de Filipos. Por eso Pablo, al escribir a los creyentes, les instruyó a «hacer todo sin murmuraciones ni discusiones» (versículo 14).

¿Por qué habló Pablo de esta manera a los creyentes de Filipos? ¿Por qué les dijo que hicieran «todo sin murmuraciones ni discusiones»? Él explica la razón en el versículo 15: «para que sean irrepreensibles y puros, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación perversa y torcida; entonces brillarán entre ellos como estrellas en el cielo» [(Versión Coreana Contemporánea): «Entonces, en medio de una generación torcida y extraviada, podrán vivir limpia y puramente como hijos de Dios irrepreensibles, brillando como estrellas en los cielos»]. El mundo en el que vivimos es un mundo «torcido» (o desviado). En lugar de seguir el camino recto y correcto ordenado por Dios, sigue un camino retorcido. Sin embargo, creen que este camino torcido es el correcto. Este mundo niega la verdad absoluta de Dios y considera la falsedad como verdad. Los corazones también están torcidos; y como los corazones están torcidos, tanto las palabras como las acciones se vuelven torcidas también. ¿Cómo debemos vivir entonces los cristianos en un mundo tan retorcido? Debemos vivir como hijos de Dios irrepreensibles, haciendo brillar la luz de Jesús en este mundo torcido y perverso (Filipenses 2:15). Para hacerlo, debemos realizar todo sin murmurar ni discutir.

En segundo lugar, Pablo exhortó a los santos de la iglesia de Filipos a «ofrecer la palabra de vida».

Observemos el pasaje de hoy, Filipenses 2:16: «aferrándose a la palabra de vida, para que en el día de Cristo yo pueda sentirme orgulloso de no haber corrido en vano ni haber trabajado en vano» [(Biblia Contemporánea) «Al hacerlo, ustedes ofrecen la palabra de vida;

así, mis esfuerzos y mi trabajo no serán en vano, y tendré motivo de orgullo cuando Cristo regrese»]. Aquí, la «palabra de vida» se refiere al «Evangelio». La instrucción es «ofrecer» (o «presentar») ese Evangelio; el significado de esta palabra es «ofrecer algo para que otros lo tomen» (MacArthur). Al mismo tiempo, la palabra también conlleva el significado de «aferrarse firmemente» (Walvoord). ¿Qué significa esto? Pablo insta a los santos de la iglesia de Filipos a aferrarse firmemente al Evangelio y a presentar —u ofrecer— dicho Evangelio a los demás. El Dr. Park Yun-sun afirmó: «... Un cristiano debe demostrar, mediante su propia existencia y sus acciones, que el Evangelio es, en efecto, una palabra que imparte vida y poder...» (Park Yun-sun). ¿Cómo podemos los cristianos demostrar en la práctica, a través de nuestra propia existencia y acciones, que el Evangelio es verdaderamente un mensaje que imparte vida y poder? Esto sucede cuando nuestra iglesia tiene «un mismo sentir, un mismo amor, unánimes y a una sola voz», sin hacer nada por egoísmo o vanidad, sino considerando con humildad a los demás como superiores a uno mismo, y velando no solo por los propios intereses, sino también por los intereses de los demás (Filipenses 2:2–4). Por eso Pablo dice a los creyentes de Filipos en el pasaje de hoy (versículo 14) que hagan «todo sin murmuraciones ni discusiones». Al hacerlo todo sin murmuraciones ni discusiones, podían vivir como hijos de Dios irrepreensibles —reflejando la luz de Jesús— en medio de un mundo torcido y perverso. En ese contexto, la Biblia los llama a proclamar el Evangelio de Jesucristo —la palabra de vida— a los demás. Sin embargo, surge una pregunta: en Filipenses 1:5, Pablo ya había señalado que los creyentes habían «participado en la obra del Evangelio desde el primer día hasta ahora»; ¿por qué, entonces, los insta nuevamente en 2:16 a proclamar el Evangelio a otros? Creo que la razón es que, aunque los creyentes filipenses participaban en el ministerio evangelístico de Pablo, estaban fallando en mantenerse firmes en el Evangelio y en vivir una vida digna de él. En otras palabras, debían haber proclamado el Evangelio de Jesucristo con un mismo sentir y un mismo amor, con humildad y sin murmuraciones ni discusiones; sin embargo, parece que no lo hicieron. Dado que tales deficiencias en la iglesia de Filipos no podían contribuir al ministerio de proclamar el Evangelio, Pablo exhortó a los creyentes a hacerlo todo sin murmuraciones ni discusiones y a proclamar el Evangelio: la palabra de vida. ¿Por qué, entonces, exhortó el apóstol Pablo

a los creyentes de Filipos a compartir el Evangelio —la palabra de vida— con los demás? ¿Cuál era la razón? Observemos la última parte de Filipenses 2:16 en el texto de hoy: «...para que yo pueda gloriarme en el día de Cristo de no haber corrido ni trabajado en vano» [(Versión Coreana Contemporánea) «...para que mis esfuerzos y mi trabajo no fueran en vano, y tuviera algo de qué gloriarme cuando Cristo regrese»]. La razón era que, al compartir los creyentes filipenses el Evangelio de Jesucristo con otros, Pablo quería asegurarse de que sus propios esfuerzos y su trabajo no hubieran sido en vano y de tener algo de qué gloriarme cuando Cristo regrese (la Segunda Venida).

En la carta de Pablo a la iglesia de Tesalónica, vemos que él dice a los creyentes de allí (1 Tesalonicenses 2:19): «¿Cuál es nuestra esperanza, nuestro gozo o la corona de la cual nos gloriaremos en presencia de nuestro Señor Jesús cuando él venga? ¿No son acaso ustedes?». Pablo describió a los creyentes tesalonicenses como su esperanza, su gozo y su «corona de gloria»; asimismo, en Filipenses 4:1, vemos que se dirige a los creyentes de Filipos: «Por tanto, hermanos míos, a quienes amo y anhelo —mi gozo y mi corona—, manténganse firmes en el Señor». Para Pablo, los creyentes de Filipos eran su gozo y su corona (de gloria). En particular, Pablo deseaba fervientemente que los creyentes filipenses vivieran como hijos de Dios irrepreensibles, resplandeciendo con la luz del evangelio en medio de un mundo torcido y perverso, pues ellos serían su corona de gloria ante el regreso de Cristo Jesús. Me viene a la mente la letra del himno 502, «Mensajeros de luz»: (Estrofa 1) Mensajeros de luz, salid pronto a disipar las tinieblas; haced brillar la luz del Evangelio sobre aquellos que no conocen la verdad del Señor. (Estrofa 2) Cobrad fuerzas para la buena obra, pues el Señor está con vosotros; proclamad su gran amor y haced brillar la luz del Evangelio. (Estrofa 3) Obedeced el mandato del Señor y difundid esta verdad; cruzad montañas y aguas con todas vuestras fuerzas para hacer brillar la luz del Evangelio. (Estrofa 4) Hasta los confines de la tierra —oriente, occidente, norte y sur—, confiando solo en el Señor, haced brillar la luz del Evangelio sobre aquellos cuyos ojos están oscurecidos y no pueden ver. <Coro> Mensajeros de luz, haced brillar la luz del Evangelio; iluminad la noche oscurecida por el pecado, oh mensajeros de luz. Es mi oración que todos lleguemos a ser discípulos de

Jesús —poseyendo el corazón de Cristo y amando a las almas que mueren sin conocerle— y que hagamos brillar sobre ellas la luz del Evangelio, la Palabra de Vida.

En tercer y último lugar, Pablo exhortó a los santos de la iglesia de Filipos a «regocijarse juntos». Observemos el pasaje de hoy, Filipenses 2:17–18: «Y aunque sea derramado en libación sobre el sacrificio y servicio de vuestra fe, me alegro y me regocijo con todos vosotros. Así también alegraos y regocijaos conmigo» [(Versión Coreana Contemporánea) «Aunque tuviera que derramar la sangre de mi vida como una libación sobre el sacrificio y servicio de vuestra fe, me regocijaría y me alegraría con todos vosotros. Por tanto, vosotros también debéis regocijaros y alegraros conmigo»]. Pablo poseía gozo. Incluso en el preciso momento en que escribía esta carta a los santos de Filipos —mientras estaba encarcelado por predicar el Evangelio—, él conservaba ese gozo. Había quienes se oponían a él (1:28); sin embargo, aun en medio del sufrimiento causado por estos adversarios (v. 29), Pablo experimentaba gozo. De hecho, Pablo afirmó en Colosenses 1:24: «Ahora me regocijo en los sufrimientos que padezco por vosotros, y en mi propio cuerpo completo lo que falta de las aflicciones de Cristo en favor de su cuerpo, la iglesia» (Versión Coreana Contemporánea). También vemos a Pablo dirigiéndose a los santos de la iglesia de Corinto en 2 Corintios 7:4: «Tengo gran confianza en vosotros y me siento muy orgulloso de vosotros; estoy lleno de consuelo y rebosante de gozo en todas nuestras aflicciones» [(Versión Coreana Contemporánea) «Tengo gran confianza y orgullo en vosotros, y recibo mucho consuelo. Por tanto, aun enfrentando todo tipo de dificultades, reboso de gozo»]. En el pasaje de hoy, Filipenses 2:17, Pablo escribe a los creyentes filipenses afirmando que se regocijaría incluso si fuera derramado como una libación sobre el sacrificio y servicio de su fe. Aquí, una «libación» se refiere al vino que se derramaba sobre un sacrificio; en esencia, Pablo está diciendo que se regocijaría aunque su propia sangre fuera derramada como ofrenda (Park Yun-sun). En resumen, Pablo dice que se regocijaría incluso si tuviera que enfrentar el martirio. Además, Pablo deseaba regocijarse junto con los creyentes filipenses (v. 17). Por eso les dijo: «Por tanto, ustedes también deben alegrarse y regocijarse conmigo» (v. 18, Versión Coreana Contemporánea).

El hecho de que nos amemos unos a otros y vivamos nuestra fe en comunidad dentro de la iglesia es motivo para regocijarnos juntos. Todos debemos alegrarnos en común —incluso si enfrentamos sufrimientos a manos de adversarios— mientras no solo proclamamos el Evangelio de Jesucristo (la Palabra de Vida) con nuestros labios, sino que también lo demostramos de manera tangible a través de nuestras vidas. Como dijo Pablo, debemos regocijarnos juntos en el Señor, aun si nuestra participación en la obra del Evangelio nos lleva al martirio. Esto es precisamente lo que significa vivir una vida de amor activo hacia los demás, y así es como llevamos a cabo nuestra salvación. Oro para que todos vivamos una vida de esta clase, que haga efectiva nuestra salvación.

Aquel que busca las cosas de Cristo Jesús

[Filipenses 2:19-24]

Los cristianos a menudo hablamos de hacer "la obra del Señor", pero ¿qué es exactamente la obra del Señor? He reflexionado sobre la naturaleza de la obra del Señor, centrándome en uno o dos pasajes bíblicos específicos:

(1) El primer pasaje es Hechos 14:21-23: "Predicaron el evangelio en aquella ciudad e hicieron un gran número de discípulos. Luego regresaron a Listra, Iconio y Antioquía, fortaleciendo a los discípulos y animándolos a permanecer fieles a la fe. 'Es necesario pasar por muchas dificultades para entrar en el reino de Dios', decían. Pablo y Bernabé nombraron ancianos para ellos en cada iglesia y, con oración y ayuno, los encomendaron al Señor, en quien habían puesto su confianza".

Basándome en este pasaje, he identificado cuatro aspectos de la obra del Señor:

(a) La obra del Señor es predicar el evangelio (v. 21). Pablo arriesgó su vida para predicar el evangelio porque había quienes se oponían tanto al evangelio como a sus mensajeros. En Listra, Pablo estuvo a punto de perder la vida mientras predicaba; por tanto, proclamó el evangelio arriesgando su propia vida.

(b) La obra del Señor es hacer discípulos (v. 21). Pablo y Bernabé fueron a Derbe, predicaron el evangelio e hicieron muchos discípulos. Obedecieron la Gran Comisión de Jesús que se encuentra en Mateo 28:19-20: "Por tanto, vayan y hagan discípulos de todas las naciones".

(c) La obra del Señor es fortalecer los corazones de los discípulos (Hechos 14:22c-23). Después de un ministerio exitoso en Derbe, Pablo y Bernabé volvieron a visitar los campos misioneros donde habían ministrado anteriormente, fortaleciendo la fe de los discípulos. (d) La obra del Señor implica nombrar líderes en la iglesia (Hechos 14:23). Pablo y Bernabé revisitaron sus campos misioneros para seleccionar y nombrar ancianos para cada iglesia. Luego encomendaron a estos ancianos al Señor mediante la oración y el ayuno. (2) El segundo pasaje bíblico es Juan 6:29: «Jesús respondió: "Esta es la obra de Dios: que creáis en aquel a quien él ha enviado"».

Debemos aclarar nuestras prioridades. Nuestra tarea principal no es simplemente servir a Dios; más bien, nuestra primera prioridad es «la obra de Dios». Esa obra de Dios consiste en creer en Jesucristo, aquel a quien Dios ha enviado. Entonces, ¿qué debemos hacer para cumplir con esta prioridad de creer en Jesús? Debemos escuchar las palabras de Jesucristo. Observemos Romanos 10:17: «Así que la fe viene por el oír el mensaje, y el mensaje se oye mediante la palabra acerca de Cristo». La fe surge al escuchar la palabra de Cristo. Por lo tanto, debemos escuchar diligentemente las palabras del Señor. Al hacerlo, experimentaremos un progreso en nuestra propia fe (Filipenses 1:25).

En el pasaje de hoy, Filipenses 2:19, Pablo escribe a los creyentes de Filipos expresando su esperanza —en el Señor— de enviarles pronto a Timoteo. ¿Cuál era la razón de esto? Se debía a que Pablo quería sentirse animado al conocer la situación de los creyentes filipenses (versículo 19). En otras palabras, al enviar a Timoteo a la iglesia de Filipos, Pablo deseaba recibir noticias sobre los creyentes de allí y hallar consuelo y ánimo a través de ese informe (versículo 19, *Hyundai-in-ui Seong-gyeong* [Versión coreana moderna]). Al hacerlo, Pablo presentó a Timoteo a los creyentes de la iglesia de Filipos —describiendo qué clase de persona era— a través de su carta. Entre las cosas que compartió, el versículo 21 resonó especialmente en mí: «Porque todos buscan sus propios intereses, no los de Cristo Jesús» [(Versión coreana contemporánea) «Todos se esfuerzan en sus propios asuntos, pero

no muestran interés en la obra de Cristo Jesús»]. ¿Qué significa esto? Significa que, mientras todos perseguían sus propios asuntos, descuidaban la búsqueda de la obra de Cristo Jesús. Desde la perspectiva de Pablo, esto contradecía sus enseñanzas. ¿Cuál era su enseñanza? Observemos Filipenses 2:4, pasaje sobre el cual ya hemos meditado: «No busquen solo su propio interés, sino también el interés de los demás, para que mi gozo sea completo». Pablo les instruyó a velar por los intereses de los demás junto con los suyos propios. ¡Cuánto más apropiado es, entonces, interesarse en la obra de Cristo Jesús y buscar la obra del Señor! Sin embargo, al continuar su carta a los filipenses, Pablo señaló en el versículo 21 que solo Timoteo —quien se preocupaba genuinamente por el bienestar de ellos— buscaba la obra de Cristo Jesús, mientras que los demás «buscaban solo sus propios intereses». Por eso expresó su esperanza de enviarles pronto a Timoteo; a Timoteo, quien se preocupaba sinceramente por los creyentes filipenses y buscaba la obra de Cristo Jesús (versículos 20-21). Por tanto, hoy, bajo el título «Alguien que busca la obra de Cristo Jesús», deseo reflexionar sobre Timoteo —quien buscaba la obra del Señor— y recibir las enseñanzas que Dios nos ofrece. Es mi oración que todos lleguemos a ser personas que, como Timoteo, busquen la obra de Cristo Jesús.

Entonces, ¿quién es la persona que busca la obra de Cristo Jesús? Me gustaría extraer dos lecciones del pasaje de hoy para nuestra reflexión.

En primer lugar, aquellos que buscan las cosas de Cristo Jesús se preocupan genuinamente por las circunstancias de sus hermanos y hermanas en la iglesia.

Observemos Filipenses 2:20 en el texto de hoy: «Pues no tengo a nadie más que piense como yo y que se preocupe sinceramente por la situación de ustedes» [(Versión coreana contemporánea) «No hay nadie más que Timoteo que comparta mi sentir y se preocupe genuinamente por ustedes»]. Pablo presenta a Timoteo —la persona a quien planea enviar a los creyentes filipenses— como alguien que «piensa igual» que él respecto a la iglesia (que comparte el mismo sentir; cf. versículo 2). ¿No resulta interesante esta presentación? Me

llamó la atención porque los mismos creyentes de la iglesia de Filipos que iban a recibir esta carta no lograban tener el mismo sentir entre ellos (versículo 2). En particular, Evodia y Síntique —dos mujeres que habían trabajado junto a Pablo por el evangelio— no compartían el mismo sentir en el Señor (4:2-3). Consciente de esta situación, Pablo escribió a los creyentes de Filipos expresando su esperanza de enviarles pronto a Timoteo —quien compartía su mismo sentir—; deseaba recibir consuelo al conocer sus circunstancias a través de él. Creo que aquí hay un mensaje oculto de Pablo para los creyentes filipenses. Parece que dirige este mensaje especialmente a Evodia y Síntique, quienes habían trabajado con él por el evangelio. El mensaje es que Pablo no se limitaba a decirles a Evodia, a Síntique y a los miembros de la iglesia de Filipos —que no tenían un mismo sentir ni un mismo propósito— que «tuvieran el mismo sentir, el mismo amor, unánimes y concordes» (Filipenses 2:2); los instaba a imitar el ejemplo de él mismo y de Timoteo, quienes ya compartían esa misma mentalidad. ¿Cómo lograron Pablo y Timoteo compartir el mismo sentir? ¿Cómo pudieron estar en un mismo acuerdo? Encontré la respuesta en Filipenses 2:5, un pasaje sobre el que ya hemos meditado: «Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús». ¿Cuál es el sentir de Cristo Jesús? ¿Qué sentir de Cristo Jesús compartían Pablo y Timoteo? Es la actitud de «humillarse y obedecer al Señor incluso hasta la muerte» (versículo 8). Como enviados del Señor, Pablo y Timoteo poseían un corazón humilde, dispuesto a obedecer la voluntad de Aquel que los envió, incluso hasta la muerte. Por eso pudieron compartir el mismo sentir y estar en un mismo acuerdo.

Pablo presentó a Timoteo a los santos de la iglesia de Filipos porque creía que Timoteo era precisamente la persona que se preocuparía genuinamente por su bienestar (v. 20). Aquí, la palabra "genuinamente" denota "la devoción sincera de un padre hacia su hijo" (Park Yun-sun). En otras palabras, Pablo les decía a los filipenses que Timoteo velaría por su bienestar con la misma sinceridad que un padre muestra hacia su hijo. ¿Cómo pudo Pablo presentarles a Timoteo de esta manera? Encontré la respuesta en la relación entre Pablo y Timoteo. Las cartas de Pablo revelan cómo describía a Timoteo: "mi verdadero hijo en la fe" (1 Tim. 1:2), "mi amado hijo" (2 Tim. 1:2) y "mi amado y fiel hijo en el Señor" (1 Cor. 4:17).

Estas expresiones muestran que Timoteo era el "hijo amado y fiel" de Pablo y un "verdadero hijo en la fe". La suya era una relación de padre e hijo espirituales: un vínculo arraigado en el amor mutuo. Por eso Pablo no dudaba de que Timoteo, su amado y fiel hijo espiritual, se preocuparía —al igual que él mismo— genuinamente por el bienestar de los santos filipenses (Fil. 2:20). Esperaba en el Señor enviarles a Timoteo pronto. Quería enviar a Timoteo "de inmediato" (v. 23) una vez que viera cómo se desarrollaba su propia situación, o bien "tan pronto como las cosas se aclararan" (v. 23, *Versión Coreana Contemporánea*). La razón era que Pablo quería conocer la situación de ellos a través de Timoteo (v. 19).

¿No es acaso natural querer saber sobre el bienestar de aquellos a quienes amamos? Como padres, ¿no es nuestro deseo natural saber rápidamente cómo se encuentran nuestros amados hijos que están lejos? Al igual que un padre se preocupa por su hijo, Pablo se preocupaba sinceramente por el bienestar de los amados santos de la iglesia de Filipos; por ello, quería enviarles a Timoteo rápidamente para conocer su situación. Esperaba recibir ánimo al escuchar noticias de los creyentes filipenses a través de Timoteo (v. 19). Un caso similar aparece en el capítulo 3 de 1 Tesalonicenses. Pablo envió a su hijo espiritual, Timoteo, a la iglesia de Tesalónica (1 Tes. 3:6). Envío a Timoteo para cerciorarse de su fe, ya que no podía soportar más la incertidumbre —o, como lo expresa la *Biblia Coreana Contemporánea*, «no podía esperar más» (vv. 1, 5)—; quería asegurarse de que no se tambalearan en medio de sus muchas aflicciones (v. 3) y temía que el tentador pudiera hacer inútil la labor de su colaborador (v. 5). Timoteo, el hijo espiritual verdaderamente fiel y amado de Pablo, cumplió fielmente su misión y regresó junto a él, trayendo las gozosas noticias sobre la fe y el amor de los creyentes tesalonicenses (v. 6). Él consoló a Pablo al informarle sobre la fe de ellos y al compartir que los creyentes tesalonicenses siempre recordaban con cariño a Pablo y a sus colaboradores, y anhelaban verlos (vv. 6-7). Consideremos la reacción de Pablo al recibir noticias de la iglesia de Tesalónica a través de Timoteo: «Porque ahora vivimos de verdad, ya que ustedes se mantienen firmes en el Señor. ¿Cómo podremos dar suficientes gracias a Dios por ustedes, en recompensa por todo el gozo que sentimos ante nuestro Dios a causa de ustedes?» (1 Tesalonicenses 3:8-9).

Timoteo, al haber sido enviado de esta manera, consoló y alegró el corazón de Pablo, quien lo había comisionado para ir a la iglesia de Tesalónica.

¿Qué trae consuelo y gozo a nuestros corazones? ¿Encontramos consuelo y alegría al conocer las circunstancias de aquellos a quienes verdaderamente amamos? Como personas que buscan las cosas de Cristo Jesús (interesadas en Su obra), debemos tener un mismo sentir y preocuparnos genuinamente por las circunstancias de los demás. También debemos esforzarnos por comprender las situaciones de cada uno. Si bien el pasaje de hoy destaca el deseo sincero de Pablo de conocer las circunstancias de los tesalonicenses —llegando incluso a enviarles a Timoteo—, las cartas a los Efesios y a los Colosenses revelan que Pablo también quería que los miembros de la iglesia conocieran no solo sus propias circunstancias (Ef. 6:21; Col. 4:7), sino también las de sus colaboradores (Ef. 6:22; Col. 4:8). Así, la relación entre Pablo y la iglesia se basaba en el cuidado mutuo; compartían información y procuraban comprender la situación de cada uno. Como resultado, llegaron a ser una fuente de consuelo y alegría recíproca. Oro para que nosotros también, al igual que Pablo y Timoteo, nos preocupemos sinceramente por el estado de la iglesia —buscando entender las circunstancias de nuestra congregación y de nuestros hermanos en la fe— y lleguemos así a ser una fuente de consuelo los unos para los otros.

Por último, el segundo punto: aquellos que buscan las cosas de Cristo Jesús trabajan por causa del Evangelio.

Observemos el pasaje de hoy, Filipenses 2:22: «Ya conocen la probada calidad de Timoteo; él ha trabajado conmigo por el evangelio tal como un hijo lo hace con su padre». Pablo, al expresar su esperanza en el Señor de enviar pronto a Timoteo a los creyentes de Filipos (versículo 19), lo presentó primero de esta manera: Timoteo es alguien que comparte el mismo sentir que Pablo y se preocupa sinceramente por el bienestar de los creyentes filipenses (versículo 20). El segundo aspecto que Pablo destacó al presentarlo fue que Timoteo busca los intereses de Cristo Jesús (versículo 21). En su carta a la iglesia de Corinto,

Pablo se refirió a Timoteo en términos similares: «Cuando llegue Timoteo, asegúrense de que se sienta a gusto entre ustedes, pues él realiza la obra del Señor, tal como yo lo hago» (1 Corintios 16:10). Luego, en el pasaje de hoy —Filipenses 2:22—, Pablo presentó a Timoteo ante los creyentes filipenses de una tercera manera: como un hombre de carácter probado (versículo 22). En el versículo 22 del pasaje de hoy, la **Revised New Korean Version** traduce la frase como «el carácter probado de Timoteo», mientras que la **Contemporary Korean Bible** la traduce como «el carácter excelente de Timoteo». La palabra griega que subyace a «carácter probado» o «carácter excelente» significa «aprobación obtenida mediante pruebas» (Pfeiffer). Esto implica que el carácter de Timoteo fue reconocido como excelente a través de pruebas o procesos de refinamiento. Es probable que se ganara este reconocimiento por parte de los santos de la iglesia de Filipos porque su carácter había sido forjado: había soportado «grandes pruebas y aflicciones» (2 Corintios 8:2) y perseverado en la fe (Romanos 5:4). Además, el rasgo específico del carácter de Timoteo que los creyentes filipenses reconocieron y valoraron fue su «autenticidad» (versículo 20).

El carácter de quienes creen en Jesús es de gran importancia; la sinceridad —o autenticidad— resulta especialmente vital. A menudo he reflexionado sobre esto: ¡qué bendecida debe ser una persona que cuenta con un amigo de carácter auténtico! Al pensar en el apóstol Pablo y en Timoteo, tal como aparecen en el pasaje de hoy, imagino cuán gozosa sería nuestra iglesia —el cuerpo de Cristo— si todos los que servimos juntos fuéramos personas de carácter excelente y, concretamente, personas sinceras, al igual que Pablo y Timoteo. Por ello, me propongo esforzarme por ser una persona sincera, tanto ante Dios como ante la congregación. Así como Dios Padre, fiel a su pacto, es fiel conmigo —al haberme hecho su hijo por medio de Cristo—, yo también debo ser fiel a mi familia en el hogar y a mi familia en la iglesia. Sin embargo, cuando me examino ante Dios y percibo mi propia falta de fidelidad hacia mi familia o mi comunidad eclesial —sintiendo el aguijón de una conciencia culpable y desanimándome conmigo mismo—, hay un pasaje bíblico específico que el Espíritu Santo trae a mi mente y utiliza para sostenerme. Ese pasaje es 2 Timoteo 2:13: «Si somos infieles, él permanece fiel, pues no puede negarse a sí mismo».

Si recurrimos a Hechos 16 —donde se relata la fundación de la iglesia de Filipos—, el versículo 2 presenta a Timoteo con estas palabras: «Timoteo gozaba de buena reputación entre los hermanos de Listra y de Iconio». Timoteo —el amado y verdadero hijo en la fe de Pablo, así como su fiel hijo espiritual— poseía un carácter tan excelente que se ganó el elogio de los creyentes de Listra e Iconio. Pablo habla de él en el pasaje de hoy, Filipenses 2:22, diciendo: «Ha trabajado conmigo por el evangelio tal como un hijo sirve a su padre». Para comprender mejor este versículo, necesitamos saber algo más sobre Timoteo. Nacido de padre griego y madre judía (Hechos 16:1), Timoteo creció en un entorno piadoso. Aunque su padre era griego —lo cual podría haberlo expuesto a influencias helenísticas y al politeísmo—, Timoteo hizo honor a su nombre, que significa «el que honra a Dios», al creer y servir únicamente a Dios. Pudo hacerlo porque había aprendido las Escrituras de su fiel abuela Loida y de su madre Eunice (2 Timoteo 1:5). Timoteo, cuya vida de fe se centraba en Dios, llegó a ser un joven ejemplar. Era natural que Timoteo —un joven que amaba al único Dios verdadero y servía a sus semejantes haciendo el bien— fuera muy apreciado por todos en su ciudad natal de Listra. La vida de Timoteo, moldeada por la enseñanza cristiana en un entorno tan apacible, llegó a un punto de inflexión cuando conoció al apóstol Pablo. Timoteo conoció a Pablo durante el primer viaje misionero de este, cuando el apóstol visitó Listra; gracias a este encuentro, Timoteo aceptó a Jesucristo, llegó a considerar a Pablo como un padre espiritual y recibió de él un amor entrañable y formación como discípulo. Además, tal como se indica en el pasaje de hoy —Filipenses 2:22—, Timoteo trabajó junto a Pablo por la causa del evangelio tal como un hijo sirve a su padre. Aquí, la palabra «trabajó» conlleva el sentido de «servir como siervo». En otras palabras, Timoteo sirvió a la causa del evangelio obedeciendo a Pablo con el afecto y la sumisión que se le mostrarían a un padre. En otras palabras, Timoteo sirvió obedeciendo a su padre espiritual, Pablo, en la proclamación del evangelio de Jesucristo. Al referirse a Timoteo bajo esta luz, Pablo lo describió en 1 Tesalonicenses 3:2 como «nuestro hermano y colaborador de Dios en la difusión del evangelio de Cristo». Y en 2 Corintios 1:19 afirmó: «El Hijo de Dios, Jesucristo, que fue predicado entre vosotros por nosotros —por mí, por Silvano y por Timoteo—...». ¿Qué significa esto? ¿Acaso no implica que Timoteo, junto con Pablo y Silvano, proclamó a

Jesucristo —el Hijo de Dios— entre los creyentes de la iglesia de Corinto? Por eso el apóstol Pablo se refirió a Timoteo como «mi colaborador» en Romanos 16:21. En otras palabras, Timoteo era compañero de Pablo en la proclamación del evangelio de Jesucristo.

Consideremos la perspectiva de los creyentes de la iglesia de Filipos que recibieron esta carta de Pablo. ¿Qué pensamientos habrán pasado por su mente al leer la carta y escuchar a Pablo presentar a Timoteo? Naturalmente, habrían creído a Pablo cuando describió a Timoteo como alguien que «comparte mi sentir y se preocupará genuinamente por vuestro bienestar» (Filipenses 2:20) y como alguien que «busca los intereses de Cristo Jesús» (versículo 21). Al fin y al cabo, para ellos, el apóstol Pablo era un siervo del Señor digno de confianza. Sin embargo, al llegar a Filipenses 2:22 —el pasaje que analizamos hoy— y escuchar a Pablo decir: «Conocéis el excelente carácter de Timoteo» y que él «sirvió conmigo por causa del evangelio tal como un hijo sirve a un padre», es probable que sintieran un vínculo de afinidad con Timoteo. Creo esto debido a las palabras que se encuentran en Filipenses 1:5: «Porque habéis participado en la obra del evangelio desde el primer día hasta ahora» [(Versión coreana contemporánea) «Porque habéis cooperado en la difusión de las Buenas Nuevas desde el momento en que creísteis por primera vez en Cristo hasta ahora»]. También los creyentes de Filipos habían —desde el primer día— [participado] en la labor de Pablo a favor del evangelio... Dado que Timoteo participaba activamente y trabajaba junto a Pablo por causa del Evangelio, ¿cómo no iban a sentir los miembros de la iglesia de Filipos un vínculo de hermandad con él? Pablo, Timoteo y los creyentes filipenses eran personas que buscaban los intereses de Cristo Jesús (v. 21) y trabajaban por el Evangelio de Jesucristo.

Nosotros también debemos ser personas que busquen los intereses de Cristo Jesús. Ya sea directa o indirectamente, todos debemos trabajar por el Evangelio de Jesucristo. Debemos aferrarnos al Evangelio de Jesucristo —la «palabra de vida»— y proclamar esa suprema buena noticia (2:16). ¿Por qué? Porque el Evangelio del Señor Jesucristo es un evangelio que da vida. Debemos proclamar el Evangelio que ofrece vida eterna. Eso es precisamente lo

que significa trabajar por el Evangelio de Jesucristo, y es el deber propio de quienes buscan los intereses de Cristo Jesús.

A principios de este mes (el 3 de febrero), el pastor Teuksu —pastor principal de la Iglesia Mongolia Chamsarang (o Iglesia del Amor Eterno), a la que nuestra iglesia apoya modestamente— me envió un correo electrónico con fotos adjuntas. Recuerdo haber conocido al pastor Teuksu en 2007, cuando viajé a Mongolia con mi pastor mentor para dirigir un seminario en un retiro de un seminario teológico presbiteriano. Si mal no recuerdo, al retiro asistieron unos sesenta estudiantes de seminario locales; sin embargo, el pastor Teuksu llamó mi atención porque, a pesar de ser mongol, hablaba muy bien coreano. Así fue como lo conocí; luego, unos cuatro años más tarde, cuando visité Mongolia por segunda vez —nuevamente para un retiro de un seminario presbiteriano—... Lo que me resultó especialmente singular mientras dirigía el seminario fue escuchar al pastor Teuksu decir que, al graduarse del seminario ese año, tenía la intención de dedicar tres años de servicio a la «Iglesia del Amor Eterno» en la región de Uvs, un lugar que requería un viaje de dos días en automóvil (unas 930 millas) desde Ulán Bator, la capital de Mongolia. Recuerdo vívidamente haber asistido a su ceremonia de graduación tras el retiro y haberlo visto tomarse fotos con su familia. Tras aquella segunda reunión, regresé a los Estados Unidos, pero no podía dejar de pensar en el pastor Teuk-su y en su compromiso de servir durante tres años en una zona tan remota, a la que pocos estarían dispuestos a ir. Con el deseo de ayudar de alguna manera, comencé a brindar apoyo misionero personal, esperando contribuir —aunque fuera mínimamente— al ministerio de la Iglesia Eternal Love. Más tarde, hacia mediados del año pasado, el pastor Teuk-su concluyó su periodo de tres años en la Iglesia Eternal Love; nombró a un discípulo suyo —un evangelista— como sucesor y se trasladó a la capital para fundar la iglesia "True Love". Desde entonces, nuestra iglesia ha estado proporcionando cierto apoyo económico a esa nueva congregación. He colocado fotos del pastor Teuk-su, de la Iglesia Eternal Love y de la iglesia True Love en el tablón de anuncios, cerca del comedor; por favor, échenles un vistazo, ténganlos presentes y únanse a mí en oración por

ellos. También les pido que oren por los evangelistas Harry y Lair, de Filipinas —cuyas fotos también están en ese tablón—, mientras llevan a cabo su valiosa labor.

La visión de nuestra Iglesia Presbiteriana Victory es formar líderes. Nuestro enfoque está en que el Señor levante a sus obreros para edificar su iglesia y establecer el Reino de Dios. Al unirnos en esta obra, un asunto de gran interés y motivo de oración para mí es saber si estos obreros del Señor son personas verdaderamente dignas de confianza y sinceras. Por eso, el mes pasado me uní al equipo misionero de nuestra iglesia para México y viajé allí junto a uno de nuestros ancianos; quería conocer en persona al pastor Víctor, un pastor mexicano del que el pastor Gómez me había hablado. Tras haber escuchado tanto sobre él gracias al pastor Gómez, tenía muchas ganas de conocerlo y ver qué clase de persona era. Ese día, nuestro equipo misionero, junto con el pastor Víctor y su esposa, viajó de Tijuana a Ensenada para visitar el hogar de Gabriel y conocer el ministerio dedicado a las personas sin hogar. Me siento profundamente agradecido y lleno de alegría porque el Señor ha permitido que nuestra iglesia conozca a obreros tan valiosos y colabore con ellos en su servicio. Espero que todos los miembros de nuestra Iglesia Presbiteriana Victory lleguen a comprender mejor sus circunstancias, se interesen más por ellos y los tengan sinceramente presentes en sus oraciones. Que todos nosotros —junto con ellos— trabajemos por el bien del Evangelio del Señor Jesucristo.

“Arriesgando su vida por la obra de Cristo...”

[Filipenses 2:25-30]

Tony Campolo publicó una vez los resultados de un estudio sobre las personas mayores. Encuestó a cincuenta personas de 95 años o más, preguntándoles: «Si tuvieran la oportunidad de volver a vivir su vida, ¿cómo la vivirían?». Les pidió que dieran tres respuestas cada una. Las tres respuestas comunes fueron las siguientes: (1) Reflexionarían más. Habían vivido de manera tan agitada que ni siquiera se habían detenido a considerar el propósito de sus vidas; deseaban haber vivido con mayor conciencia y atención. (2) Arriesgarían más. Sentían que habían vivido con demasiada timidez, transigiendo ante la injusticia y preocupándose demasiado por lo que pensaban los demás; querían vivir con más valentía de ahí en adelante. (3) Harían más cosas que perduraran después de su muerte. Querían vivir teniendo presente la realidad de la muerte: considerando qué sucede después de ella y qué legado dejarían. Todos confesaron unánimemente su pesar por haber vivido sin esa reflexión.

Anteriormente hemos meditado —centrándonos en Filipenses 2:19-24— sobre Timoteo, el fiel hijo espiritual a quien Pablo deseaba enviar pronto a la iglesia de Filipos. Antes de enviarlo, Pablo presentó a Timoteo a los creyentes de aquel lugar. He resumido dicha presentación en cinco puntos:

(1) Timoteo tenía el mismo sentir que Pablo (v. 20). En otras palabras, Timoteo, el hijo espiritual, compartía el mismo corazón y la misma mentalidad que su padre espiritual, el apóstol Pablo. (2) Timoteo era alguien que se preocupaba genuinamente por el bienestar de

los santos de la iglesia de Filipos (v. 20). En otras palabras, era alguien que se interesaba sinceramente por su bienestar.

(3) Timoteo era alguien que buscaba los intereses de Cristo Jesús (v. 21). En otras palabras, se interesaba por la obra de Cristo Jesús. Al igual que Pablo, estaba dedicado a la obra del Señor (1 Corintios 16:10).

(4) Timoteo era un hombre de carácter excelente (Filipenses 2:22). Su carácter había sido probado a través de dificultades y pruebas. La cualidad específica de su carácter que fue reconocida —incluso por los santos de Filipos— fue su «sinceridad» (v. 20).

(5) Timoteo trabajó junto a Pablo por causa del evangelio (v. 22). Trabajó con su padre espiritual, el apóstol Pablo, tal como un hijo lo haría con su propio padre.

Pablo esperaba en el Señor enviar a Timoteo a la iglesia de Filipos «pronto», porque deseaba ser consolado al conocer la situación de los santos (v. 19). Así, aunque escribió que esperaba enviar a Timoteo «de inmediato» una vez que viera cómo se resolvían sus propios asuntos (v. 23), Pablo también expresó su confianza en el Señor de que él mismo iría «pronto» (v. 24). Tras decir esto, Pablo procede en el pasaje que nos ocupa —Filipenses 2:25-30— a hablar a los santos de Filipos sobre otra persona. Esa persona es Epafras. ¿Quién era, entonces, Epafras? Consideremos tres aspectos de la vida de este hombre y reflexionemos sobre las lecciones que Dios nos ofrece a través de él:

En primer lugar, Epafras era hermano, colaborador y compañero de milicia de Pablo; también sirvió como mensajero de la iglesia de Filipos para atender las necesidades de Pablo.

Observemos el pasaje de hoy, Filipenses 2:25: «Pero consideré necesario enviarles a Epafras, mi hermano, colaborador y compañero de milicia, pero mensajero de ustedes y

quien atendió mi necesidad». Epafrodito no solo era «hermano, colaborador y compañero de milicia» de Pablo, sino también el mensajero enviado por la iglesia de Filipos para proveer a las necesidades de Pablo. La palabra traducida aquí como «mensajero» es *apostolos* en el griego original; la misma palabra que traducimos como «apóstol» en coreano. Por tanto, el significado tanto de «mensajero» como de «apóstol» es simplemente «aquel que es enviado». Los «apóstoles» de Jesús son aquellos enviados al mundo por Jesús —quien es el Señor— para cumplir la voluntad de Aquel que los envió. En otras palabras, los doce apóstoles de Jesús fueron quienes llevaron a cabo la voluntad del Señor al ir por todo el mundo para predicar el evangelio de Jesucristo y hacer discípulos de todas las naciones (Mateo 28:19–20). Por tanto, el «mensajero de ustedes» mencionado por Pablo en el texto de hoy —Filipenses 2:25— no se refiere a alguien que Pablo envió a los creyentes de Filipos, sino a alguien que ellos enviaron a él. En resumen, Epafrodito fue un hombre comisionado por la iglesia de Filipos. Es por eso que Pablo lo llamó «mensajero de ustedes» en lugar de «mi mensajero».

¿Por qué, entonces, los creyentes de Filipos enviaron a Epafrodito —uno de los suyos— a Pablo? ¿Cuál era su propósito? Su objetivo era atender las necesidades de Pablo. En otras palabras, la iglesia de Filipos envió a Epafrodito para ayudar a Pablo supliendo lo que a él le faltaba (versículo 25b: «...mensajero de ustedes y quien ministra a mis necesidades»). La palabra griega original para «ministrar» (*leitourgos*) designa a alguien que realiza un servicio personal, un ayudante o un asistente (Arndt). Esto significa que Epafrodito, como mensajero de la iglesia de Filipos, sirvió a Pablo en calidad de asistente o ayudante. Al reflexionar sobre el hecho de que Epafrodito —miembro de la iglesia de Filipos— servía a Pablo, me da la impresión de que la iglesia de Filipos sirvió a Pablo mejor que cualquier otra iglesia. La razón de mi pensamiento se encuentra en Filipenses 2:17: «Pero aun si soy derramado como libación sobre el sacrificio y servicio que provienen de la fe de ustedes, me alegro y me regocijo con todos ustedes». En este pasaje, Pablo reconoce el servicio que la iglesia de Filipos le prestó por fe. Además, respecto a este servicio sacrificial, Pablo declaró que, incluso si fuera derramado como libación —es decir, si tuviera que enfrentar el

martirio—, se regocijaría y compartiría ese gozo con los santos de la iglesia de Filipos. ¡Qué preciosa comunión era esta en el Señor! La relación entre Pablo y la iglesia de Filipos constituía un hermoso vínculo de servicio mutuo.

¿Cómo, entonces, ayudó la iglesia de Filipos a Pablo con sus necesidades? Consideremos Filipenses 4:15–16: «Y sabéis también vosotros, oh filipenses, que al principio de la predicación del evangelio, cuando partí de Macedonia, ninguna iglesia participó conmigo en razón de dar y recibir, sino vosotros solos; pues aun en Tesalónica me enviasteis una y otra vez para mis necesidades». Estos versículos muestran que, en los inicios de su ministerio del evangelio, cuando Pablo salió de Macedonia, la iglesia de Filipos fue la única que colaboró con él en la obra del evangelio (1:5) y proveyó para sus necesidades. Además, mientras Pablo estaba en Tesalónica, la iglesia le envió los suministros necesarios en más de una ocasión. Enviaron estas provisiones por medio de Epafrodito. En consecuencia, en Filipenses 4:18, Pablo dijo a los santos de la iglesia de Filipos: «Lo tengo todo y abundo; estoy lleno, habiendo recibido de Epafrodito lo que enviasteis: olor fragante, sacrificio acepto, agradable a Dios». La iglesia de Filipos cubrió las necesidades de Pablo a través de su mensajero, Epafrodito. Así, Pablo declaró que estaba «bien provisto» y describió las ofrendas enviadas por la iglesia de Filipos como «olor fragante, sacrificio acepto, agradable a Dios». Epafrodito, el mensajero de la iglesia de Filipos, llevó los suministros que Pablo necesitaba —preparados por la iglesia— y se los entregó, tal como lo habían hecho cuando Pablo salió de Macedonia y mientras estuvo en Tesalónica. Es más, tras entregar las ofrendas, Epafrodito permaneció con Pablo y trabajó junto a él (2:25). En otras palabras, no se limitó a entregar lo necesario y regresar a Filipos; se quedó con Pablo y trabajaron juntos por causa del Evangelio (v. 25). Epafrodito colaboró con Pablo en la obra de evangelización (Park Yun-sun). Además, dado que Pablo se refirió a él como «compañero de milicia» (v. 25), es evidente que, al trabajar por el Evangelio, Epafrodito luchó valientemente —como un soldado de Jesucristo— en la batalla espiritual contra quienes se oponían al Evangelio, proclamándolo con valentía junto a Pablo. Por eso, en el versículo 25 del pasaje, Pablo describió a Epafrodito ante los santos de Filipos como «mi hermano, colaborador y

compañero de milicia, y mensajero de ustedes, a quien enviaron para atender mis necesidades».

Al reflexionar sobre la figura de Epafrodito, considero que nuestra Iglesia Presbiteriana Victory —y los misioneros a quienes apoyamos— necesitan urgentemente más personas como él. En otras palabras, necesitamos individuos que actúen como mensajeros entre nuestra iglesia y los misioneros en el campo de misión. Por ejemplo, el Señor nos está guiando actualmente a realizar labor misionera en Tijuana, México; en cierto sentido, nuestro equipo misionero actúa como un puente, llevando las ofrendas de nuestra iglesia a ese campo misionero. Por supuesto, el regalo más vital es compartir el Evangelio de Jesucristo —y su amor— con las almas en México. Proveer alimentos, otros obsequios y atención médica también es importante. Sin embargo, creo que es crucial colaborar como hermanos y hermanas con los obreros locales —como el pastor Víctor y su esposa— que sirven allí, y atender sus necesidades mediante las ofrendas que nuestra iglesia proporciona. Este tipo de ministerio se aplica no solo a Tijuana y Ensenada, México, sino también a lugares como China, Filipinas y Mongolia. Cuando nuestra iglesia se asocia con misioneros y siervos locales del Señor para suplir sus necesidades, orar juntos y trabajar a su lado, se convierte en una hermosa colaboración ante los ojos de Dios y en un precioso ministerio de cooperación en el Señor. Oro para que nuestra iglesia continúe llevando a cabo fielmente este precioso y hermoso ministerio de cooperación que el Señor nos ha encomendado.

En segundo lugar, Epafrodito anhelaba profundamente a los santos de la iglesia de Filipos y se angustiaba mucho por ellos. Observemos el pasaje de hoy, Filipenses 2:26: «porque él los anhelaba a todos ustedes y estaba angustiado porque se habían enterado de que estaba enfermo». Incluso estando enfermo, la persona mencionada en este pasaje —Epafrodito— anhelaba profundamente a los santos (su familia espiritual) de la iglesia de Filipos (versículo 26). Aunque no sabemos exactamente cuánto tiempo trabajó junto a Pablo para atender las necesidades del apóstol tras dejar Filipos, es seguro que enfermó mientras realizaba la obra del Señor (versículo 30). La Biblia indica la gravedad de su estado; los versículos 27 y 30

revelan que estuvo enfermo hasta el punto de la muerte. Fue precisamente en esta situación que Pablo escribió a los creyentes de Filipos, diciéndoles que Epafrodito los extrañaba profundamente.

Creo que Pablo, al escribir esta carta, empatizaba con los sentimientos de Epafrodito y los comprendía. En otras palabras, Pablo entendía el corazón de Epafrodito, quien anhelaba fervientemente volver a ver a los santos de la iglesia de Filipos. Sabemos esto porque, en sus propias cartas, Pablo a menudo expresaba su profundo deseo de ver a los santos que amaba siempre que grandes distancias lo separaban de ellos. Consideremos, por ejemplo, Romanos 1:10–13: «...rogando que, de alguna manera, por la voluntad de Dios, tenga al fin un viaje próspero para ir a verlos. Porque deseo verlos, para impartirles algún don espiritual a fin de fortalecerlos; es decir, para que nos animemos mutuamente con la fe que compartimos, tanto la de ustedes como la mía. No quiero que ignoren, hermanos, que muchas veces me he propuesto ir a verlos...». Al escribir a los creyentes en Roma, Pablo manifestó que buscaba la manera de visitarlos conforme a la voluntad de Dios (v. 10), que anhelaba fervientemente verlos (v. 11) y que en repetidas ocasiones había intentado visitarlos (v. 13). Tales palabras revelan cuán profundo era su deseo de verlos. Otro ejemplo se encuentra en la carta que el apóstol Pablo escribió a la iglesia de Tesalónica. Observemos 1 Tesalonicenses 2:17–18: «Pero nosotros, hermanos, separados de ustedes por poco tiempo —en persona, pero no en el corazón—, nos esforzamos con mayor ahínco y gran deseo por verlos cara a cara, porque queríamos ir a verlos —yo, Pablo, una y otra vez—, pero Satanás nos lo impidió». El apóstol Pablo se esforzó ferviente y apasionadamente por ver los rostros de los creyentes en Tesalónica. Habiendo experimentado la frustración de no poder ver a la familia de la iglesia que tanto anhelaba, Pablo era capaz de empatizar con el corazón de Epafrodito y comprenderlo: su anhelo y profundo deseo de reencontrarse con los miembros de su propia congregación, la iglesia de Filipos. Por eso Pablo dijo a los creyentes de Filipos que consideraba necesario enviar de vuelta a Epafrodito —quien los extrañaba profundamente y anhelaba verlos—, diciendo: «Me pareció necesario enviarles a Epafrodito» (Filipenses 2:25) y «Así que lo envío de vuelta rápidamente» (versículo 28).

Sin embargo, Pablo también dijo a los creyentes filipenses que Epafrodito estaba «profundamente angustiado» porque sabía que ellos se enterarían de que había enfermado y estado a punto de morir (versículo 26). Piénselo bien. ¿Cómo reaccionaría usted si supiera que alguien a quien aprecia profundamente ha enfermado y está al borde de la muerte? ¿No se preocuparía? ¿No sentiría tristeza? En el caso de Epafrodito, sin embargo, era él quien sentía una profunda angustia —preocupándose por los creyentes filipenses— precisamente porque sabía que ellos se enterarían de su enfermedad casi mortal. ¿No resulta esto un tanto inusual? ¿No es sorprendente que, aun estando enfermo y cerca de la muerte, Epafrodito se preocupara más por su familia de la iglesia en Filipos que por sí mismo? Al fin y al cabo, cuando uno se enfrenta a la muerte debido a una enfermedad, ¿es común preocuparse más por la familia o los miembros de la iglesia que conocen la situación que por uno mismo? Cabe destacar aquí que la palabra griega utilizada para describir a Epafrodito como «profundamente angustiado» (versículo 26) —*adēmoneō*— aparece también en los relatos del Nuevo Testamento sobre Jesús orando en el huerto de Getsemaní (Mateo 26:37; Marcos 14:33): «Llevó consigo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, y comenzó a sentir tristeza y angustia» [(Versión coreana moderna) «Llevó consigo solo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo. Jesús sentía una gran angustia...»]. La palabra empleada aquí para describir a Jesús como alguien «angustiado y entristecido» (en profunda angustia) es exactamente la misma que se utiliza en el pasaje de hoy —Filipenses 2:26— para describir a Epafrodito como «profundamente angustiado». La lección que esto nos deja es que, así como Jesús fue al Huerto de Getsemaní a orar y sintió profunda angustia y tristeza la noche anterior a ser crucificado por nuestra iglesia, Epafrodito amaba y anhelaba a la iglesia de Filipos con ese mismo amor sacrificial. El pastor Park Yun-sun lo expresó de esta manera: «Epafrodito se angustiaba por ellos, temiendo que su propia situación personal pudiera causar preocupación a sus hermanos en la fe. Él apreciaba a sus compañeros creyentes con un espíritu de tal sacrificio».

Este es precisamente el principio que se encuentra en Filipenses 2:3-4. Y Epafrodito ya vivía conforme a este principio bíblico: «No hagan nada por egoísmo o vanidad; más bien, con humildad, consideren a los demás como superiores a ustedes mismos. No busquen solo su propio interés, sino también el de los demás... así completarán mi alegría». A Epafrodito le importaban más las necesidades de la familia de la iglesia de Filipos que las suyas propias. Le preocupaba profundamente —incluso más que su propia enfermedad mortal— que los miembros de la iglesia de Filipos se inquietaran y angustiaran por él. ¿Acaso no es esto amor sacrificial? Epafrodito los anhelaba y pensaba en ellos con mayor intensidad de la que ellos sentían al pensar en él. Imaginemos a un padre gravemente enfermo y a punto de morir, lejos de sus hijos; ha mantenido su estado en secreto para evitarles el impacto y la tristeza de conocer la verdad. ¿Cómo creen que se sentiría si descubriera que sus hijos se han enterado de la noticia? ¿No se sentiría profundamente angustiado y preocupado, tal como lo estaba Epafrodito? Precisamente en ese estado —enfermo hasta el punto de la muerte—, Epafrodito anhelaba profundamente a los miembros de su iglesia.

¿A quiénes anhelamos profundamente? ¿Realmente extrañamos y sentimos nostalgia por los amados miembros de nuestra familia eclesiástica que se encuentran lejos? Aún lo recuerdo vívidamente. Después de dejar la Iglesia Presbiteriana Seungri en 2002 para servir en la Iglesia Seohyun en Corea, asistí a un retiro de la Asociación de Pastores para la Renovación de la Iglesia. Mientras recibía la promesa de Mateo 16:18 y cantaba el himno 208, "Amo tu reino, Señor", me invadió un profundo anhelo por la Iglesia Presbiteriana Seungri y lloré desconsoladamente. Al cantar versos como "Amo a la iglesia comprada con su sangre" (primera estrofa) y "Por esta iglesia serviré con lágrimas y oraciones hasta el fin de mi vida" (tercera estrofa), lloré anhelando nuestra iglesia en Los Ángeles desde tan lejos, en Corea; ese momento permanece vivo en mi memoria. Amigos, no estoy de acuerdo con el dicho: "Ojos que no ven, corazón que no siente". Aunque ese pueda ser un instinto humano natural, para nosotros, los cristianos unidos en el Señor, nuestros corazones inevitablemente se acercan a nuestra amada familia eclesiástica, incluso cuando no podemos verla. En particular, si nosotros —al igual que el apóstol Pablo— anhelamos a los

miembros distantes de la iglesia con el mismo corazón de Jesucristo (Filipenses 1:8) y oremos por ellos, nos preocuparemos por ellos incluso más que por nosotros mismos (Filipenses 2:26). Oro para que todos seamos como Epafrodito: personas que se preocupan más por el prójimo que por sí mismas y que se anhelan profundamente unos a otros.

En tercer lugar, Epafrodito fue un hombre que no estimó su propia vida, llegando incluso al punto de la muerte, por causa de la obra de Cristo. Miren el pasaje de hoy, Filipenses 2:30: "Arriesgó su vida por la obra de Cristo, sin tener en cuenta su propia seguridad, para completar el servicio hacia mí que ustedes no pudieron brindar". Cuando Epafrodito enfermó y estuvo a punto de morir, se sintió profundamente angustiado al pensar en los santos de la iglesia de Filipos: su amada familia eclesiástica a la que anhelaba ver. En ese momento, hubo alguien que experimentó "tristeza sobre tristeza" al ver a Epafrodito enfermo y profundamente afligido: esa persona fue Pablo. Observemos Filipenses 2:27: «Estuvo enfermo y a punto de morir, pero Dios tuvo misericordia de él, y no solo de él, sino también de mí, para evitarme dolor sobre dolor». ¿Por qué tuvo Pablo que afrontar «dolor sobre dolor»? ¿Por qué se vio agravada su aflicción? Se debía a que Pablo no solo estaba preocupado por Epafrodito —su hermano, colaborador y compañero de milicia—, quien se encontraba gravemente enfermo; también sentía una profunda inquietud por los santos de la iglesia de Filipos —a quienes amaba y anhelaba con el mismo corazón de Jesucristo—, sabiendo que quedarían desolados al conocer la noticia del estado de Epafrodito. En esta situación, Pablo experimentó dolor sobre dolor. Pensemos, por ejemplo, en una pareja joven que tiene un bebé; cuando este enferma de gravedad, imaginemos el corazón de los padres al ver a su amado hijo. Se sentirían embargados por una profunda tristeza. Sin embargo, los abuelos del bebé sentirían esa tristeza por partida doble. La razón es que experimentarían dolor no solo porque su amado nieto estuviera agonizando, sino también porque sufrirían al ver a su propio hijo sumido en una profunda angustia ante el estado del niño. Este era precisamente el estado del corazón de Pablo. No obstante, Dios conocía la ansiedad que sentían Pablo, Epafrodito y los creyentes de Filipos; Él mostró misericordia y preservó la vida de Epafrodito. Por eso Pablo afirma en el versículo 27 que Dios tuvo misericordia no solo de

Epafrodito, sino también de él, librándolo de sufrir «dolor sobre dolor». Además, el versículo 28 revela que Pablo enviaba a Epafrodito de regreso a la iglesia de Filipos con prontitud; esto implica que Epafrodito había recuperado la salud lo suficiente como para emprender el viaje de vuelta. ¿Por qué quería Pablo enviarlo de regreso tan rápidamente? Observemos Filipenses 2:28: «Por eso lo envié con mayor prontitud, para que al volver a verlo os regocijéis, y yo esté menos triste» [(Versión coreana contemporánea) «Así que lo envío de vuelta rápidamente. Cuando lo veáis de nuevo, os alegraréis, y mi propia ansiedad se aliviará»]. La razón por la que Pablo enviaba a Epafrodito de regreso rápidamente era permitir que los creyentes se regocijaran al verlo de nuevo y aliviar su propia ansiedad. Por tanto, al enviar a Epafrodito de regreso a la iglesia de Filipos, Pablo exhortó a los santos de aquel lugar en su carta: «Recibidlo, pues, en el Señor con todo gozo, y tened en estima a los que son como él» (v. 29). Pablo instó a los creyentes filipenses a recibir a Epafrodito con gran alegría en el Señor y a valorar profundamente a personas así. ¿Cuál era la razón? Observemos el pasaje de hoy, Filipenses 2:30: «Él arriesgó su vida por la obra de Cristo, despreciando su propia seguridad para suplir el servicio que ustedes no pudieron prestarme». La razón por la que los creyentes filipenses debían recibir a Epafrodito con gozo y honrar a tales personas es que él arriesgó su vida —incluso hasta el punto de la muerte— por la obra de Cristo. Un detalle interesante aquí es que la palabra griega utilizada para «despreciando su propia seguridad» (*parabouleusamenos*) comparte la misma raíz que *parabolani*. Este término se refería a los miembros de una hermandad cristiana en la iglesia primitiva que —plenamente conscientes del riesgo de perder la vida— cuidaban voluntariamente a los enfermos y sepultaban a los muertos. Esto sugiere que en la iglesia primitiva había muchas personas como Epafrodito quienes, sabiendo que podían perder la vida, servían voluntariamente a la obra del Señor atendiendo no solo a los enfermos, sino también a los siervos del Señor, como Pablo. Por eso Pablo instruyó a los creyentes a «honrar» a tales personas (v. 29). Debemos llevar a cabo la obra del Señor con un corazón dispuesto, tal como lo hizo Epafrodito. Además, al igual que él, debemos estar dispuestos a realizar la obra del Señor sin reparar en nuestra propia vida, incluso hasta la muerte. En cierto sentido, esto significa que, al servir al Señor, debemos estar preparados para esforzarnos al máximo,

asumir riesgos y afrontar peligros. En resumen, así como Dios no escatimó a su Hijo unigénito, Jesús, sino que lo entregó en la cruz para nuestra salvación (vida eterna), nosotros también debemos dedicar nuestra vida al Señor en su servicio. El apóstol Pablo hizo exactamente esto. Escuchemos sus palabras. Examinemos dos pasajes de la Biblia: (Hechos 20:24) «Sin embargo, no considero que mi vida tenga valor alguno para mí, con tal de que pueda terminar la carrera y completar la tarea que el Señor Jesús me ha encomendado: la tarea de dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios», y (21:13) «... ¿Por qué lloran y me parten el corazón? Estoy dispuesto no solo a ser encarcelado, sino también a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús...». Debemos honrar a personas como Pablo y Epafrodito (Filipenses 2:29).

Al meditar en la figura de Epafrodito, llegué a dos reflexiones clave:

(1) En primer lugar, considerando el significado de su nombre, quisiera compartir con ustedes un motivo de oración.

El nombre "Epafrodito" significa "encantador" o "hermoso". Oremos: "Señor, por favor levanta personas dentro de la Iglesia Presbiteriana Victory —Tu cuerpo— que, al igual que Epafrodito, sean encantadoras y hermosas ante Tus ojos". Oremos para que levantes a aquellos que trabajan por el Evangelio junto a Tus siervos y proveen para sus necesidades. Además, oremos para que nos moldees a todos para ser personas que amen y valoren profundamente a nuestra familia de la iglesia con el mismo corazón de Jesucristo. Oremos también para que levantes entre nosotros hombres y mujeres de Dios —como Epafrodito— que sean encantadores y hermosos a Tu vista, sirviendo a Tu iglesia y a Tus siervos incluso hasta el punto de arriesgar sus vidas.

(2) La segunda y última reflexión se refiere al hecho de que, si bien Dios tuvo misericordia de Epafrodito —quien estaba enfermo y a las puertas de la muerte— y le perdonó la vida, no perdonó a Su propio Hijo, Jesús, sino que lo entregó a la cruz por nosotros.

Observemos Romanos 8:32: "El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?". Dios es quien nos amó lo suficiente como para no escatimar a Su único Hijo, Jesús, sino entregarlo a la cruz. Para cumplir la voluntad de Dios Padre, Jesús no se aferró a Su propia vida y fue crucificado para salvarnos a ti y a mí. ¿Cómo debemos responder entonces nosotros, que hemos recibido este gran amor y la gracia de la salvación? Oro para que el himno n.º 213, "Te entrego mi vida", se convierta en nuestra oración de consagración y en nuestro canto de alabanza:

1. Te entrego mi vida; oh Señor, acéptala, y permíteme cantar Tus alabanzas mientras vivo en este mundo.
2. Te entrego mis manos y mis pies; oh Señor, acéptalos, y hazme pronto para realizar Tu obra.
3. Te entrego mi voz; oh Señor, acéptala, y permíteme proclamar solo las palabras de Tu verdad.
4. Entrego mis tesoros; oh Señor, acéptalos y úsalos para el Reino de los Cielos conforme a Tu voluntad.
5. Entrego mi tiempo; oh Señor, acéptalo y permíteme servirte todos los días de mi vida. Amén.

Priorizar la seguridad

[Filipenses 3:1–3]

¿Cómo calificaría el nivel de conciencia sobre la seguridad entre los coreanos? Según un informe titulado "Estado actual de la conciencia de seguridad y tareas políticas", publicado por el Instituto de Investigación Hyundai el 20 de octubre de 2014, una encuesta telefónica realizada a principios de agosto a 1.004 adultos (de 20 años en adelante) reveló que el 95 % de los encuestados consideraba que faltaba conciencia de seguridad en nuestra sociedad. Concretamente, el 50,9 % la describió como "gravemente deficiente", mientras que el 44,1 % la calificó como "algo deficiente". Al asignar una puntuación de 0 a "gravemente deficiente" y de 0,3 a "algo deficiente", la puntuación general de conciencia de seguridad resultó ser de apenas 17 sobre 100. Es una calificación reprobatoria. En cuanto a comportamientos específicos, el 67,5 % de los encuestados admitió no usar el cinturón de seguridad al viajar en el asiento trasero de un automóvil. Además, el 81,9 % declaró que utilizaría una sala de karaoke aunque careciera de salida de emergencia o pareciera insegura. La encuesta identificó la mentalidad cívica como el mayor obstáculo para crear un "país seguro", señalando el 32,0 % de los encuestados la "inmadurez en la conciencia y cultura de seguridad" como la principal barrera. Kim Dong-ryeol, jefe de la División de Investigación de Políticas de Hyundai, comentó: "Todavía existen problemas importantes en cuanto a la conciencia de seguridad del público", y añadió: "Se requiere especial atención para los grupos que quedan fuera del alcance de la conciencia, la educación y la formación en seguridad, como los jóvenes de veintitantos años, los estudiantes y las amas de casa a tiempo completo" (Fuente: Internet). No hace mucho, escuché una noticia en la radio sobre un trabajador de unos 40 años en una planta siderúrgica de Incheon que cayó en un alto

horno y falleció. Al parecer, estaba vertiendo hierro fundido —calentado a una temperatura de entre 1.500 y 2.000 grados Celsius— en una unidad de distribución cuando cayó entre 2 y 2,5 metros dentro del horno; se dice que ni siquiera fue posible recuperar su cuerpo adecuadamente. Recuerdo el reportaje que abordaba la falta de medidas de seguridad en los lugares de trabajo y señalaba una carencia general de conciencia sobre la seguridad. Aquello me hizo comprender cuán insuficiente es la conciencia de seguridad entre el público coreano, lo que a su vez deriva en sistemas de seguridad inadecuados.

Aquí en California, donde residimos actualmente, también se llevan a cabo preparativos ante un futuro terremoto de gran magnitud. Según el Servicio Geológico de los Estados Unidos (USGS), un sismo de magnitud 7,8 o superior sería 50 veces más potente que el terremoto de Northridge de 1994; se estima que tal evento provocaría más de 2.000 muertes, decenas de miles de heridos y daños materiales por valor de 200.000 millones de dólares (aproximadamente 212,4 billones de wones). En consecuencia, el 16 de octubre del año pasado se realizó un simulacro a gran escala en toda California para prepararse ante un terremoto de tales dimensiones catastróficas. Participaron en el ejercicio cerca de 10,3 millones de personas pertenecientes a organismos gubernamentales, escuelas y hospitales de todo el estado; concretamente, 3,3 millones de participantes provenían del condado de Los Ángeles —una zona de alto riesgo sísmico— y unos 983.000 del condado de Orange. El ejercicio recreó un escenario sísmico real, instruyendo a los participantes a seguir el procedimiento de «agacharse, cubrirse y agarrarse» (*Drop, Cover, and Hold On*): agacharse en el suelo, buscar refugio y mantenerse sujetos durante 60 segundos. El estado de California aconseja a los residentes que, en caso de terremoto, se agachen, se cubran bajo un escritorio o mesa para protegerse la cabeza y se aferren a un soporte firme —como un pilar— hasta que cesen los temblores. Asimismo, el estado hace hincapié en que los hogares deben estar preparados para ser autosuficientes durante tres días ante la eventualidad de terremotos o desastres mayores. Esto incluye disponer de medicamentos de emergencia, alimentos y agua suficiente para garantizar un galón (3,78 litros) por persona al día.

Entonces, ¿cuál cree que es el nivel de conciencia sobre la seguridad espiritual entre nosotros, los cristianos? ¿Hasta qué punto somos realmente conscientes de la seguridad espiritual? La Biblia afirma claramente que «el diablo ronda como león rugiente buscando a quien devorar» (1 Pedro 5:8); sin embargo, ¿en qué medida nos mantenemos realmente sobrios y vigilantes conforme a esta Palabra? A mi parecer, parece que los cristianos estamos fallando cada vez más en ejercer sobriedad y dominio propio. Da la impresión de que estamos perdiendo la capacidad de refrenarnos. Tal como los israelitas durante el Éxodo perdieron el dominio propio —actuando imprudentemente y adorando a un becerro de oro, convirtiéndose así en objeto de burla para el enemigo (Éxodo 32:25)—, nosotros, los cristianos de hoy, parecemos estar perdiendo el dominio propio, albergando y adorando diversos ídolos en nuestros corazones. El apóstol Pablo profetizó precisamente este fenómeno. Afirmó que en los «últimos días», una época de gran angustia, la gente carecería de dominio propio (2 Timoteo 3:3). Cumpliéndose dicha profecía, incluso nosotros, los cristianos en estos últimos días, estamos perdiendo el dominio propio; albergamos pensamientos y realizamos acciones que traspasan los límites debidos, deshonrando así el glorioso nombre de Dios en este mundo. Además, estamos fallando en mantenernos espiritualmente vigilantes. Deberíamos permanecer despiertos y orar a Dios; sin embargo, aunque el espíritu está dispuesto, la carne es débil, y terminamos adormeciéndonos (Mateo 26:41). En 1 Corintios 7:5, Pablo escribió: «No se nieguen el uno al otro, a menos que sea de mutuo acuerdo y por algún tiempo, para dedicarse a la oración. Luego vuelvan a unirse, para que Satanás no los tienta debido a su falta de dominio propio». Al no mantenernos despiertos ni orar a Dios, perdemos el dominio propio, caemos en las tentaciones de Satanás y tropezamos repetidamente en el pecado. ¿Qué debemos hacer, entonces?

En el pasaje de hoy, Filipenses 3:1, Pablo escribe a los creyentes de la iglesia de Filipos: «Por lo demás, hermanos míos, ¡alégrense en el Señor! Para mí no es molestia escribirles de nuevo las mismas cosas, y para ustedes es una garantía de seguridad». Aquí, Pablo retoma dos puntos que ya había mencionado en el capítulo 1. ¿Cuáles son esos dos puntos?

(1) El primer punto se refiere al gozo.

Pablo ya había hablado del «gozo» en el capítulo 1 de Filipenses. Por ejemplo, en Filipenses 1:4, menciona que siempre que ora por los creyentes de Filipos, lo hace «con gozo». Además, en Filipenses 1:18 afirmó: «Por esto me regocijo, sí, y me regocijaré», señalando que se estaba proclamando a Jesucristo. Estas palabras revelan que, aunque el apóstol Pablo estaba encarcelado, el motivo de su regocijo —y de que siguiera regocijándose— en el Señor era doble: los santos de la iglesia de Filipos participaban en la obra del evangelio (versículo 5) y su propio encarcelamiento había servido, de hecho, para promover la difusión del evangelio (versículo 12). En resumen, Pablo se regocijaba en el Señor porque se estaba proclamando el evangelio de Jesucristo.

(2) El segundo punto se refería a aquellos que se oponían al evangelio de Cristo.

En el pasaje de hoy, Filipenses 3:2, Pablo habla de quienes se oponen al evangelio de Cristo, un grupo al que ya había mencionado en Filipenses 1:28. Aquella referencia anterior formaba parte de sus instrucciones para que los santos de Filipos «vivieran de una manera digna del evangelio de Cristo» (1:27), diciéndoles específicamente que no se dejaran «amedrentar en nada por los que se oponen» a ellos (1:28). Además, en el versículo 29, Pablo afirmó que sufrir por causa de Cristo es un don de la gracia de Dios. De esto podemos deducir que los santos de la iglesia de Filipos sufrían a manos de quienes se oponían al evangelio. Al dirigirse a los creyentes que se encontraban en tal situación, Pablo continúa su carta; en el pasaje de hoy (3:1), insta una vez más a los hermanos de Filipos a «regocijarse en el Señor», explicando que les escribe «las mismas cosas» para su propia seguridad. ¿Cuál es la razón de esto? La razón era que hacerlo contribuía, de hecho, a la seguridad de los creyentes de la iglesia de Filipos (última parte del versículo 1). La palabra traducida aquí como «seguridad» (o garantía de protección) conlleva, en el griego original, el sentido de estar «a salvo o seguro frente a un peligro (grave)» (según los léxicos griegos). ¿A qué grave peligro se enfrentaban los creyentes filipenses que llevó al apóstol Pablo a escribirles estas

mismas palabras? ¿Cuál era ese peligro? Observemos el pasaje de hoy, Filipenses 3:2: «Cuidaos de los perros, cuidaos de los malos obreros, cuidaos de los de la falsa circuncisión». Aquí, Pablo advierte repetidamente —en tres ocasiones— a los creyentes de Filipos que «se cuiden» (es decir, que estén alerta) debido al peligro que ello implica. ¿De quién o de qué, exactamente, les advierte Pablo que se cuiden? Me gustaría analizar esto a partir de tres puntos.

En primer lugar, Pablo les dijo que se cuidaran de los «perros».

Fíjese en la primera parte del texto de hoy, Filipenses 3:2: «Cuídense de los perros». Es probable que recuerde haber escuchado noticias sobre personas mordidas por perros. ¿Sabe cuántas personas en los Estados Unidos sufren ataques mortales de perros cada año? Según Kenneth Phillips, un abogado especializado en casos de mordeduras de perro, tan solo en el año 2010 hubo 34 ataques mortales en EE. UU., y 350.000 personas acuden anualmente a las salas de urgencias de los hospitales debido a mordeduras de perro. ¿Puede imaginarlo? Resulta asombroso que 350.000 personas busquen atención médica de urgencia cada año a causa de mordeduras de perro. Esto demuestra cuántas personas son mordidas por perros. Esto me recuerda los letreros de «Cuidado con el perro» que a veces veo colocados en las cercas de alambre de los estacionamientos.

En la primera parte de Filipenses 3:2, Pablo advierte a los creyentes de la iglesia de Filipos que se cuiden —o que estén alerta— frente a los «perros». ¿Quiénes son los «perros» a los que se refiere Pablo aquí? En aquella época (el siglo I d. C.), se sabía que los perros eran feroces y que vagaban libremente por las calles, rebuscando comida entre los montones de basura. Por consiguiente, la gente de aquel tiempo consideraba a los perros animales inmundos. Por esta razón, los judíos de aquellos días veían a los gentiles como perros; en otras palabras, consideraban a los gentiles como animales impuros con los que no se debía tener trato alguno. Así, en el relato de la mujer samaritana junto al pozo, que se encuentra en el capítulo 4 de Juan, el apóstol Juan registra lo siguiente: «La mujer samaritana le dijo:

“¿Cómo es que tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?” (Porque los judíos no se tratan con los samaritanos)» (Juan 4:9). En el siglo I d. C., los judíos albergaban un sentimiento de superioridad por ser el pueblo escogido de Dios; se negaban a tratar a los gentiles como seres humanos, considerándolos en cambio como perros. Para ilustrar el alcance de esta actitud, el Talmud señala que, entre las tres oraciones de acción de gracias que los hombres judíos ofrecían al despertar cada mañana, la primera de todas era: «Dios, te doy gracias porque nací judío y no gentil». ¿No le recuerda esto a la oración del fariseo registrada en Lucas 18:11? «El fariseo, puesto en pie, oraba consigo mismo de esta manera: "Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres: ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano"». Sin embargo, cuando Pablo advirtió a la gente que se «cuidara de los perros», no se refería a los gentiles a quienes los judíos despreciaban. Cuando dijo a los creyentes de Filipos que se «cuidaran de los perros» (Filipenses 3:2), tenía en mente a los judíos —específicamente a los judaizantes—. ¿Quiénes eran, entonces, los judaizantes? Eran uno de los grupos que atacaron ferozmente el evangelio en sus inicios. Insistían en que, para que los gentiles fueran justificados, debían observar ciertos rituales del Antiguo Testamento, particularmente la circuncisión. Pablo condenó a estos judaizantes y su falso evangelio como una herejía, llegando incluso a pronunciar una maldición sobre ellos (como se ve en la Epístola a los Gálatas). El problema, no obstante, era que los judaizantes eran reconocidos como creyentes genuinos por la mayoría de las personas dentro de la iglesia — como ocurría, por ejemplo, en las iglesias de Galacia (Gálatas 2:12)—. Sin embargo, en realidad, socavaban la claridad del Evangelio, lo corrompían gravemente y sumían a los creyentes gentiles en la confusión. Para resumir brevemente la causa de esta confusión: la lógica de Pablo era que una persona (1) primero cree en Cristo, (2) luego es justificada ante Dios y (3) posteriormente se dispone a guardar la ley de Dios; mientras que los judaizantes argumentaban que una persona (1) cree en Cristo, (2) se esfuerza al máximo por guardar la ley y (3) entonces es justificada (J. Gresham Machen). ¿Capta usted esta distinción? Puede parecer una diferencia sutil, pero en realidad es profunda. La diferencia radica en el hecho de que Pablo enseñaba que la salvación proviene únicamente de la fe en Jesucristo por la gracia de Dios, mientras que los judaizantes afirmaban que la salvación se alcanza

mediante el esfuerzo humano al guardar la ley. El verdadero Evangelio que Pablo proclamaba se centra en la obra que Jesucristo realizó en la cruz (gracia), mientras que el falso evangelio defendido por los judaizantes se centra en las acciones de seres humanos pecadores (obras/mérito). En resumen, Pablo enseñaba la salvación por la gracia de Dios, mientras que los judaizantes enseñaban la salvación mediante obras humanas. Pablo se refería a estos judaizantes —quienes enseñaban falsamente que la salvación se obtiene mediante obras humanas— como «perros», porque buscaban con avidez ganancias materiales mientras se hacían pasar por maestros (3:19). Por tanto, Pablo advirtió a los creyentes de la iglesia de Filipos que se cuidaran de los judaizantes —falsos maestros que propagaban este evangelio falso—, ya que representaban un peligro.

En la primera parte de Filipenses 3:3, el pasaje de hoy, Pablo instruyó a los creyentes filipenses a «adorar en el Espíritu de Dios». ¿Qué significa esto? La palabra griega original traducida aquí como «servir» conlleva, en realidad, el significado de «adorar». En otras palabras, el mandato de «servir mediante el Espíritu de Dios» significa «adorar mediante el Espíritu de Dios». ¿Por qué Pablo, al advertir a los filipenses que se cuidaran de los judíos —específicamente de los judaizantes—, los instó en cambio a adorar a Dios mediante el Espíritu Santo? La razón es que adorar a Dios es la respuesta adecuada para aquellos que han sido salvos mediante la fe en Jesús, por la gracia de Dios. Este es precisamente el propósito por el cual Dios entregó a su Hijo unigénito, Jesucristo, en la cruz para salvarnos; el objetivo último de la salvación de Dios es la adoración. Podemos ver esta verdad en Éxodo 3:12, donde Dios llamó a Moisés y dijo: «Dios dijo: "Ciertamente estaré contigo. Y esta será la señal para ti de que yo te he enviado: cuando hayas sacado al pueblo de Egipto, adorarás a Dios en este monte"». Más allá de este pasaje, el libro del Éxodo registra varias ocasiones en las que Dios ordenó a Moisés que fuera ante el faraón, el rey de Egipto, y transmitiera un mensaje específico —un mandato que Moisés obedeció—: «Deja ir a mi pueblo, para que me adore» (4:23, 7:16, 8:1, 9:1, 10:7). En consecuencia, tras las plagas de langostas y de tinieblas, el faraón habló con Moisés y Aarón, diciendo: «Vayan, adoren al Señor su Dios. Pero, ¿quiénes irán exactamente?» (10:8); «¡No! Solo los hombres de entre ustedes pueden

ir a adorar al Señor; después de todo, eso es lo que pidieron desde el principio» (v. 11); y «Vayan, adoren al Señor. Pero dejen atrás sus rebaños y manadas; deben llevar consigo solo a sus hijos» (v. 24). Finalmente, tras la décima y última plaga, el faraón dijo a Moisés y a Aarón: «Levántense y salgan de inmediato de entre mi pueblo: ustedes y los israelitas. Vayan y adoren al Señor tal como lo pidieron» (12:31).

La Iglesia Presbiteriana Victory tiene tres objetivos principales: (1) levantar verdaderos adoradores, (2) levantar discípulos fieles y (3) levantar evangelistas que amen las almas y siervos humildes. Basándose en estos tres objetivos, nuestra iglesia ha establecido tres declaraciones de misión. La primera de estas declaraciones es: «Una iglesia que honra al Señor: adoración y testimonio». El pasaje que sirve de base para esta primera declaración de propósito se encuentra en 1 Corintios 14:25: «Los secretos de su corazón quedarán al descubierto. Así que se postrará y adorará a Dios, exclamando: “¡Realmente Dios está entre ustedes!”». Me inspiré en el libro **Worship in Spirit and Truth** (Adoración en espíritu y en verdad), del profesor John Frame —bajo cuya tutela estudié en el Seminario Teológico Westminster—, para comprender que lo que nuestra Iglesia Presbiteriana Victory más desea es la adoración, y que esta adoración debe cumplir la función de testimonio o la misión de evangelización. Dios nos otorgó la gracia de la salvación, llevándonos a creer en Jesucristo, con el propósito mismo de que le adoráramos. En Juan 4:23, el Dios de nuestra salvación nos habla: «Llega la hora, y ya ha llegado, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque tales adoradores busca el Padre». Puesto que Dios busca a «aquellos que le adoran», nuestra iglesia da prioridad a la adoración y dedica su corazón y su alma a ofrecerle una adoración verdadera: adoración en espíritu y en verdad. Es nuestra ferviente oración que, a través de nuestra adoración, incluso aquellos entre nosotros que aún no creen en Jesús se postren, adoren a Dios y proclamen: «¡Realmente Dios está entre ustedes!».

En segundo lugar, Pablo nos advirtió que nos cuidáramos de los «malhechores».

¿Qué le resulta más aterrador: un perro o una persona? Para ser más específicos, ¿cree que debería desconfiar más de un perro feroz o de un malhechor cruel que alberga un corazón malicioso? En mi opinión, uno debe tener más cuidado con un malhechor cruel que con un perro feroz. La razón es que un malhechor cruel es peor que una bestia. Por ejemplo, por muy feroz o agresivo que sea un perro, rara vez muerde a su propio dueño; en cambio, un malhechor cruel es plenamente capaz de atacar y dañar a la misma persona que lo ama, lo alimenta y lo protege. No hace mucho, las noticias de Estados Unidos informaron sobre un incidente que involucraba a Thomas Gilbert, un gestor de fondos de cobertura de 70 años que administraba activos por un valor total de 220.000 millones de wones. Murió tras recibir un disparo de su propio hijo, graduado en economía por Princeton. Al parecer, el motivo del asesinato fue la ira del hijo: su padre, que había estado manteniendo a su hijo desempleado con 2,6 millones de wones para el alquiler y una asignación mensual de 600.000 wones, anunció sus planes de dejar de pagar el alquiler y reducir la asignación a 300.000 wones. Enfurecido por esto, el hijo apretó el gatillo y mató a su padre. ¿No se denomina a un hijo así en coreano como **paeryuna** (una persona inmoral o depravada)? Según el diccionario Naver, un **paeryuna** se define como «una persona que actúa violando los deberes morales y las normas éticas que se esperan de un ser humano». Sin embargo, es probable que el término «bastardo» (**hurejasik**) sea más conocido por el público que el término «aquel que comete un acto contra la piedad filial» (**paeryuna**); **hurejasik** es un término despectivo para referirse a «una persona que carece de modales o refinamiento, habiendo crecido de forma salvaje y sin disciplina, sin una crianza adecuada» (diccionario Naver). ¿No es tal «bastardo» (o persona que falta a la piedad filial) peor incluso que el pez espinoso? Se dice que el espinoso es el único pez que construye un nido. "El macho del espinoso retira arena del lecho del río con la boca para construir un nido. Cubre la estructura arenosa con plantas acuáticas, creando un santuario perfecto para el desove. A partir de ese momento, el macho dedica todos sus esfuerzos a proteger los huevos. No duda en entablar feroces batallas con peces más grandes. También mueve diligentemente los huevos hacia adentro y hacia afuera para asegurarse de que reciban oxígeno. Por lo general, el macho custodia los huevos durante quince días sin ingerir alimento alguno. Luego, justo cuando los huevos están a

punto de eclosionar, muere heroicamente junto al nido. Las crías, ajenas a las circunstancias, se alimentan con indiferencia de la carne de su padre mientras crecen. El espinoso sacrifica su vida por su descendencia y, finalmente, entrega su propio cuerpo. Gracias a esta devoción paternal, la tasa de eclosión de los huevos de espinoso supera el 90%" (Internet).

En el texto de hoy, específicamente en la parte central de Filipenses 3:2, Pablo advierte a los santos de la iglesia de Filipos que se «cuiden de los malos obreros» por su propia seguridad [(Fil. 3:2b) «cuídense de los malos obreros»]. ¿Quiénes son, entonces, estos «malos obreros» a los que se refiere Pablo? Si consultamos en un diccionario el significado del término griego original para «malhechores» (u «obreros del mal»), encontramos que conlleva las siguientes connotaciones morales: «perverso, vicioso, malo de corazón, de conducta y de carácter» (Zodhiates). Esta palabra griega aparece en el Nuevo Testamento en otros tres lugares aproximadamente, además del pasaje de hoy. Examinar dos de estos casos nos ayudará a comprender exactamente quiénes eran en realidad los «malhechores» —contra quienes el apóstol Pablo advierte a los creyentes de la iglesia de Filipos—. El primer pasaje es Mateo 21:41: «Le dijeron: "Hará morir miserablemente a esos malvados y arrendará la viña a otros labradores que le entreguen la cosecha a su debido tiempo"». Este versículo proviene de la «Parábola de los labradores malvados» de Jesús, y los «malvados» (o «hombres perversos») mencionados aquí se refieren a los labradores arrendatarios. Jesús los llamó «malvados» porque, cuando el dueño de la viña (versículo 33) envió a sus siervos para recoger la cosecha que se le debía (versículo 34), los labradores apresaron a los siervos: golpearon a uno, mataron a otro y apedrearón a un tercero (versículo 35). El dueño envió entonces un grupo mayor de siervos, pero los labradores los trataron de la misma manera (versículo 36). Finalmente, el dueño envió a su hijo, pensando que los labradores lo respetarían; en cambio, conspiraron para matar al hijo y apoderarse de su herencia, llegando incluso a sacarlo de la viña y matarlo (versículos 37–39). Jesús se refirió a los labradores que actuaron de esta manera como «aquellos hombres malvados» (versículo 41). ¿A quiénes se refería Jesús con «aquellos hombres malvados» (los labradores) en esta

parábola de la viña? Eran los mismos judíos que clamaron para que Jesús —el Hijo de Dios— fuera crucificado (Lucas 23:21). Entre esos judíos, Jesús se refería específicamente a los fariseos y escribas que escuchaban la parábola (Mateo 21:15) cuando habló de «hombres malvados» (versículo 41). El segundo pasaje de las Escrituras es Mateo 24:48–49: «Pero si aquel siervo malvado dice en su corazón: "Mi señor tarda en venir", y comienza a golpear a sus compañeros siervos, y a comer y beber con los borrachos...». Jesús pronunció estas palabras mientras respondía a la pregunta de los discípulos —formulada después de que Él se sentara en el Monte de los Olivos (v. 3)— sobre cuándo sucederían «estas cosas» (la destrucción de los edificios del templo, sin dejar piedra sobre piedra) y cuáles serían las señales de su venida y del fin de los tiempos (v. 3). Jesús les dijo que se prepararan para la venida del Hijo del Hombre (el Señor) (v. 44) y que fueran «siervos fieles y prudentes» (v. 45). Luego comenzó a hablar de «aquel siervo malvado», introduciendo el tema con la palabra «si». Aquí, Jesús destacó varias características del «siervo malvado»: (1) El siervo malvado alberga una mentalidad equivocada. Observemos Mateo 24:48: «Pero si aquel siervo malo dice en su corazón: "Mi señor tarda en venir"...» (2) El siervo malo incurre en una conducta indebida. Veamos el versículo 49: «...y comienza a golpear a sus consiervos, y a comer y beber con los borrachos». (3) El siervo malo es un «hipócrita». Veamos el versículo 51: «...y lo cortará en dos y le asignará su parte con los hipócritas. Allí será el llanto y el crujir de dientes». ¿A quiénes se refería principalmente Jesús cuando hablaba de «hipócritas»? A los fariseos y a los maestros de la ley (Mateo 7:5, 15:7, 22:18, etc.).

Basándonos en estos pasajes, los «hombres malos» o el «siervo malvado» de los que habló Jesús no eran otros que los fariseos y los maestros de la ley. A la luz de esto, cuando el apóstol Pablo advirtió a los creyentes de Filipos —en el texto de hoy, Filipenses 3:2— que se cuidaran de los «malvados», las personas que tenía en mente eran los fariseos y los maestros de la ley.

¿Quiénes eran los fariseos y los maestros de la ley? El comentarista bíblico Arthur Pink afirmó lo siguiente: (1) «Los escribas podían ser escribas del Estado o de la iglesia; aquí, el

término se refiere a los escribas de la iglesia —aquellos dedicados a interpretar las Escrituras—, quienes pueden describirse como eruditos de la Ley. (2) Los fariseos representaban una secta específica; establecían leyes morales y ceremoniales basadas en las tradiciones de los ancianos, leyes que eran más estrictas que lo que la propia Ley mosaica ordenaba. En consecuencia, los fariseos gozaban de gran estima entre el pueblo judío. (3) Sin embargo, su defecto radicaba en que su observancia de la Ley era meramente formal y externa; no sentían remordimiento alguno por pensamientos impuros, la codicia, el odio o un corazón indiferente hacia Dios. Además, ponían mucho más énfasis en los preceptos ceremoniales que en las exigencias morales de la Ley, y sus acciones estaban motivadas por el interés propio más que por la gloria de Dios. A los escribas y fariseos no les preocupaba la pureza de sus propias almas. Creían que una fe basada en acciones externas bastaba para asegurarse un lugar en el reino eterno y bienaventurado» (Pink). ¡Qué forma de pensar tan peligrosa! ¿No le parece peligrosa la mentalidad de los fariseos y escribas? ¿Cómo podría una fe basada en acciones externas ser suficiente para alcanzar el reino eterno y bienaventurado? En otras palabras, los fariseos y escribas creían que si —mediante puro esfuerzo humano— observaban rigurosamente las leyes morales y ceremoniales derivadas de la Ley y de las tradiciones de los ancianos, podrían alcanzar plenamente la salvación (la vida eterna) y entrar en el eterno Reino de los Cielos. ¿Por qué es esta una forma de pensar peligrosa? He considerado un par de puntos:

(1) La razón es que mantener tal mentalidad mientras se vive una vida de fe (¿o de religión?) convierte a la persona en un «hipócrita» —tal como lo describió Jesús—, lo que la hace una forma de pensar muy peligrosa.

Cuanto más se centra uno en los actos externos de fe, más inevitable resulta que su vida de fe se vuelva meramente formal y superficial. Yo describiría tal estilo de vida como «actividad religiosa» más que como una verdadera vida de fe; esto se debe a que es una vida definida por formalidades externas en lugar de una vida vivida mediante una fe genuina en Jesucristo. Respecto a tales acciones, Dios habla en Isaías 1 (versión *Contemporary English Version*)

de la siguiente manera: «¿De qué me sirven sus muchos sacrificios? Estoy harto de las ofrendas de carneros y de la grasa de los animales que traen... No me complazco en ellas. ¿Quién les pidió que trajeran tales cosas? Simplemente pisotean mis atrios. No traigan más ofrendas inútiles... Las detesto. No soporto verlos cometer el mal mientras celebran reuniones religiosas... Las odio; se han convertido en una carga para mí, y estoy cansado de soportarlas» (versículos 11–14).

(2) Esta mentalidad es extremadamente peligrosa porque, cuando uno aborda la vida de fe (¿o la religión?) con tal actitud, surge un sentido de mérito propio; al igual que los fariseos y los escribas, uno busca exaltarse a sí mismo en lugar de dar gloria a Dios.

El fin principal del hombre es glorificar a Dios y gozar de Él para siempre (respuesta a la pregunta 1 del Catecismo Menor de Westminster). Sin embargo, si adoptamos la mentalidad de los fariseos y escribas en nuestra vida religiosa, perdemos de vista la gracia y nos llenamos de un sentido de mérito propio, buscando inevitablemente la gloria humana en lugar de glorificar a Dios.

Por eso el apóstol Pablo exhortó a los creyentes de Filipos, en el pasaje de hoy (Filipenses 3:3), a «gloriarse en Cristo Jesús». ¿De qué tenemos para gloriarnos respecto a nosotros mismos? O, planteándolo de manera más bíblica, ¿de qué tenemos para gloriarnos «según la carne» (2 Corintios 11:18)? Los judíos —incluidos los judaizantes, los fariseos y los escribas— sí tenían motivos para gloriarse según la carne. ¿Cuáles eran? Tres cosas: ser el pueblo escogido de Dios, la Ley y la circuncisión. El motivo de su orgullo —aquello de lo que se jactaban— era el hecho de haber sido elegidos por Dios, junto con la Ley y la circuncisión que habían recibido de Él. Estas cosas los volvían arrogantes e infundían en ellos un sentido de superioridad espiritual, llevándolos a distinguirse de los gentiles. En particular, los judíos se enorgullecían enormemente de haber recibido la Ley a través de Moisés, y este orgullo los llevaba a confiar en la Ley y a jactarse de ella (Romanos 2:17). Sin embargo, el problema radicaba en que, al mismo tiempo, ellos mismos quebrantaban la Ley y cometían pecado

(2:12 y ss.). Creyendo conocer la voluntad de Dios (2:18) y considerándose, en su arrogancia, «instructores de los insensatos» y «maestros de niños» (v. 20), les encantaba enseñar la Ley, pero no ponían en práctica lo que enseñaban (v. 21). Se jactaban de la Ley, pero deshonraban a Dios al quebrantarla (v. 23). Por causa de ellos, el nombre de Dios era blasfemado entre los gentiles (v. 24). ¿Qué dice la Biblia acerca de tal jactancia según la carne? 1 Corintios 3:21 afirma: «Que nadie se jacte de los hombres». Además, Santiago 4:16 declara: «Más bien, se jactan en su arrogancia, y toda jactancia de este tipo es mala». Cuando los judíos —particularmente los judaizantes, los fariseos y los escribas— se jactaban de ser el pueblo elegido de Dios y de haber recibido la Ley y la circuncisión, en realidad se estaban jactando según la carne; a los ojos de Dios, esto era «jactancia arrogante» (jactancia vana), y toda jactancia de este tipo era mala (versículo 16). En particular, su creencia y su conducta —pensar que podían alcanzar la salvación cumpliendo la Ley por ser el pueblo elegido de Dios— equivalían a jactarse contra Dios (Jueces 7:2). Tal jactancia es semejante a decir: «Mi propia mano me ha salvado» (versículo 2); es jactarse diciendo: «Me salvé a mí mismo con mis propias fuerzas, mi propio esfuerzo y mi estricta observancia de la Ley». A los ojos de Dios, esto es jactancia vana y una jactancia hecha en desafío a Dios. Sin embargo, ¿qué nos dice la Biblia? Observemos Efesios 2:8–9: «Porque por gracia habéis sido salvados, mediante la fe —y esto no procede de vosotros, sino que es don de Dios—, no por obras, para que nadie se gloríe». Miremos 1 Corintios 1:29: «Esto es para que nadie pueda gloriarse delante de Dios» (Versión Coreana Contemporánea).

La Biblia afirma claramente que la «salvación» nunca se alcanza mediante «nuestras buenas obras», de modo que nadie puede gloriarse (Efesios 2:8–9). La razón es que recibimos la salvación al creer en Cristo por la gracia de Dios, no por nuestras propias buenas acciones. La razón es que la salvación no se logra con nuestras propias fuerzas, sino que es un don de Dios. Piénselo bien. Como pecadores indignos que hemos recibido el don de la salvación por gracia, ¿cómo podemos gloriarnos de nosotros mismos —los receptores— en lugar de hacerlo de Aquel que dio el don? ¿Cómo podemos gloriarnos de nuestras propias acciones en vez de la obra que Dios realizó para otorgarnos ese don de la salvación? Ciertamente no

podemos. No tenemos absolutamente nada propio de lo cual gloriarnos. Si hubiera algo de lo que pudiéramos gloriarnos, ¿qué sería? Miremos 2 Corintios 11:30: «Si he de gloriarme, me gloriaré de las cosas que muestran mi debilidad» (Versión Coreana Contemporánea). Por tanto, 2 Corintios 10:17 nos dice: «El que se gloría, glórese en el Señor» (cf. 1 Cor. 1:31). ¿Qué significa aquí «gloriarse en el Señor»? Significa gloriarse en la cruz del Señor Jesucristo. Observemos la primera parte de Gálatas 6:14: «Pero en cuanto a mí, jamás me gloriaré de nada excepto de la cruz de nuestro Señor Jesucristo...». Pablo no tenía absolutamente nada de qué gloriarse salvo de la cruz del Señor Jesucristo. Por ello, incluso al proclamar el evangelio de Jesucristo —al que valoraba más que a su propia vida— como alguien llamado a una misión, dijo: «Porque cuando predico el evangelio, no puedo gloriarme, ya que estoy obligado a predicar. ¡Ay de mí si no predico el evangelio!» (1 Cor. 9:16, Versión Coreana Contemporánea). Debemos ser capaces de gloriarnos únicamente en la cruz del Señor Jesucristo (Gál. 6:14). Debemos llegar a ser personas que se glorían solo en Cristo Jesús (Fil. 3:3). Oro para que seamos personas que se gloríen en el Señor todo el día, y que le alaben y den gracias para siempre (Sal. 44:8, Versión Coreana Contemporánea). En tercer lugar, Pablo advirtió contra la «mutilación de la carne».

Como ya hemos reflexionado, los judíos —específicamente los judaizantes, los fariseos y los escribas— se jactaban de tres cosas relacionadas con la carne: su condición de pueblo escogido de Dios, la Ley y la circuncisión. Su orgullo —aquello mismo de lo que se jactaban— residía en el hecho de que solo ellos habían sido elegidos por Dios, así como en la Ley y la circuncisión que habían recibido de Él.

¿Qué es la circuncisión? La palabra inglesa **circumcision** significa literalmente «cortar alrededor». En hebreo se denomina **Brit Milah**; **Brit** significa «pacto» y **Milah** significa «circuncisión». Por tanto, el significado original del término es «circuncisión del pacto». El ritual en sí consistía en retirar el prepucio que cubre el glande del órgano masculino. Se prescribía que debía realizarse al octavo día del nacimiento (Génesis 17:12, 24-25; Levítico 12:3). Sin embargo, el aspecto crucial era el significado simbólico de la circuncisión. ¿Qué

simbolizaba? Era un símbolo del pacto que Dios estableció con Abraham. Observemos Génesis 17:11: «Todo varón de entre vosotros será circuncidado. Este es mi pacto, que guardaréis, entre mí y vosotros y vuestra descendencia». Así pues, cuando Dios estableció un pacto con Abraham, ordenó que se realizara la circuncisión a Abraham y a todos los varones de su casa, incluidos sus esclavos. ¿Cuál era la razón de esto? Se debía a que la circuncisión servía como una marca grabada en los cuerpos de los israelitas, que señalaba el pacto mediante el cual habían pasado a ser el pueblo de Dios. De este modo, la circuncisión era en aquel tiempo una señal, un símbolo y una marca que declaraba: «Yo seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo». En otras palabras, la circuncisión era un distintivo de identidad como pueblo de Dios durante la era del Antiguo Testamento. Era un rito y un testimonio que simbolizaba la muerte del «viejo yo» y la transición para formar parte del pueblo del pacto de Dios: una señal inequívoca de pertenencia a Él. Por consiguiente, desde los tiempos de Abraham en adelante, los varones israelitas llevaban esta marca distintiva en sus cuerpos como resultado del rito del pacto. Se trataba de un ritual externo cuya observancia fue estrictamente ordenada (Génesis 17:12; Éxodo 4:24; Josué 5:2).

En el pasaje de hoy, Filipenses 3:2, Pablo advierte a los creyentes de la iglesia de Filipos que estén alerta ante tres cosas por su propia seguridad; la tercera y última advertencia es cuidarse de la «mutilación del cuerpo». ¿Qué significa esta frase? La Versión Coreana Revisada la traduce como el «partido de la mutilación» (o «aquellos que mutilan la carne»). El término «mutilación» (o «los de la mutilación») se refiere a una facción que se jacta de la circuncisión; específicamente, de la mutilación del cuerpo (el prepucio) (Park Yun-sun). La palabra griega que Pablo utiliza en el pasaje de hoy (Filipenses 3:2) para «mutilación» (o «mutilar el cuerpo») es distinta de la palabra griega *peritome*, que se refiere a la «circuncisión» del Antiguo Testamento que hemos comentado anteriormente. La «circuncisión» que Dios ordenó para todos los varones al establecer su pacto con Abraham es *peritome*, que significa «cortar alrededor». Sin embargo, la palabra griega que Pablo usa en Filipenses 3:2 para «mutilación» significa «cortar hacia abajo» o «cortar» (cercenar la carne). Según el pastor John MacArthur, este acto de «mutilación» (cortar la carne) es

semejante a las acciones de los profetas de Baal que se enfrentaron a Elías en el monte Carmelo (1 Reyes 18:28); desde la mañana hasta el mediodía, invocaban el nombre de su dios, Baal (v. 26), y —siguiendo sus costumbres rituales— se mutilaban el cuerpo con espadas y lanzas hasta que brotaba la sangre. Tales rituales estaban prohibidos en el Antiguo Testamento. Pablo advertía a los creyentes de Filipos que se cuidaran de la facción de la «mutilación»: personas que afirmaban creer en Dios pero practicaban la automutilación de una manera prohibida por el Antiguo Testamento, en lugar de practicar la verdadera circuncisión ordenada por Dios (Filipenses 3:2). Esto plantea la pregunta: con respecto a esta facción de la «mutilación» —o la «mutilación del cuerpo»—, ¿en quiénes pensaba Pablo cuando advertía contra aquellos que practican la «mutilación»? Se refería a los judaizantes. Aunque afirmaban servir a Dios incluso a costa de dañar sus propios cuerpos, la circuncisión que practicaban —que no era más que una mutilación de la carne— carecía de significado espiritual (Park Yun-sun). ¿Por qué se dedicaban los judaizantes a tal circuncisión, que dañaba el cuerpo sin aportar ningún sentido espiritual? Se debía a que no habían experimentado la circuncisión del corazón (Jeremías 9:26). En consecuencia, permanecían obstinados —de dura cerviz— (Deuteronomio 10:16) y resistían o se rebelaban constantemente contra el Espíritu Santo (Hechos 7:51). Desobedecían habitualmente la palabra de Dios. Sin embargo, al observar estrictamente la Ley y las tradiciones de sus antepasados de manera meramente formal e hipócrita, terminaron convirtiéndose en los mismos hipócritas que Jesús había descrito. Por ello, en su carta a la iglesia de Roma, Pablo exhortó a los creyentes —teniendo específicamente en mente a los cristianos judíos— de la siguiente manera: «Más bien, es judío el que lo es en lo interior; y la circuncisión es la del corazón, en el Espíritu, no según la letra. La alabanza de tal persona no proviene de los hombres, sino de Dios» (Romanos 2:29).

Pablo insta a los creyentes de la iglesia de Filipos —a quienes anhela con el mismo corazón de Jesucristo (Filipenses 1:8) y que ya han recibido la circuncisión del corazón (la verdadera circuncisión) por obra del Espíritu Santo— a cuidarse de la práctica de mutilar el cuerpo y, además, a «no poner su confianza en la carne» (Filipenses 2:2–3). Contrasta esto con

aquellos que, careciendo de la verdadera circuncisión del corazón, se limitaban a realizar la circuncisión física conforme a los rituales y obligaciones externos de la Ley de Moisés... Pablo advierte a los creyentes filipenses sobre los judíos (junto con los judaizantes, fariseos y escribas) —quienes depositaban su confianza en la carne y se jactaban de su circuncisión física— y les exhorta: «Habéis oído el evangelio de Jesucristo por la gracia de Dios, habéis creído en Él y habéis recibido la verdadera circuncisión del corazón por el Espíritu Santo; no pongáis vuestra confianza en la carne como hicieron aquellos judíos». ¿Por qué deseaba Pablo que los creyentes de Filipos pusieran su confianza en la circuncisión del corazón realizada por el Espíritu Santo, en lugar de en la carne o en la circuncisión física? La razón es que confiar en la carne —al igual que hacían los judíos— puede conducir a una sensación de mérito propio, a la arrogancia, a un sentimiento de superioridad espiritual y a la búsqueda de gloria vana. Además, si confiaran en la carne como lo hacían los judíos, correrían un riesgo considerable de caer en la hipocresía al centrarse en formalidades y apariencias externas.

Precisamente por esto, a veces se etiqueta a los cristianos como hipócritas. Se nos llama hipócritas porque, sin haber experimentado la verdadera circuncisión (o el verdadero bautismo), nos limitamos a asistir a la iglesia y a recibir un bautismo formal sin amar a Dios con todo nuestro corazón y nuestra alma (Deuteronomio 30:6); en cambio, hablamos y actuamos como si amáramos al Señor, mientras nos ceñimos estrictamente a rituales religiosos formales y externos. En particular, se nos tilda de hipócritas porque nos centramos en las obras que hemos realizado —y que seguimos realizando— para el Señor y su iglesia, albergando un sentido de mérito y buscando nuestra propia gloria. No debemos seguir siendo cristianos a quienes se llama hipócritas; debemos convertirnos en verdaderos cristianos. Los verdaderos cristianos son aquellos que, mediante la fe en lo que Jesús logró por ellos en la cruz... ponen su mirada en Él. Además, nos centramos en la obra de Jesús en la cruz y vivimos en obediencia a la voluntad de Dios —conscientes de su gracia—, dando así gloria a Dios. Es mi oración que lleguemos a ser personas así.

No debemos confiar en la carne

[Filipenses 3:4–6]

La mentalidad que mantenemos al vivir nuestra fe es verdaderamente importante. Las mentalidades a las que me refiero aquí —específicamente en lo que respecta a nosotros, los cristianos— son la "mentalidad de gracia" y la "mentalidad de mérito". En primer lugar, debemos estar llenos de una mentalidad de gracia. Necesitamos grabar profundamente en nuestros corazones lo que el Señor ha hecho por nosotros. Al igual que el apóstol Pablo, quien confesó: "Por la gracia de Dios soy lo que soy" (1 Corintios 15:10), debemos esforzarnos aún más mediante el poder de esa gracia. En medio de esto, debemos cuidarnos de adoptar una mentalidad de mérito. Debemos estar alerta para no llevar un registro mental de las buenas obras que hemos realizado para el Señor, la iglesia o nuestro prójimo. Más allá de esta mentalidad de mérito, existe otra mentalidad contra la cual debemos protegernos: el "sentimiento de tener derecho a todo" (o sentido de privilegio). Según Samuelson, vivimos en la "Era del Derecho" (o de la exigencia de privilegios). Esto significa que, en comparación con el pasado, la gente cree cada vez más que tiene derecho a recibir exactamente lo que quiere, y a recibirlo de inmediato. A veces, esto se manifiesta como una expectativa excesiva hacia la sociedad, las organizaciones u otras personas: la creencia de que uno merece un trato especial simplemente porque está dominado por un sentido de privilegio personal, sin tener en cuenta el bienestar de los demás. En ocasiones, podemos sorprendernos diciendo —ya sea en voz alta o en nuestro corazón—: "¿Sabes quién soy yo?". Hablamos así porque existe en nosotros ese sentimiento de tener derecho a todo. No solo se consideran especiales —a diferencia de los demás—, sino que es muy probable que se enorgullezcan de ese sentimiento de privilegio y presuman o hagan

ostentación de su estatus. Cuando Pablo escribió a los creyentes de Filipos, utilizó repetidamente la expresión "cuídense de" (o "estén atentos a") tres veces en Filipenses 3:1–3 para velar por su seguridad. ¿De quiénes, exactamente, les pedía que se cuidaran? De los judaizantes: aquellos a quienes describió como "perros", "malvados" y quienes "mutilan la carne". ¿Por qué advirtió Pablo tres veces a los creyentes filipenses que se cuidaran de estos judaizantes? La razón era que creían y enseñaban que la salvación podía alcanzarse mediante el esfuerzo humano —específicamente, a través de las obras— en lugar de mediante la fe en Jesucristo. El esfuerzo humano que perseguían era la observancia de la Ley; creían que, al guardar la Ley, podían obtener la vida eterna. Uno de los requisitos específicos de la Ley que observaban estrictamente era la circuncisión. En consecuencia, se consideraban a sí mismos la "verdadera circuncisión" (o el "partido de la circuncisión"). Sin embargo, Pablo dijo a los creyentes de Filipos que los judaizantes no eran la verdadera circuncisión; más bien, él y los creyentes que recibían su carta eran la verdadera circuncisión. Observemos el versículo 3: "Porque nosotros somos la circuncisión, los que servimos a Dios por su Espíritu, nos gloriamos en Cristo Jesús y no ponemos nuestra confianza en la carne" [(Versión Coreana Contemporánea) "Nosotros, que adoramos por el Espíritu de Dios, nos gloriamos en Cristo Jesús y no confiamos en la carne, somos quienes hemos recibido la verdadera circuncisión"]. Al declarar "nosotros somos la circuncisión", Pablo resumió las características de la verdadera circuncisión en tres aspectos: (1) aquellos que adoran a Dios por el Espíritu, (2) aquellos que se glorían en Cristo Jesús y (3) aquellos que no ponen su confianza en la carne. ...conocidos como el partido de la circuncisión. Aquí, el término "carne" (o lo carnal) se refiere a "privilegios u honores humanos" (Park Yun-sun). Cuando Pablo afirmó que aquellos que no ponen su confianza en la carne son el verdadero partido de la circuncisión, sin duda tenía en mente a los judíos, judaizantes, fariseos y escribas que *sí* depositaban su confianza en la carne. Además, Pablo dijo a los santos de la iglesia de Filipos que estas personas no eran el verdadero partido de la circuncisión, considerando específicamente las tres cosas de las que se gloriaban según la carne: ser el pueblo elegido de Dios, la Ley y la circuncisión. En particular, Pablo advirtió a los creyentes filipenses sobre los judaizantes —quienes practicaban una circuncisión meramente

superficial o física, sin la circuncisión del corazón— y los instó a no poner su confianza en la carne como lo hacían aquellos judíos, que se enorgullecían y se gloriaban en tales rituales externos. Luego, en el pasaje de hoy (Filipenses 3:4), Pablo dice a los santos de la iglesia de Filipos que, si alguien más tiene motivos para confiar en la carne, él tiene aún mayores razones para hacerlo. A continuación, enumera seis razones por las que tiene más fundamentos para confiar en la carne que los judaizantes. He clasificado estos seis puntos en dos grupos principales. Es importante señalar que los tres primeros elementos del grupo inicial —ser circuncidado, pertenecer al pueblo de Israel y a la tribu de Benjamín, y ser hebreo de hebreos— son privilegios que Pablo no obtuvo mediante su propio esfuerzo; más bien, le fueron concedidos. En cambio, los tres elementos del segundo grupo —ser fariseo respecto a la Ley, perseguir a la iglesia por celo y ser irreprochable en cuanto a la justicia de la Ley—... Son cosas que alcanzó mediante el esfuerzo, en lugar de algo que simplemente se le dio.

El primer grupo consta de estas afirmaciones: "circuncidado al octavo día, del pueblo de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos" (versículo 5).

Aquí, Pablo expone tres razones por las que tenía motivos aún mayores que los judaizantes para confiar en la carne:

(1) Pablo (Saulo) era un israelita que había sido circuncidado al octavo día.

Al igual que los judaizantes, Saulo (Pablo) fue circuncidado al octavo día. Como hemos reflexionado anteriormente, la circuncisión era un privilegio del que gozaban los judíos; se sentían muy orgullosos de ella y se jactaban de la misma. Esto se debía a que la circuncisión servía como señal del pacto que los distinguía como pueblo de Dios; en otras palabras, equivalía a un certificado que acreditaba su condición de pueblo de Dios. Sin embargo, hay un punto importante respecto a la circuncisión que debemos señalar aquí: en realidad, existían tres tipos diferentes de circuncisión. Estos eran: (1) la circuncisión de gentiles

convertidos al llegar a la edad adulta; (2) la circuncisión de los descendientes de Ismael a los trece años; y (3) la circuncisión de aquellos pertenecientes al linaje legítimo de Abraham al "octavo día" de nacer (Park Yun-sun). Dado que el texto (Filipenses 3:5) describe a Saulo (Pablo) como un israelita circuncidado al octavo día, ciertamente tenía motivos suficientes para confiar en su privilegio y honor como miembro del linaje legítimo de Abraham. De hecho, Pablo afirmó lo siguiente en la segunda parte de Romanos 11:1: «...» «Yo mismo soy israelita, descendiente de Abraham, de la tribu de Benjamín». Pablo dijo a los santos de la iglesia de Corinto que él también tenía motivos para gloriarse según la carne (2 Cor. 11:18), identificándose como hebreo, israelita y descendiente de Abraham (v. 22). A diferencia de algunos judaizantes, ambos padres de Pablo eran judíos. Al rastrear su linaje familiar, se revela que era un verdadero descendiente de Abraham; pertenecía, en todo sentido, al pueblo del pacto (Walvoord). No se convirtió a la nación de Israel; más bien, era israelita de nacimiento. En consecuencia, poseía todos los derechos y privilegios propios del pueblo escogido de Dios (Martin).

(2) Pablo pertenecía a la tribu de Benjamín.

Como sabemos, Benjamín fue el segundo hijo de Jacob y de su esposa Raquel (Génesis 35:18). La tribu de Benjamín se consideraba una de las de mayor prestigio entre las doce tribus de Israel; junto con la tribu de Judá, permaneció leal al reino davídico y pasó a formar parte del Reino de Judá, situado al sur (1 Reyes 12:21) (MacArthur). Además, se consideraba que la tribu de Benjamín poseía un liderazgo aristocrático (Jueces 5:14) y de ella surgió el primer rey de Israel, Saúl (MacDonald). Cabe destacar que Deuteronomio 33:12 describe a la tribu de Benjamín como «el amado del Señor» (o, como lo expresa la *Biblia Coreana Contemporánea*: «Oh Señor, ellos son quienes reciben tu amor»).

(3) Pablo se describió a sí mismo como «hebreo de hebreos».

Cuando Pablo se llamó a sí mismo «hebreo de hebreos», quería decir que ninguno de sus antepasados era gentil; todos eran hebreos puros (Park Yun-sun). Nacido de padres hebreos, Pablo mantuvo las tradiciones y el idioma hebreos. Incluso mientras vivía en ciudades gentiles, conservó estas costumbres hebreas y su lengua materna (véase Hechos 21:40; 26:4–5) (MacArthur).

El segundo grupo de descripciones es: «en cuanto a la ley, fariseo; en cuanto al celo, perseguidor de la iglesia; en cuanto a la justicia que se basa en la ley, irreprochable» (Filipenses 3:5b–6).

Aquí también, Pablo expone tres razones por las que tenía motivos aún mayores que los judaizantes para depositar su confianza en la carne. El apóstol Pablo distinguió estos tres aspectos utilizando la palabra griega **kata** (que significa «según» o «en lo que respecta a»):

(1) «En cuanto a la ley, fariseo» (**kata nomon**) (Fil. 3:5b).

Pablo nació judío en Tarso de Cilicia y se crió en Jerusalén (Hechos 22:3). Como hijo de un fariseo (Hechos 23:6), fue educado en las estrictas enseñanzas de la ley de los antepasados bajo la tutela de Gamaliel —un fariseo y maestro de la ley respetado por todo el pueblo (Hechos 5:34; 22:3)—. Él mismo era un fariseo que observaba estrictamente la Ley de Moisés (Park Yun-sun). Así, Pablo afirmó en Hechos 26:5: «Me conocen desde hace mucho tiempo y pueden testificar, si así lo desean, que viví como fariseo, siguiendo la secta más estricta de nuestra religión» [(Versión coreana contemporánea) «Puesto que me conocen desde el principio, podrían testificar fácilmente que he vivido dentro de la secta más estricta de nuestra religión: los fariseos»]. Además, en Hechos 23:6, Pablo declaró ante los saduceos y fariseos reunidos en el concilio: «Hermanos, yo soy fariseo, hijo de fariseo. Se me juzga por la esperanza en la resurrección de los muertos». Para Pablo, «fariseo» era un título de honor. Este título implicaba el más alto nivel de integridad y fidelidad en el cumplimiento de las obligaciones para con Dios, tal como lo prescribía la Torá divina

(Martin). En aquella época, «fariseo» se refería a la clase de élite dentro del judaísmo. Los fariseos eran celosos en el estudio de la Ley (leían y meditaban diligentemente las Escrituras), llevaban vidas irreprochables conforme a sus preceptos y eran respetados por el pueblo debido a la coherencia entre sus palabras y sus acciones. Defendían la pureza del judaísmo, condenaban la decadencia moral del pueblo judío causada por influencias culturales extranjeras y eran patriotas que resistían el dominio romano. Aunque en aquel entonces solo había unos 6000 fariseos, su influencia era inmensa. Incluso se decía: «Si tan solo dos personas entraran en el Reino de Dios, una de ellas sería fariseo». Sin embargo, debido a que albergaban un grave defecto como figuras religiosas, el Señor Jesús los reprendió severamente, llamándolos «sepulcros blanqueados» (Mateo 23:27) y «serpientes, generación de víboras» (versículo 33). El término "fariseo" (*pharisai*) proviene de la palabra hebrea *parash*, que significa "separar". Como puristas, se distinguían y se separaban de la cultura helenística y de aquellos influenciados por ella. Si bien su motivo no era intrínsecamente malo, esta actitud dio lugar a un espíritu de justicia propia y exclusivismo. Lo que el Señor Jesús condenó con mayor severidad fue la mentalidad farisaica de "confiar en su propia justicia y menospreciar a los demás" (Lucas 18:9) (Kim Hee-bo).

(2) "En cuanto a celo, perseguidor de la iglesia" (*kata zēlos*) (Filipenses 3:6a).

Pablo no se conformaba simplemente con observar la Ley; como fariseo, perseguía con celo a la iglesia. El "celo" por Dios que Pablo manifestaba aquí era un celo por la pureza de la comunidad del pacto de Dios; solo aquellos que poseían tal celo eran considerados verdaderos siervos de Dios (cf. Núm. 25:1–18; Sal. 106:30–31) (Martin). Además, respecto a la afirmación de Pablo de que perseguía con celo a la iglesia, la palabra griega para "perseguir" es la que se utiliza para describir a un ejército que persigue y combate a un enemigo, o a un cazador que rastrea y persigue a su presa. En efecto, Saulo (Pablo) — "respirando amenazas de muerte" contra los discípulos de Jesús (Hechos 9:1)— perseguía a los creyentes (la iglesia de Cristo, que seguía a Jesús, el Camino) y, "yendo de casa en casa como un loco, arrastraba a hombres y mujeres que creían y los hacía encarcelar a todos"

(Hechos 8:3; 9:1; 22:4–5; 26:9–11) (Martin). La Biblia habla de dos tipos de celo. Estos son el celo que Pablo sentía por Dios antes de llegar a la fe en Jesús —tal como se describe en el pasaje de hoy— y el celo de Finees, quien fue movido por el propio celo de Dios para actuar impulsado por un celo santo. En primer lugar, Números 25:11, en el Antiguo Testamento, presenta a un hombre que apartó la ira de Dios mediante un celo justo: Finees, hijo de Eleazar y nieto del sacerdote Aarón. Actuando con el propio celo de Dios, Finees presenció un incidente mientras toda la asamblea de los israelitas lloraba a la entrada de la Tienda de Reunión: Zimri —un líder de la tribu de Simeón e hijo de Salu— llevó a Cozbi, una mujer madianita (hija de Zur, un jefe tribal), ante sus compatriotas israelitas, justo delante de los ojos de Moisés y de toda la congregación. Finees tomó una lanza, siguió a Zimri hasta su tienda y atravesó con ella el vientre de ambos, matándolos. Solo entonces Dios apartó su ira y cesó la plaga que afligía a los israelitas. Este celo de Finees era un celo recto a los ojos de Dios; un celo fundamentado en la Palabra de Dios. En otras palabras, el celo justo de Finees era, de hecho, el «celo de Dios». Este es un celo verdadero y correcto. ¿Qué es, entonces, el celo mal encaminado? Es el celo por Dios que Pablo (Saulo) poseía antes de creer en Jesús. Ese celo no se basaba en un conocimiento verdadero (Romanos 10:2); dicho de otro modo, el celo de Saulo no se fundaba en un entendimiento correcto. Consideremos Hechos 22:3: «Soy judío, nacido en Tarso de Cilicia, pero criado en esta ciudad. Estudié bajo la tutela de Gamaliel y fui instruido minuciosamente en la ley de nuestros antepasados. Sentía tanto celo por Dios como cualquiera de ustedes hoy». Observemos Gálatas 1:14: «Avanzaba en el judaísmo más allá de muchos de mis contemporáneos de mi pueblo, mostrando un celo extremo por las tradiciones de mis padres». El celo mal encaminado de Saulo tenía su raíz en una comprensión errónea de las Escrituras. Aunque servía con celo al Dios del Antiguo Testamento, no reconoció a Jesús —aquel profetizado en el Antiguo Testamento— como el Mesías o Cristo. En resumen, debido a su ignorancia, Saulo albergaba una convicción falsa y perseguía a la iglesia con un celo mal encaminado.

Saulo carecía del conocimiento de Jesucristo. En consecuencia, no creía que Jesús fuera el Cristo. En última instancia, la razón por la que Saulo perseguía a la iglesia del Señor era su

incredulidad. Dado que no creía que Jesús fuera el Cristo, perseguía a los cristianos que proclamaban: «Jesús es el Cristo». Lo hacía porque su amor por el judaísmo lo llevaba a odiar cualquier cosa que lo amenazara (cf. Hechos 8:3; 9:1; MacArthur). Esto es precisamente lo que significa hacer la obra de Dios basándose en el celo humano. Tal celo no se fundamenta en el conocimiento verdadero; concretamente, carece de la base de una comprensión correcta de Jesucristo. Tampoco está arraigado en la fe verdadera. Al carecer del conocimiento adecuado de Jesús, uno puede trabajar con celo para Dios sin poseer una fe verdadera. Saulo, quien servía a Dios con celo basándose en este conocimiento y creencia erróneos, perseguía a los cristianos mientras creía que, en realidad, estaba sirviendo a Dios (Juan 16:2).

(3) «En cuanto a la justicia que se basa en la ley, irrepreensible» (Filipenses 3:6b).

Este fue el tercer logro que Saulo (Pablo) alcanzó diligentemente, algo en lo que podía depositar plenamente su confianza y jactarse desde una perspectiva humana. Se trataba del hecho de que, con respecto a la justicia de la ley, era irrepreensible. La «justicia de la ley» mencionada aquí se refiere a la justicia que un ser humano obtiene mediante la observancia y la práctica de la ley; es decir, ser declarado justo ante Dios por mérito propio. Al igual que el joven rico de Lucas 18:21, Saulo había guardado y practicado todos los mandamientos. Había vivido de acuerdo con todas las normas que exigía la ley mediante su propio esfuerzo humano, buscando ser justificado sobre la base de la ley (Martin). Por lo tanto, a sus propios ojos, era irrepreensible con respecto a la justicia de la ley. Sin embargo, Romanos 3:20 afirma claramente: «Por tanto, por las obras de la ley nadie será justificado delante de Dios, porque por la ley viene el conocimiento del pecado» [(Versión Coreana Contemporánea) «Así pues, nadie puede ser reconocido como justo delante de Dios por guardar la ley. La ley simplemente nos hace darnos cuenta de que somos pecadores»]. Antes de creer en Jesús, Pablo llevaba una vida irreprochable según la justicia de la ley; sin embargo, después de llegar a la fe en Jesús, se dio cuenta de que ningún ser humano podía ser justificado delante de Dios por medio de las obras de la ley. La razón es que la ley trae el conocimiento del

pecado. En consecuencia, cuanto más vivimos una vida de fe, más crece y se profundiza inevitablemente nuestra conciencia del pecado. Esto es completamente natural (cf. 1 Timoteo 1:15). Al creer en Jesús, Pablo llegó a comprender que «una justicia de Dios» — aparte de la ley— había sido revelada (Romanos 3:21); Esta justicia se recibe gratuitamente por la gracia de Dios mediante la fe en Jesucristo (versículos 22, 24). Por consiguiente, cuanto más progresamos en nuestra vida de fe, más crece nuestra conciencia de la gracia y más se desvanece inevitablemente nuestro sentido de mérito personal. Esto es natural (1 Corintios 15:10; Lucas 17:10). Así, cuanto más profunda se vuelve nuestra vida de fe, más humildes nos volvemos inevitablemente. Consideremos a Pablo: (1) «Yo soy el menor de los apóstoles...» (1 Corintios 15:9); (2) «A mí, que soy el menor de todos los santos, me fue dada esta gracia...» (Efesios 3:8); (3) «...de los cuales yo soy el primero» (1 Timoteo 1:15).

Podemos evaluar si nuestra vida de fe se ha desviado del camino correcto examinando tres indicadores: (1) Me estoy volviendo cada vez más insensible al pecado (o lo parezco ser) (Efesios 4:19); No considero el pecado como pecado (Romanos 5:13). (2) Me siento cada vez más atado por un sentido de mérito personal (Lucas 18:11-12); me concentro más en lo que hago por el Señor y la iglesia que en lo que el Señor hace por mí (Mateo 25:44). (3) Me siento cada vez más orgulloso (Proverbios 21:4; Ezequiel 28:5); prefiero buscar mi propia gloria en lugar de la gloria de Dios (Juan 12:43). Debemos vivir nuestra fe de una manera que sea correcta a los ojos de Dios. A medida que crecemos en nuestra vida de fe, debemos ser cada vez más sensibles al pecado. Debemos ser capaces de reconocer y admitir más plenamente los pecados que hemos cometido contra Dios. Al mismo tiempo, a medida que profundizamos nuestra fe, debemos llenarnos de un profundo sentido de gracia. No tenemos mérito propio; solo existe el mérito de la cruz de Jesús. Así como recibimos el perdón de los pecados mediante el derramamiento de la sangre de Jesús y su muerte en la cruz, hemos sido declarados justos mediante su resurrección (Romanos 4:25). Por lo tanto, al continuar nuestro caminar de fe, debemos permanecer siempre humildes — verdaderamente humildes— ante Dios y ante los demás. Ya sea que comamos, bebamos o hagamos cualquier otra cosa, debemos hacerlo todo para la gloria de Dios (1 Corintios

10:31). Debemos orar a Dios diciendo: «Señor, no sea a nosotros la gloria» (Salmo 115:1). Para glorificar verdaderamente a Dios, primero debemos adorarlo por medio del Espíritu Santo. Recordando la gracia salvadora que Dios nos ha concedido mediante la muerte y resurrección de Jesucristo, debemos ofrecerle alabanza y adoración con acción de gracias. Además, debemos gloriarnos únicamente en Jesucristo. Debemos gloriarnos en la cruz de Jesucristo. Debemos proclamar el evangelio de Jesucristo. ¡Nunca debemos poner nuestra confianza en la carne!

El conocimiento más noble

[Filipenses 3:7–9]

¿Sabe usted qué es beneficioso y qué es perjudicial para su vida de fe? Si realmente supiéramos —y pudiéramos distinguir— qué beneficia y qué perjudica nuestras respectivas vidas de fe, ¿qué haríamos? Naturalmente, desecharíamos lo perjudicial y nos aferraríamos a lo beneficioso.

Entonces, ¿cuál es el problema? A mi parecer, la cuestión fundamental es que a menudo no logramos distinguir entre lo que beneficia nuestra vida de fe y lo que la perjudica. Permítame darle un ejemplo. Piense en la salud física: si no pudiéramos distinguir entre lo beneficioso y lo perjudicial al cuidar nuestra salud, ¿qué nos sucedería? Seríamos incapaces de gestionar nuestra salud adecuadamente. Sin embargo, la mayoría de los adultos mayores —tras haber experimentado diversos dolores y molestias (o padecerlos actualmente) y haber visitado hospitales y consultado a médicos— probablemente sepan exactamente qué deben hacer por su salud. En consecuencia, es probable que se esfuercen conscientemente por cuidarse. Pero ¿qué sucede si, a pesar de saber qué hacer por su salud, no actúan conforme a ese conocimiento y continúan con hábitos perjudiciales? Creo que este es el problema mayor: saber qué es beneficioso y qué es perjudicial, pero no realizar acciones beneficiosas y, en cambio, persistir en conductas dañinas. Este es un asunto verdaderamente grave. Del mismo modo, en nuestra vida de fe, si sabemos qué es beneficioso y qué es perjudicial pero no hacemos lo que beneficia a nuestra fe —continuando en su lugar con acciones perjudiciales—, ¿cómo podríamos mantenernos espiritualmente sanos? Inevitablemente, uno enfermaría espiritualmente. Para dar un breve

ejemplo, ¿qué cree usted que beneficia su vida de fe? ¿No sería beneficioso leer diligentemente la Biblia por su cuenta, escuchar atentamente los sermones, participar con esmero en los estudios bíblicos de los domingos por la tarde y —mientras medita en la Palabra de Dios en soledad— vivir en obediencia a la voz de Dios (las verdades que le han sido reveladas)? Además, ¿no beneficiaría a nuestra fe buscar diligentemente a Dios mediante compromisos tales como las reuniones de oración matutinas, los servicios de oración de los miércoles, los retiros de oración nocturnos, las reuniones de oración intercesora de los domingos y la oración personal? Sin embargo, si sabemos esto pero no lo llevamos a cabo —eligiendo en cambio descuidar la Palabra de Dios y una vida de oración constante, mientras vivimos en desobediencia y pecado—, ¿cómo podría eso beneficiar nuestra fe? Al contrario, solo puede ser perjudicial para nuestra vida espiritual.

En el pasaje de hoy, Filipenses 3:7–8, Pablo se dirige a los creyentes de Filipos: «Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo». Centrándonos en este pasaje, espero que al meditar en Filipenses 3:7–9 bajo el título «El conocimiento supremo», todos recibamos las valiosas lecciones que el Señor ofrece y las pongamos en práctica en nuestras vidas. En primer lugar, examinemos nuevamente el texto de hoy, Filipenses 3:7: «Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo» [(Versión coreana contemporánea) «Pero he desechado todo lo que antes era ganancia para mí por amor de Cristo»]. ¿Qué quiere decir Pablo aquí con «cuantas cosas eran para mí ganancia»? Se refiere a los privilegios que poseía y a los logros que había alcanzado mediante sus propios esfuerzos antes de creer en Jesús. Estos son precisamente los tres privilegios concedidos a Saulo (versículo 5a) y las tres cosas que logró mediante sus propios esfuerzos (versículos 5b–6); detalles sobre los cuales ya hemos reflexionado al estudiar Filipenses 3:5–6. Los tres privilegios eran: haber sido circuncidado al octavo día, pertenecer al pueblo de Israel y a la tribu de Benjamín, y ser hebreo de hebreos. Las tres cosas que logró mediante sus propios esfuerzos fueron: ser

fariseo en cuanto a la ley, perseguidor de la iglesia en cuanto al celo e irreprochable en cuanto a la justicia legalista. En resumen, lo que Pablo consideraba una ventaja personal antes de creer en Jesús era, esencialmente, «confianza en la carne» (versículo 4). Él tenía más motivos para depositar su confianza en la carne que los judaizantes. Esa razón reside en los seis puntos enumerados en los versículos 5 y 6. Antes de encontrarse con Jesús resucitado en el camino a Damasco, esos seis puntos representaban una ventaja significativa para Saulo. Desde la perspectiva de Saulo como fariseo, su objetivo era ser justificado mediante la fe en el Mesías (aunque, en aquel entonces, no identificaba a Jesús como tal) y esforzándose al máximo por cumplir la Ley. Para Saulo, quien perseguía esta justicia derivada de la Ley —lo que se denomina «justicia basada en la ley» en la última parte del versículo 6—, los seis elementos enumerados en los versículos 5 y 6 representaban ventajas inmensas. Considérese, por ejemplo, el último elemento mencionado en la segunda mitad del versículo 6: Saulo se describe a sí mismo como «irreprochable» en cuanto a la «justicia basada en la ley». ¡Qué tremenda ventaja suponía eso para él! Desde el punto de vista de Saulo —quien creía firmemente que uno podía ser declarado justo por Dios mediante la observancia de la Ley—, ser «irreprochable» en términos de justicia legal constituía un activo enorme. Sin embargo, como sabemos, esto describe a Saulo antes de llegar a conocer (y creer en) Jesús como el Mesías. En otras palabras, se trataba de cosas que Saulo consideraba ventajosas antes de creer en Jesucristo; eran los seis elementos que en otro tiempo juzgó beneficiosos para sí mismo, durante el periodo en que carecía del conocimiento de Jesucristo. No obstante, en el pasaje de hoy —Filipenses 3:7—, Pablo escribe a los creyentes de Filipos afirmando: «Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo». Declara que considera los seis elementos enumerados en los versículos 5 y 6 como una «pérdida». Pablo asegura que estas seis cosas no le reportan beneficio alguno ahora que cree que Jesús es el Mesías; más bien, constituyen una «pérdida». Los términos griegos que Pablo emplea aquí —«ganancia» y «pérdida»— son términos contables; «ganancia» significa obtener un beneficio, mientras que «pérdida» implica registrar algo como una pérdida financiera (MacArthur). Así, comunica a los creyentes de Filipos que ha «desechado» (v. 7b, *Contemporary Korean

Version*) las seis cosas que en otro tiempo le resultaban ventajosas: aquellas en las que había depositado su confianza y de las que se había jactado. ¿Cómo pudo Pablo considerar como una pérdida aquello que en otro tiempo le resultaba ventajoso? ¿Por qué llegó a ver esa lista de seis «ganancias» —cosas en las que antes había depositado tanta confianza y de las que se sentía tan orgulloso— no solo como inútiles, sino incluso como perjudiciales para sí mismo? ¿Cuál era su propósito? El texto expone dicho propósito a mitad del versículo 7: «...por amor a Cristo...». Cuando Pablo se encontró con Jesús resucitado en el camino a Damasco, llegó a comprender y a creer que Jesús —quien había sido crucificado y había muerto— era verdaderamente el Cristo. En consecuencia, comprendió la verdad de que la salvación no se alcanza mediante la justicia de la Ley, sino únicamente a través de la «justicia de Dios», la cual se recibe por la fe en Jesucristo. Observemos el texto de hoy, Filipenses 3:9: «...y ser hallado en Él, no teniendo mi propia justicia que procede de la ley, sino la que es por la fe en Cristo: la justicia que proviene de Dios basada en la fe» [(Versión coreana contemporánea) «Se trata de llegar a ser completamente uno con Él. Ahora bien, no he alcanzado la justicia por mis propios medios al guardar la ley, sino mediante la fe en Cristo. Esta justicia se basa enteramente en la fe y es otorgada por Dios»]. Antes de encontrarse con Jesús resucitado en el camino a Damasco, Pablo creía que podía alcanzar la justicia por sí mismo —mediante el esfuerzo humano— al guardar la ley. Sin embargo, al encontrarse con Jesús resucitado en aquel camino, recibió la salvación por medio de la fe —concedida por la gracia de Dios— en que Jesús es el Cristo. Tras comprender la verdad de que la salvación proviene únicamente de «la justicia que proviene de Dios basada en la fe» (la justicia de Dios) y no de la justicia de la ley (v. 9), Pablo pasó a considerar las cosas de la «carne» en las que antes había confiado (v. 4) —específicamente los seis elementos enumerados (vv. 5-6), que le daban mayores motivos de confianza en la carne que incluso a los judaizantes— no solo como algo sin provecho, sino como verdaderos perjuicios (v. 7). Así, Pablo lo consideró todo como pérdida «por amor a Cristo» (v. 7). Más allá de esos seis elementos, la primera parte del versículo 8 revela que Pablo consideraba que «todas las demás cosas» —es decir, «todo lo demás en este mundo»— también eran una pérdida (Park

Yun-sun). Además, Pablo «lo perdió todo y lo tuvo por basura» (v. 8). Aquí hay uno o dos puntos que debemos abordar.

(1) En primer lugar, está la palabra "excremento" (o "desecho").

En algunas traducciones modernas de la Biblia, esta palabra se traduce como "basura" o "desperdicio". Sin embargo, también puede referirse a los "restos" o "sobras" desechados de una mesa. Un teólogo comentó una vez: "El legalismo farisaico que Pablo valoraba en otro tiempo es semejante a los restos arrojados de la mesa. Si bien estos restos podían resultar atractivos para los perros —refiriéndose aquí a los judaizantes (creyentes judíos fariseos)—, para Pablo eran simplemente un obstáculo" (Park Yun-sun). Además, el término implica desechos corporales y puede traducirse como "estiércol" o "abono" (Park Yun-sun).

(2) En segundo lugar, está la palabra "tener por" (o "considerar"), que aparece tres veces en los versículos 7 y 8 del pasaje.

Aunque la distinción entre estas apariciones repetidas no es evidente en las traducciones al coreano o al inglés, el griego original revela una diferencia en el tiempo verbal. El verbo "tener por" en el versículo 7 está en tiempo pasado, mientras que el verbo "tener por" en el versículo 8 está en tiempo presente. Esto significa que, con respecto a los seis elementos relacionados con la carne (atributos carnales) en los que antes confiaba, Pablo comenzó a considerarlos todos como pérdida en el momento en que se encontró con Jesús resucitado camino a Damasco, comprendió que Jesús era el Cristo y recibió la salvación por medio de la fe. En cambio, cuando Pablo habla en el versículo 8 de "tener todas las cosas por pérdida" y "considerarlas como basura", el verbo está en tiempo presente, lo que denota una "acción continua mantenida permanentemente" (Park Yun-sun). En otras palabras, Pablo dijo a los santos de la iglesia de Filipos que no solo había considerado como pérdida las seis cosas relativas a la carne en las que antes había depositado más confianza que los judaizantes (versículo 7), sino que también consideraba todas las demás cosas terrenales (versículo 8)

como pérdida —es más, como basura— y estaba decidido a seguir viéndolas de esa manera permanentemente.

¿Por qué hizo esto? ¿Por qué Pablo consideraba todas esas cosas como pérdida y seguía viéndolas de esa manera? Pablo explica la razón y el propósito en el pasaje de hoy, Filipenses 3:8 y la primera mitad del versículo 9: «Ciertamente, estimo todo como pérdida debido al valor supremo de conocer a Cristo Jesús, mi Señor. Por amor a él lo he perdido todo y lo considero basura, a fin de ganar a Cristo y ser hallado en él...» [(Versión coreana contemporánea) «Además, la razón por la que considero todo como perdido es que el conocimiento de mi Señor Cristo Jesús es mucho más valioso. Lo he perdido todo por amor a Cristo. Considero todas esas cosas como basura para poder ganar a Cristo y llegar a ser completamente uno con Él.»] La razón por la que Pablo consideraba una pérdida aquellos seis aspectos de la carne en los que antes confiaba —junto con todos los demás asuntos mundanos—, y seguía estimándolos como basura, era precisamente porque «el conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, es supremo» (versículo 8). Aunque Pablo había sido fariseo en lo que respecta a la ley (versículo 5) y poseía un amplio conocimiento de ella, no se había dado cuenta de que «la ley fue puesta a cargo para guiarnos a Cristo, a fin de que fuéramos justificados por la fe» (Gálatas 3:24). En particular, aunque es probable que Pablo tuviera un vasto conocimiento sobre el concepto del Mesías, no comprendía que Jesús era, en efecto, el Cristo. Desconocía que Jesús era el Hijo de Dios (cf. Hechos 9:20). En consecuencia, perseguía con celo a los cristianos: aquellos que creían que Jesús era el Cristo y el Hijo de Dios, y que seguían y proclamaban su camino. Sin embargo, cuando Saulo oyó la voz de Jesús resucitado en el camino a Damasco preguntando: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» (Hechos 9:4), y posteriormente llegó a creer que Jesús —el Señor de aquellos mismos cristianos a quienes había perseguido con tanto fervor— era el Cristo y el Hijo de Dios (v. 20), comprendió que «el conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor» posee un valor supremo (Fil. 3:8). El «conocimiento» del que habla Pablo aquí se refiere a algo más que a una mera comprensión intelectual de Cristo Jesús. Basándose en la palabra griega que utilizó (*gnōseōs*), Pablo describe un conocimiento de Jesús que es «vivencial» o

«personal» (cf. Juan 10:27; 17:3; 2 Cor. 4:6; 1 Juan 5:20). Además, este conocimiento es sinónimo de una vida compartida con Cristo (Gál. 2:20). También corresponde al conocimiento que Dios tiene de su pueblo (Amós 3:2) y al conocimiento que ellos tienen de Dios, el cual se manifiesta como amor y obediencia hacia Él (Jer. 31:34; Oseas 6:3; 8:2) (MacArthur). Reflexioné sobre la razón por la cual Pablo consideraba una pérdida aquellas cosas de la carne en las que antes confiaba y de las que se jactaba —y, de hecho, todo en este mundo— (viéndolas como basura, desperdicio o escoria): se debía a que «el conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, es sobremanera excelente». Esto me llevó a escribir lo siguiente: «Para ganar aquello que tiene un valor supremo, uno debe desechar todas las demás cosas que carecen de valor (Filipenses 3:7-8)».

¿Qué opinas? Si has llegado a comprender profundamente —ya sea de manera personal, vivencial o relacional— que el conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, tiene un valor supremo, ¿acaso no desecharías también todo lo demás que palidece en comparación? Eso es precisamente lo que hizo Pablo. Debido a que «el conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, es sobremanera excelente», consideró como pérdida las seis cosas de la carne en las que antes confiaba, junto con todos los demás asuntos mundanos; las dejó atrás y las consideró permanentemente como basura. ¿Cuál era su propósito? Había dos razones:

En primer lugar, ganar a Cristo.

Observa la última parte de Filipenses 3:8 en el texto de hoy: «... para ganar a Cristo». Esto también puede traducirse como «buscar ganar a Cristo», lo que implica que Pablo estaba dispuesto a desechar todo lo demás como basura para ganar al Cristo a quien no había conocido antes (Park Yun-sun). Me gustaría citar Jonás 1:4–5 como ejemplo: «Pero el Señor lanzó un gran viento sobre el mar, y se desató una tormenta tan violenta que el barco amenazaba con hacerse pedazos. Todos los marineros tenían miedo y cada uno clamaba a su propio dios. Y arrojaron la carga al mar para aligerar la nave». Así como los marineros gentiles arrojaron su carga por la borda para salvar sus vidas cuando el barco estaba a punto

de deshacerse, nosotros también debemos dejar de lado todo lo que hay en este mundo para ganar a Jesucristo. En otras palabras, para obtener aquello que tiene un valor supremo, debemos desechar todas las demás cosas que carecen de valor. Sin embargo, si afirmamos buscar a Jesucristo pero no somos capaces de renunciar a nuestro amor por el dinero, terminaremos sirviendo a dos señores, tal como advirtió Jesús (Mateo 6:24).

En segundo lugar, se trataba de «ser hallado en Él».

Observemos el pasaje de hoy, Filipenses 3:9: «...y ser hallado en Él, no teniendo mi propia justicia que proviene de la ley, sino aquella que es mediante la fe en Cristo: la justicia que proviene de Dios basada en la fe». Aquí, la frase «ser hallado en Él» se traduce en la *Hyundai-in-ui Seong-gyeong* (una versión coreana moderna) como «llegar a ser completamente uno con Jesús». El significado de esta frase es «unión espiritual con Cristo; es decir, el estado de haber alcanzado verdaderamente la justicia» (Park Yun-sun). Pablo ya había sido declarado justo al creer en Jesús en el camino a Damasco. En otras palabras, ya se encontraba en un estado de justicia gracias a su unión espiritual con la muerte y resurrección de Jesucristo. Dicho de otro modo, Pablo ya se había hecho uno con Jesús mediante la unión espiritual con Su crucifixión y resurrección. Así pues, aunque Pablo «ya» se había hecho uno con Jesús y había alcanzado la justicia de Dios, aún no había llegado a un estado de perfección absoluta. Le aguardaba un estado futuro: el de la verdadera justicia y la unión total con Jesús. En otras palabras, cuando Pablo fue salvo al creer que Jesús es el Cristo y aceptarlo como Señor, la «justicia de Dios» le fue imputada y fue declarado justo. Sin embargo, en cuanto a su naturaleza real, no había alcanzado el estado de una persona perfectamente justa capaz de vivir la justicia en plenitud. Por eso afirmó en Romanos 7: «Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros» (v. 23). No obstante, con la Segunda Venida de Jesús —cuando sea transformado repentinamente y revestido de un cuerpo espiritual glorioso— alcanzará verdaderamente un estado de perfecta justicia. En ese momento, obedecerá plenamente el

doble mandamiento de Jesús (la ley de Dios) y vivirá una vida que cumpla totalmente la voluntad divina. Por consiguiente, Pablo se propuso considerar las seis cosas que antes valoraba, junto con todo lo demás en este mundo, como una pérdida permanente —teniéndolas por mera basura— durante todo el tiempo que viviera en este mundo.

¿Qué es lo máspreciado para ti? ¿Realmente no hay nada que valores más que al Señor Jesús? ¿Consideras que el conocimiento de Cristo es de valor supremo? ¿Vives una vida compartida con Cristo? ¿Estás llegando a conocer a Cristo tal como Dios te conoce a ti? ¿Obedeces al Señor por amor a Cristo? Si es así, debemos considerar las cosas de la carne y todo lo de este mundo —en lo cual alguna vez pusimos nuestra confianza— como basura (desechos o estiércol) y dejarlas atrás de una vez por todas. Hacemos esto para ganar a Cristo y ser hallados en Él: para llegar a ser plenamente uno con Jesucristo, alcanzar una unión espiritual perfecta con Él y poseer una justicia perfecta. Oro para que, hasta que llegue ese día y ese momento, todos sigamos creciendo en el conocimiento de Jesucristo. Oro para que todos podamos confesar que el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo es de valor supremo.

Quiero dejar clara una sola cosa.

[Filipenses 3:10–14]

Si hubiera algo que quisieras aclarar en tu vida de fe, ¿qué sería? Al meditar en el pasaje de hoy, me hice precisamente esa pregunta. Al hacerlo, consideré ese aspecto desde una triple perspectiva: fe, amor y esperanza.

En primer lugar, respecto a la «fe», acudo a Juan 6:29: «Jesús respondió: "Esta es la obra de Dios: que creáis en aquel a quien él ha enviado"».

Para mí, la prioridad es conocer a Jesucristo, a quien Dios ha enviado. Deseo conocer a Jesús cada vez más. Al igual que el apóstol Pablo, quiero confesar que «conocer a Cristo Jesús, mi Señor, es de un valor incalculable» (Fil. 3:8). También quiero poder confesar, como el apóstol Pedro: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente» (Mt. 16:16). Al conocer a Jesús, quiero ser un creyente que hace una confesión de fe correcta. Con ese fin, quiero escuchar continuamente las palabras de Jesucristo (Ro. 10:17). Deseo ver progreso en mi fe escuchando diligentemente la palabra de Dios (Fil. 1:25). Por tanto, quiero vivir por fe, no por vista (2 Co. 5:7).

En segundo lugar, respecto al «amor», acudo a Mateo 22:37–40: «Jesús respondió: "Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente". Este es el primero y más grande mandamiento. Y el segundo es semejante: "Ama a tu prójimo como a ti mismo"». Cuando vivo una vida de amor a Dios y al prójimo —siguiendo el doble mandamiento de Jesús—, mi corazón se transforma en un lugar celestial y experimento una

vida celestial en mi familia, en mi iglesia y en mis relaciones con el prójimo. Como alguien que busca esta vida celestial, tengo un profundo deseo de obedecer el doble mandamiento de Jesús (Mateo 22:37–40). Sin embargo, cada vez me doy más cuenta de que, debido a la debilidad de mi carne, no puedo amar únicamente con mis propias fuerzas. Por eso, le pido a Dios amor: el fruto del Espíritu Santo. Oro para que Dios haga que el fruto del Espíritu abunde en mi vida, capacitándome para vivir una vida que le ame a Él y a mi prójimo cada vez más profundamente.

En tercer lugar, con respecto a la «esperanza», acudo al Salmo 27:4: «Una cosa he pedido al Señor, y esa buscaré: que habite yo en la casa del Señor todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura del Señor y buscarle en su templo».

Hay una canción góspel estadounidense que me gusta desde hace mucho tiempo, titulada «One Thing I Ask» (Una cosa pido). Me gustaría compartir con ustedes una traducción al coreano de la primera estrofa: «Una cosa pido, una cosa busco: Señor, deseo habitar en tu casa siempre, por los siglos de los siglos. Y Señor, deseo verte. Pido una cosa; deseo una cosa; deseo verte». Al igual que el salmista, yo también tengo «una cosa» que le pido a Dios. Esa única cosa es habitar en la casa de Dios todos los días de mi vida, contemplando su hermosura y buscándole en su templo; es decir, meditando en Dios. En el pasaje de hoy — Filipenses 3:13-14—, Pablo se dirige a los creyentes de la iglesia de Filipos diciendo: «Hermanos, no considero haberlo alcanzado ya. Pero tengo clara una cosa: olvidando lo que queda atrás y extendiéndome hacia lo que está delante, prosigo hacia la meta para ganar el premio al que Dios me ha llamado desde lo alto en Cristo Jesús». Centrándome en este pasaje de las Escrituras, deseo reflexionar sobre la pregunta: «¿Cuál es esa única cosa que debemos hacer?». y recibe las lecciones que Dios ofrece bajo el título: «Quiero tener clara una sola cosa».

En Filipenses 3:13-14, mientras Pablo continúa su carta a los creyentes de Filipos, afirma: «Pero tengo clara una cosa» (versículo 13). ¿Cuál es esa «única cosa» de la que habla Pablo?

¿Qué tarea específica estaba aclarando? Era precisamente esto: «olvidando lo que queda atrás y extendiéndome hacia lo que está delante, prosigo hacia la meta para ganar el premio al que Dios me ha llamado desde lo alto en Cristo Jesús» (versículos 13b-14). Aquello que Pablo aclaraba era el acto de correr hacia una marca o una meta. Tal como un corredor en una carrera se concentra en la línea de meta y corre con todas sus fuerzas, Pablo avanzaba con determinación hacia esa marca, hacia esa meta. Entonces, ¿cuál era la meta hacia la que corría Pablo? Era «aquello para lo cual Cristo Jesús me alcanzó» (versículo 12) y «el llamamiento de Dios desde lo alto en Cristo Jesús» (versículo 14). Estas dos frases describen la misma meta: la misión de Pablo, es decir, el llamamiento de Dios desde lo alto en Cristo Jesús. Pablo había sido cautivado por esta misión. Por ello, al escribir a los santos de la iglesia de Filipos, declaró que estaba «corriendo» para cumplir la misión celestial que Dios le había encomendado en Cristo Jesús; una misión que se había apoderado de él (versículos 12, 14).

Esto nos lleva a preguntarnos: ¿cuál era exactamente la misión de Pablo? Creo que la misión de Pablo tenía una doble vertiente. En otras palabras, aunque se trataba de una sola misión, esta poseía dos facetas, muy parecidas al anverso y al reverso de una moneda. Un aspecto de la misión de Pablo se explica en Hechos 20:24: «Sin embargo, no estimo mi vida como algo valioso para mí mismo, con tal de que pueda terminar la carrera y completar la tarea que el Señor Jesús me ha encomendado: la tarea de dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios». La misión de Pablo consistía en dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios; dicho de otro modo, su misión era testificar del evangelio (las buenas nuevas) de Jesucristo. No consideraba su propia vida valiosa en absoluto si eso significaba completar esta tarea: esta misión. Pablo estaba consumido por una pasión ardiente por cumplir la misión que había recibido del Señor Jesús. Para Pablo, impulsado así por la misión de dar testimonio del evangelio de Jesucristo, otro aspecto vital de dicha misión era vivir una vida digna del evangelio. En otras palabras, si bien la misión de Pablo implicaba externamente proclamar el evangelio de Jesucristo, internamente conllevaba vivir una vida coherente con el evangelio, asemejándose cada vez más a Jesucristo (Filipenses 1:27).

Por eso, al comenzar a escribir Filipenses 3:10 —el pasaje que nos ocupa hoy—, declaró: «Quiero conocer a Cristo». Esta afirmación conecta con lo que Pablo ya había dicho en el versículo 8: que «el conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, es sobremanera valioso». Aunque Pablo había sido fariseo (versículo 5) y poseía un amplio conocimiento de la Ley, no había comprendido que «la ley sirvió de guía para llevarnos a Cristo, a fin de que fuéramos justificados por la fe» (Gálatas 3:24). En particular, a pesar de su vasto conocimiento sobre el Mesías, Pablo no sabía que Jesús era el Cristo. No se daba cuenta de que Jesús era el Hijo de Dios (cf. Hechos 9:20). En consecuencia, había perseguido con celo a los cristianos que creían que Jesús era el Cristo y el Hijo de Dios, y que seguían y proclamaban su camino. Cuando Saulo oyó la voz de Jesús resucitado en el camino a Damasco —«Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» (Hechos 9:4)— y llegó a creer que Jesús, el Señor de los cristianos a quienes había perseguido con tanto celo, era verdaderamente el Cristo y el Hijo de Dios (v. 20), comprendió que «el conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor» posee un valor supremo (Fil. 3:8). El «conocimiento» del que habla Pablo aquí no es meramente un conocimiento intelectual acerca de Cristo Jesús. La palabra griega que utiliza (*gnōseōs*) implica conocer a Jesús «experimentalmente» o «personalmente» (cf. Juan 10:27; 17:3; 2 Cor. 4:6; 1 Juan 5:20). Además, este conocimiento es sinónimo de una vida compartida con Cristo (Gál. 2:20). También corresponde al conocimiento que Dios tiene de su pueblo (Amós 3:2) y al hecho de que este ame y obedezca a Dios como resultado de conocerlo (Jer. 31:34; Os. 6:3; 8:2).

Cuando Pablo comprendió que «el conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor» tenía un valor supremo, se propuso dos metas; metas que, a mi parecer, son simplemente dos caras de la misma moneda. Estas eran «ganar a Cristo» (versículo 8) y llegar a ser «completamente uno con Él» (o, como lo expresa la Versión Revisada, «ser hallado en Él») (versículo 9). Pablo anhelaba ganar al Cristo que antes no había conocido, y también buscaba alcanzar ese estado de unión espiritual con Cristo: un estado de verdadera justicia. Él ya había alcanzado la justicia mediante su unión espiritual con la muerte y resurrección de Jesucristo; en otras palabras, ya se había hecho uno con Jesús a través de esta unión espiritual. Sin embargo,

aunque Pablo «ya» era uno con Jesús y poseía la justicia de Dios, aún no había llegado a un estado de perfección. Ante él se encontraba un estado futuro de unidad plena con Jesús: un estado de verdadera justicia. Debido a que anhelaba esto fervientemente, no solo consideró como pérdida las cosas de la carne —en las que alguna vez había depositado su confianza—, sino que incluso las tuvo por basura (versículo 8).

Para nosotros, que reconocemos que «el conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor» tiene un valor supremo, lo único que debemos esforzarnos por aclarar y llevar a cabo es la misión que el Señor nos ha encomendado. Esa misión consiste en proclamar el evangelio del Señor Jesucristo y vivir una vida digna de dicho evangelio. “Sigo la senda que el Señor recorrió en soledad;

camino por la vía donde Él derramó toda Su sangre y agua.

Montañas escarpadas o los confines de la tierra: nada de eso me importa;

deseo entregar mi vida por las almas que perecen.

Padre, envíame; correré la carrera.

No escatimaré mi vida; por favor, envíame.

Montañas escarpadas o los confines de la tierra: nada de eso me importa;

deseo entregar mi vida por las almas que perecen.

Padre, envíame; correré la carrera.

No escatimaré mi vida; por favor, envíame.

Aunque el mundo me odie, yo seguiré amándolo.

Sigo la Cruz que salva al mundo.

Tú, que me amaste lo suficiente como para dar Tu vida:

acepta esta humilde alma; yo también Te amo”.

[Canción evangélica: “El llamado” (Samyeong)]

Como alguien que ha sido justificado por la fe en Jesús mediante la gracia de Dios —y habiendo comprendido que “conocer a Cristo Jesús, mi Señor, es de un valor incalculable”—, la vida del justo es una vida de constante entrega personal (Filipenses 3:7-8). Al mismo tiempo, la vida del justo anhela conocer a Jesucristo más profundamente (v. 10). Esto se debe a que el creyente desea vivir una vida digna del Evangelio asemejándose cada vez más a Jesucristo (1:27). Pablo buscaba conocer a Jesucristo (3:10) precisamente para vivir esa vida digna del Evangelio a través de dicha semejanza; ¿cuál era, entonces, ese “conocimiento supremo” de Jesucristo que tanto anhelaba? El texto de hoy, Filipenses 3:10, nos lo revela de tres maneras:

En primer lugar, Pablo deseaba experimentar el poder de la resurrección de Cristo. Por favor, miremos el pasaje de hoy, Filipenses 3:10: “Lo que deseo es conocer verdaderamente a Cristo y experimentar el poder de Su resurrección...” (Versión coreana contemporánea). ¿Cuál es, entonces, el poder de la resurrección de Jesucristo que Pablo anhelaba experimentar?

Recuerdo el mensaje que nuestro pastor principal compartió hace unas dos semanas durante el culto de oración de los miércoles; Basándose en Romanos 8:10–11, proclamó la Palabra de Dios bajo el título: «Él también dará vida a sus cuerpos mortales». Al recibir ese mensaje, resumí el sermón del pastor principal en la oficina pastoral de la siguiente manera: «Un día, todos moriremos (Eclesiastés 7:2). Estamos compuestos de cuerpo y espíritu (Romanos 8:10); en otras palabras, nuestros cuerpos son "cuerpos mortales" (versículo 11). La razón por la que tanto nuestros cuerpos como nuestros espíritus están destinados a la muerte se debe al pecado de un solo hombre, Adán: el pecado original (5:12). Sin embargo, si Cristo habita en nosotros mediante el Espíritu Santo, aunque el cuerpo esté muerto a causa del pecado, el espíritu está vivo (8:11). Cuando morimos, nuestros cuerpos vuelven al polvo, pero nuestros espíritus entran en el cielo. Cristo Jesús resucitó de entre los muertos, convirtiéndose en las primicias de los que durmieron —es decir, de los que han muerto— (1 Corintios 15:20). Jesús ha resucitado. Puesto que Jesús resucitó, nosotros, los que creemos

en Él —los que pertenecemos a Cristo (versículo 23)—, también resucitaremos, incluso después de la muerte física. La resurrección de Jesús es nuestra resurrección. Dios, quien resucitó a Jesús de entre los muertos, también dará vida a nuestros cuerpos mortales mediante el Espíritu Santo (Romanos 8:11). Dado que la resurrección es obra del Dios Trino (versículo 11), ciertamente resucitaremos. Cuando suene la última trompeta (1 Corintios 15:52) y Jesús regrese (versículo 23), seremos resucitados con cuerpos gloriosos, semejantes al cuerpo resucitado de Cristo (Filipenses 3:21; cf. 1 Juan 3:2). Por tanto, debemos entregarnos siempre por completo a la obra del Señor (1 Corintios 15:58)». En el pasaje de hoy, Filipenses 3:10, Pablo —quien había recibido la salvación y una misión tras encontrarse con el Jesús resucitado en el camino a Damasco— escribe a los creyentes de Filipos expresando su deseo de experimentar el poder de la resurrección de Jesús. El poder de la resurrección de Jesucristo que él anhelaba experimentar era el mismo poder mediante el cual Dios Padre resucitó a Jesús de entre los muertos por medio del Espíritu Santo; dado que ese mismo Espíritu Santo moraba en Pablo —quien creía en Jesucristo—, Pablo deseaba experimentar cómo su propio cuerpo mortal cobraba vida gracias a ese mismo Espíritu (Romanos 8:11). Anhelaba esto porque, aunque "ya" se había unido a Jesús y había alcanzado la justicia de Dios, deseaba llegar al estado de verdadera justicia —un estado de unión completa con Jesús— que aún estaba por llegar y que "todavía" no había experimentado plenamente.

Cuando suene la "trompeta final", seremos transformados en un abrir y cerrar de ojos (1 Corintios 15:51). Ya no tendremos cuerpos débiles, corruptibles o propensos al pecado. En cambio, seremos transformados al instante y revestidos de cuerpos fuertes, incorruptibles y gloriosos (versículos 42–44, 52–54). El Señor "transformará nuestro cuerpo humilde para que sea semejante a su cuerpo glorioso" (Filipenses 3:21). En el día final, aquellos que han dormido en el Señor también resucitarán, revestidos de cuerpos espirituales gloriosos; todos juntos ascenderemos al reino eterno de los cielos y moraremos con el Señor para siempre (1 Tesalonicenses 4:17). Como cristianos que poseemos esta esperanza eterna de

resurrección, oro para que nosotros, al igual que Pablo, deseemos fervientemente experimentar el poder de la resurrección de Jesús mientras vivimos aquí en la tierra.

En segundo lugar, Pablo deseaba participar en los sufrimientos de Cristo. En el pasaje de hoy, Filipenses 3:10, Pablo escribe a los santos de la iglesia de Filipos: "...participando en sus sufrimientos...". Pablo, que deseaba conocer verdaderamente a Cristo, quería participar en los sufrimientos de Cristo. Este era el segundo aspecto de aquel conocimiento supremo de Jesucristo que el apóstol Pablo buscaba alcanzar.

¿Por qué debemos soportar el sufrimiento? El sábado 11 de octubre de 2014, Eloise —la amada segunda hija de la hermana Kelly (Gayeon), quien asistía al ministerio en inglés de nuestra iglesia— estuvo a punto de ahogarse tras caer en una piscina. La hermana Kelly estaba en estado de shock al ver a su hija flotando en el agua y con el cuerpo tornándose azul, cuando un desconocido sacó a la niña y le practicó maniobras de reanimación cardiopulmonar (RCP). Durante toda esta angustiada experiencia, la hermana Kelly oraba fervientemente a Dios. Afortunadamente, más tarde me llamó entre lágrimas para compartir la noticia de que su amada hija había sobrevivido al accidente, que estuvo a punto de ser fatal. Mientras Eloise se encontraba en la unidad de cuidados intensivos, la hermana Kelly me envió una foto de la niña sentada en la cama del hospital, junto con su testimonio. La conclusión de dicho testimonio fue: «En última instancia, la respuesta a todo es Jesucristo...». Lo que me sorprendió fue que, apenas dos días antes —durante la reunión de oración de la madrugada del jueves 9—, habíamos meditado en el relato de cómo Jesús rescató inmediatamente a Pedro cuando este se hundía en el agua (basado en Mateo 14:24). La conclusión de aquella meditación fue que el propósito del sufrimiento que Dios permite que experimentemos es ayudarnos a conocer quién es Él y llevarnos a hacer una confesión de fe adecuada. ¿Empiezas a comprender por qué Dios permite que enfrentemos el sufrimiento? Si te encuentras atravesando un momento de adversidad en este preciso instante, quisiera ofrecerte tres palabras de ánimo:

(1) El sufrimiento puede sernos beneficioso.

Observemos el Salmo 119:71: «Bueno me es haber sido humillado, para que aprenda tus estatutos». El beneficio de tal sufrimiento es (a) que nos hace darnos cuenta de cuándo nos hemos desviado del camino. Miremos la primera parte del Salmo 119:67: «Antes que fuera yo humillado, descarriado andaba...». A menudo, no somos conscientes de que caminamos por la senda equivocada hasta que llega el sufrimiento. Es a través del sufrimiento que el Señor permite que entremos en razón. Así como un joven pastor usa un cayado para golpear a una oveja que se desvía y guiarla de vuelta al camino correcto, el Señor —nuestro Pastor— utiliza el cayado del sufrimiento para llevarnos de nuevo por la senda correcta cuando nos hemos extraviado. (b) El sufrimiento nos lleva a guardar la palabra del Señor. Veamos el Salmo 119:67: «Antes que fuera yo humillado, descarriado andaba; mas ahora guardo tu palabra».

(2) El sufrimiento puede ser una tentación que nos aleje de la palabra de Dios, pero, al mismo tiempo, puede ser una oportunidad maravillosa para acercarnos aún más a ella.

Cuando enfrentes el sufrimiento, debes aprovechar la oportunidad para aferrarte a las promesas de Dios, invocarle y guardar su palabra, haciendo así que esa palabra sea verdaderamente tuya (Salmo 119:49–56).

(3) El sufrimiento también puede ser un instrumento que Dios utiliza para refinar nuestros corazones. Así como un herrero coloca la plata en un horno y aplica un calor intenso para eliminar las escorias (Proverbios 25:4), Dios nos coloca en el «horno de la aflicción» (Isaías 48:10) para refinar nuestros corazones (Proverbios 17:3) y probarnos (Job 23:10). Su propósito es transformarnos en vasijas aptas para su uso (Proverbios 25:4). Él busca limpiarnos y hacernos vasijas dignas del uso del Maestro: vasijas santas «para usos honrosos» (2 Timoteo 2:21).

Pablo deseaba participar de los sufrimientos de Cristo (Filipenses 3:10). ¿No es eso fascinante? Considere esto: el hombre que alguna vez persiguió con celo a los cristianos — infligiéndoles sufrimiento y dolor— se encontró con Jesús, quien había sufrido, fue crucificado y resucitó al tercer día. Tras llegar a creer en Jesús, este antiguo perseguidor deseaba ahora participar de los mismos sufrimientos de Cristo, tal como lo hacían los cristianos a quienes él había perseguido anteriormente. ¿Qué cambio de corazón llevó a Pablo a desear participar en los sufrimientos de Cristo? Encontré la respuesta en Filipenses 1:29: «Porque a ustedes se les ha concedido, por causa de Cristo, no solo creer en él, sino también sufrir por él». En otras palabras, Pablo deseaba participar en los sufrimientos de Cristo porque comprendía que, como creyente en Jesucristo, sufrir por causa de Él es una gracia de Dios. Así, Pablo afirmó en Colosenses 1:24: «Ahora me gozo en los sufrimientos que padezco por ustedes, y en mi propio cuerpo completo lo que falta de las aflicciones de Cristo por causa de su cuerpo, la iglesia» (Versión Coreana Contemporánea). Cuando nosotros, al igual que Jesús, sufrimos en nuestros cuerpos por causa de la iglesia, el consuelo que el Señor nos brinda radica en el hecho de que Cristo sufre junto a nosotros (Romanos 8:17) y en que nada puede separarnos del amor de Cristo (versículos 35, 39).

En su carta a los creyentes de Filipos, Pablo expresó su gratitud a Dios por la participación de ellos en la obra del evangelio «desde el primer día hasta ahora» (1:3-5). Además, los exhortó a considerar el sufrimiento por causa de Jesucristo —como quienes creen en Él— como una gracia de Dios (versículo 29). La lección que la Biblia nos enseña aquí es que participar en el evangelio de Cristo significa participar en los sufrimientos de Cristo. Posteriormente, en Filipenses 3:10 —el pasaje que hoy nos ocupa—, Pablo declara su deseo de participar en los sufrimientos de Cristo porque quiere conocer verdaderamente a Jesucristo. ¿Por qué Pablo no rehuía participar en los sufrimientos de Jesucristo? Creo que había al menos dos razones. (1) En primer lugar, Pablo quería aprender obediencia mediante la participación en los sufrimientos de Jesucristo. Consideremos Hebreos 5:8: «Aunque era Hijo, aprendió la obediencia por lo que padeció». (2) En segundo lugar, Pablo creía que «los

sufrimientos que soportamos ahora no se pueden comparar en absoluto con la gloria que se nos revelará en el futuro» (Romanos 8:18, Versión Coreana Contemporánea).

Nosotros también debemos aprender la obediencia a través del sufrimiento. Además, debemos conocer el corazón de Dios Padre mediante la obediencia (Oseas 1). También debemos considerar la gloria que ha de revelarse ante nosotros: una gloria incomparable con nuestros sufrimientos actuales. Al hacerlo, debemos, al igual que Pablo, participar en los sufrimientos de Jesucristo.

En tercer lugar, Pablo deseaba imitar la muerte de Cristo.

Hay tres libros que ocupan un lugar destacado entre los textos religiosos introductorios posteriores a la Biblia: **Las confesiones** de Agustín, **El progreso del peregrino** de John Bunyan y **La imitación de Cristo** de Tomás de Kempis. En el capítulo 23 de **La imitación de Cristo**, titulado «Sobre la meditación de la muerte», el autor escribe:

«Es más fácil evitar el pecado día a día que evitar la muerte hoy. Además, es lamentable que, cuanto más tiempo vivimos, más tienden a multiplicarse nuestros pecados. Si temes a la muerte, debes comprender que vivir una vida larga es algo que debería temerse aún más. Por tanto, prepárate siempre para la muerte (Lucas 21:36). Sabia y bienaventurada es la persona que se esfuerza por vivir una vida de la que no se arrepentirá el día de su muerte. No pospongas la salvación de tu alma para más adelante, ni confíes en amigos o vecinos. Es verdaderamente lamentable no vivir tu mejor vida cuando la vida eterna está al alcance de la mano. Para afrontar la muerte con confianza, somete tu cuerpo mediante el arrepentimiento. Cuando mueras, ¿quién se acordará de ti y quién orará por ti? Por eso, amigo mío, haz todo lo que puedas ahora mismo. Acumula riquezas eternas para ti mientras aún hay tiempo (Lucas 12:33). Piensa solo en la salvación y centra tu atención únicamente en las cosas de Dios. Vive de tal manera que, tras la muerte, tu alma pueda unirse gozosamente a Dios» (Internet). Observemos el texto de hoy, Filipenses 3:10: «Lo que deseo

es conocer verdaderamente a Cristo, experimentar el poder de su resurrección, participar en sus sufrimientos y ser conformado a su muerte» (Versión Coreana Contemporánea). ¿Qué quiere decir Pablo aquí cuando habla de querer ser conformado a la muerte de Cristo? Podemos considerar esto de dos maneras (Walvoord): (1) Así como Cristo murió *por* el pecado, Pablo —como alguien que ha muerto *al* pecado (Ro. 6:2, 6-7; Col. 3:3)— busca vivir una vida separada de la existencia pecaminosa del «viejo hombre» (que fue eliminado al creer en Jesús) y mantener esa separación en su vida diaria (Ro. 6:1-4, 11-14). (2) Así como Cristo murió mientras proclamaba el Evangelio, Pablo tiene la intención de morir mientras proclama el Evangelio de Cristo; en otras palabras, desea experimentar una muerte que resulte en ganancia. Consideremos Filipenses 1:20-21: «Conforme a mi anhelada esperanza de que en nada seré avergonzado, sino que tendré plena confianza ahora como siempre, para que Cristo sea exaltado en mi cuerpo, ya sea por vida o por muerte. Porque para mí, el vivir es Cristo y el morir es ganancia». Esta «muerte provechosa» refleja el deseo de Pablo de obedecer la voluntad del Señor incluso hasta la muerte, tal como Jesús obedeció la voluntad del Padre «hasta la muerte» (2:8). En resumen, cuando Pablo habla de emular la muerte de Cristo, quiere decir que desea proclamar el Evangelio de Cristo, vivir una vida digna de ese Evangelio e incluso enfrentar el martirio. Así lo había expresado ya en Filipenses 2:17: «Aunque sea derramado como libación sobre el sacrificio y servicio de vuestra fe, me regocijo y comparto mi alegría con todos vosotros». Aquí, el término «libación» se refiere al vino derramado sobre un sacrificio; Pablo les dice a los santos de la iglesia de Filipos que se regocijaría incluso si su propia sangre fuera derramada como tal ofrenda (Park Yun-sun). En resumen, Pablo afirma que se regocijaría incluso si tuviera que afrontar el martirio.

Considero que Epafrodito es quien emuló esta actitud de Pablo (1:25). La razón de esta opinión es que Epafrodito «arriesgó su vida por la obra de Cristo» (v. 30). Dicho de otro modo, el deseo de Pablo de ser conformado a la muerte de Cristo implicaba que quería llegar a ser como Jesucristo (3:10). Él ya había recibido la salvación y la justificación por la fe cuando se encontró con el Dios resucitado en el camino a Damasco. Sin embargo, aún no había alcanzado un estado de perfecta justicia. Al vivir en esa tensión entre el «ya» y el «todavía

no», la meta de Pablo era llegar a ser como Jesucristo (MacArthur). En otras palabras, anhelaba profundamente la obra santificadora del Espíritu Santo. Por eso, en Filipenses 3:9, Pablo habló de aquello que proviene «mediante la fe en Cristo»: concretamente, «la justicia que viene de Dios basada en la fe». En resumen, tras hablar en el versículo 9 de la «justificación» —mediante la cual uno es declarado justo por la fe en Jesús—, pasa en el versículo 10 a hablar de la «santificación».

¿Qué es la «santificación»? La pregunta 35 del Catecismo Menor de Westminster afirma: «La santificación es la obra de la gracia gratuita de Dios, mediante la cual somos renovados en todo nuestro ser conforme a la imagen de Dios, y capacitados cada vez más para morir al pecado y vivir para la justicia» (Internet). Nuestra santificación implica ser renovados en conocimiento, justicia y santidad conforme a la imagen de Dios (Colosenses 3:10; Efesios 4:24). Nuestra santificación alcanza su plenitud en la etapa de la glorificación, cuando somos totalmente liberados del pecado y hemos alcanzado plenamente la imagen de Dios. Esta santificación consta de dos elementos: (1) la mortificación: hacer morir gradualmente el pecado (Romanos 6:11), y (2) la vivificación: vivir para la justicia (versículo 13) (Internet). ¿Por qué, entonces, Pablo —quien ya había sido justificado por la fe en Jesús— anhelaba la santificación, es decir, el proceso de llegar a ser como Jesús? La razón es que deseaba alcanzar la resurrección de entre los muertos (Filipenses 3:11). En otras palabras, Pablo, ya justificado por la fe en Jesucristo, anhelaba la santificación porque deseaba fervientemente alcanzar la resurrección de entre los muertos. ¿Qué quiere decir Pablo aquí con «alcanzar la resurrección de entre los muertos»? Esto puede entenderse de dos maneras: (1) resucitar literalmente de la muerte física, y (2) resucitar de un estado de muerte espiritual. Sin embargo, dado que Pablo ya había resucitado de la muerte espiritual mediante la fe al encontrarse con Jesucristo en el camino a Damasco, su afirmación en Filipenses 3:11 sobre «alcanzar la resurrección de entre los muertos» se refiere a resucitar de la muerte física. Además, la resurrección del cuerpo de la que habla se refiere al momento mismo de la Segunda Venida de Jesús, cuando su cuerpo muerto resucita, es revestido de gloria y entra

en un estado de perfecta justicia. Por eso Pablo anhelaba tan fervientemente llegar a ser como Jesucristo.

¿No desea usted llegar a ser como Jesús? Oro para que todos nosotros, al igual que Pablo, hagamos de llegar a ser como Jesús nuestro propósito claro y único. Avancemos también para cumplir la misión a la que Dios nos ha llamado desde lo alto en Cristo Jesús. La misión que el Señor nos ha encomendado es dar testimonio del Evangelio de Jesucristo y vivir una vida digna del Evangelio, llegando a ser como Él. Esta es nuestra responsabilidad como personas que han sido justificadas por la gracia de Dios mediante la fe en Jesús. Si realmente hemos comprendido que «conocer a Cristo Jesús, mi Señor, tiene un valor supremo», entonces debemos vivir una vida de constante desprendimiento, dejando continuamente de lado todo lo demás. Al mismo tiempo, debemos anhelar conocer cada vez más a Jesucristo. Oro para que todos vivamos vidas dignas del Evangelio, llegando a ser como Jesucristo.

¡Avancemos hacia la meta!

«Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo alcanzado ya; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús» (Filipenses 3:13-14).

Al despedirnos del año 2004 —dejándolo pasar al pasado eterno— y prepararnos para recibir el esperanzador año nuevo de 2005, he dedicado este tiempo valioso a meditar en el pasaje bíblico citado anteriormente.

Pablo señala dos maneras en las que debemos avanzar hacia la meta. En primer lugar, debemos olvidar lo que queda atrás; en segundo lugar, debemos esforzarnos por alcanzar lo que está delante.

¿A qué se refiere Pablo aquí con «lo que queda atrás»? Podemos considerarlo de dos formas. Primero, creo que se refiere a la «confianza en la carne» mencionada anteriormente en Filipenses 3:4. Cuando Pablo era conocido como Saulo, poseía credenciales según la carne más impresionantes que las de cualquier otra persona (versículos 5-6). Sin embargo, Pablo llegó a considerar aquellas cosas que antes eran «ganancia» para él como «pérdida» (versículos 7-8). Segundo, creo que «lo que queda atrás» se refiere a las obras que el Señor realizó a través de él antes de escribir esta carta. Pablo fue, por supuesto, un apóstol que llevó a cabo muchas obras asombrosas para el Señor. No obstante, considerándose siempre un «siervo indigno» (Lucas 17:10), procuraba apartar de su mente los logros

alcanzados para el Señor. Lo hacía porque creía que el Señor realizaría cosas aún mayores en el futuro.

He aplicado este pasaje a mi propia vida. Deseo olvidar «lo que queda atrás»: es decir, las cosas relacionadas con la carne en las que alguna vez deposité mi confianza, así como las obras que el Señor realizó a través de este siervo indigno en la Iglesia Presbiteriana Victory durante el año 2004. La primera razón es que, a medida que el Señor me establece de nuevo, quiero desechar cualquier cosa de mi carne en la que todavía pudiera apoyarme; deseo olvidar esos fundamentos carnales de confianza al comprender el valor supremo de conocer a Jesús. En segundo lugar, deseo dejar atrás el año 2004 con fe, porque el Señor se dispone a hacer cosas aún mayores dentro de la Iglesia Presbiteriana Victory —y a través de nosotros— en el nuevo año 2005.

Pablo avanzaba hacia la meta, olvidando lo que quedaba atrás y extendiéndose hacia lo que estaba delante. ¿Qué quería decir, entonces, con «lo que está delante»? Esto puede entenderse de un par de maneras. En primer lugar, «lo que estaba delante» para Pablo no era otra cosa que la comisión descrita en Hechos 9:15: proclamar el nombre de Jesús ante los gentiles, los reyes y el pueblo de Israel (la difusión del Evangelio). Pablo era un siervo del Señor con un claro sentido de misión, un apóstol que no escatimó su propia vida al cumplir ese llamado. En segundo lugar, «lo que estaba delante» para Pablo era, en una palabra, la muerte. En Filipenses 3:10, Pablo habla de su deseo de «conocer a Cristo, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos». ¿Cómo puede uno conocer el poder de la resurrección? ¿Acaso no es participando en el sufrimiento y enfrentando finalmente la muerte como uno llega a conocer el poder de la resurrección? ¿Cómo, entonces, puede uno conocer plenamente a Cristo? ¿No es cierto que solo podemos conocer plenamente al Señor después de morir, resucitar, ascender al cielo y verlo cara a cara? Pablo avanzaba hacia la meta —incluso hasta la muerte— únicamente porque deseaba conocer a Jesús. Y ahora, al ver al Señor cara a cara, seguramente conoce al Señor plenamente, tal como el Señor lo conoce plenamente a él.

A lo largo del 2004, hemos caminado aferrándonos a la promesa que el Señor dio a nuestra comunidad Victory: «Edificaré mi iglesia» (Mateo 16:18). Hemos sido testigos de la mano bondadosa de Dios obrando entre nosotros. Seguimos viendo al Señor cumplir la promesa que nos hizo. Sin embargo, tengo la intención de dejar que el 2004 pase al pasado eterno; elijo dejarlo atrás. Lo hago porque creo y estoy convencido de que, en el nuevo año 2005, el Señor realizará obras aún mayores que las que hizo este año. Decido dejar atrás el año 2004, porque el gran Dios realizará obras aún mayores entre nosotros y a través de nosotros. Deseo comenzar el nuevo año 2005 con el Señor: orando, aguardando con expectación y esperando. Mi propósito es avanzar únicamente hacia el cumplimiento de Su promesa. El Señor nos edificará. A través de nosotros, el Señor establecerá el Reino de Dios. Al avanzar hacia esta meta, debemos estar dispuestos, al igual que el apóstol Pablo, a entregar nuestras propias vidas.

Convirtámonos en cristianos de fe madura

[Filipenses 3:15-16]

¿Alguna vez ha oído hablar de los "dolores de crecimiento"? Este término se refiere a las molestias físicas que experimentan los niños o adolescentes durante una etapa de rápido crecimiento, o bien a un fenómeno descrito metafóricamente de esa manera. Por lo general, el dolor se manifiesta en zonas como las rodillas, los tobillos, los muslos, las espinillas o los brazos. Se estima que entre el 10 % y el 20 % de los niños de 4 a 12 años experimentan estas molestias. Los dolores de crecimiento son una parte natural del desarrollo infantil; en otras palabras, constituyen una forma de sufrimiento que debe soportarse para que el niño pueda crecer.

Daniel Gottlieb, autor del libro **El camino menos transitado** (o de obras similares sobre el tema), dijo una vez: "La grandeza de una persona se mide por su capacidad para soportar el sufrimiento. Las grandes personas abrazan el sufrimiento con alegría. Así, se cumple la paradoja de que el sufrimiento es, de hecho, alegría". ¿Qué opina usted? ¿Está de acuerdo con que "la grandeza de una persona se mide por su capacidad para soportar el sufrimiento"?

Del mismo modo que un niño debe soportar los dolores de crecimiento para madurar físicamente, cada uno de nosotros debe atravesar sufrimientos para que nuestra fe crezca. Sea cual sea la forma que adopte ese sufrimiento, si deseamos sinceramente que nuestra fe crezca, debemos estar dispuestos a soportarlo. Además, debemos asegurarnos de que dicho sufrimiento contribuya a nuestro crecimiento espiritual. Si nuestra fe puede fortalecerse a través de tal sufrimiento, debemos comprometernos a recorrer ese camino

voluntariamente. Por tanto, nuestra fe debe crecer. Es más, nuestra fe debe madurar. Esto es precisamente lo que Dios nos dice en Santiago 1:4: "Por tanto, perseverad hasta el fin y sed completos y maduros, sin que os falte nada".

Hoy, centrándome en el pasaje de Filipenses 3:15-16 y en el título "Convirtámonos en cristianos de fe madura", deseo reflexionar sobre cómo viven su fe estos cristianos y extraer lecciones de ello. Espero que todos aceptemos y obedezcamos humildemente estas enseñanzas, creciendo cada vez más hasta convertirnos en cristianos de fe madura. Observemos la primera parte de Filipenses 3:15: «Por tanto, todos los que somos maduros pensemos de esta manera» [(Versión Coreana Contemporánea) «Por tanto, todos aquellos que tienen una fe madura deben vivir con esta mentalidad»]. ¿Cómo podemos saber si nuestra fe está creciendo y madurando? Encontré la respuesta en la parábola del sembrador, contada por Jesús. Veamos Marcos 4:20: «Y los que fueron sembrados en buena tierra son los que oyen la palabra, la aceptan y dan fruto: a treinta, a sesenta y a ciento por uno». El corazón de un cristiano cuya fe crece y madura es como la «buena tierra» de la parábola de Jesús. El hecho de que la palabra de Dios se siembre en el corazón de tal cristiano —un corazón como buena tierra— puede resumirse en tres puntos: (1) El cristiano cuya fe crece y madura oye la palabra de Dios (v. 20) y la recibe inmediatamente con alegría (v. 16). (2) Los cristianos cuya fe crece y madura perseveran pacientemente y no flaquean al enfrentar tribulaciones o persecuciones a causa de la palabra de Dios (v. 17). (3) Los cristianos cuya fe crece y madura luchan contra las preocupaciones del mundo, el atractivo de las riquezas y otros deseos que, de otro modo, obstaculizarían la palabra, y triunfan sobre ellos, dando así fruto (v. 19).

¿Sabe cuál era la preocupación de Pablo por la iglesia de Filipos? Era precisamente el «progreso y el gozo en la fe» de los miembros de la iglesia (1:25). Se preocupaba tanto por el progreso y el gozo de ellos en la fe que afirmó que, por el bien de ellos, era más necesario que él permaneciera en este mundo (v. 24, *Versión Coreana Contemporánea*). Al escribir a los filipenses, Pablo reconoció que «partir de este mundo para estar con Cristo» era mucho

mejor —y algo que él personalmente deseaba (v. 23)—; sin embargo, afirmó la necesidad de permanecer en este mundo por el bien del progreso y el gozo de ellos en la fe (vv. 24-25). Así de profunda era la preocupación de Pablo por el progreso y el gozo en la fe de los creyentes filipenses, a quienes anhelaba con el mismo corazón de Jesucristo (1:8). Impulsado por esta profunda preocupación, Pablo escribe a los creyentes filipenses y, en el pasaje de hoy —Filipenses 3:15—, les dice: «Por tanto, todos los que son maduros en la fe deben vivir con esta mentalidad» (*Contemporary Korean Version*). ¿Qué significa esto? Pablo les dice a los creyentes filipenses que «todos los que son maduros en la fe deben vivir con esta mentalidad». Aquí debemos considerar dos puntos:

(1) Debemos considerar el significado de la palabra «maduro» [o «perfecto» (NASB)] en la frase «aquellos que son maduros en la fe».

En este contexto, la palabra «maduro» implica estar plenamente apto para correr (Jamieson). Consideremos 2 Timoteo 2:5: «El atleta no recibe el premio a menos que compita según las reglas». Basándonos en esto, podemos concluir que una persona «madura en la fe» es alguien que está plenamente apto para la carrera de la fe: alguien que conoce la ley de Dios y corre la carrera conforme a ella. Es importante señalar que ser maduro en la fe no significa haber terminado ya la carrera. Como afirmó el apóstol Pablo en Filipenses 3:12 —«No es que ya lo haya alcanzado todo, o que ya haya llegado a mi meta, sino que prosigo para alcanzar aquello por lo cual Cristo Jesús me alcanzó»—, un cristiano maduro en la fe es alguien que está corriendo actualmente la carrera de la fe según la ley de Dios.

(2) Pablo afirmó: «Todos los que son maduros en la fe deben vivir con esta misma mentalidad»; debemos considerar en qué consiste realmente esa «misma mentalidad».

Para comprender esta mentalidad, debemos fijarnos en la palabra «por tanto» con la que Pablo comienza el pasaje de Filipenses 3:15. La razón es que la conjunción «por tanto» introduce una aplicación conclusiva basada en lo que Pablo había dicho anteriormente a

los creyentes de la iglesia de Filipos. En otras palabras, como conclusión a lo expuesto en Filipenses 3:1–14, Pablo dice a los creyentes de Filipos: «Todos aquellos que son maduros en la fe deben vivir con esta mentalidad».

Entonces, ¿cuál es esa «mentalidad» de la que habla Pablo aquí? La he resumido en tres puntos:

En primer lugar, el cristiano maduro en la fe debe adorar mediante el Espíritu de Dios, gloriarse en Cristo Jesús y no poner su confianza en la carne.

Observemos Filipenses 3:3: «Nosotros, que adoramos por el Espíritu de Dios, nos gloriamos en Cristo Jesús y no ponemos nuestra confianza en la carne, somos quienes hemos recibido la verdadera circuncisión» (Versión Coreana Contemporánea). De esto podemos extraer tres lecciones:

(1) La persona madura en la fe reconoce que ha sido salva al creer en Jesús, gracias a la pura gracia de Dios.

Por tanto, reconoce que es correcto adorar a Dios. Hermanos y hermanas, este es precisamente el propósito por el cual Dios entregó a su Hijo unigénito, Jesucristo, en la cruz para salvarnos: el propósito de la salvación es que adoremos a Dios.

(2) La persona madura en la fe se gloría únicamente en Jesucristo.

La razón es que sabe que fue salva solo por el mérito de la cruz de Jesucristo. No puede gloriarse en sí misma, pues comprende que no aportó absolutamente nada de su propio mérito a su salvación. Si hay algo de lo que podamos gloriarnos, es de nuestras «debilidades» (2 Corintios 11:30). Quienes son maduros en la fe confiesen, tal como lo hizo

el apóstol Pablo: «Jamás me gloriaré sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo» (Gálatas 6:14).

(3) Quienes son maduros en la fe no dependen de la carne; confían únicamente en el Señor.

En segundo lugar, el cristiano maduro en la fe debe reconocer que el conocimiento del Señor Cristo Jesús tiene un valor supremo. Observe la primera parte de Filipenses 3:8: «Ciertamente, todo lo considero pérdida debido al valor supremo de conocer a Cristo Jesús, mi Señor...» [(Versión coreana contemporánea) «Además, la razón por la que considero todo como si lo hubiera perdido es que el conocimiento de mi Señor Cristo Jesús es mucho más valioso»]. Al igual que Pablo, un cristiano maduro comprende la verdad de que «el conocimiento de mi Señor Cristo Jesús es de un valor supremo». Por tanto, al igual que Pablo, persigue dos cosas. Estas dos cosas son las siguientes:

(1) Antes de creer en Jesús, consideraba como pérdida aquellas cosas que antes le beneficiaban —tales como los aspectos carnales en los que confiaba y todo lo de este mundo—; las tiene todas por basura (desperdicio) (versículo 8).

(2) Después de llegar a la fe en Jesús, él —al igual que Pablo— desea conocer verdaderamente a Cristo, experimentar el poder de su resurrección, participar en sus sufrimientos y ser conformado a su muerte (versículo 10).

En tercer lugar, un cristiano maduro debe centrarse en avanzar hacia la meta: correr para alcanzar el premio del llamamiento celestial de Dios en Cristo Jesús.

Observemos Filipenses 3:14: "Prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús" [(Versión Coreana Contemporánea) "Corro hacia la meta para obtener el premio del llamamiento con el que Dios me ha llamado desde lo alto en Cristo Jesús"]. Aquí podemos aprender tres lecciones:

(1) Un cristiano maduro posee un claro sentido de llamamiento.

Al igual que Pablo, tiene la certeza del llamamiento celestial de Dios en Cristo Jesús. En obediencia a ese llamado, incluso dedica su vida al Señor para cumplir la voluntad de Dios.

(2) Un cristiano maduro tiene un profundo sentido de misión.

Arriesga su vida para completar la tarea que el Señor le ha encomendado. Por lo tanto, se deja guiar por su misión en lugar de dejarse influir o distraer por las circunstancias.

(3) Un cristiano maduro avanza hacia la meta. Olvida lo que queda atrás y prosigue hacia la meta (v. 13) para alcanzar lo que está delante (v. 14). Vive una vida impulsada por un propósito.

La razón por la que un cristiano espiritualmente maduro avanza hacia la meta con un sentido de llamamiento tan claro y un sentido de misión tan firme no es para recibir alabanzas o recompensas de las personas. El premio que anhela profundamente es "el premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús" (v. 14). ¿Cuál era, entonces, ese "premio del llamamiento" para el apóstol Pablo? Observemos 2 Timoteo 4:7-8: "He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está reservada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no solo a mí, sino también a todos los que aman su venida". El premio que Pablo anhelaba fervientemente era precisamente la "corona de justicia". Aquí, la "corona de justicia" simboliza "reinar con el Señor mediante el cumplimiento escatológico de la justicia, que el creyente recibe por fe" (Park Yun-sun).

Debemos convertirnos en cristianos espiritualmente maduros. Al igual que Pablo, debemos avanzar hacia la meta con un claro sentido de llamado y una firme conciencia de nuestra

misión. Anhelando la corona de justicia que recibiremos del Señor, debemos —como Pablo— pelear la buena batalla hasta el final, cumplir la misión que el Señor ha encomendado a cada uno de nosotros y guardar la fe. Entonces, cuando ascendamos al cielo, seamos revestidos de cuerpos gloriosos y estemos ante el Señor, reinaremos con Él para siempre.

Sin embargo, parece que había algunos en la iglesia de Filipos que sostenían opiniones diferentes a las de Pablo. Podemos deducir esto de la segunda parte de Filipenses 3:15, en el texto de hoy: "...y si en algo pensáis de otra manera, eso también os lo aclarará Dios" [(Versión Coreana Contemporánea) "...si tenéis una opinión diferente a la mía, Dios os enseñará claramente el camino correcto"]. Este pasaje sugiere la presencia de personas en la iglesia de Filipos cuyo pensamiento difería del de Pablo y del de los creyentes espiritualmente maduros de dicha congregación. ¿Quiénes eran, entonces, estas personas con opiniones divergentes? Podemos considerar dos posibilidades:

En primer lugar, aquellos que pensaban de manera distinta a Pablo y a los creyentes maduros de la iglesia de Filipos eran los espiritualmente inmaduros (Ash).

Estos creyentes inmaduros parecen no haber compartido las mismas tres convicciones que sostenían Pablo y los miembros maduros de la congregación. Como hemos reflexionado anteriormente, esas tres convicciones son: (1) adorar por el Espíritu de Dios, gloriarse en Cristo Jesús y no poner confianza en la carne; (2) reconocer el valor supremo de conocer a Cristo Jesús; y (3) proseguir hacia la meta para ganar el premio al que Dios nos ha llamado desde lo alto en Cristo Jesús. A diferencia de Pablo, estos creyentes inmaduros no «olvidaban lo que quedaba atrás ni se extendían hacia lo que estaba delante» (v. 13). En lugar de correr hacia la meta, permanecían obsesionados con el pasado, deteniéndose constantemente en lo que había quedado atrás (MacArthur).

En segundo lugar, a diferencia de Pablo y de los creyentes espiritualmente maduros de la iglesia de Filipos, estos individuos no compartían la mentalidad de Pablo —«No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto» (v. 12)—, sino que creían que *ya* lo habían logrado y habían alcanzado la perfección (Jamieson).

Se habían sobreestimado enormemente. Juan Crisóstomo dijo una frase célebre: «El que piensa que lo ha alcanzado todo, no tiene nada». Al parecer, seguían creyendo que la perfección podía lograrse observando la Ley, es decir, viviendo según las costumbres del «viejo hombre» de antes de creer en Jesús. Es probable que por esta razón Pablo, al escribir a los filipenses, les advirtiera con estas palabras, teniendo en mente a tales personas: «Cuidaos de los perros, cuidaos de los malos obreros, cuidaos de los que mutilan la carne» (3:2) (Jamieson). Pensando en estas personas, Pablo escribió la última parte de Filipenses 3:15: «...si en algo pensáis de otra manera, Dios os revelará también esto». ¿Qué significa esto? Pablo les decía a aquellos creyentes inmaduros —que pensaban de forma distinta a él y a los miembros maduros de la iglesia, y que aún creían que la perfección podía alcanzarse guardando la Ley— que Dios les revelaría la verdad. Esto significa que, sin la revelación de Dios, uno no puede comprender la verdad ni formar la mentalidad correcta, basada en la verdad, que caracteriza a los maduros en la fe. Consciente de ello, el apóstol Pablo —al escribir a los filipenses— confiaba en que Dios concedería revelación incluso a aquellos creyentes que pensaban de manera diferente a él y a los miembros más maduros de la congregación. Mantenía esta confianza porque, al orar por ellos (1:4), estaba seguro de que Aquel que había comenzado una buena obra en ellos la llevaría a término para el día de Cristo Jesús (v. 6). Tras haberse dirigido a los hermanos y hermanas menos maduros de la iglesia de Filipos, Pablo afirma en el pasaje de hoy, Filipenses 3:16: «Vivamos conforme a la misma norma que hemos alcanzado hasta ahora» [(Versión coreana contemporánea) «Sin importar el nivel que hayamos alcanzado, sigamos viviendo según los principios que hemos seguido hasta el momento»]. ¿Qué significa esto? Pablo exhortaba a los creyentes maduros de Filipos a seguir viviendo según los principios que habían observado hasta entonces, independientemente del nivel de madurez que hubieran alcanzado. En otras palabras,

instaba a los miembros maduros a unirse a él para avanzar hacia la perfección de Jesús, continuando en la observancia de la Palabra de Dios y de los principios de la verdad, tal como lo habían estado haciendo. Al parecer, Pablo ofreció este consejo porque deseaba que los creyentes maduros preservaran la unidad de la iglesia junto a aquellos que eran menos maduros (Ash).

Debemos llegar a ser cristianos maduros en la fe. Para lograrlo, hemos de vivir con la mentalidad correcta. Debemos tener presente que hemos de adorar mediante el Espíritu de Dios, gloriarnos en Cristo Jesús y no poner nuestra confianza en la carne. Asimismo, debemos recordar que el conocimiento del Señor Cristo Jesús es de un valor inestimable. Además, debemos proseguir hacia la meta: el premio del llamamiento celestial de Dios en Cristo Jesús. Es mi oración que, aferrándonos a estas verdades, sigamos viviendo nuestras vidas en consonancia con ellas.

«Sigán mi ejemplo»

[Filipenses 3:17–21]

Hoy, en el primer domingo de diciembre —el último mes de 2015—, hemos venido a la casa de Dios para adorarle. Al comenzar este año, establecimos nuestra meta basándonos en 2 Corintios 5:7: «Vivimos por fe, no por vista». Con el deseo de que toda nuestra familia eclesial viviera por fe y no por vista, adoptamos el lema «Solo por la Palabra, solo por fe» y hemos recorrido el camino hasta este momento. Al recibir el último mes de 2015 y echar la vista atrás, quiero que dediquemos un tiempo a reflexionar: ¿Hemos vivido verdaderamente conforme al lema de este año —solo por la Palabra y solo por fe—? ¿Hemos vivido realmente por fe en lugar de por vista, tal como nos propusimos? Mi esperanza es que podamos concluir este año bien delante de Dios. Por supuesto, reconozco que no es una tarea fácil. Si terminar bien un solo día resulta difícil, terminar bien un año entero es, sin duda, un desafío considerable. No obstante, emprendemos este esfuerzo mediante la gracia que Dios nos otorga.

Personalmente, al mirar atrás y repasar este año, a menudo siento que no logré vivir solo por fe. Más bien, veo un año en el que con frecuencia me dejé llevar por lo que podía ver —por las circunstancias y mi entorno—, lo cual dio lugar a dudas e incluso a la incredulidad. Si bien siento vergüenza al verlo desde una perspectiva, desde otra considero que fue gracia de Dios que Él sacara a la luz mi fe débil y mi falta de fe. Siento la necesidad de pedirles perdón, sabiendo que un pastor con tales carencias fue quien les proclamó la Palabra de Dios este año. Confieso que debí haber dado ejemplo viviendo solo por la Palabra y solo por fe antes de proclamar ese mensaje; sin embargo, no lo hice. Esto pesa mucho en mi corazón,

especialmente si considero que, durante las últimas semanas, proclamé repetidamente el mensaje de Filipenses 3:15–16 bajo el lema «Seamos personas de fe madura». En otras palabras, necesitaba aplicar esto a mí mismo primero... Elegí el título «Convirtámonos en personas de fe madura» porque deseo ser yo mismo una persona de fe madura y quiero que todos ustedes también lo sean, para que juntos crezcamos como una comunidad de fe madura. Fijemos todos la mirada en Jesús, el autor y consumidor de nuestra fe (Hebreos 12:2). Él soportó la vergüenza y la agonía de la cruz por el gozo que le esperaba (versículo 2). Siguiendo su ejemplo, soportemos nosotros también la vergüenza actual y el sufrimiento de las cruces que cada uno lleva, por el gozo que nos aguarda. Cumplamos las misiones que se nos han encomendado mientras perseveramos y resistimos en la fe. En este proceso, nuestra meta debe ser imitar a Jesús. Oro para que lleguemos a ser personas que le emulen cada vez más.

En el pasaje de hoy, Filipenses 3:17, Pablo escribe a los creyentes de la iglesia de Filipos: «Hermanos, únense para imitarme y fijen la mirada en aquellos que caminan conforme al ejemplo que tienen en nosotros». Centrándome en este versículo, quisiera reflexionar sobre tres cualidades específicas de Pablo que debemos emular —bajo el título «Imítenme»— y aprender las lecciones que nos ofrecen.

En primer lugar, Pablo les dijo que lo imitaran.

Observemos el pasaje de hoy, Filipenses 3:17: «Hermanos, únense para imitarme y fijen la mirada en aquellos que caminan conforme al ejemplo que tienen en nosotros» (Versión coreana moderna: «Hermanos, imítenme») «...y observen a quienes viven según el modelo que establecimos para ustedes». ¿Hay alguien a quien desee emular? Si es así, ¿por qué quiere seguir su ejemplo? Probablemente queramos emular a alguien porque le respetamos, aunque las razones de ese respeto puedan variar. Me topé con un sitio web que enumeraba figuras admiradas por la gente y las razones de ello, y me gustaría compartirlas con ustedes:

<Beethoven> Se ganó el título de "genio musical" gracias a su pura pasión.

<Andrew Carnegie> Un empresario que conocía el valor de compartir.

<Rockefeller> La generosidad es, a la vez, perdón por el pasado e inversión en el futuro.

<Winston Churchill> Serenidad e ingenio capaces de convertir a enemigos en aliados en un instante.

<Benjamin Franklin> Si amas la vida, no desperdicies el tiempo.

Personalmente, entre las figuras de la Biblia, deseo emular al apóstol Pablo. Mi interés por él surgió cuando ingresé al seminario y estudié las cartas que escribió en el Nuevo Testamento. Aunque no recuerdo los detalles exactos, me interesé en él porque sus cartas permitían vislumbrar cómo fue transformado por la fe en Jesús y cómo ardía de celo por la misión que el Señor le había encomendado. Fue entonces cuando yo también comencé a desear convertirme en un ministro que ardiera con esa misma pasión por la misión.

En el pasaje de hoy, Filipenses 3:17, Pablo dice a los creyentes de la iglesia de Filipos: "Hermanos, únense para imitarme". Es interesante notar que Pablo ya había instado encarecidamente a los filipenses a "imitar a Cristo" en Filipenses 2:5–11; sin embargo, aquí, en el pasaje de hoy... En Filipenses 3:17, Pablo exhorta con firmeza a los creyentes a imitarlo a él (Melick). ¿Por qué Pablo, quien anteriormente había dicho a los creyentes filipenses que imitaran a Cristo, ahora les dice en este pasaje que lo imiten a él mismo? La razón es que el propio Pablo imitaba a Cristo. Por eso afirmó en 1 Corintios 11:1: "Sigán mi ejemplo, así como yo sigo el ejemplo de Cristo". ¿Qué quiso decir Pablo cuando exhortó con firmeza a los creyentes filipenses en Filipenses 3:17 a "imitarme", y por qué hizo un llamado tan contundente? Encontré la respuesta en Filipenses 3:15–16, un pasaje sobre el cual ya hemos meditado. En primer lugar, la instrucción de Pablo de imitarlo significaba que debían llegar a ser personas de fe madura, tal como él lo era (versículo 15, *Versión Coreana Contemporánea*). Hablaba de esta manera porque la iglesia de Filipos estaba compuesta no solo por personas de fe madura, sino también por aquellas cuya fe aún no había alcanzado la madurez. En otras palabras, dado que algunos creyentes de la iglesia no

compartían la misma mentalidad que Pablo y los demás miembros maduros, Pablo los tuvo en cuenta al instar a la congregación a «imitarme» (tal como los creyentes ya maduros lo imitaban y compartían su mentalidad). Luego, en la última parte de Filipenses 3:17, Pablo exhortó a los creyentes filipenses diciendo: «...y observad a los que viven conforme al modelo que os hemos dado». ¿Qué significa esto? En la primera mitad del versículo 17, Pablo exhorta a los creyentes de la iglesia de Filipos a imitarlo a *él*; luego, en la segunda mitad del mismo versículo, habla de «nosotros», diciendo: «tal como nos habéis imitado a *nosotros*».

Entonces, ¿a quiénes se refiere Pablo cuando dice «nosotros»? Se refiere a sí mismo junto con Timoteo (2:19–22) y Epafrodito (2:25–30), personas ya mencionadas en el capítulo 2 de Filipenses como ejemplos de piedad. ¿Por qué, entonces, Pablo instó a los creyentes filipenses a imitar no solo a él, sino específicamente también a Timoteo y a Epafrodito? En el caso de Timoteo, la razón es que él era alguien que «buscaba los intereses de Cristo Jesús» (2:21). Esto implica dos cosas:

(1) Timoteo era alguien que se preocupaba genuinamente por el bienestar de los creyentes filipenses.

Observemos Filipenses 2:20: «Pues no tengo a nadie más del mismo sentir que se preocupe genuinamente por vuestro bienestar». Timoteo, a quien Pablo instó a los creyentes de Filipos a emular, era un hombre que compartía el mismo sentir y propósito que Pablo respecto a la iglesia. La mentalidad que ambos poseían era la de Cristo Jesús (versículo 5): una mentalidad de humillación propia y obediencia al Señor hasta el punto de la muerte (versículo 8). Como enviados del Señor, tanto el apóstol Pablo como Timoteo poseían un corazón humilde, dispuesto a obedecer la voluntad de Aquel que los envió, incluso hasta la muerte. Fue debido a esto que pudieron compartir el mismo sentir y propósito. Pablo tenía la intención de enviar a Timoteo a los creyentes de Filipos porque consideraba que él era quien se preocuparía genuinamente por su bienestar (versículo 20). Aquí, la palabra

«genuinamente» denota «la sinceridad de un padre hacia su hijo» (Park Yun-sun). Al igual que un padre se preocupa sinceramente por el bienestar de su hijo, Timoteo era alguien que se preocuparía sinceramente por la situación de los creyentes filipenses. Por eso Pablo exhortó a los creyentes a seguir el ejemplo de Timoteo.

(2) Timoteo era alguien que trabajaba por causa del evangelio.

Observemos Filipenses 2:22: «Pero ya conocen su carácter probado: que, como un hijo con su padre, sirvió conmigo en el evangelio». Aquí, la Versión Coreana Revisada traduce la frase como «el carácter probado de Timoteo» (*yeondan*), mientras que la *Biblia Coreana Contemporánea* la traduce como «el carácter excelente de Timoteo». La palabra griega subyacente significa ser «aprobado tras haber sido puesto a prueba» (Pfeiffer). Esto implica que el carácter de Timoteo fue reconocido como excelente a través de pruebas o procesos de refinamiento. Es probable que se ganara este reconocimiento entre los creyentes de Filipos porque su carácter había sido forjado: había soportado «grandes pruebas» (2 Cor. 8:2) y perseverado en la fe (Rom. 5:4) para superar con éxito aquellas adversidades. Además, el carácter excelente de Timoteo —reconocido y valorado por los creyentes filipenses— era precisamente la «sinceridad» de la que Pablo hablaba en Filipenses 2:20. Poseyendo un carácter tan sincero y excelente, Timoteo trabajó junto a Pablo por causa del evangelio (v. 22). Por eso Pablo instó a los creyentes filipenses a imitar también a Timoteo. ¿Qué ocurría, entonces, con Epafrodito? ¿Por qué animó Pablo a los creyentes filipenses a imitar no solo a él mismo, sino también a Epafrodito? Hay tres razones: (a) Epafrodito era hermano, colaborador y compañero de milicia de Pablo, además de mensajero de la iglesia de Filipos y quien atendía las necesidades de Pablo (v. 25). (b) Epafrodito anhelaba profundamente a los santos de la iglesia de Filipos y se sentía también muy angustiado (v. 26). (c) Epafrodito fue alguien que no estimó su propia vida —llegando incluso al punto de la muerte— por causa de la obra de Cristo (v. 30). Por tanto, Pablo exhortó a los santos de la iglesia de Filipos a fijarse bien —a observar— en aquellos que vivían imitando no solo a él, sino también a sus colaboradores, Timoteo y Epafrodito. Aquí, la palabra «fijarse» (u «observar») significa

centrar la atención en algo o alguien con deseo o interés (Wuest). Esta palabra también aparece en Filipenses 2:4: «No busquen solo su propio interés, sino también el interés de los demás, para completar mi gozo». La expresión «buscar» (o «velar por») utilizada aquí es precisamente esa misma palabra. En otras palabras, la instrucción de velar por los demás significa centrarse en ellos con interés y preocupación (SeVincent). Pablo quería que los santos de la iglesia de Filipos se centraran en el modelo de vida —servir a Cristo— demostrado por él mismo, Timoteo y Epafrodito, y que lo imitaran (MacArthur). En resumen, Pablo exhortó a todos los santos de la iglesia de Filipos a centrarse en los patrones de vida centrados en Cristo que él y sus colaboradores mostraban, a tomarlos como modelo y a vivir en consecuencia (cf. 1 Tesalonicenses 1:7; 1 Corintios 10:6).

¿Quién es el modelo de fe al que miramos como ejemplo? ¿A quién debemos imitar? No es otro que Jesús. Todos los cristianos debemos imitar a Jesucristo. La letra de la cuarta estrofa del himno 463, «Quiero ser un creyente», debería convertirse en nuestra oración y deseo: «Quiero ser como Jesús; sinceramente, sinceramente, quiero ser como Jesús; sinceramente, sinceramente, sinceramente, quiero ser como Jesús; sinceramente». Sin embargo, a diferencia de los discípulos de Jesús, hoy no podemos ver a Jesús con nuestros ojos físicos. Esto se debe a que Jesús resucitó de entre los muertos, ascendió al cielo y está sentado a la diestra de Dios. Por lo tanto, lo que podemos hacer es mirar a cristianos como Pablo —quien imitó a Jesús— como modelos para nuestra fe y emularlos. En otras palabras, debemos centrarnos en el estilo de vida de un predecesor espiritual que, al igual que Pablo, vivió una vida centrada en Cristo; debemos considerar su vida como un espejo y esforzarnos por vivir tal como ellos lo hicieron. Oro para que tú y yo también podamos decir algún día a los creyentes más jóvenes a quienes amamos, tal como lo hizo Pablo: «Sigán mi ejemplo, así como yo sigo el ejemplo de Cristo» (1 Corintios 11:1, *Versión Coreana Contemporánea*). En segundo lugar, una cualidad que debemos emular de Pablo es que él derramaba lágrimas; es decir, debemos imitar las lágrimas de Pablo. Nosotros también necesitamos derramar lágrimas, tal como él lo hizo.

Observemos el pasaje de hoy, Filipenses 3:18: "Porque muchas veces les he dicho, y ahora lo repito entre lágrimas, que hay muchas personas que viven como enemigas de la cruz de Cristo" (*Versión Coreana Contemporánea*). Hace poco leí una columna editorial titulada "Cuando una mujer derrama lágrimas", publicada en la edición digital del *Chosun Ilbo Atlanta*. A menudo se afirma en artículos que las mujeres tienden a llorar más que los hombres; la razón que se cita es que, ante situaciones tristes, las mujeres experimentan una actividad ocho veces mayor en las neuronas asociadas a sentimientos de melancolía y poseen niveles más altos de prolactina, una hormona que estimula la producción de lágrimas. Esto explica por qué a menudo somos testigos de las lágrimas de madres y esposas. Las mujeres pueden llorar sin motivo aparente, por asuntos triviales, por instinto protector o simplemente para liberar irritación y estrés mediante lágrimas fisiológicas; esto plantea la pregunta de si las lágrimas son, en última instancia, beneficiosas o inútiles. Sin embargo, en realidad se dice que las lágrimas tienen efectos terapéuticos; llorar puede mejorar el estado de ánimo y aliviar una cantidad considerable de estrés. Personalmente, al distinguir entre lágrimas beneficiosas e inútiles, considero que las lágrimas que surgen al bostezar son inútiles. Si bien tales lágrimas son inevitables, existen tipos específicos de lágrimas beneficiosas que *sí* deseo derramar. Hay tres tipos: lágrimas de arrepentimiento, lágrimas de gratitud y lágrimas de devoción. No obstante, reconozco que ni siquiera estos tres tipos de lágrimas beneficiosas pueden derramarse simplemente porque yo desee hacerlo. Comprendo que solo podemos derramar estas lágrimas beneficiosas cuando el Espíritu Santo nos mueve, nos inspira y obra en nuestro interior.

Sin embargo, más allá de estos tres tipos, existen otras lágrimas que aparecen en la Biblia. Un ejemplo son las "lágrimas de oración". En Isaías 38, el rey Ezequías de Judá recibió un mensaje de Dios a través del profeta Isaías: "Pon en orden tu casa, porque vas a morir; no te recuperarás" (versículo 1). Al oír esto, volvió su rostro hacia la pared y oró a Dios, llorando amargamente (versículos 2 y 3). En respuesta, Dios dijo: «He escuchado tu oración y he visto tus lágrimas», y prolongó la vida de Ezequías —quien había derramado lágrimas de oración— por otros quince años (versículo 5). Otro ejemplo es la oración de Ana, la madre

de Samuel, que se encuentra en el capítulo 1 de 1 Samuel. Angustiada de espíritu, oró a Dios y lloró amargamente (versículo 10). En consecuencia, Dios se acordó de la súplica entre lágrimas de Ana (versículo 19), le concedió su petición (versículo 17) y le dio un hijo llamado Samuel (versículo 20). Dios bendijo a Ana con el don de otros seis hijos además de Samuel (2:5). Más allá de estas «lágrimas de oración», la Biblia también habla de «lágrimas de amor». El ejemplo más sublime se encuentra en el versículo más breve de la Biblia, Juan 11:35: «Jesús lloró». ¿Por qué lloró Jesús? Porque, tras la muerte de Lázaro, vio llorar a su hermana María junto con los judíos que la acompañaban; se conmovió profundamente en su espíritu y se llenó de compasión (versículo 33). Reflexionar sobre este pasaje trajo a mi mente la parte final de Romanos 12:15: «...lloren con los que lloran». Jesús lloró junto a María y a los judíos que lloraban. ¡Qué lágrimas tan preciosas! ¿No deberíamos nosotros también derramar tales lágrimas?

En el pasaje de hoy, Filipenses 3:18, Pablo escribe a los creyentes de Filipos diciendo: «Les he dicho muchas veces —y ahora se lo digo incluso entre lágrimas— que muchas personas viven como enemigos de la cruz de Cristo». Pablo no mencionó esto solo una vez en el pasaje; señaló que había hablado de ello «muchas veces». El hecho de que abordara repetidamente el tema de los «enemigos de la cruz de Cristo» ante los creyentes filipenses —a quienes amaba entrañablemente con el mismo corazón de Jesucristo— sugiere que consideraba este asunto de gran importancia y gravedad. Parece que Pablo exhortó fervientemente a los creyentes filipenses, conmovido hasta las lágrimas al darse cuenta de que tantos vivían como enemigos de la cruz. Vemos este mismo aspecto del carácter de Pablo en Hechos 20:31. Observemos Hechos 20:31: «Por tanto, estén alerta y recuerden que durante tres años no cesé, ni de día ni de noche, de amonestar a cada uno con lágrimas». Pablo pronunció estas palabras después de pedir a los ancianos de la iglesia de Éfeso que se reunieran con él en Mileto (versículo 17). La razón por la que Pablo instó a los ancianos de la iglesia de Éfeso a recordar cómo los había amonestado a cada uno con lágrimas, día y noche, durante tres años, fue que preveía lo que sucedería tras su partida: «lobos rapaces» —falsos maestros que propagaban el error— entrarían en el rebaño sin mostrar piedad y arrastrarían

a los discípulos para que los siguieran a ellos (vv. 29-30). Estos falsos maestros, que difundían el error, eran precisamente los enemigos de la cruz de Cristo (Fil. 3:18). Sus falsas enseñanzas contradecían la verdad que Pablo proclamaba —que la salvación se obtiene únicamente mediante la fe en Jesús— al promover, en cambio, la mentira de los judaizantes de que la salvación podía alcanzarse observando la Ley de Moisés y confiando en el esfuerzo y las obras humanas. Pablo era consciente de que también dentro de la iglesia de Filipos había «muchos» que habían sido engañados por tales falsedades y vivían como enemigos de la cruz de Cristo (v. 18). Por eso Pablo lloraba, lleno de profunda angustia ante la idea de estos enemigos del evangelio en Filipos (Park Yun-sun). Imagínese esto: si Dios le hubiera utilizado para proclamar el evangelio de Jesucristo —guiando a las personas a hallar la salvación mediante la fe en Él— y luego viera que más tarde creen la mentira de que la salvación no se obtiene solo por la fe en Jesús, sino a través de buenas obras y el esfuerzo humano, ¿acaso no lloraría usted también con profunda angustia, tal como lo hizo Pablo? Considere las emociones que Pablo debió sentir respecto a los creyentes de Éfeso. Se había dedicado a ellos durante tres años, amonestándolos incansablemente y entre lágrimas, día y noche. Sin embargo, previó que, tras su partida, falsos maestros se infiltrarían en la congregación: hombres que no mostrarían compasión, sino que desviarían a los creyentes, llevándolos a abandonar el Evangelio y a seguir falsedades. Una analogía cercana podría encontrarse en el corazón de un padre que ha hecho todo lo posible por criar e instruir a sus amados hijos en la Palabra de Dios, solo para verlos —al dejar el hogar y ganar independencia— apartarse de esa Palabra, de su fe y de la iglesia. ¿Cómo se sentiría tal padre? ¿Acaso no rogaría a Dios con profunda angustia e instaría y amonestaría a sus hijos entre lágrimas? Con ese mismo corazón, Pablo se dirige en el pasaje de hoy (Filipenses 3:18) a los amados creyentes de Filipos. Habiéndoles advertido ya «muchas veces», habla de nuevo entre lágrimas, declarando que «muchos viven como enemigos de la cruz de Cristo». Luego, en el versículo 19, describe a estos «enemigos de la cruz de Cristo» de cuatro maneras:

(1) El fin de los enemigos de la cruz de Cristo es la destrucción.

Observe Filipenses 3:19: «Su fin es la destrucción...». ¿Qué significa esto? Significa que el fin último —el destino final— de aquellos que son enemigos de la cruz de Cristo es la condenación eterna; ellos enseñan el error de que la salvación puede alcanzarse mediante el esfuerzo humano y las obras —específicamente guardando la Ley de Moisés—, oponiéndose así a la verdad del evangelio de que la salvación viene por la fe en Jesucristo. Considere esto: Juan 3:16, un versículo que conocemos bien, afirma: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna». ¿Alcanzarán la vida eterna aquellos que rechazan la fe en Jesús y afirman que la salvación puede ganarse mediante el esfuerzo humano y la observancia de la Ley de Moisés, o perecerán? La Biblia declara que la salvación se obtiene únicamente mediante la fe en Jesús. Quienes creen que la salvación proviene del esfuerzo humano y de las buenas obras son enemigos de la cruz de Cristo, y la Biblia afirma que su fin es la destrucción (Filipenses 3:19).

(2) Los enemigos de la cruz de Cristo hacen de los deseos de la carne su dios.

Observemos el texto de hoy, Filipenses 3:19: «...su dios es su vientre...» [Versión coreana contemporánea: «...hacen de los deseos de la carne su dios...»]. ¿Qué significa esto? Significa que los enemigos de la cruz de Cristo están consumidos únicamente por sus propios deseos carnales y por una glotonería desenfrenada (comer en exceso) (Walvoord). Pablo también se refiere a estas personas en su carta a la iglesia de Roma, describiéndolas como aquellos que «no sirven a nuestro Señor Cristo, sino a su propio vientre» (Romanos 16:18). Quienes sirven solo a sus propios vientres «viven conforme a los deseos de la carne» (2 Pedro 2:10). Como «animales irracionales» (v. 12), cometen «acciones malvadas» (v. 13); «tienen por placer el deleitarse» incluso a plena luz del día, engañando a otros y actuando como «gente impura que se entrega a los placeres sensuales» (v. 13). Además, sus «ojos están llenos de lujuria y nunca dejan de pecar», y son «hijos de maldición, entrenados en la codicia y expertos en seducir a los débiles en la fe» (v. 14). «Han abandonado el camino recto

y se han extraviado», «amando las riquezas obtenidas por medios malvados» (v. 15). «Presumen con palabras vacías y seducen —mediante deseos carnales— a quienes apenas habían escapado del camino equivocado, llevándolos de vuelta al pecado» (v. 18). Asimismo, «prometen libertad mientras ellos mismos son esclavos de la destrucción» (versículo 19).

(3) Los enemigos de la cruz de Cristo consideran la vergüenza como gloria. Observemos el pasaje de hoy, Filipenses 3:19: «...su gloria está en su vergüenza...» [(Versión coreana contemporánea) «...considerando la vergüenza como gloria...»]. ¿Qué significa esto? Significa que los falsos maestros —quienes, en lugar de enseñar la verdad del evangelio de que la salvación se obtiene mediante la fe en Jesucristo, enseñan que la salvación se alcanza guardando la Ley de Moisés— y aquellos que siguen sus enseñanzas, consideraban estas cosas como su gloria y motivo de jactancia. Sin embargo, creer y seguir tales enseñanzas era, en realidad, su vergüenza; asimismo, hacer de los deseos de la carne su dios y vivir conforme a las pasiones carnales constituía también su vergüenza. El Dr. Park Yun-sun afirmó: «No se arrepienten del pecado; más bien, se deleitan en él y actúan con arrogancia, considerando como gloria aquel mismo pecado del cual deberían avergonzarse». ¿Lo comprende? ¿Cómo es posible deleitarse en el pecado? ¿Cómo puede alguien considerar el pecado como una gloria en lugar de sentir vergüenza por él? Los enemigos de la cruz de Cristo ven la vergüenza del pecado como la gloria del pecado. Daniel 12:2 dice en la Biblia: «Multitudes que duermen en el polvo de la tierra despertarán: unos para vida eterna, otros para vergüenza y desprecio eterno». La Biblia declara claramente que, mientras muchos despertarán para recibir vida eterna, otros enfrentarán la deshonra y la vergüenza eterna. ¿Qué significa esto? Si aplicamos esto a los «enemigos de la cruz de Cristo» —a quienes Pablo describe en el pasaje de hoy (Filipenses 3:19) como aquellos que consideran «la vergüenza como gloria»—, significa que sufrirán deshonra y vergüenza eterna.

(4) Los enemigos de la cruz de Cristo piensan solo en cosas mundanas.

Observemos el pasaje de hoy, Filipenses 3:19: «...que solo piensan en lo terrenal» [(Versión coreana contemporánea) «piensan solo en cosas mundanas»]. Aunque Pablo instruyó en Colosenses 3:2 a «poner la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra», los enemigos de la cruz de Cristo se centran en asuntos terrenales. Puesto que sirven a los deseos de la carne como si fueran su dios, no piensan en las cosas de arriba ni son capaces de hacerlo. En cambio, solo piensan en asuntos mundanos (Fil. 3:19) y están apegados a las cosas del mundo (Park Yun-sun). El apóstol Juan afirmó en 1 Juan 2:16-17: «Todo lo que hay en el mundo —los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida— no proviene del Padre, sino del mundo. El mundo y sus deseos pasan, pero quien hace la voluntad de Dios permanece para siempre» (Versión Coreana Contemporánea). En lugar de hacer la voluntad de Dios, los enemigos de la cruz de Cristo persiguen cosas mundanas conforme a sus propios deseos: específicamente, los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida. Dado que todas estas cosas tienen su origen en el mundo, aquellos enemigos de Cristo que se centran en tales asuntos mundanos y los persiguen acabarán enfrentando la destrucción eterna.

En tercer lugar, una cualidad que debemos emular en Pablo es que, como ciudadano del cielo, aguardaba el regreso del Señor Jesucristo, quien volvería del cielo a este mundo.

Observemos el pasaje de hoy, Filipenses 3:20: "Pero nuestra ciudadanía está en los cielos, y de allí aguardamos al Salvador, al Señor Jesucristo". En su carta a los santos de Filipos, Pablo los exhortó en el versículo 17 a imitarlo a él, así como a Timoteo y a Epafrodito, y a fijarse en los creyentes maduros de la iglesia que seguían su ejemplo; luego, en el versículo 18, habló de los enemigos de la cruz de Cristo. Posteriormente, en el versículo 20, el apóstol Pablo utilizó nuevamente la palabra "nosotros" para declarar que la ciudadanía de él mismo, de Timoteo, de Epafrodito y de todos los santos de Filipos pertenecía al cielo. Aquí, Pablo contrasta a los enemigos de la cruz de Cristo —quienes "ponen la mira en las cosas terrenales" (versículo 19)— consigo mismo, con sus colaboradores y con los santos de Filipos, todos los cuales habían recibido la salvación mediante la fe en Jesucristo y en la cruz.

Creo que Pablo establece este contraste para los santos de Filipos con el fin de exhortar a aquellos entre ellos —cuya fe es inmadura y que corren el riesgo de sucumbir a la tentación— a no imitar a los "muchos" (v. 18) que viven como enemigos de la cruz de Cristo. En cambio, desea que se unan a quienes ya han alcanzado la vida eterna y que, como ciudadanos del cielo, pongan la mira en las cosas de arriba y no en las terrenales, mientras aguardan al Salvador, el Señor Jesucristo, quien vendrá del cielo. Después de decirles a los creyentes filipenses que nuestra ciudadanía está en los cielos y que aguardamos al Salvador, el Señor Jesucristo, quien vendrá de allí, Pablo explica en el versículo 21 la razón de esta espera: "Él transformará nuestros cuerpos humildes para que sean semejantes a su cuerpo glorioso, mediante el poder que le permite sujetar todas las cosas a sí mismo". En otras palabras, aguardamos la Segunda Venida del Señor Jesucristo porque el Señor Todopoderoso —que tiene el poder de sujetar todas las cosas a sí mismo— usará ese gran poder para transformar nuestros cuerpos humildes a semejanza de su cuerpo glorioso. ¿No es esto de lo que habló el apóstol Pablo en 1 Corintios 15:52–53? «Al sonido de la última trompeta, en un abrir y cerrar de ojos, los muertos resucitarán como seres incorruptibles y todos seremos transformados. Es necesario que este cuerpo corruptible se revista de incorruptibilidad, y que este cuerpo mortal se revista de inmortalidad» (Versión Coreana Contemporánea). ¿No es esto precisamente la «redención de nuestros cuerpos» de la que habla el apóstol Pablo en Romanos 8:23, aquello mismo que estamos aguardando? Por ello, en 2 Pedro 3:11–13, Pedro dijo: «Puesto que todo se disolverá de esta manera, ¡qué clase de personas deben ser ustedes! Deben vivir vidas piadosas y santas mientras aguardan con anhelo el día de Dios. En ese día, los cielos serán consumidos por el fuego y los cuerpos celestiales se derretirán con el calor. Sin embargo, conforme a la promesa de Dios, aguardamos un cielo nuevo y una tierra nueva donde solo habita la justicia» (Versión Coreana Contemporánea).

Debemos imitar a Jesús. También debemos imitar las lágrimas de Jesús. Por tanto, nosotros también debemos derramar lágrimas tal como lo hizo Jesús. Debemos tener presente que nuestra ciudadanía está en el cielo. Así pues, aquello por lo que oramos, lo que anhelamos

y lo que aguardamos es al Señor Jesucristo, quien vendrá de nuevo del cielo a este mundo. Cuando Jesucristo, nuestro Salvador, regrese a esta tierra, seremos transformados al instante para llegar a ser como su cuerpo glorioso.

“Manténganse firmes en el Señor”

[Filipenses 4:1-5]

¿Se mantiene firme en su fe? Isaías 7:9 dice en la Biblia: «...Si no se mantienen firmes en su fe, no permanecerán en pie». Debemos tener una fe firme en Jesús. Por lo tanto, debemos mantenernos firmes en la fe (1 Corintios 16:13). Para lograrlo, debemos afirmarnos en la Palabra del Señor. Oro para que el Señor afirme nuestros pasos en Su Palabra (Salmo 119:133). Santiago 5:8 dice: «También ustedes tengan paciencia y manténganse firmes, fortaleciendo sus corazones, porque la venida del Señor está cerca».

Al observar el pasaje de hoy, Filipenses 4:1, en la *Versión Coreana Contemporánea* (Hyundai-in-ui Seong-gyeong), leemos: «Hermanos míos, a quienes amo y anhelo: ustedes son mi alegría y mi corona. Por tanto, manténganse firmes en el Señor». Aquí, mientras Pablo continúa su carta a los creyentes de la iglesia de Filipos, se dirige a ellos llamándolos «hermanos míos, a quienes amo y anhelo: ustedes son mi alegría y mi corona». ¿Qué significa esto? Un sentimiento similar aparece en 1 Tesalonicenses 2:19–20: «¿Cuál es nuestra esperanza, nuestra alegría o la corona de la cual nos gloriaremos ante la presencia de nuestro Señor Jesús cuando él regrese? ¿No son acaso ustedes? Ciertamente, ustedes son nuestra gloria y alegría». Para Pablo, los creyentes de las iglesias de Filipos y Tesalónica eran su alegría y su corona de orgullo para el momento en que el Señor Jesús regresara a este mundo. ¿Cuál era la fuente de la alegría de Pablo? Según Filipenses 1:18, la alegría de Pablo residía en la proclamación de Cristo. Además, el versículo 25 indica que su alegría provenía de ver crecer la fe de los creyentes filipenses y de experimentar el gozo que ello conllevaba. Filipenses 2:1–2 revela que la alegría de Pablo se encontraba en la comunión de

los creyentes en el Espíritu Santo —caracterizada por el ánimo mutuo, el consuelo, la bondad y la compasión (versículo 1)— y en su unidad, compartiendo el mismo amor y teniendo un mismo sentir y propósito (versículo 2). Además, el versículo 17 muestra que Pablo se regocijaba en la oportunidad de ofrecerse a sí mismo como sacrificio junto al «sacrificio y servicio» de la fe de los creyentes filipenses. En resumen, el gozo de Pablo eran los propios creyentes filipenses: los hijos espirituales a quienes había guiado a la salvación mediante su evangelización (4:1). Ellos eran también su «corona» (versículo 1). ¿Qué significa esto? En tiempos del apóstol Pablo, una «corona» se refería al premio otorgado al único ganador de una carrera en el estadio deportivo. Observemos 1 Corintios 9:24-25: «¿No saben que en una carrera muchos corredores compiten, pero solo uno gana el premio? Corran de tal manera que ganen. Todo el que compite ejerce dominio propio en todo. Ellos lo hacen para obtener una corona perecedera, pero nosotros lo hacemos por una corona imperecedera». Respecto a la «corona», el pastor John MacArthur explica que se refiere al honor que una persona recibe de sus semejantes en un banquete como símbolo de su éxito o de una vida productiva (que da fruto) (MacArthur). De hecho, dado que los creyentes de la iglesia de Filipos eran la prueba de que los esfuerzos de Pablo habían dado fruto, él se refería a ellos como «mi corona» (Filipenses 4:1). ¿Cuál es nuestra corona? ¿Acaso nuestras propias coronas no son aquellos hermanos y hermanas —a quienes hemos nutrido con la Palabra de Dios y a quienes hemos proclamado el evangelio de Jesucristo en obediencia a la justa voluntad de Dios, tras haber buscado primero nosotros mismos Su reino y Su justicia—? El día que el Señor regrese a esta tierra, nuestro motivo de orgullo y nuestra corona ante Él serán precisamente estos hermanos y hermanas: nuestros hijos espirituales salvos.

Pablo exhortó encarecidamente a los creyentes de la iglesia de Filipos —a quienes amaba y anhelaba, y que eran su gozo y su corona— diciendo: «Por tanto, manténganse firmes en el Señor» (versículo 1). ¿Cuál era la razón de esto? Creo que había dos motivos. El primero parece haber sido un asunto interno de la iglesia de Filipos, mientras que el segundo era externo. En primer lugar, respecto a las razones externas por las que a la iglesia de Filipos le

costaba mantenerse firme en el Señor: estas se refieren a los «perros», los «malos obreros» y los «falsos circuncisos» —aquellos judaizantes que ponían su confianza en la carne—, contra quienes Pablo advirtió a los creyentes en Filipenses 3:2. También incluyen a los «enemigos de la cruz de Cristo» mencionados en los versículos 18 y 19 del mismo capítulo: personas que «ponían la mira en las cosas terrenales», hacían de «sus deseos carnales su dios» y «se enorgullecían de lo que debería haber sido su vergüenza». Entonces, ¿cuáles eran las razones internas de la inestabilidad de la iglesia? Como se observa en Filipenses 1:15, 17 y 2:3, había individuos dentro de la comunidad que albergaban «envidia y rivalidad» (1:15), «predicaban a Cristo por motivos impuros y por contienda» (1:17) y actuaban por «vanidad» (2:3). En particular, el hecho de que Pablo mencionara explícitamente a dos mujeres —Evodia y Síntique— en el pasaje de hoy (Filipenses 4:2) y las instara a «tener un mismo sentir en el Señor» (o «llevarse bien en el Señor») sugiere que la discordia interna impedía que la iglesia se mantuviera firme. Fue en este contexto que el apóstol Pablo, al escribir a los creyentes, los exhortó en Filipenses 4:1 a «mantenerse firmes en el Señor». Ofreció esta exhortación porque los creyentes filipenses eran sus amados hermanos —a quienes anhelaba con el mismo corazón de Jesucristo— y porque eran su gozo y su corona. Hoy, centrándome en este pasaje y en el título «Manténganse firmes en el Señor», quisiera reflexionar sobre cuatro puntos clave acerca de lo que debemos hacer —y cómo hacerlo— para mantenernos firmes en el Señor y, de este modo, recibir las enseñanzas que Él nos ofrece.

En primer lugar, para mantenernos firmes en el Señor, debemos compartir un mismo sentir en Él.

Observemos el texto de hoy, Filipenses 4:2: «Ruego a Evodia y ruego a Síntique que tengan un mismo sentir en el Señor». ¿Qué debe hacer la comunidad de la iglesia para mantenerse firme en el Señor? Para usar la analogía de un árbol: así como un árbol se mantiene firme cuando sus raíces están profundamente arraigadas junto a una corriente de agua, la iglesia debe arraigarse en el Señor, quien es nuestra Roca. Observemos Colosenses 2:6–7: «Por

tanto, de la manera que recibieron a Cristo Jesús como Señor, sigan viviendo en él, arraigados y edificados en él, fortalecidos en la fe tal como se les enseñó, y rebosantes de gratitud». Para que nuestra iglesia permanezca firme en el Señor, debemos arraigarnos profundamente en Él y edificar nuestras vidas sobre Él como nuestro fundamento. Además, debemos mantenernos firmes en la fe conforme a sus enseñanzas y vivir vidas rebosantes de gratitud. Esto nos recuerda al «hombre sabio que edificó su casa sobre la roca», tal como se describe en Mateo 7 (versículo 24). Puesto que aquel hombre sabio edificó su casa sobre la roca, esta no se derrumbó ni siquiera cuando «cayó la lluvia, vinieron las inundaciones y soplaron los vientos, azotando la casa» (v. 25). ¿Cómo podemos edificar nuestra casa sobre la roca como aquel hombre sabio? Es posible escuchando las palabras del Señor y poniéndolas en práctica (v. 24). Si escuchamos las palabras del Señor pero no actuamos conforme a ellas, estamos edificando nuestra casa sobre la arena (v. 26). Si escuchamos las palabras del Señor pero no las ponemos en práctica, somos insensatos que edifican su iglesia sobre la arena. En consecuencia, cuando «caiga la lluvia, vengan las inundaciones y soplen los vientos azotando la casa, esta se derrumbará por completo» (v. 27). Por lo tanto, para que la iglesia permanezca firme en el Señor, debemos afirmarnos en el Señor —quien es la Roca—, escuchar sus palabras y actuar con fe.

Además, para que la iglesia permanezca firme en el Señor, sus miembros deben compartir el mismo sentir en Él, tal como lo indica la última parte de Filipenses 4:2 —nuestro texto de hoy—. Observemos Filipenses 4:2: «Ruego a Evodia y ruego a Síntique que sean de un mismo sentir en el Señor» [(Versión Coreana Contemporánea) «Exhorto a Evodia y a Síntique: vivan en armonía la una con la otra en el Señor»]. Si bien la Versión Coreana Revisada traduce la frase como «ser de un mismo sentir en el Señor», la Versión Coreana Contemporánea la traduce como «vivir en armonía la una con la otra en el Señor». En este pasaje vemos que dos mujeres de la iglesia de Filipos —Evodia y Síntique— no se llevaban bien en el Señor. La causa de esta discordia era que tenían mentalidades diferentes. Por eso, el apóstol Pablo, al escribir a los creyentes de Filipos, mencionó específicamente a estas dos mujeres por su nombre y las exhortó a «ser de un mismo sentir en el Señor». ¿Puede imaginarlo? ¿Dos

mujeres que sirven a la iglesia con diligencia, pero que lo hacen con mentalidades distintas en lugar de compartir el mismo sentir en el Señor? Si trasladamos esto al ámbito familiar, ¿qué sucedería en un hogar si dos hijas no compartieran el mismo sentir y, en cambio, mantuvieran actitudes contrapuestas? Me vienen a la mente las palabras de Jesús. En Mateo 12:26, Jesús dijo: «Si Satanás echa fuera a Satanás, está dividido contra sí mismo. ¿Cómo, pues, podrá mantenerse en pie su reino?» [(Versión Coreana Contemporánea) «Si Satanás echa fuera a Satanás, ya está dividido y luchando contra sí mismo; ¿cómo, pues, podrá mantenerse en pie su reino?»]. Marcos 3:25 afirma: «Si una casa está dividida contra sí misma, tal casa no puede permanecer». Lo mismo se aplica a la iglesia. Si los hermanos y hermanas dentro de la iglesia no comparten el mismo sentir en el Señor, sino que contienden entre sí, cada uno siguiendo su propia voluntad, esa iglesia no podrá mantenerse firme. El pastor John MacArthur dijo: «La estabilidad espiritual depende del amor mutuo, la armonía y la paz entre los creyentes». Esto plantea la pregunta: ¿qué clase de mentalidad tenían Evodia y Síntique —mujeres de la iglesia de Filipos— que llevó a Pablo a mencionar específicamente sus nombres e instarlas a tener el mismo sentir en el Señor? Creo que la respuesta se encuentra en Filipenses 2:3-4: «No hagan nada por egoísmo o vanidad; más bien, con humildad consideren a los demás como superiores a ustedes mismos. No busquen solo su propio interés, sino también el interés de los demás». A la luz de este pasaje, la razón por la que Evodia y Síntique no compartían el mismo sentir en el Señor parece ser que carecían de un «corazón humilde» y, en cambio, albergaban «vanidad». Impulsadas por el orgullo y la vanidad, al parecer se consideraban superiores a los demás, centrándose únicamente en sus propios asuntos y descuidando las necesidades del prójimo. En resumen, parece que priorizaron sus propios intereses sobre los de los demás, y fue probablemente esta actitud la que provocó el conflicto entre ellas. La disputa entre ambas mujeres parece haber sido lo suficientemente grave como para llevar al apóstol Pablo —mientras escribía a los creyentes de Filipos desde la cárcel— a mencionar específicamente sus nombres e instarlas a tener el mismo sentir en el Señor.

Debemos tener el mismo sentir en el Señor. Pablo ya había declarado en Filipenses 2:2: «tengan un mismo sentir, mantengan el mismo amor, estén unidos en espíritu y en propósito». ¿Cuál es, entonces, ese «mismo sentir» o esa «unidad de mente» de la que habla Pablo? Observemos Filipenses 2:5. Pablo dijo: «Haya en ustedes el mismo sentir que hubo en Cristo Jesús». La mentalidad compartida que todos los miembros de la iglesia deben adoptar es precisamente la de Cristo Jesús. ¿Cuál es, pues, el sentir de Cristo Jesús que Pablo describe? ¿Qué mentalidad de Cristo Jesús debemos adoptar? Filipenses 2:6-8 nos enseña al respecto mediante tres puntos clave: (1) El sentir de Cristo Jesús que debemos adoptar es aquel que no considera la igualdad con los demás como algo a lo que aferrarse o que explotar para beneficio propio (versículo 6). (2) El sentir de Cristo Jesús que debemos adoptar es aquel que se despoja de sí mismo y sirve a los demás como un siervo (versículo 7). (3) La actitud de Cristo Jesús que debemos adoptar es aquella que se humilla y obedece al Señor incluso hasta la muerte (versículo 8). No debemos ser personas arrogantes. El deseo de una persona arrogante de ser exaltada nunca puede verse satisfecho. La vanidad que busca la gloria de los demás nunca puede verse colmada. Jamás debemos codiciar la gloria. En cambio, debemos ser humildes. Debemos humillarnos. Debemos rebajarnos, descendiendo cada vez más. Para lograrlo, debemos abrazar la actitud humilde de Cristo Jesús. Aunque Jesús poseía esencialmente la forma de Dios, no consideró la igualdad con Dios como algo a lo que aferrarse; más bien, se despojó a sí mismo, tomó forma de siervo y se hizo semejante a los hombres. Al presentarse en forma humana, se humilló y fue obediente hasta la muerte, e incluso muerte de cruz, un madero de maldición. Por esta razón, Dios lo exaltó sobremanera e hizo que toda rodilla se doblara ante Él (versículos 9-11). Tengamos esto presente: es mucho mejor ser exaltados por Dios que por las personas. Para ser exaltados por Dios, debemos humillarnos tanto ante Dios como ante los demás. Cuando nos mantenemos humildes ante Dios y ante las personas, Él nos exaltará a su debido tiempo.

En segundo lugar, para permanecer firmes en el Señor, debemos ayudarnos mutuamente.

En una ocasión, durante un estudio bíblico de los viernes para el ministerio de habla inglesa, el hermano Jin dirigió al grupo utilizando materiales diseñados para ayudar a todos a descubrir sus dones espirituales. Al terminar el estudio esa noche, mientras conducía de regreso a casa con mis hijas, Yeri y Yeeun, les pregunté sobre la sesión. Cuando mencionaron que habían estudiado el descubrimiento de los dones espirituales, les pregunté qué indicaban los resultados respecto a sus propios dones. Recuerdo que solo Yeri respondió, diciéndome que los resultados señalaban que ella tenía unos tres dones diferentes. ¿Cuáles consideras que son tus propios dones? La Biblia afirma claramente que todo creyente que confía en Jesús ha recibido un don. También nos dice que existen diversos dones dentro de la iglesia (1 Corintios 12:4), así como diversas formas de servicio (versículo 5) y diversos tipos de ministerio (versículo 6). Por lo tanto, personalmente considero oportuno y adecuado que cada uno de nosotros sirva a la iglesia —que es el cuerpo de Cristo— utilizando los dones espirituales que hemos recibido del Señor. También creo que debemos ejercer plenamente y maximizar los dones que se nos han otorgado. Llegué a esta conclusión mientras levantaba pesas; noté que me conformaba con levantar solo una determinada cantidad de peso. Decidí desafiarme a levantar cargas mayores, esforzándome por maximizar mi capacidad de levantamiento. Del mismo modo, me sentí desafiado a maximizar el uso de los dones y talentos que el Señor me ha concedido. Sin embargo, surge un problema: los mismos dones que recibimos pueden, a veces, provocar conflictos dentro de la iglesia. Tales conflictos pueden ocurrir cuando las personas no reconocen ni respetan la diversidad de dones entre los hermanos y hermanas de la congregación. Parece que la iglesia en Roma enfrentó precisamente este problema. Consideremos Romanos 12:6 y 16: «Tenemos dones diferentes, según la gracia que se nos ha dado. Si tu don es profetizar, profetiza conforme a tu fe... Vivan en armonía unos con otros. No sean orgullosos, sino estén dispuestos a relacionarse con personas de condición humilde. No sean arrogantes». A partir de estos versículos, podemos identificar cuatro razones por las que pueden surgir conflictos relacionados con los dones espirituales dentro de la iglesia. Esas cuatro razones son: (1) olvidar que los dones que hemos recibido fueron otorgados por el Señor «según la gracia»; (2) no reconocer que los dones que hemos recibido

difieren unos de otros; (3) no utilizar nuestros dones conforme a la medida adecuada; y (4) utilizar los dones recibidos por gracia con un corazón arrogante y actuar como si fuéramos superiores.

¿Sabía que la Biblia habla de un "don de ayuda"? Observe 1 Corintios 12:28: "Y a unos puso Dios en la iglesia, primeramente apóstoles, luego profetas, lo tercero maestros, luego los que hacen milagros, después los que sanan, los que ayudan, los que administran, los que tienen dones de diversas lenguas". Creo que la iglesia se beneficia enormemente cuando los miembros que poseen el don de ayuda —cada uno actuando según los talentos que Dios les ha dado y desde sus respectivas posiciones— cumplen fiel, humilde y discretamente con sus deberes y funciones. Un ejemplo destacado de esto es Febe, una mujer mencionada en Romanos 16:2. El apóstol Pablo la recomendó a la iglesia de Roma, describiéndola como una "patrona" (o "benefactora") de él mismo y de muchos otros; ella era una colaboradora dedicada a utilizar sus propios recursos para ayudar a Pablo y a las personas que la rodeaban (Friberg). Según el pastor John MacArthur, las mujeres que colaboraban en la iglesia primitiva cuidaban de los creyentes enfermos, de los pobres, de los extranjeros y de aquellos que estaban en prisión (MacArthur). Cuantos más colaboradores haya en la iglesia que posean este don de ayuda —como Febe—, más se edificará la iglesia como una comunidad de amor, proyectando su luz en este mundo tenebroso donde el amor se está enfriando. Al pensar en Febe —la mujer a quien el apóstol Pablo reconoció, elogió y recomendó a la iglesia de Roma—, recuerdo Mateo 5:16: "Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos". Este versículo me viene a la mente porque el significado mismo del nombre "Febe" es "brillante y radiante". Al igual que el significado de ese nombre, usted y yo somos hijos de luz de Dios, llamados a brillar con intensidad en este mundo oscuro. Por lo tanto, al igual que Febe, todos debemos convertirnos en servidores de la iglesia que se ayudan mutuamente mediante el amor de Cristo y sirven a la iglesia, la cual es el cuerpo del Señor. Observemos el texto de hoy, Filipenses 4:3: «Y te ruego a ti, mi verdadero compañero de yugo, que ayudes a aquellas mujeres que han luchado a mi

lado por la causa del evangelio, junto con Clemente y el resto de mis colaboradores, cuyos nombres están en el libro de la vida» [(Versión Coreana Contemporánea) «Y te pido a ti, mi fiel colaborador, que ayudes también a estas mujeres. Ellas son quienes trabajaron junto a mí —y con Clemente y mis otros colaboradores— en la difusión de las Buenas Nuevas. Sus nombres ya están registrados en el libro de la vida»]. Al continuar su carta a los santos de Filipos, Pablo insta a la persona que verdaderamente compartía el yugo con él a «ayudar» a esas mujeres. No sabemos exactamente quién era este «compañero de yugo». Pablo pide a esta persona que ayude a «esas mujeres»; algunos comentarios sugieren que este individuo podría haber sido Timoteo o Silas (Hechos 15:40, 16:19), o tal vez el obispo principal de Filipos. Otros proponen que «Sínzigo» (*Synzygus*) era en realidad el nombre de la persona —derivado de la palabra griega para «compañero de yugo» (*synzygos*)—, aunque esto sigue siendo incierto. Si bien se desconoce la identidad del «verdadero compañero de yugo» mencionado en Filipenses 4:3, el punto crucial es que Pablo no se dirigió a toda la congregación de Filipos; más bien, instó específicamente a este individuo a ayudar a «esas mujeres». ¿Quiénes son estas mujeres? Son Evodia y Síntique, a quienes Pablo ya había mencionado en el versículo 2. Las describió como mujeres que habían «trabajado codo a codo» con él —junto con Clemente y sus otros colaboradores— en la «difusión de las Buenas Nuevas» (versículo 3, *Versión Coreana Contemporánea*), y pidió que se les ayudara. La exhortación de Pablo no iba dirigida a toda la iglesia, sino a ese único e identificado «verdadero compañero de yugo», pidiéndole que ayudara a Evodia y Síntique a llegar a compartir el mismo sentir en el Señor. Un detalle interesante es que, cuando Pablo describe a esta persona como su «verdadero compañero de yugo», la palabra griega utilizada (*synzygos*) es una palabra compuesta. Esta palabra es una combinación de los términos para «juntos» y «trabajar», y significa «colaborador» o «ayudante» (Zodhiates). Pablo utilizó este término —específicamente en el sentido de «ayudante»— en Filipenses 2:25, al hablar a los creyentes filipenses sobre Epafrodito. Es posible que, tras enviar a Epafrodito a la iglesia de Filipos «con toda prontitud» (versículo 28), Pablo le instruyera para que ayudara a Evodia y a Síntique a compartir el mismo sentir en el Señor. Esta es meramente una especulación personal.

La pregunta que podríamos plantearnos aquí es: ¿de qué manera y respecto a qué asunto se debía ayudar a estas dos mujeres? Un hecho claro, evidente en el versículo 2 del pasaje de hoy, es que Evodia y Síntique no compartían el mismo sentir en el Señor; es decir, no se llevaban bien entre sí en el Señor. Si, entonces, dos mujeres miembros de nuestra propia iglesia —que sirven diligentemente al Cuerpo de Cristo y trabajan para difundir el evangelio— no comparten el mismo sentir y no están en buenos términos, ¿cómo deberíamos ayudarlas? Lo primero que pienso es que debemos ayudarlas a reconciliarse y a vivir en armonía. Para lograrlo, primero debemos orar para que se reconcilien y encuentren paz la una con la otra en el Señor. Además, debemos actuar como pacificadores. Necesitamos compartir el evangelio con ellas —específicamente, el evangelio de Jesucristo, Aquel que trae la paz— para que los muros que separan sus corazones puedan derribarse. Observemos Efesios 2:14–17: «Jesús es nuestra paz. Él derribó el muro que separaba a judíos y gentiles, haciéndolos uno. Mediante su muerte física, Jesús abolió la ley de los mandamientos que los había convertido en enemigos; su propósito era crear un solo pueblo nuevo a partir de judíos y gentiles —reconciliándolos, eliminando su hostilidad a través de la cruz y uniéndolos en un solo cuerpo para reconciliarlos con Dios. Así, Jesús vino y proclamó las buenas nuevas de paz tanto a los que estaban lejos de Dios —como ustedes, los gentiles— como a los que estaban cerca de Dios: los judíos» (Biblia Coreana Contemporánea). Debemos recordar también a esas dos hermanas el hecho señalado en la segunda parte de Filipenses 4:3: que sus nombres ya están escritos en el Libro de la Vida. ¿Es correcto que quienes han alcanzado la vida eterna y poseen la ciudadanía celestial —cuyos nombres están registrados en el Libro de la Vida— alberguen pensamientos discordantes en el Señor? ¿No deberían, más bien, compartir el mismo sentir —el sentir de Jesús— en el Señor? Debemos recordarles esta verdad e instarlas a buscar la armonía y la reconciliación. Al hacerlo, el Espíritu Santo obrará en sus corazones, llevándolas a arrepentirse y a desechar cualquier elemento —como la vanidad o la contienda— que les impida compartir el mismo sentir; Él las llenará de amor (un fruto del Espíritu), infundirá en ellas el corazón humilde de Jesús y las unirá en un mismo sentir y en armonía dentro del

Señor. Mediante su reconciliación, no solo edificarán a otros creyentes en la iglesia, sino que la propia iglesia se convertirá en una comunidad de un solo corazón que trae bendición y recibe elogios en la comunidad local. La manera en que la persona que compartió el yugo con Pablo puede ayudar a Evodia y a Síntique es uniéndose a ellas en el esfuerzo por la obra del Evangelio. Observemos de nuevo el pasaje de hoy, Filipenses 4:3: «Y te ruego a ti, mi fiel compañero, que ayudes a estas mujeres que han luchado a mi lado por la causa del evangelio...» [(Versión coreana contemporánea) «Y ustedes, mis fieles colaboradores, por favor ayuden a estas mujeres. Ellas son quienes trabajaron junto a mí —y con Clemente y mis otros colaboradores— en la difusión de las Buenas Nuevas...»]. Dado que el apóstol Pablo describe a Evodia y a Síntique como mujeres que trabajaron con él por el Evangelio, parece haber reconocido que su falta de unidad de sentir en el Señor (versículo 2) perjudicaba el ministerio del Evangelio. Esa parece ser la razón por la que primero instó encarecidamente a ambas mujeres en el versículo 2 a «tener un mismo sentir en el Señor» y luego, en el versículo 3, pidió a otros que las ayudaran. La lección para nosotros es que, cuando trabajamos juntos para proclamar el Evangelio de Jesucristo, es de vital importancia que primero compartamos un mismo sentir y un mismo propósito en el Señor, viviendo en armonía y unidad. Si llevamos a cabo la obra del Evangelio mientras discutimos y estamos divididos, obstaculizamos la difusión del Evangelio.

Para permanecer firmes en el Señor, debemos ayudarnos mutuamente. Al hacerlo, debemos compartir el mismo sentir: el sentir del Señor. Si no compartimos esta unidad de criterio en el Señor, no solo dejamos de edificar a la iglesia, sino que también obstaculizamos la evangelización de la comunidad local. Ciertamente, esto no glorifica a Dios; más bien, es un pecado que empaña su gloria. Debemos vivir en armonía unos con otros. Debemos servir a la iglesia —el cuerpo de Cristo— con un corazón unido en el Señor. En particular, debemos apoyar con el corazón de Jesucristo a quienes trabajan en la obra del Evangelio. Cuando lo hacemos, nuestra iglesia puede permanecer firme en el Señor.

En tercer lugar, para permanecer firmes en el Señor, debemos regocijarnos siempre en Él.

¿Te regocijas siempre? 1 Tesalonicenses 5:16 nos manda «regocijarnos siempre», pero ¿cómo es eso posible? Por supuesto, es imposible con nuestras propias fuerzas, pero es posible mediante el poder de Dios. Creyendo esto, primero debemos pedirle a Dios «gozo», uno de los frutos del Espíritu Santo (Gálatas 5:22). Al hacerlo, debemos imitar a Jesús. Observemos Juan 8:29: «El que me envió está conmigo; no me ha dejado solo, porque yo siempre hago lo que le agrada». Al igual que Jesús, nosotros también debemos hacer siempre lo que agrada a Dios. Cuando lo hacemos, podemos regocijarnos siempre.

Personalmente, cada vez que encuentro el mandato bíblico de «regocijarse», me viene a la mente un pasaje específico. Se trata de la segunda parte de Nehemías 8:10: «... el gozo del Señor es vuestra fortaleza». Aunque es un versículo que aprecio personalmente al reflexionar sobre el concepto del gozo, en realidad aún no forma parte habitual de mi propia vida; sigo aprendiendo lo que significa. Al contemplar este versículo, me pregunto si realmente vivo una vida que encuentra gozo en el Señor. Al hacerlo, también me cuestiono si hallar gozo en el Señor es verdaderamente mi fuente de fortaleza. Entonces, ¿cómo podemos encontrar gozo en el Señor? Basándome en el contexto de Nehemías 8:10, he reflexionado sobre tres puntos:

(1) Para hallar gozo en el Señor, no debemos afligirnos ni llorar.

Observemos Nehemías 8:9: «Porque todo el pueblo lloraba al escuchar las palabras de la ley. Entonces Nehemías el gobernador, Esdras el sacerdote y maestro de la Ley, y los levitas que instruían al pueblo les dijeron a todos: "Este día es santo para el Señor su Dios. No hagan duelo ni lloren"». Cuando el pueblo de Israel escuchó la Ley de Moisés a través de Esdras y llegó a comprenderla gracias a los levitas, sus pecados quedaron al descubierto y no pudieron evitar derramar lágrimas de arrepentimiento. En otras palabras, lloraron porque la Ley produjo convicción de pecado. También se registra que Esdras derramó tales lágrimas en Esdras 10:1: «Mientras Esdras oraba y confesaba, llorando y postrándose ante la casa de

Dios, una gran multitud de israelitas —hombres, mujeres y niños— se reunió a su alrededor. Ellos también lloraban amargamente...». Mientras el pueblo de Israel lloraba, convencido de sus pecados, Nehemías, Esdras y los levitas que instruían al pueblo los exhortaron a no afligirse ni llorar, pues era un día santo dedicado a Dios. Para expresarlo en términos modernos, es semejante a una situación en la que, tras escuchar la Palabra de Dios a través de un pastor o un maestro de estudio bíblico y tomar conciencia de sus pecados, la congregación derrama lágrimas de arrepentimiento, solo para ser animada por sus pastores, ancianos y maestros a no afligirse ni llorar, ya que es el Día del Señor.

(2) Para regocijarnos en el Señor, no debemos dar lugar a la preocupación.

Observemos Nehemías 8:10–11: «...porque este día es santo para nuestro Señor; no se entristezcan... porque el día es santo; no se entristezcan». ¿Por qué estaban llenos de preocupación los israelitas reunidos en la Puerta de las Aguas? La razón de su angustia era que durante mucho tiempo habían fallado en servir al Señor adecuadamente, careciendo de una comprensión clara de lo que agrada a Dios y de lo que le desagrada (Packer). En un artículo titulado "La sabiduría para superar la preocupación", un escritor llamado Jo Man-je afirma: "Como enfatizó Shakespeare: 'La preocupación es enemiga de la vida'; mientras la preocupación persiste, uno no puede ser feliz ni encontrar alegría. La preocupación perjudica la salud, acorta la vida e impide que las personas se dediquen a empresas nuevas y creativas... Incluso el famoso Esopo dijo: 'Un trozo de pan comido en paz es mejor que un banquete comido en medio de la ansiedad'" (Internet). Ciertamente, la preocupación no nos fortalece; por el contrario, nos debilita cada vez más. Por ello, Nehemías, Esdras y los levitas que instruían al pueblo dijeron dos veces a los israelitas que lloraban: "No se entristezcan" (versículos 9 y 10). La letra de la conocida canción góspel "This Is the Day" (Este es el día) dice así: "Este es el día, este es el día que hizo el Señor, que hizo el Señor; nos alegraremos, nos alegraremos y nos gozaremos en él, y nos gozaremos en él; este es el día que hizo el Señor; nos alegraremos y nos gozaremos en él; este es el día, este es el día que hizo el Señor". Cuando acudimos a la casa del Señor en el día del Señor para adorar, podemos —y de hecho

debemos— sentir tristeza al ver nuestros pecados expuestos ante la santidad de Dios. Sin embargo, esa tristeza por sí sola no puede ser nuestra fuente de fortaleza. Debemos arrepentirnos de nuestros pecados, confiando en la preciosa sangre de Jesús derramada en la cruz, y recibir el perdón de Dios. Solo entonces podremos regocijarnos, habiendo recibido el perdón de los pecados y disfrutando de la libertad frente a ellos.

(3) Para regocijarnos en el Señor, debemos comprender la Palabra de Dios.

Observemos Nehemías 8:12: "Entonces todo el pueblo se fue a comer y a beber, a compartir porciones de comida y a celebrar con gran alegría, porque habían comprendido las palabras que se les habían dado a conocer". Al escuchar las exhortaciones de Nehemías, Esdras y los levitas —quienes les ayudaron a entender la Ley de Moisés—, los israelitas cesaron su llanto y tristeza y "celebraron con gran alegría". La razón de esto fue que «comprendieron las palabras que se les habían dado a conocer» (versículo 12). En otras palabras, lo que disipó la tristeza, el llanto y la aflicción de los israelitas fue precisamente su clara comprensión de la Ley de Moisés. Si bien la Ley de Moisés nos hace conscientes del pecado —llevándonos a reconocer nuestra condición pecaminosa—, no puede salvarnos. No obstante, la Ley de Moisés señala a Jesucristo (Gálatas 3:24). Dicho de otro modo, a través de la Ley de Moisés llegamos a reconocer nuestro pecado y somos justificados por la fe en Jesucristo, a quien dicha ley apunta. El pueblo de Israel, al comprender claramente esta verdad, cesó en su lamento, llanto y ansiedad, y se regocijó grandemente. Sin embargo, la realidad para muchos cristianos hoy en día parece ser que pocos experimentan las lágrimas, la tristeza y la ansiedad que acompañan al verdadero arrepentimiento: aquel que surge cuando el corazón es traspasado al escuchar la Palabra de Dios. Debemos avanzar más allá de esta etapa. La etapa del arrepentimiento —escuchar la Palabra y reconocer el propio pecado— es apenas el comienzo, no el destino final. El objetivo supremo al que apunta la Palabra de Dios es Jesucristo; específicamente, el perdón de los pecados y la salvación que se encuentran en Él. Los creyentes que comprenden claramente la Palabra de Dios miran con fe a Jesucristo, Aquel a quien la Palabra señala. En consecuencia, al derramar lágrimas de

arrepentimiento mientras confían en el poder de la sangre derramada de Jesucristo, disfrutan de la bendición de la paz, sabiendo que el Señor ha quitado toda tristeza y ansiedad de sus corazones.

Observemos el pasaje de hoy, Filipenses 4:4: «Alégrense siempre en el Señor. Insisto: ¡alégrense!». Pablo exhorta a los creyentes de la iglesia de Filipos a «alegrarse siempre en el Señor» y reitera: «¡Alégrense!». Ya había hablado de regocijarse en Filipenses 2:17 («...me regocijo y comparto mi alegría con todos ustedes») y en la primera parte de 3:1 («Por lo demás, hermanos míos, alégrense en el Señor»). Ahora bien, en el pasaje de hoy — Filipenses 4:4—, él declara una vez más: «Alégrense siempre en el Señor...». Insta a los santos de la iglesia de Filipos a «alegrarse». Cuando Pablo habla de alegrarse «siempre» en el Señor, quiere decir que los creyentes filipenses deben regocijarse en Él incluso mientras participan junto a él en la obra del Evangelio (1:5) y soportan el sufrimiento infligido por quienes se oponen al Evangelio (vv. 28-30). ¿Cómo es esto posible? Creo que la respuesta se encuentra en Filipenses 1:29: «Porque a ustedes se les ha concedido, por causa de Cristo, no solo creer en él, sino también sufrir por él». En otras palabras, la razón por la que podemos alegrarnos en el Señor —incluso al sufrir a manos de adversarios mientras proclamamos el Evangelio— es nuestra convicción de que tal sufrimiento por causa de Jesucristo es, de hecho, una gracia de Dios. De hecho, Hechos 5:41 registra que los apóstoles se regocijaron por haber sido considerados dignos de sufrir afrentas por causa del nombre de Jesús.

Hoy quisiera reflexionar sobre cinco aspectos del gozo de Pablo y extraer las lecciones que nos ofrecen. Oro para que el gozo de Pablo llegue a ser también nuestro gozo.

(1) El gozo de Pablo nace del hecho de que los santos de la iglesia de Filipos colaboran con él en su ministerio del Evangelio.

Aun mientras soportaba el sufrimiento del encarcelamiento por causa del evangelio de Jesucristo, Pablo escribió a los santos de la iglesia de Filipos; siempre que oraba por ellos, lo hacía «siempre» con gozo (1:4). ¿Cuál era la razón de esto? Se debía a que los creyentes filipenses habían participado —o cooperado— con Pablo en la defensa (v. 7) y la proclamación de las buenas nuevas (el evangelio) «desde el primer día hasta ahora» (v. 5). Pablo se regocijaba en el Señor porque comprendía que aquellos creyentes, que colaboraban con él en la obra de difundir el evangelio, consideraban su propio sufrimiento a manos de adversarios —muy parecido al de él mismo— como una gracia de Dios (vv. 28–30).

(2) El gozo de Pablo residía en el hecho de que Cristo estaba siendo proclamado.

A pesar del sufrimiento de su encarcelamiento, al darse cuenta de que Cristo estaba siendo proclamado, Pablo declaró: «...me regocijo, sí, y me regocijaré» (v. 18). Debido al encarcelamiento de Pablo, muchos de los hermanos cobraron confianza en el Señor y comenzaron a hablar la palabra de Dios con mayor valentía y sin temor (v. 14); mientras tanto, otros predicaban a Cristo por ambición egoísta y contienda, pensando que podían aumentar la aflicción del encarcelamiento de Pablo (v. 17). Sin embargo, puesto que «Cristo es proclamado, ya sea por motivos falsos o verdaderos» (v. 18, *Contemporary Korean Bible*), Pablo se regocijaba y seguía regocijándose. Así, Pablo se regocijaba en Cristo y se alegraba de que el evangelio de Cristo estuviera siendo proclamado.

(3) El gozo de Pablo residía en el progreso de la fe y el gozo de los creyentes de la iglesia de Filipos.

Aunque Pablo deseaba profundamente «partir y estar con Cristo», considerándolo mucho mejor (v. 23), reconocía que permanecer en este mundo era más necesario «para el progreso de [su] fe y para [su] gozo» (v. 25; *Contemporary Korean Bible*). Por eso escribió en Filipenses 2:17–18: «Aunque sea derramado como libación sobre el sacrificio y el servicio

de vuestra fe, me alegraré y compartiré mi gozo con todos vosotros; de la misma manera, vosotros también debéis alegraros y compartir vuestro gozo conmigo» [*Biblia Coreana Contemporánea*]. «Así que vosotros también debéis alegraros y regocijaros conmigo».]

(4) El gozo de Pablo radica en ver cómo la iglesia de Filipos se edifica como una comunidad arraigada en el amor.

Pablo se alegraba de que los creyentes de la iglesia de Filipos se animaran y consolaran mutuamente, mostrando bondad y compasión, y compartiendo la comunión en el Espíritu Santo (2:1); de que se estuvieran convirtiendo en uno solo, unidos de corazón y mente, y compartiendo el mismo amor (versículo 2) (Versión Coreana Contemporánea). Observemos Filipenses 2:1–2: «¿Se animan unos a otros en Cristo? ¿Se consuelan mutuamente con el amor de Cristo y comparten la comunión en el Espíritu Santo? ¿Y se muestran bondad y compasión unos a otros?». «Entonces completad mi gozo teniendo un mismo sentir, teniendo el mismo amor y siendo uno en espíritu y propósito» (Versión Coreana Contemporánea). Amigos, ¿acaso no es este nuestro gozo? Pensemos en lo felices que se sienten los padres cuando sus hijos se aman unos a otros, comparten el mismo corazón y propósito, y permanecen unidos. ¡Cuánto debe complacerse el Señor —la Cabeza de la iglesia— cuando los miembros de su cuerpo, la iglesia, se unen con un mismo corazón y mente, compartiendo el mismo amor! Cuando experimentamos esta clase de gozo, ¿no nos mantendremos todos firmes en el Señor?

(5) El gozo de Pablo radica en hacer sacrificios por el bien de los creyentes de la iglesia de Filipos.

Pablo se alegraba ante la perspectiva de ser derramado como sacrificio sobre el «sacrificio y servicio» de la fe de los creyentes filipenses (2:17). Este debería ser también nuestro gozo. Debemos alegrarnos al sacrificarnos por el progreso de la fe y el gozo de los hermanos y hermanas a quienes amamos y anhelamos con el mismo corazón de Cristo (1:8; 2:17, 25).

Para permanecer firmes en el Señor, debemos alegrarnos siempre en Él. Y para regocijarnos siempre en el Señor, Su gozo debe convertirse en el nuestro. El gozo de nuestro Señor se encuentra en todos los miembros de Su cuerpo —la iglesia— proclamando el evangelio de Jesucristo. Su gozo reside en que todos nosotros participemos en la obra del evangelio. Para que esto suceda, nuestra fe debe crecer; el Señor se regocija cuando nuestra fe madura. Ese gozo del Señor debe convertirse en el nuestro. Además, el Señor se regocija cuando toda la familia de la iglesia se ama mutuamente con un mismo corazón y una misma mente, sirve con humildad y vive en armonía en Él. Oro para que podamos experimentar esta clase de gozo.

Finalmente, el cuarto punto: al vivir en el Señor... Para permanecer firmes, debemos tratar a todos con amabilidad.

Observemos el pasaje de hoy, Filipenses 4:5: «Que su amabilidad sea evidente para todos. El Señor está cerca». «El día de la venida del Señor está cerca». ¿Qué creen que significa «tolerancia»? Según el diccionario Naver, la tolerancia se define como «aceptar o perdonar generosamente las faltas de los demás». Al reflexionar sobre la palabra «tolerancia», considero que existen al menos dos tipos de tolerancia peligrosa:

(1) La primera forma peligrosa de tolerancia es la «tolerancia sexual».

Específicamente, la tolerancia sexual a la que me refiero es la tolerancia hacia la homosexualidad. Como mínimo, los ancianos de nuestra primera generación reconocen que la homosexualidad es un pecado y hablan de ella como tal. Sin embargo, los jóvenes de nuestra segunda generación argumentan que debemos respetar y tolerar a los homosexuales porque simplemente tienen un estilo de vida diferente al nuestro. ¿Qué opinan ustedes? En el mundo actual, a menudo se desestima a cualquiera que no acepte la homosexualidad como un estilo de vida válido, tachándolo de persona de mente cerrada y

llena de prejuicios, o etiquetándolo de «homóforo». Además, si alguien afirma que el matrimonio entre un hombre y una mujer es la única forma normal y legítima, se enfrenta a feroces ataques: se le tilda de anticuado, opresor y totalmente desconectado de la cultura moderna. No hace mucho, un famoso boxeador filipino recibió críticas generalizadas tras hacer comentarios sobre la homosexualidad. Retiró una disculpa que había publicado en las redes sociales y, en su lugar, compartió versículos bíblicos que respaldaban su opinión de que la homosexualidad es incorrecta, solo para enfrentarse a nuevas críticas y a un aluvión de ataques mediáticos. (2) La segunda forma peligrosa de tolerancia es la «tolerancia religiosa».

Algunos han afirmado: «El mayor peligro y la crisis que enfrenta el cristianismo en esta época es, ante todo, la tolerancia religiosa». Bajo las banderas de la reconciliación, la unidad, la paz, la comunión y el compartir... Cuando veo a líderes cristianos reunirse con líderes de otras religiones y participar en movimientos de unidad, considero que tal tolerancia religiosa es extremadamente peligrosa. La Biblia declara claramente que la salvación se obtiene únicamente mediante la fe en Jesucristo; si otras religiones enseñan que la salvación se alcanza mediante el esfuerzo humano, ¿cómo es posible que el cristianismo y esas otras religiones lleguen a ser una sola cosa?

Al considerar estos dos tipos de tolerancia peligrosa, creo que la tolerancia debe ejercerse dentro de los límites de la verdad; la tolerancia practicada fuera de la verdad es sumamente arriesgada. La verdadera tolerancia debe operar dentro del marco de la verdad.

En el pasaje de hoy, Filipenses 4:5, el apóstol Pablo escribe a los creyentes de Filipos exhortándolos: «Que su amabilidad sea evidente para todos. El Señor está cerca». El significado original en griego de la palabra traducida aquí como «amabilidad» (o tolerancia) implica «no insistir en cada derecho otorgado por la ley o la costumbre» (BDAG) o ser «amable y considerado» (Swanson). Esta palabra aparece en otros lugares del Nuevo Testamento. Por ejemplo, en 1 Timoteo 3:3, al describir los requisitos para un supervisor,

Pablo afirma que este no debe ser «dado a la embriaguez, ni violento sino amable, ni pendenciero, ni amante del dinero». Al reflexionar sobre esto, considero que un líder de la iglesia que practica la amabilidad es también alguien que no busca contiendas; en otras palabras, existe una conexión entre mostrar amabilidad y evitar el conflicto. Una instrucción similar aparece en Tito 3:2: «Recuerda a la gente... que no calumnie a nadie, que sea pacífica y considerada, y que siempre muestre amabilidad hacia todos». Aquí también, Pablo vincula el mandato de evitar las contiendas con el mandato de mostrar amabilidad. Además, les instruye a demostrar amabilidad hacia todos en cualquier circunstancia. Esto significa que una persona que practica la amabilidad no solo evita las disputas, sino que también manifiesta un espíritu afable hacia todas las personas, tratándolas con bondad y suavidad. El apóstol Pedro también utilizó esta palabra, «amabilidad» (o «tolerancia»), en 1 Pedro 2:18: «Siervos, sométanse a sus amos con todo respeto, no solo a los que son buenos y amables, sino también a los que son duros» [(Versión Coreana Contemporánea) «Siervos, obedezcan a sus amos con temor. Háganlo no solo con los amos buenos y generosos, sino también con los difíciles»]. Al aplicar esto al entorno laboral moderno, significa que un empleado debe mostrar una obediencia respetuosa no solo hacia un empleador amable y afable (generoso), sino también hacia uno difícil. Aquí vemos un contraste entre un empleador amable y uno severo. Esto sugiere que ser «amable» implica no ser duro ni difícil. Por eso, la Versión Coreana Contemporánea tradujo «amable» como «generoso». De hecho, esa misma versión traduce Filipenses 4:5 —el pasaje que analizamos hoy— de la siguiente manera: «Traten a todos con generosidad. El día del regreso del Señor está cerca».

Para que los hermanos y hermanas de la iglesia permanezcan firmes en el Señor, deben tratarse mutuamente con amabilidad. Como enfatizó el apóstol Pablo en 1 Timoteo 3:3 y Tito 3:2, los líderes de la iglesia, en particular, no deben ser pendencieros, sino mostrar amabilidad y tratar a los demás con un espíritu apacible (mansedumbre). Sin embargo, parece que dos mujeres de la iglesia de Filipos —Evodia y Síntique (Fil. 4:2)— no lo hicieron. En consecuencia, en su carta a los creyentes filipenses, Pablo mencionó explícitamente a estas dos mujeres por su nombre y las exhortó encarecidamente a tener un mismo sentir en

el Señor; es decir, a llevarse bien entre ellas en el Señor (versículo 2). Lo que se necesita para ello es la «amabilidad de Cristo» (2 Corintios 10:1). Esta amabilidad de Cristo es una sabiduría que proviene de lo alto. Observemos Santiago 3:17: «Pero la sabiduría que viene del cielo es, ante todo, pura; luego, amante de la paz, considerada, dispuesta a ceder, llena de misericordia y de buenos frutos, imparcial y sincera». Luego, en el pasaje de hoy — Filipenses 4:5—, Pablo dice a los creyentes de Filipos que «su amabilidad sea evidente para todos» [o bien: «traten a todos con generosidad y bondad»]. ¿Por qué? Porque el día del regreso del Señor está cerca (versículo 5b). Para que toda nuestra familia de la iglesia permanezca firme en el Señor, debemos mostrarnos amabilidad unos a otros. Debemos tratarnos con bondad y generosidad. Al hacerlo, debemos tratarnos conforme a la palabra del Señor, teniendo presente la perspectiva de su inminente regreso. Además, debemos extender esta amabilidad no solo a nuestros compañeros de iglesia, sino a todas las personas. Mantengámonos todos firmes en el Señor. En este tiempo, cuando se acerca el día del regreso del Señor, debemos permanecer firmes en Él. Cada miembro de nuestra familia eclesial debe mantenerse firme sobre la roca de la fe. Para lograrlo, debemos compartir el mismo sentir en el Señor. Debemos ayudarnos mutuamente. Debemos regocijarnos siempre en el Señor. Y debemos tratar a todos con amabilidad.

«La maravillosa paz de Dios que sobrepasa toda imaginación»

[Filipenses 4:6–7]

¿Hay paz en tu corazón en este momento? ¿O hay, tal vez, ansiedad? Aunque deseamos tener paz mental, sospecho que lo que realmente experimentamos en nuestra vida cotidiana es, a menudo, ansiedad en lugar de paz. Me viene a la mente la canción evangélica «El mundo desea paz». La letra de la primera estrofa dice así: «El mundo desea paz, mas los rumores de guerra no cesan de crecer; todo es sufrimiento humano y temor, un cansancio sin fin... pero el Señor está aquí». Amigos, ¿acaso no vivimos en un mundo donde realmente se propagan los rumores de guerra? A través de las noticias y la prensa, ¿no oímos hablar con frecuencia de lugares donde han ocurrido bombardeos y de cuántas personas han muerto o resultado heridas? ¿No es cierto, como dice la canción, que «todo es sufrimiento humano y temor, un cansancio sin fin»? Por eso, durante las reuniones de oración, a menudo canto a Dios el himno 486, «Este mundo está lleno de preocupaciones»: (Estrofa 1) «Este mundo está lleno de preocupaciones, y yo no conocía la verdadera paz...»; (Estrofa 2) «Este mundo está lleno de adversidades, y no hallé día de verdadero descanso...»; (Estrofa 3) «Este mundo está lleno de pecado, y abundan los peligros de muerte...». En efecto, el mundo en que vivimos está lleno de preocupaciones, adversidades y pecado, con peligros acechando por todas partes; parece que hay innumerables ocasiones en las que vivimos sin saber realmente qué es la paz. La Biblia nos dice claramente que echemos todas nuestras cargas sobre el Señor porque Él tiene cuidado de nosotros (1 Pedro 5:7); sin embargo, seguimos

viviendo en este mundo preocupándonos por «qué comeremos, qué beberemos o qué vestiremos» (Mateo 6:31). En otras palabras, nos vemos agobiados por las «ansiedades de la vida» (Lucas 21:34). Los matrimonios se preocupan por cómo agradar a sus cónyuges (1 Corintios 7:33, 34). Los padres se preocupan por sus hijos, temiendo que se aparten de Dios para servir a ídolos (Deuteronomio 29:18). Quienes aman a la iglesia se preocupan por ella (2 Corintios 11:28). Y a menudo, nos preocupamos por el «mañana». Aunque la Biblia ordena claramente: «No se preocupen por el mañana, porque el mañana traerá sus propias preocupaciones. Los problemas de cada día son suficientes por sí mismos» (Mateo 6:34), seguimos preocupándonos por el mañana. Nos preocupamos por nuestro futuro. Incluso nos preocupa la muerte (Génesis 38:11). Nos vemos acosados por tantas «preocupaciones de este mundo» (Mateo 13:22). Nos sentimos ansiosos y atribulados por «muchas cosas» (Lucas 10:41). Aunque sabemos —como dice la Biblia— que todas nuestras preocupaciones no pueden añadir ni un solo codo a nuestra estatura (Mateo 6:27), aun así, nos preocupamos y nos preocupamos.

¿Sabe qué consecuencias surgen cuando nos preocupamos de esta manera? He identificado dos consecuencias principales: (1) Nuestros corazones se embotan. Observe Lucas 21:34 en la Biblia: «Tengan cuidado, no sea que sus corazones se vean abrumados por los excesos, la embriaguez y las preocupaciones de la vida, y aquel día caiga sobre ustedes de repente como una trampa». (2) Nos vemos obstaculizados respecto a la Palabra y no logramos dar fruto. Esto significa que no producimos fruto; no logramos vivir conforme a la Palabra de Dios. Observe Mateo 13:22: «La semilla que cayó entre espinos representa a quien oye la palabra, pero las preocupaciones de esta vida y el engaño de las riquezas ahogan la palabra, haciéndola infructuosa». En última instancia, tener ansiedad en el corazón significa que carecemos de paz. ¿Qué debemos hacer, entonces? El pasaje de hoy, Filipenses 4:6-7, nos dice: «No se inquieten por nada; más bien, en toda situación, mediante la oración y el ruego, y dando gracias, presenten sus peticiones a Dios. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, cuidará sus corazones y sus pensamientos en Cristo Jesús». La Versión Coreana Contemporánea lo traduce así: «No se preocupen por nada; en cambio,

presenten sus necesidades a Dios en toda situación mediante la oración y el ruego, con un corazón agradecido. Entonces, la maravillosa paz de Dios —una paz que va más allá de toda imaginación— protegerá sus corazones y mentes en Cristo Jesús». Centrándome en este pasaje y en el título «La maravillosa paz de Dios que sobrepasa toda imaginación», deseo reflexionar sobre dos formas en que podemos experimentar esta paz. Mi oración es que prestemos atención a las lecciones que Dios nos imparte, las obedezcamos y experimentemos verdaderamente esta paz extraordinaria que trasciende la imaginación.

En primer lugar, para experimentar la maravillosa paz de Dios que sobrepasa toda imaginación, no debemos preocuparnos por nada.

Observemos la primera parte de Filipenses 4:6 en el texto de hoy: «No se inquieten por nada...». ¿Qué opinamos del hecho de que Pablo inste a los creyentes de Filipos a no preocuparse por nada al escribir esta carta? Después de todo, ¿no es Pablo quien se encuentra encarcelado? Sin embargo, es Pablo quien dice a los creyentes filipenses que no se preocupen por nada. Desde un punto de vista realista, uno podría pensar que deberían ser los creyentes filipenses quienes le dijeran a Pablo que no se preocupara. No obstante, el apóstol Pablo invierte esta dinámica al decirles *a ellos* que no se preocupen. ¿Por qué les dijo Pablo a los creyentes filipenses que no se preocuparan por nada? La razón es que, efectivamente, había cosas por las que podían preocuparse. Así que reflexioné sobre cuáles podrían haber sido esas preocupaciones. Creo que existían esencialmente una o dos categorías principales de inquietud: en primer lugar, preocupaciones internas y, en segundo lugar, preocupaciones externas.

(1) Creo que había unos cinco factores que causaban ansiedad interna a los creyentes filipenses:

(a) Es probable que los creyentes filipenses se preocuparan al pensar en Pablo, el siervo del Señor. Miremos Filipenses 1:12: «Quiero que sepan, hermanos y hermanas, que lo que me

ha sucedido ha servido en realidad para el avance del evangelio». ¿Qué fue lo que le sucedió a Pablo? ¿Acaso no fue encarcelado mientras predicaba el evangelio de Jesucristo? Desde la perspectiva de los creyentes de Filipos que lo amaban, ¿no se habrían sentido preocupados al ver a Pablo —siervo del Señor— encarcelado por predicar el evangelio? Si recibiéramos noticias de que misioneros de nuestra propia iglesia habían sido encarcelados mientras desempeñaban su ministerio en el campo misionero, ¿no se preocuparía nuestra familia de la iglesia?

(b) Es probable que los creyentes de la iglesia de Filipos estuvieran preocupados por aquellos que proclamaban a Cristo por ambición egoísta y contienda, en lugar de hacerlo con motivos puros.

Observemos Filipenses 1:15 y 17: «Es verdad que algunos predicán a Cristo por envidia y rivalidad, pero otros por buena voluntad... Aquellos predicán a Cristo por ambición egoísta, no con sinceridad, pensando que pueden causarme problemas mientras estoy encadenado». Al saber que Pablo estaba encarcelado «por causa de Cristo» (v. 13), la mayoría de los creyentes cobraron confianza y comenzaron a proclamar la palabra de Dios con mayor valentía y sin temor (v. 14). Sin embargo, el problema radicaba en que, entre quienes proclamaban valientemente la palabra de Dios, algunos predicaban a Cristo por «envidia y rivalidad» (v. 15), es decir, con motivos impuros (v. 17). Su motivo impuro era una ambición egoísta («rivalidad»): predicaban a Cristo con la intención de causarle a Pablo más aflicción (v. 17). Imagínese ser miembro de la iglesia de Filipos y saber esto; ¿no se sentiría preocupado? Considere este escenario: si un misionero de nuestra iglesia fuera encarcelado mientras predicaba el evangelio en una tierra lejana y extranjera, y —dentro de la congregación— hubiera personas a quienes les desagradara dicho misionero y predicaran a Cristo por ambición egoísta solo para causarle más sufrimiento, ¿no le preocuparía enterarse de esto? Ya es bastante difícil ganar aunque sea una sola alma cuando toda la congregación predica el evangelio de Jesucristo con motivos puros; ¡cuánto más

preocupante resulta, entonces, descubrir que algunos dentro de la iglesia predicán el evangelio con motivos impuros!

(c) Es probable que los miembros de la iglesia de Filipos sintieran preocupación debido a aquellos que no vivían de una manera digna del evangelio. Observemos Filipenses 1:27: «Tan solo compórtense de una manera digna del evangelio de Cristo, para que, ya sea que vaya a verlos o que esté ausente, pueda oír noticias de ustedes: que se mantienen firmes en un mismo espíritu, luchando unánimes por la fe del evangelio». ¿Por qué instó el apóstol Pablo a los creyentes de la iglesia de Filipos a «vivir de una manera digna del evangelio de Cristo»? Porque no lo estaban haciendo. En este contexto, no vivir de manera digna del evangelio significaba que no se mantenían firmes en un mismo espíritu y un mismo sentir, ni cooperaban plenamente por la causa de la fe del evangelio (versículo 27b). Al continuar su carta, Pablo escribió en Filipenses 2:3–4: «No hagan nada por egoísmo o vanidad; más bien, con humildad, consideren a los demás como superiores a ustedes mismos. No busquen solo su propio interés, sino también el de los demás... completen mi alegría» [(Versión coreana moderna) «No hagan nada por contienda o vanidad; con un corazón humilde, consideren a los demás mejores que ustedes mismos; no piensen solo en sus propios intereses, sino también en los intereses de los demás»]. En Filipenses 4:2, Pablo llegó incluso a mencionar a dos mujeres específicas de la iglesia —Evodia y Síntique— que no compartían el mismo sentir, instándolas a «tener un mismo sentir en el Señor». Es crucial que una iglesia sea una comunidad amorosa y unida que comparta un mismo sentir en la obra de proclamar el evangelio. La razón es que, por mucho que nos dediquemos a la evangelización y a las misiones, si la iglesia no se une en el Señor y experimenta contiendas y divisiones entre sus miembros, tales acciones obstaculizan e impiden la difusión del Evangelio. ¿Quién escucharía el Evangelio de Jesucristo proclamado por una iglesia plagada de disputas y conflictos, y decidiría entonces aceptar el mensaje y asistir a esa iglesia? Una iglesia que proclama el Evangelio de Jesucristo debe, ante todo, vivir una vida digna de ese Evangelio.

(d) Es probable que los miembros de la iglesia de Filipos se enteraran de que su compañero Epafrodito había enfermado y se sintieran profundamente preocupados.

Consideremos Filipenses 2:26–28: «Porque él [Epafrodito] los extrañaba a todos y estaba angustiado porque ustedes se habían enterado de que estaba enfermo. En efecto, estuvo enfermo y a punto de morir. Pero Dios tuvo misericordia de él, y no solo de él sino también de mí, para evitarme dolor sobre dolor». Epafrodito fue la persona enviada por la iglesia de Filipos para ayudar al apóstol Pablo con sus necesidades (versículo 25). Llevando los suministros preparados por la iglesia de Filipos, viajó para encontrarse con Pablo —tras la salida de este de Macedonia y mientras se hallaba en Tesalónica— con el fin de entregarle las ofrendas (4:15–16). Además, tras entregar los dones, permaneció junto a Pablo y trabajó a su lado (2:25). Trabajó por la causa del Evangelio junto a Pablo, colaborando en la labor de evangelización. Asimismo, mientras se esforzaban juntos por el Evangelio, luchó valientemente —como un soldado de Jesucristo— en la batalla espiritual contra quienes se oponían al mensaje, proclamándolo con valentía junto a Pablo. Entonces, Epafrodito cayó gravemente enfermo. Arriesgó su propia vida por la obra de Cristo, sin reparar en su propia seguridad (v. 30). ¿Cómo debieron sentirse los miembros de la iglesia de Filipos al enterarse de esto? Sin duda, habrían sentido una profunda preocupación. Imaginemos que uno de los miembros de nuestra propia iglesia fuera al campo misionero para ayudar a un misionero al que apoyamos —trabajando arduamente para difundir el Evangelio— y recibiéramos la noticia de que ha contraído una enfermedad que pone en peligro su vida. ¿No nos invadiría una profunda preocupación y ansiedad? Los misioneros que sirven hoy en día en naciones comunistas o musulmanas se enfrentan a peligros inmensos. Si alguien de entre nosotros fuera a ayudar a un misionero así, soportara penalidades en el campo y luego cayera víctima de una enfermedad inesperada, ¿cómo nos sentiríamos? ¿No oraría fervientemente a Dios toda la familia de la iglesia por ese miembro en medio de tal preocupación? Sin duda, imploraríamos la misericordia de Dios.

(e) Los miembros de la iglesia de Filipos habrían estado preocupados por los judaizantes: los enemigos de la cruz.

Observemos Filipenses 3:2: «Cuidaos de los perros, cuidaos de los malos obreros, cuidaos de los que mutilan el cuerpo. Porque nosotros somos la circuncisión, los que servimos a Dios por su Espíritu, los que nos gloriamos en Cristo Jesús y no ponemos nuestra confianza en la carne». Aquí, Pablo advierte repetidamente a los filipenses —en tres ocasiones— que «se cuiden» (es decir, que estén alerta) debido al peligro que representaban ciertas personas: los judaizantes, quienes eran enemigos de la cruz. Los judaizantes formaban parte de los grupos que atacaron ferozmente el Evangelio en sus inicios; Insistían en que los gentiles debían observar ciertos rituales del Antiguo Testamento —específicamente la circuncisión— para ser justificados. Pablo condenó a estos judaizantes y su falso evangelio por considerarlos heréticos, llegando incluso a pronunciar una maldición sobre ellos (Gálatas 1:8). Sin embargo, el problema radicaba en que la mayoría de las personas dentro de la iglesia los aceptaba como creyentes genuinos (p. ej., Gálatas 2:12), tal como ocurría en la iglesia de Galacia. En realidad, no obstante, ellos socavaban la claridad del Evangelio, lo corrompían gravemente y sumían a los creyentes gentiles en la confusión.

Más allá de estos cinco problemas internos preocupantes, los creyentes de Filipos también enfrentaban fuentes externas de ansiedad. En resumen, dicha ansiedad provenía de la persecución y el sufrimiento que acompañaban a su participación en el ministerio del evangelio de Jesucristo.

Considere Filipenses 1:28–30: «...sin dejarse intimidar en nada por sus adversarios. Para ellos, esto es señal evidente de destrucción, pero para ustedes, de salvación; y esto proviene de Dios. Porque a ustedes se les ha concedido, por causa de Cristo, no solo creer en él, sino también sufrir por él, sosteniendo la misma lucha que vieron en mí y que ahora oyen que sigo teniendo». ¿Por qué se dirigió Pablo a los filipenses de esta manera? Claramente, se debía a que enfrentaban adversarios; adversarios que les daban motivos

suficientes para sentir temor (versículo 28). Dado que ellos también participaban en la misma lucha que Pablo (v. 30), tenían razones de sobra para temer a sus adversarios; de hecho, estaban sufriendo a manos de ellos (v. 29). Por eso Pablo, en su carta a los creyentes de Filipos, los exhortó a no dejarse intimidar por sus adversarios y les recordó que el sufrimiento es también una gracia de Dios.

Debido a estos factores internos y externos, los creyentes de la iglesia de Filipos se encontraron en una situación en la que la ansiedad era inevitable; por eso Pablo los exhortó: "Por nada estéis afanosos" (4:6). Pero ¿cómo se sintieron los creyentes de la iglesia de Filipos al recibir esta carta de exhortación? Si usted o yo hubiéramos estado en su lugar, ¿cómo habríamos recibido el consejo de Pablo? Personalmente, me habría preguntado: "¿Cómo es esto posible?" o "¿Cómo puede uno evitar preocuparse en una situación donde la preocupación parece inevitable?". Al reflexionar sobre estas preguntas, pensé en Pablo, quien escribió esta exhortación a los filipenses. Lo hice porque la propia situación de Pablo —encarcelado por predicar el evangelio de Jesucristo— era una que naturalmente causaría gran ansiedad; sin embargo, él mismo no se preocupaba en absoluto, sino que se regocijaba y seguía regocijándose. ¿No es asombroso? ¿Cómo podía Pablo permanecer libre de temor y ansiedad incluso en una situación que daba todos los motivos para ambas cosas? ¿Cómo podía estar libre de preocupaciones mientras estaba confinado en prisión? ¿Cómo era esto posible? Encontré la respuesta en Filipenses 1:6: "Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo". Esto fue posible porque Pablo poseía una firme convicción. En otras palabras, la razón por la que el apóstol Pablo podía permanecer libre de ansiedad —incluso en una situación que naturalmente la provocaría— era su absoluta confianza en Dios. Pablo pudo mantenerse libre de ansiedad —incluso en situaciones que naturalmente causarían preocupación— porque poseía la firme convicción y la fe inquebrantable de que el Dios fiel, quien había comenzado la obra de salvación, ciertamente la llevaría a su culminación. Nosotros también debemos poseer este tipo de convicción y fe firme. Por muy inquietantes que sean nuestras circunstancias, debemos permanecer firmes —tal como lo hizo Pablo— en nuestra

fe en el Dios de salvación. Con esa fe firme, debemos encomendar todas nuestras preocupaciones al Señor, pues Él cuida de nosotros (1 Pedro 5:7). Por lo tanto, no debemos afanarnos por las "muchas cosas" de la vida (Lucas 10:41). No debemos preocuparnos por «qué comeremos, qué beberemos o qué vestiremos» (Mateo 6:31). Si nos inquietamos por las preocupaciones de la vida, nuestro corazón se agobia (Lucas 21:34) y la Palabra queda ahogada, impidiéndonos dar fruto; es decir, vivir conforme a la Palabra (Mateo 13:22). Propongámonos todos no preocuparnos por el mañana (Mateo 6:34).

En segundo lugar, y para terminar, a fin de experimentar la maravillosa paz de Dios —una paz que sobrepasa todo entendimiento—, debemos presentarle a Dios nuestras peticiones en todo momento mediante la oración y el ruego, con acción de gracias.

Observemos el pasaje de hoy, Filipenses 4:6: «Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias». Si supieras que un ser querido está atravesando dificultades y adversidades, ¿acaso no orarías por él? Especialmente si ese ser querido enfrentara una situación que te causara gran preocupación, ¿no rogarías fervientemente a Dios en su favor? ¿Cómo te sentirías si estuvieras en una situación que preocupara incluso a quienes te aman, y supieras que ellos están orando por ti? Personalmente, siento gratitud. Saber que otros oran por mí me brinda consuelo y fortaleza. De hecho, hay momentos en los que lucho o me siento angustiado, pero experimento la gracia de Dios, recupero mis fuerzas y siento mi alma renovada. En esos instantes, el pensamiento que cruza mi mente es: «Ah, es porque muchas personas están orando por mí...».

A veces reflexiono sobre la idea de que Dios puede llevarnos a situaciones en las que no tenemos más remedio que orar. ¿Por qué llegan a nuestras vidas tales pruebas, una tras otra? Parece que Dios desea que nos arrodillemos y clamemos a Él. Así que nos arrodillamos y oramos a Dios. Abrumados por las dificultades y la angustia, le buscamos fervientemente con corazones desesperados. También compartimos nuestras peticiones de oración con

quienes nos aman, uniéndonos para rogar a Dios, pues creemos en el poder de la oración en unidad. Es especialmente importante que oremos unidos, aferrándonos con fe a las promesas de Dios. El capítulo 1 del libro de los Hechos describe una escena en la que unos 120 discípulos de Jesús se reunieron en el aposento alto para orar juntos y en un mismo sentir. Todos ellos «perseveraban unánimes en oración» (versículo 14). La promesa del Señor a la que se aferraron mientras oraban se encuentra en Hechos 1:8: «Pero recibirán poder cuando el Espíritu Santo venga sobre ustedes; y serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta lo último de la tierra». El resultado fue que, en el día de Pentecostés, los discípulos de Jesús fueron llenos del Espíritu Santo y proclamaron con valentía el evangelio de Jesucristo, incluso en medio de la persecución (Hechos 2). Del mismo modo, nosotros en la Iglesia Presbiteriana Victory debemos esforzarnos por reunirnos y, aferrándonos a la promesa que el Señor dio a nuestra iglesia —«Edificaré mi iglesia» (Mateo 16:18)—, dedicarnos a la oración unida. Cuando oramos, debemos hacerlo en un mismo sentir (Hechos 1:14). La gracia de Dios abunda donde hay unidad de corazón. No puede existir una atmósfera de verdadera oración donde hay quejas y contiendas entre unos y otros (Park Yun-sun). Consideremos las palabras de Santiago 4:2-3: «Contienden y luchan... No tienen porque no piden a Dios. Cuando piden, no reciben, porque piden con malos motivos, para gastar lo que obtienen en sus propios placeres». Debemos ofrecer oración unida. Al hacerlo, debemos presentar nuestras peticiones con fe, aferrándonos a la promesa de Mateo 18:19: «...si dos de ustedes se ponen de acuerdo en la tierra acerca de cualquier cosa que pidan, les será hecho por mi Padre que está en los cielos». Orar juntos para que se haga la voluntad de Dios es la máxima expresión de colaboración entre nosotros y Dios. Además, debemos dedicarnos «con constancia» a la oración (Hechos 1:14). Esto implica perseverar y esforzarse hasta el final (Park Yun-sun). Existen muchos obstáculos que nos impiden comprometernos con la oración; el ajetreo es uno de ellos (Nouwen). En medio de tal ajetreo, corremos el riesgo de no hacer de la oración una prioridad en nuestra vida diaria. Por lo tanto, debemos apartar tiempo deliberadamente para reunirnos y ofrecer a Dios una oración unánime y sincera. Al volver a examinar el pasaje de hoy, Filipenses 4:6, Pablo exhorta a los creyentes de Filipos: «Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas

vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias». Aquí hay tres puntos sobre los que debemos reflexionar y que debemos aplicar a nuestras propias vidas.

(1) Debemos orar a Dios por «todo».

Parece que tendemos a orar a Dios principalmente cuando ocurren acontecimientos importantes, especialmente cuando la carga es demasiado pesada o difícil de sobrellevar solos. Por el contrario, a menudo omitimos orar sobre asuntos menores porque no sentimos una necesidad apremiante de hacerlo. Sin embargo, de ahora en adelante, debemos cultivar el hábito de orar a Dios por todo, ya sea grande o pequeño. Debemos hacer un hábito de presentar ante Él no solo nuestras preocupaciones mayores, sino también nuestras inquietudes menores. Debemos encomendar todas nuestras ansiedades al Señor mediante la oración (1 Pedro 5:7).

(2) Debemos orar a Dios respecto a las cosas que «necesitamos».

¿Qué es lo que usted le pide a Dios? En otras palabras, ¿cuáles son sus «necesidades»? Creo que hay al menos cinco cosas de este tipo:

(a) Nuestra necesidad más fundamental es el «pan de cada día».

Esto se refleja en el Padre Nuestro, donde Jesús nos enseñó a orar: «Danos hoy nuestro pan cotidiano» (Mateo 6:11). El alimento, el vestido y el refugio son esenciales para nosotros. En lugar de preocuparnos por estas cosas, debemos orar a Dios por ellas.

(b) Otra necesidad que tenemos es la «salud». Por eso Jesús dijo: «Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos» (Mateo 9:12). Aunque el significado más profundo de este versículo reside en otro aspecto, creo que destaca una necesidad fundamental que

todos tenemos: la salud. Cuando estamos enfermos, en lugar de sanos, necesitamos un médico. Sin embargo, lo ideal sería no necesitar un médico; para lograrlo, debemos cuidar nuestra salud. Debemos orar a Dios por nuestra salud y cuidarla diligentemente.

(c) Necesitamos «recursos materiales». Hechos 2:45 describe a la iglesia primitiva —una comunidad llena del Espíritu Santo— como aquella en la que los creyentes «vendían sus propiedades y posesiones para dárselo a cualquiera que tuviera necesidad». Al igual que en ese ejemplo, nosotros necesitamos bienes o recursos materiales mientras vivimos en esta tierra. Por tanto, creo que debemos orar a Dios pidiendo los recursos materiales que necesitamos.

(d) Necesitamos «amigos fieles» (Job 6:14).

Necesitamos compañeros fieles en la fe. Necesitamos amigos leales que puedan reprendernos con amor cuando desobedecemos la Palabra de Dios y cometemos pecado (Proverbios 27:5). Necesitamos amigos fieles que oren por nosotros y nos consuelen cuando atravesamos dificultades. Debemos orar a Dios por amigos de fe con quienes podamos compartir nuestro corazón en el Señor.

(e) Necesitamos «sabiduría» (Apocalipsis 17:9).

Al transitar por este mundo, tenemos una necesidad imperiosa de la sabiduría que Dios provee para salvaguardar nuestra fe y vivir rectamente nuestra vida espiritual. Por tanto, debemos pedir sabiduría a «Dios, quien da generosamente a todos sin reprochar», pues Él ha prometido concedérmola (Santiago 1:5).

Existen, por supuesto, innumerables cosas más que cada uno de nosotros necesita. Debemos presentar estas necesidades ante Dios. Sin embargo, también debemos reflexionar seriamente sobre este asunto. Esa mentalidad implica considerar «lo que Dios

requiere de mí» en lugar de centrarnos en «lo que yo necesito». Planteo esta cuestión porque nuestros pensamientos y los de Dios pueden diferir; en otras palabras, lo que percibimos como nuestras necesidades puede no coincidir con lo que Dios considera necesario para nosotros. Por ejemplo, cuando un hijo pide a sus padres algo que cree necesitar, estos pueden darse cuenta de que, en realidad, el niño requiere algo totalmente distinto. Por ello, creo que a medida que nuestra fe madura, debemos cultivar el hábito de orar por aquello que Dios sabe que necesitamos —viendo las cosas desde Su perspectiva— en lugar de centrarnos únicamente en lo que creemos necesitar desde nuestro propio punto de vista. Es crucial desarrollar el hábito de orar conforme a la voluntad de Dios y no según nuestros propios deseos; debemos confiar en que Dios conoce nuestras necesidades y orar en consonancia con Sus propósitos.

En el pasaje de hoy —Filipenses 4:6 (de la *Versión Coreana Contemporánea*)—, Pablo exhorta a los creyentes de Filipos a presentar a Dios «lo que necesitan» mediante la oración. ¿Qué percibía Pablo, entonces, como las necesidades de los creyentes filipenses? ¿O cuáles eran las necesidades de la propia comunidad eclesiástica? Por supuesto, sus perspectivas podrían haber coincidido; las necesidades percibidas por los propios creyentes bien podrían haber correspondido a lo que Pablo consideraba necesario para ellos. Al meditar en todo el libro de Filipenses, quisiera considerar siete de estas necesidades:

(a) Parece probable que tanto Pablo como los creyentes filipenses tuvieran necesidades materiales. En cuanto al apoyo al ministerio del evangelio de Pablo, los creyentes filipenses [aportaron] recursos materiales... Dado el apoyo brindado a Pablo, es evidente que tanto él como los miembros de la iglesia de Filipos necesitaban recursos materiales; específicamente, fondos de apoyo misionero (Fil. 1:5, 7; 4:15–17).

(b) Puesto que tanto Pablo como los creyentes filipenses tenían una necesidad imperiosa de la ayuda de Dios en su ministerio del evangelio, requerían oración (1:4, 9).

(c) Debido a que tanto Pablo como los creyentes filipenses enfrentaban adversarios —y, en consecuencia, sufrían adversidades— a causa del evangelio de Jesucristo, necesitaban la protección de Dios (1:28–29; Fil. 3).

(d) Tanto Pablo como los creyentes filipenses necesitaban tener la mente de Jesús (Fil. 2:5; 4:2).

Con esa mente de Jesús, los creyentes filipenses necesitaban amarse unos a otros y construir una comunidad de amor.

(5) En cuanto a Epafrodito —un hermano amado en el Señor tanto para Pablo como para los creyentes filipenses—, la noticia de su enfermedad habría generado una necesidad urgente de la sanidad divina (2:25 y ss.).

(6) Tanto Pablo como los creyentes filipenses necesitaban el conocimiento supremo de Jesucristo (3:8).

(7) Tanto Pablo como los creyentes filipenses necesitaban aprender el secreto del contentamiento: hallar satisfacción únicamente en Jesús (4:11–12).

Debemos pedir a Dios todas estas cosas: nuestro pan de cada día, salud, recursos materiales, amigos fieles en la fe, sabiduría (de Dios), la protección divina, la mente de Jesús, la sanidad de Dios, el conocimiento de Jesús y el secreto del contentamiento que se encuentra solo en Jesús. ...que seamos personas que busquen tales cosas de Dios.

(3) Debemos orar a Dios «con acción de gracias».

¿Cómo es posible orar a Dios «con acción de gracias» —sin preocuparse por nada— en una situación que naturalmente nos lleva a preocuparnos? Desde nuestra perspectiva, las circunstancias claramente parecen no ofrecer motivo de gratitud; entonces, ¿cómo podemos orar con un corazón agradecido? El año pasado, mientras meditaba en el libro de Jonás, recibí una revelación que me llevó a escribir una breve reflexión titulada «El cristiano que ofrece oraciones de acción de gracias incluso en situaciones donde la gratitud parece imposible». Me gustaría compartirla con ustedes ahora: «¿Cómo se puede esperar que alguien ofrezca una oración de acción de gracias a Dios en una situación donde dar gracias parece totalmente imposible? Podemos ofrecer tal oración con fe si recordamos la gracia salvadora que Dios nos ha otorgado en el pasado. La situación que enfrentó el profeta Jonás ciertamente no invitaba a dar gracias. Pasó tres días y tres noches en el vientre de un gran pez (Jonás 1:17). Estaba sufriendo (2:2). Había sido arrojado a las profundidades del mar (v. 3). Había sido expulsado de la presencia del Señor (v. 4). Su vida se escapaba lentamente (v. 7). Estaba aprisionado en la tierra de los muertos (v. 6). Sin embargo, aun en tales circunstancias, Jonás ofreció una oración de acción de gracias a Dios (vv. 1, 9). ¿Cómo fue esto posible? Fue posible porque recordó la gracia salvadora que Dios le había mostrado en el pasado. ¿Cuál era esa gracia pasada de Dios que Jonás recordaba? Era el hecho de que, cuando fue arrojado al mar (1:14), Dios había preparado un gran pez para que se lo tragara, permitiéndole sobrevivir dentro de su vientre durante tres días y tres noches (1:17). Esta fue precisamente la salvación que Dios había concedido a Jonás en el pasado». Ciertamente, este no era el tipo de liberación que Jonás había imaginado al orar. Probablemente esperaba que Dios ordenara al pez vomitarlo en tierra firme (2:10). Sin embargo, en Su soberanía, el método de liberación elegido por Dios fue hacer que un gran pez se lo tragara (1:17). No obstante, Jonás ofreció una oración de acción de gracias a Dios (2:1, 9). A menudo, cuando las respuestas a nuestras oraciones no se materializan como esperábamos, dejamos de dar gracias a Dios. Sin embargo, la forma en que se responde a una oración no tiene por qué coincidir con el contenido específico o las expectativas de nuestras peticiones; la respuesta reside en la soberanía de Dios. Por tanto, debemos elevar oraciones de acción de gracias, confiando en que se ha cumplido la voluntad soberana de Dios. Debemos dar gracias

recordando la salvación que Dios nos ha otorgado en el pasado. Debemos dar gracias creyendo en la verdad de que «la salvación viene del SEÑOR» (v. 9). Debemos dar gracias, confiando en que el Dios que nos salvó en el pasado también nos salvará en el presente. Debemos dar gracias con fe al Dios de la salvación, quien es el mismo ayer, hoy y por los siglos (Hebreos 13:8). Debemos dar gracias con fe, aferrándonos a la seguridad y a la esperanza de la salvación. Cuando Jonás elevó su oración de acción de gracias, Dios ordenó al pez que lo vomitara en tierra firme (Jonás 2:10). Jonás recibió respuesta a su oración. Jonás experimentó la liberación de Dios. Su situación finalmente cambió: pasó del vientre del pez a tierra firme. Cuando elevamos oraciones de acción de gracias con fe al Dios de la salvación, nosotros también recibiremos respuesta a nuestras oraciones. Experimentaremos la liberación de Dios. Dios transformará no solo nuestros corazones, sino también a nosotros mismos y nuestras circunstancias. La salvación pertenece a Dios (versículo 9).

En el pasaje de hoy, Filipenses 4:6, Pablo exhorta a los creyentes de la iglesia de Filipos a «presentar sus peticiones a Dios con acción de gracias». ¿Cómo pudo Pablo, escribiendo desde la cárcel, orar a Dios con gratitud en una situación en la que la gratitud podría parecer imposible? Observemos Filipenses 1:3–5: «Doy gracias a mi Dios siempre que me acuerdo de vosotros. En todas mis oraciones por todos vosotros, siempre oro con alegría debido a vuestra participación en el evangelio desde el primer día hasta ahora». La razón por la que Pablo oraba a Dios con gratitud al pensar en los creyentes filipenses —incluso en circunstancias tan difíciles— era su participación en la obra del evangelio (el ministerio de evangelización) desde el mismo comienzo. ¿Cómo se unieron exactamente los creyentes filipenses al ministerio evangelístico de Pablo? Veamos Filipenses 4:15–16: «Además, como vosotros, filipenses, sabéis, en los primeros días de vuestro conocimiento del evangelio, cuando partí de Macedonia, ninguna iglesia participó conmigo en el asunto de dar y recibir, sino vosotros solos; pues aun cuando estaba en Tesalónica, me enviasteis ayuda más de una vez cuando tenía necesidad». Los creyentes filipenses apoyaron el ministerio evangelístico de Pablo proporcionando ayuda material para cubrir sus necesidades. Al

recibir ese apoyo, Pablo daba gracias a Dios siempre que pensaba en ellos al orar. Además, Filipenses 1:6 revela la razón por la que Pablo siempre oraba con gratitud al pensar en los santos de la iglesia de Filipos: «estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Cristo Jesús». La razón por la que Pablo siempre oraba con gratitud al recordar a los santos filipenses era su profunda convicción. ¿Cuál era esta convicción? Era la certeza de que Dios completaría infaliblemente la buena obra —la obra de salvación— que había comenzado entre ellos. Esta convicción de Pablo no se basaba en los santos mismos, sino que se fundamentaba en Dios. Puesto que Pablo estaba seguro de que Dios salvaría ciertamente a los santos que había elegido en amor, siempre se llenaba de gratitud cada vez que oraba por ellos.

Nosotros también debemos orar a Dios con acción de gracias en todas las circunstancias. Incluso cuando las situaciones parecen no ofrecer motivo alguno de gratitud, debemos mirar al Dios de la salvación con los ojos de la fe y elevar oraciones de agradecimiento. En particular, debemos orar con gratitud, confiando en que el Dios fiel, quien comenzó la obra de salvación en nosotros, la llevará a su plenitud para el día de Cristo Jesús. También debemos elevar oraciones de acción de gracias al colaborar con los misioneros de nuestra iglesia que trabajan en el ministerio del evangelio por todo el mundo. El fundamento de nuestra acción de gracias debe ser el hecho de que la obra salvadora de Dios se está desarrollando mediante la proclamación del evangelio de Jesucristo. Oro para que este espíritu de gratitud abunde cada vez más en nuestras vidas y en nuestra iglesia. ¿Qué dice la Biblia que experimentaremos cuando, de acuerdo con el pasaje de hoy —Filipenses 4:6—, no nos preocupemos por nada, sino que presentemos nuestras peticiones a Dios mediante la oración y el ruego con acción de gracias? Observemos Filipenses 4:7: «Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestras mentes en Cristo Jesús» [(Versión Coreana Contemporánea) «Entonces, la paz asombrosa de Dios —una paz que va más allá de toda imaginación— guardará sus corazones y mentes en Cristo Jesús»]. La Biblia nos dice que, cuando seguimos Su Palabra —absteniéndonos de la preocupación y presentando nuestras peticiones a Dios con acción de gracias en todas las

cosas—, la paz asombrosa de Dios, que trasciende toda imaginación, guardará nuestros corazones y mentes en Cristo Jesús. ¿Puede imaginarlo? ¿Puede visualizarse disfrutando de la paz asombrosa de Dios —una paz que desafía la comprensión humana— incluso al enfrentar situaciones que naturalmente causarían gran ansiedad? Esta paz asombrosa es algo que el mundo jamás podrá ofrecer. La razón es que el mundo ni conoce ni comprende esta paz asombrosa de Dios. Además, nadie en el mundo puede experimentarla; solo el pueblo de Dios —Sus hijos— puede hacerlo. Es la «paz perfecta» de Dios (Isaías 26:3, Versión Coreana Contemporánea), concedida únicamente a aquellos hijos de Dios que confían en Él con corazones firmes (Isaías 26:3) y oran con acción de gracias respecto a todas sus preocupaciones (Filipenses 4:6). La Biblia nos dice que esta paz perfecta de Dios guarda nuestros corazones y mentes mientras le presentamos todas nuestras inquietudes en oración con acción de gracias (Filipenses 4:7). Así como los soldados montan guardia para proteger a los ciudadanos durante la noche, la paz de Dios protegerá nuestros corazones y mentes —que de otro modo serían propensos a la preocupación— frente a las inquietudes, preocupaciones, temores y dudas que surgen cuando enfrentamos situaciones difíciles (MacArthur). No nos preocupemos por nada; más bien, presentemos nuestras peticiones a Dios en toda situación mediante la oración y el ruego, con acción de gracias.

Debemos pensar y actuar.

[Filipenses 4:8-9]

¿Está usted dando gracias a Dios? Al mirar atrás hacia el año 2016, ¿por qué cosas le da gracias a Dios? Ayer al amanecer, escribí lo siguiente: «Al contemplar una situación difícil con ojos humanos, puede resultar imposible dar gracias; sin embargo, al verla con los ojos de la fe en el Señor, uno puede hallar motivos de gratitud incluso en circunstancias que parecen no ofrecer ninguno». ¿Se enfrenta actualmente a una situación en la que, desde una perspectiva humana, parece imposible estar agradecido? Aun en un momento tan difícil, ¿no intentará encontrar motivos de gratitud ahora mismo, mirando la situación a través de la fe en el Señor?

El viernes pasado, tras recibir un mensaje de KakaoTalk de la hermana Jin-kyung, fui rápidamente a la unidad de cuidados intensivos donde estaba hospitalizado el evangelista Ahn. Junto con la *Kwon-sa* Ahn y la hermana Jin-kyung, contemplamos al evangelista y alabamos a Dios; más tarde, se nos unieron otro hermano y otra hermana para adorar a Dios juntos. Después, mientras el evangelista se sometía a diálisis, salimos de la habitación y nos sentamos en la sala de espera para conversar. Durante nuestra charla, encontramos un motivo común para dar gracias a Dios: aunque el cuerpo del evangelista se había debilitado mucho y probablemente sentía dolor, él permanecía consciente; abría los ojos, nos miraba y asentía mientras hablábamos. Aunque estaba conectado a un respirador y no podíamos entender las palabras que intentaba pronunciar, estábamos agradecidos de que pudiera abrir los ojos, vernos y comprender lo que decíamos. Sobre todo, la razón por la que no podemos dejar de alabar y adorar a Dios con gratitud, incluso en tales circunstancias, es

Jesucristo. Al reflexionar sobre la gracia de la salvación que Dios nos ha otorgado a través de Jesucristo, no podemos sino darle gracias en todo y a lo largo de nuestra vida.

Al venir hoy a la casa de Dios para adorarle, deseo que consideremos —con fe— las razones que tenemos para estar agradecidos. Además, oro para que todos ofrezcamos alabanza y adoración a Dios con corazones agradecidos, dándole así gloria a Él. En el pasaje de hoy —Filipenses 4:8-9— vemos a Pablo, mientras está encarcelado, escribiendo a los santos de la iglesia de Filipos, a quienes amaba profundamente en Cristo; les dirige dos exhortaciones específicas. He resumido estas dos exhortaciones basándome en las palabras concretas que aparecen en cada versículo. En primer lugar, en la segunda mitad del versículo 8, Pablo insta a los creyentes filipenses a «pensar en estas cosas». A continuación, en la primera mitad del versículo 9, los exhorta a «poner en práctica lo que han aprendido, recibido y visto en mí». Centrándome en estos dos puntos, deseo meditar sobre aquello que Pablo instaba a los filipenses a pensar y a hacer, y así recibir las enseñanzas que Dios tiene para nosotros.

En primer lugar, ¿en qué exhortó Pablo a los creyentes filipenses a pensar?

Observemos Filipenses 4:8: «Por último, hermanos y hermanas, todo lo que es verdadero, todo lo noble, todo lo correcto, todo lo puro, todo lo amable, todo lo admirable —si hay algo excelente o digno de alabanza—, piensen en tales cosas». ¿Qué ocupa sus pensamientos en estos días? ¿Se encuentran pensando principalmente en su familia? ¿O está su mente llena de pensamientos sobre su lugar de trabajo o su empleo? Es probable que tengamos muchos pensamientos relacionados con nuestra salud y el futuro.

Necesitamos examinar nuestros pensamientos. La razón es que, al reflexionar sobre lo que estamos pensando en este momento, podemos comprender mejor nuestra condición espiritual. Si estamos preocupados y ansiosos por diversos asuntos, o si albergamos pensamientos inquietantes sobre el futuro, entonces nuestro estado espiritual es de debilidad (cf. Salmo 77:7-10). Por otro lado, si albergamos pensamientos que son malos

ante los ojos de Dios —y no los desechamos, sino que nos detenemos en ellos durante mucho tiempo—, entonces nuestro estado espiritual es de pecado. Aquí, los «pensamientos malos» se refieren a aquellos que se originan en el corazón (Mateo 15:19) y se centran en las cosas de la carne (Romanos 8:5). Con respecto a las «obras de la carne», Gálatas 5:19–21 afirma: «Las obras de la carne son evidentes: inmoralidad sexual, impureza, sensualidad, idolatría, hechicería, enemistades, pleitos, celos, arrebatos de ira, rivalidades, disensiones, divisiones, envidias, borracheras, orgías y cosas semejantes...». Si albergamos tales pensamientos, el Señor nos pregunta: «¿Hasta cuándo albergarás pensamientos malvados?» (Jeremías 4:14).

¿Sabe en qué pensaba Pablo en el pasaje de Filipenses que estamos analizando hoy? Considere Filipenses 1:3–4: «Doy gracias a mi Dios siempre que me acuerdo de vosotros, rogando siempre con gozo en cada una de mis oraciones por todos vosotros». Pablo pensaba en los creyentes de la iglesia de Filipos. Lo hacía porque los amaba con el mismo corazón de Jesús (versículo 8). Además, siempre que Pablo pensaba en los amados santos de la iglesia de Filipos, daba gracias a Dios (v. 3). La razón era su colaboración en su ministerio del evangelio (v. 5). Ellos cooperaban con su obra no solo enviando a Epafrodito para ayudarlo (2:25–30), sino también brindando apoyo material (4:15–16). Otra razón por la que Pablo daba gracias a Dios al pensar en los filipenses era su confianza en que Dios había comenzado una «buena obra» (la obra de la salvación) entre ellos y ciertamente la llevaría a su culminación (1:6). Amigos, ¿no es natural para nosotros, al igual que para Pablo, pensar en aquellos a quienes amamos? Consideren esto: cuanto más amamos a alguien, con mayor frecuencia lo extrañamos y pensamos en él, ¿verdad? La pregunta, entonces, es si nosotros —como Pablo— sentimos gratitud hacia Dios cuando pensamos frecuentemente en nuestros seres queridos. O bien, cuando pensamos en quienes amamos, ¿acaso los pensamientos de queja y resentimiento llenan nuestra mente más que la gratitud?

En el pasaje de hoy, Filipenses 4:8, Pablo se dirige a los amados santos de la iglesia de Filipos diciendo: «Por lo demás, hermanos», y los exhorta a «pensar en estas cosas». ¿Cuáles son las «cosas» a las que Pablo se refiere aquí? Los he resumido en tres puntos:

(1) Pablo exhortó a los santos de la iglesia de Filipos a pensar en todo lo que es verdadero y recto (Fil. 4:8).

¿Por qué les dijo Pablo a los santos de Filipos que pensarán en todo lo que es verdadero y recto? ¿Qué quiso decir exactamente con «verdadero y recto» en este contexto? Según el Dr. Park Yun-sun, la «verdad» se refiere a la sinceridad de una buena conciencia y a sus frutos, mientras que la «rectitud» se refiere a la conformidad con la ley de Dios. A la luz de esto, parece que Pablo exhorta a los creyentes de Filipos a llevar vidas sinceras y con buena conciencia, viviendo al mismo tiempo en obediencia y alineación con la Palabra de Dios. Creo que esta es precisamente la «vida digna del evangelio» de la que habla Pablo en Filipenses 1:27. En resumen, Pablo los insta a vivir una vida que esté a la altura del evangelio. Además, para vivir tal vida, los anima a reflexionar sobre el verdadero evangelio y a considerar cómo proclamarlo correctamente. Sostengo esta opinión porque, como se observa desde el principio de la carta a los Filipenses, aunque los creyentes participaban en la obra del evangelio (1:5), había algunos entre ellos que lo proclamaban con motivos indebidos. Es probable que Pablo ofreciera esta exhortación porque deseaba que aquellos que predicaban con motivos impuros (v. 17) adoptaran los motivos correctos —es decir, la «buena voluntad» (v. 15) y el «amor» (v. 16)—, tal como lo hacían los otros creyentes. Si esta interpretación es correcta, nosotros también debemos tomar muy en serio la exhortación de Pablo; no solo debemos reflexionar sobre el verdadero evangelio de Jesucristo, sino también considerar cómo proclamarlo rectamente. Esto es particularmente relevante porque, al igual que en tiempos de Pablo, hoy en día todavía hay muchas personas que proclaman evangelios falsos junto al verdadero. Además, dado que hay muchos que proclaman incluso el evangelio verdadero de manera incorrecta, debemos reflexionar seria

y reiteradamente sobre cómo podemos proclamar el verdadero evangelio de la forma correcta.

(2) Pablo exhortó a los creyentes de la iglesia de Filipos a pensar en todo lo que es noble y puro (Filipenses 4:8). En este contexto, al reflexionar sobre las palabras «noble» y «puro», me vienen a la mente dos versículos bíblicos:

(a) Hechos 17:11: «Los habitantes de Berea eran más nobles que los de Tesalónica, pues recibieron la palabra con gran entusiasmo y examinaban las Escrituras a diario para ver si todo era así».

Este pasaje nos dice que los bereanos eran de espíritu más noble que la gente de Tesalónica. Esto significa que los bereanos poseían un espíritu más noble (Park Yun-sun). Aquí, un "espíritu noble" se refiere a una actitud de examinar diligentemente las Escrituras cada día (Park Yun-sun). Por lo tanto, decir que los bereanos eran de espíritu noble equivale a decir que eran personas que estudiaban diligentemente las Escrituras a diario. Tales personas de espíritu noble, en primer lugar, reciben la Palabra de Dios con avidez (versículo 11). Recibir la Palabra con "avidez" implica recibirla con el "máximo celo" (Park Yun-sun) o con una "disposición total" (Yoo Sang-seop). Cuando Pablo proclamaba el evangelio de Jesucristo, los bereanos acogían el mensaje del evangelio con un corazón plenamente dispuesto (Yoo Sang-seop). En otras palabras, los bereanos recibían y aceptaban la Palabra de Dios (cf. 8:14, 11:1) (Yoo Sang-seop). Así como las raíces de un árbol plantado junto a un arroyo absorben el agua que fluye, las personas de espíritu noble poseen la capacidad de recibir la Palabra de Dios. Tal como una esponja —que, tras ser exprimida con fuerza, se coloca en un recipiente con agua y absorbe el líquido—, las personas de espíritu noble anhelan la Palabra de Dios, leyéndola, aprendiéndola y arraigándola diligentemente en sus corazones. Oro para que nosotros también poseamos esta capacidad de recibir la Palabra. Al igual que una esponja, espero que siempre que leamos, estudiemos o escuchemos la Palabra de Dios, esta penetre profundamente en nuestros oídos y corazones. Además, una característica de

las personas de espíritu noble es que no se limitan a recibir la Palabra; también verifican personalmente —a través de las Escrituras y cada día— si el mensaje concuerda con la Palabra escrita de Dios. Observemos el versículo 11: «... recibieron la palabra con toda avidez, examinando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así». Los bereanos, que escucharon la Palabra de Dios a través de Pablo, no aceptaron simplemente su mensaje sin cuestionarlo; por el contrario, verificaban sus sermones diariamente contrastándolos con las Escrituras. Considero que esta no es, en absoluto, una tarea sencilla. En otras palabras, resulta difícil equilibrar la disposición para recibir la Palabra con la capacidad de verificarla adecuadamente. Si solo poseemos una disposición a recibir, corremos el riesgo de aceptar incondicionalmente incluso los errores que pudieran existir en el sermón de un pastor. Sin embargo, considero que lo ideal es combinar esa receptividad con la capacidad de verificar el mensaje a la luz de las Escrituras. Con esto en mente —y considerando el pasaje de hoy, Filipenses 4:8, que nos instruye a pensar en todo aquello que es piadoso—, ¿cómo podemos aplicar esta enseñanza? Debemos examinar diligentemente las Escrituras mientras nos esforzamos por recibir la Palabra de Dios —transmitida a través de los siervos del Señor— con un corazón anhelante. Además, debemos cultivar el hábito de verificar personalmente, mediante las Escrituras, si dicho mensaje se alinea con la Palabra escrita de Dios.

(b) Al reflexionar sobre la palabra "puro", recuerdo Santiago 1:27: "La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: visitar a los huérfanos y a las viudas en sus aflicciones, y guardarse sin mancha del mundo".

Este pasaje indica que existen dos aspectos en la piedad pura y sin mácula delante de Dios el Padre: primero, cuidar de los huérfanos y las viudas en sus aflicciones; y segundo, guardarse sin mancha del mundo. ¿Cómo podemos aplicar esta enseñanza a nuestras propias vidas? Siempre que contemplemos asuntos relacionados con la piedad, debemos esforzarnos por cuidar a los huérfanos y a las viudas que enfrentan circunstancias difíciles y penosas. Asimismo, debemos protegernos para no ser contaminados por el mundo.

Debemos dedicarnos a esta tarea no solo como individuos, sino también como iglesia, pues la iglesia actual se ha secularizado profundamente. Debemos resistir la secularización y, en su lugar, encarnar cada vez más el carácter bíblico; este es un asunto sobre el cual debemos reflexionar profunda y reiteradamente. También debemos aferrarnos a la firme convicción de que ya hemos sido limpiados de todos nuestros pecados por la preciosa sangre que Jesucristo derramó en la cruz. Me viene a la mente la letra de la primera estrofa y del coro del himno 264, "Hay un manantial lleno de sangre": (Estrofa 1) "Hay un manantial lleno de sangre... El Espíritu Santo me insta a lavar mis pecados". (Coro) "Alabaré, alabaré al Cordero que fue inmolado; daré gloria al Señor que lavó nuestros pecados". Como creyentes en Jesús, quien murió en la cruz y resucitó de la tumba, ya hemos sido очищены (purificados) de todo pecado. Debemos meditar constantemente en esta verdad con fe. Al hacerlo, debemos esforzarnos por vivir una vida pura en el presente. Para lograrlo, debemos purificar nuestras almas obedeciendo la pura palabra de verdad de Dios (1 Pedro 1:22). Estamos llamados a vivir vidas santas, como corresponde a los santos. En medio de esto, la esperanza segura que debemos mantener es que, el día en que el Señor regrese a este mundo, seremos transformados instantáneamente y revestidos de un cuerpo glorioso, santo y espiritual. Consideremos 1 Corintios 15:51–52: «He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados». Consideremos Filipenses 3:20–21: «Porque nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas».

(3) Pablo exhortó a los santos de la iglesia de Filipos a centrar su atención en todo lo amable, todo lo de buen nombre, todo lo que tiene virtud y todo lo digno de alabanza (Filipenses 4:8).

Aquí, el significado griego de la frase «todo lo amable» es «agradable» o «amable» (MacArthur). La implicación de esta palabra es que nosotros, como creyentes, debemos ser

bondadosos o amables (MacArthur). Además, las frases «todo lo de buen nombre» y «todo lo digno de alabanza» transmiten ideas similares; Pablo instaba a los santos filipenses a realizar acciones que merecieran alabanza y, de este modo, convertirse en creyentes elogiados por los demás. Al aplicar esta exhortación a nuestra propia congregación, comprendo que nuestra iglesia debe llegar a ser una iglesia digna de alabanza. Para lograrlo, debemos realizar obras moralmente buenas con bondad (Park Yun-sun, MacArthur). Cuando nuestra iglesia lleva a cabo, con gracia y eficacia, acciones que merecen el reconocimiento de nuestros vecinos, podemos llegar a ser una iglesia verdaderamente digna de alabanza. Al reflexionar sobre este pasaje, recordé Hechos 2:47: «Alababan a Dios y gozaban del favor de todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día al grupo a los que iban siendo salvos» (Versión Coreana Contemporánea). Este pasaje se refiere a la iglesia primitiva; en otras palabras, la Biblia nos dice que la iglesia primitiva era elogiada por todos. ¿Qué debe hacer nuestra iglesia para llegar a ser así? Debemos convertirnos en cristianos bien considerados por los demás. Un ejemplo destacado es Timoteo, el hijo espiritual de Pablo, mencionado en Hechos 16:2: «Timoteo gozaba de buena fama entre los hermanos de Listra y de Iconio». La razón por la que Timoteo —discípulo de Jesús— logró ganarse la alabanza y el reconocimiento de los hermanos (otros creyentes) en Listra e Iconio fue su fe sincera, libre de hipocresía (1 Timoteo 1:5). Además, creo que fue elogiado por los hermanos que le rodeaban porque demostró un verdadero discipulado a través de su vida. Si todos podemos demostrar un verdadero discipulado mediante nuestras vidas —poseyendo una fe sincera y auténtica como la de Timoteo—, nuestra iglesia también podrá llegar a ser una iglesia bien considerada por los demás. Una iglesia elogiada, compuesta por discípulos que se asemejan cada vez más a Jesús, es —al igual que la iglesia de Antioquía— verdaderamente una «iglesia de cristianos» (Hechos 11:26). Cuando Bernabé y Saulo (Pablo) pasaron un año en la iglesia de Antioquía enseñando sistemáticamente a las grandes multitudes y formándolas a fondo como discípulos (versículo 26; Yoo Sang-seop), el resultado fue una madurez cualitativa tan notable entre los discípulos que, por primera vez, los no creyentes les dieron el apodo de «cristianos». Este término significa «seguidores de Cristo». Los creyentes de la iglesia de Antioquía debieron de haber recibido una formación

de discipulado tan excelente y haber seguido a Jesucristo con tanta fidelidad que quienes les rodeaban —los no creyentes— los reconocieron y los llamaron «seguidores de Cristo».

Oro para que nuestra Iglesia Presbiteriana Victory llegue a ser una "iglesia de Cristo", tal como lo fue la iglesia de Antioquía. Deseo que todos acojamos a Jesús en nuestros corazones y nos convirtamos en discípulos suyos que se asemejen a Él y se gloríen en Él. Richard Foster dijo una vez: "Quizás la mayor dolencia de la iglesia actual sea la presencia de personas que son miembros de la iglesia pero no discípulos de Cristo. Esto afecta a todos los aspectos de la vida eclesiástica y explica el bajo nivel espiritual que se observa en las congregaciones locales". Nunca debemos conformarnos con un nivel espiritual bajo. Por el contrario, tal como afirmó Pablo en 1 Corintios 11:1, debemos ser "imitadores de Cristo". Cuando lo hagamos, nuestra iglesia llegará a ser una iglesia digna de alabanza.

En segundo lugar, ¿qué exhortó Pablo a hacer a los santos de la iglesia de Filipos? Los instó a poner en práctica lo que habían aprendido, recibido y visto en él.

Observemos el pasaje de hoy, Filipenses 4:9: "Lo que aprendieron, recibieron, oyeron y vieron en mí, pónganlo en práctica. Y el Dios de paz estará con ustedes". ¿Qué fue, entonces, lo que los filipenses aprendieron, recibieron, oyeron y vieron en el apóstol Pablo? Según el Dr. Park Yun-sun, Pablo primero exhortó a los filipenses —en el versículo anterior (Filipenses 4:8)— a reflexionar sobre diversas virtudes y a valorarlas; luego, en el versículo 9, los instó a poner en práctica todas esas virtudes tal como las habían aprendido, recibido, oído y visto en él. Sin embargo, al reflexionar sobre esta cuestión, recordé el pasaje que comienza en Hechos 16:12. Esto se debe a que dichos versículos relatan la estancia de Pablo en Filipos durante su segundo viaje misionero. Centrándome en esa narración —y en relación con el pasaje de Filipenses 4 que estamos meditando actualmente—, he reflexionado sobre nueve aspectos concretos que los creyentes de Filipos probablemente aprendieron, recibieron, oyeron y vieron en Pablo.

(1) Una de las cosas que los creyentes filipenses probablemente aprendieron, recibieron, oyeron y vieron en Pablo fue su práctica de orar a Dios. Según Hechos 16:13, cuando el apóstol Pablo y sus colaboradores Silas y Timoteo llegaron a Filipos, fueron a la orilla de un río fuera de las puertas de la ciudad en día de reposo, buscando un lugar de oración. Allí conocieron a Lidia entre las mujeres reunidas; el Señor abrió su corazón para que prestara atención al mensaje de Pablo y aceptara a Jesús (versículo 14), y finalmente, toda su casa llegó también a creer en Jesús (versículo 15). Además de Lidia, Hechos 16 también presenta al carcelero que custodiaba a Pablo y a Silas durante su encarcelamiento; él también habría visto a Pablo orar o, al menos, habría escuchado claramente el sonido de sus oraciones (versículo 25). Él también llegó a aceptar a Jesús, y toda su familia creyó y recibió la salvación (versículo 33). Aunque estos sucesos ocurrieron antes de que la iglesia de Filipos se estableciera formalmente, podemos inferir razonablemente que, una vez fundada la iglesia, los creyentes habrían observado la vida de oración de Pablo, ya que él continuaba orando tal como siempre lo había hecho. Lo cierto es que, cuando los creyentes de Filipos recibieron la carta de Pablo mientras él estaba en prisión, eran plenamente conscientes de que él intercedía fervientemente por ellos (1:4, 9). Pablo también exhortó a los santos de la iglesia de Filipos: «Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias» (4:6). Al considerar esta exhortación, no podemos negar que lo que los santos de Filipos aprendieron, recibieron, oyeron y vieron en Pablo fue precisamente la práctica de orar a Dios.

(2) Lo que los santos de Filipos aprendieron, recibieron, oyeron y vieron en Pablo fue la proclamación del evangelio de Jesucristo.

Como ya hemos reflexionado al tratar el capítulo 16 de Hechos, Lidia, el carcelero y todas sus familias —quienes vivían en Filipos— oyeron el evangelio de Jesucristo a través de Pablo, creyeron en Jesús y recibieron la salvación. Respecto a la iglesia en Filipos, que comenzó de esta manera, Filipenses 1:5 muestra que los santos habían estado participando en la obra del evangelio (cooperando en la difusión del evangelio) «desde el momento en que creyeron

por primera vez en Cristo hasta el presente». Los santos de Filipos defendieron el evangelio y dieron testimonio de él incluso cuando Pablo estaba encarcelado (versículo 7). Por ello, Pablo los exhortó a seguir testificando del evangelio, no solo haciéndolo sin temor y con mayor valentía (versículo 14), sino también actuando con buena voluntad (versículo 15) y motivos puros (versículo 17).

(3) Lo que los santos de Filipos aprendieron, recibieron, oyeron y vieron en Pablo fue una actitud de regocijo.

He identificado cinco aspectos de este regocijo:

(a) El primero se encuentra en Filipenses 1:18: «¿Qué, pues? Que de todas maneras, o por pretexto o por verdad, Cristo es anunciado; y en esto me gozo, y me gozaré aún». A pesar de estar encarcelado, Pablo se regocijaba enormemente, reconociendo que su situación en realidad había servido para promover la difusión del evangelio. Lleno de tal gozo, instó a los creyentes de Filipos: «Por lo demás, hermanos míos, gozaos en el Señor» (3:1, *Versión Coreana Contemporánea*). Así, Pablo animó a los creyentes filipenses a compartir su gozo por el avance del evangelio.

(b) El segundo caso se encuentra en Filipenses 2:17-18: «Y aunque sea derramado en libación sobre el sacrificio y servicio de vuestra fe, me gozo y comparto mi gozo con todos vosotros. Así también vosotros debéis gozaros y compartir vuestro gozo conmigo» (*Versión Coreana Contemporánea*).

Pablo animó a los creyentes filipenses a regocijarse con él, tal como él mismo se regocijaría incluso si llegara a sufrir el martirio mientras servía junto a la fe y el ministerio sacrificiales de ellos.

(c) El tercer caso es Filipenses 2:29: «Recibidlo, pues, en el Señor con todo gozo, y tened en estima a los que son como él».

Pablo instó a los creyentes filipenses a recibir a Epafrodito en el Señor con gran gozo y a tener en alta estima a hombres como él. La razón de esto era que él arriesgó su vida — incluso hasta el punto de la muerte— por la obra de Cristo (v. 30). Nosotros también debemos recibir a tal persona con gran gozo y mostrarle respeto (v. 29, *Versión Coreana Contemporánea*).

(d) El cuarto caso se encuentra en Filipenses 4:1: «Así que, hermanos míos, a quienes amo y anhelo —mi gozo y mi corona—, manténganse firmes en el Señor de esta manera». Pablo dijo a los creyentes de la iglesia de Filipos que ellos eran «mi gozo». Habiendo aprendido de Pablo, escuchado y presenciado esta actitud en él, los creyentes fueron animados por él a considerar, del mismo modo, a sus hermanos y hermanas en el Señor como su propia fuente de gozo.

(e) El quinto punto proviene de Filipenses 4:10: «Me alegro mucho en el Señor de que hayan renovado su interés por mí. Tenían el deseo de ayudarme materialmente, pero les faltaba la oportunidad» (Versión Coreana Contemporánea).

Pablo se alegraba grandemente en el Señor porque reconocía la preocupación de los creyentes filipenses por él y su intención de apoyar su ministerio de predicación del evangelio con ayuda material. En consecuencia, Pablo los instó —tras haber oído hablar de su gozo— a participar de esa alegría.

(4) Lo que los creyentes filipenses aprendieron, recibieron, oyeron y vieron en Pablo fue su sufrimiento a manos de aquellos que se oponían al evangelio.

Consideremos Filipenses 1:28–30: «No se dejen intimidar en nada por quienes se oponen a ustedes. Esto es señal de destrucción para ellos, pero de salvación para ustedes; y esto proviene de Dios. Porque a ustedes se les ha concedido, por causa de Cristo, no solo creer en él, sino también sufrir por él, ya que están pasando por la misma lucha que vieron que yo tenía, y de la que ahora oyen que todavía tengo». Este pasaje revela que lo que los creyentes filipenses presenciaron y oyeron respecto a Pablo fue su sufrimiento causado por adversarios. Al igual que Pablo, ellos también sufrían por causa de Jesucristo y del evangelio. Pablo los exhortó a continuar en este camino y a considerar el sufrimiento soportado por Jesús y el evangelio como un acto de la gracia de Dios.

(5) Lo que los creyentes de la iglesia de Filipos habían aprendido, recibido, oído y visto en Pablo fue su humildad.

Observemos Filipenses 2:5: «En sus relaciones unos con otros, tengan la misma actitud que tuvo Cristo Jesús». Pablo era un hombre humilde. Servía a la iglesia del Señor con un corazón humilde. La iglesia de Éfeso es un claro ejemplo de esto. Podemos comprobarlo al observar Hechos 20:19 y el contenido del discurso de despedida que Pablo dirigió a los ancianos de la iglesia de Éfeso, a quienes había convocado en Mileto. Les dijo: «Serví al Señor con toda humildad y con lágrimas, en medio de duras pruebas causadas por las conspiraciones de mis oponentes judíos». El hecho de que Pablo hablara a los ancianos de Éfeso sobre cómo había servido humildemente a los miembros de aquella iglesia demuestra que, en efecto, sirvió a la iglesia del Señor con un corazón humilde. Pablo deseaba que los creyentes de Filipos sirvieran a su iglesia con la misma humildad que él poseía; por ello, los exhortó a poner en práctica lo que habían aprendido, recibido, oído y visto en él.

(6) Lo que los santos de la iglesia de Filipos aprendieron, recibieron, oyeron y vieron en Pablo fue la imagen de él corriendo hacia la meta para obtener el premio del llamamiento supremo de Dios en Cristo Jesús.

Observemos Filipenses 3:13–14: «Hermanos, yo mismo no considero haberlo alcanzado ya; pero una cosa hago: olvidando lo que queda atrás y extendiéndome hacia lo que está delante, prosigo hacia la meta para obtener el premio del llamamiento supremo de Dios en Cristo Jesús». Al escribir a los santos de Filipos, Pablo declaró: «Una cosa dejo clara» (v. 13). Esa única cosa era «olvidar lo que queda atrás y extenderse hacia lo que está delante, prosiguiendo hacia la meta para obtener el premio del llamamiento supremo de Dios en Cristo Jesús» (vv. 13–14). El enfoque único que Pablo mantenía era correr hacia esa meta u objetivo. Tal como un corredor en una carrera esprinta con todas sus fuerzas mientras mantiene la vista fija en la línea de meta, Pablo corría hacia su objetivo. ¿Cuál era, entonces, la meta hacia la que corría Pablo? Era «aquello para lo cual Cristo Jesús me alcanzó» (v. 12) y «el llamamiento supremo de Dios en Cristo Jesús» (v. 14). Esa meta constituía la misión de Pablo: el llamamiento supremo de Dios en Cristo Jesús. Externamente, esa misión consistía en dar testimonio del evangelio de Jesucristo (Hechos 20:24); internamente, se trataba de vivir una vida digna del evangelio, asemejándose cada vez más a Jesucristo (Fil. 1:27). Pablo estaba cautivado por esta misión. Así, al escribir a los creyentes de Filipos, se describió a sí mismo como alguien aferrado por la misión celestial que Dios le había encomendado en Cristo Jesús: un hombre que «proseguía» para cumplir dicha misión (versículos 12, 14). Exhortó a los creyentes filipenses a observar, oír y aprender de su ejemplo para que ellos también vivieran vidas impulsadas por la misión que el Señor les había dado, esforzándose por llevarla a cabo hasta el final. (7) Lo que los creyentes de Filipos aprendieron, recibieron, oyeron y vieron en Pablo fue el ejemplo de vivir como ciudadanos del cielo mientras aguardaban la Segunda Venida de Jesús.

Consideremos Filipenses 3:20: "Pero nuestra ciudadanía está en los cielos, y de allí esperamos a un Salvador, el Señor Jesucristo" [(Versión coreana contemporánea) "Pero nuestra ciudadanía está en los cielos. Y estamos esperando que nuestro Salvador, el Señor Jesucristo, venga de nuevo desde allí"]. En Filipenses 3:17, Pablo exhortó a los creyentes a imitarlo a él, así como a Timoteo y a Epafrodito, y a fijar la mirada en los miembros maduros de la iglesia que seguían ese mismo ejemplo; luego habló de los enemigos de la cruz de

Cristo (versículo 18). A continuación, Pablo declaró que la ciudadanía de él mismo, de Timoteo, de Epafrodito y de todos los creyentes en Filipos estaba en los cielos (versículo 20). Hizo esto para contrastar a los "enemigos de la cruz de Cristo" —que ponían su mente en las cosas terrenales (versículos 18-19)— con él mismo, sus colaboradores y los creyentes filipenses, quienes habían recibido la salvación mediante la fe en Jesucristo y en la cruz. Creo que Pablo estableció este contraste para los santos de la iglesia de Filipos con el fin de instar a aquellos cuya fe era inmadura y que corrían el riesgo de sucumbir a la tentación, a no imitar a los "muchos" (v. 18) que vivían como enemigos de la cruz de Cristo. En cambio, quería que se unieran a quienes ya habían alcanzado la vida eterna y que, como ciudadanos del cielo, pusieran su mente en las cosas de arriba en lugar de en las terrenales, mientras aguardaban al Salvador, el Señor Jesucristo, quien vendría del cielo. Después de decirles a los filipenses que nuestra ciudadanía está en los cielos y que esperamos al Salvador, el Señor Jesucristo, quien vendrá de allí, Pablo explicó la razón de esta expectativa: "Él transformará nuestros cuerpos humildes para que sean semejantes a su cuerpo glorioso, mediante el poder que le permite someter todas las cosas a su control" (v. 21). En otras palabras, aguardamos la Segunda Venida del Señor Jesucristo porque el Señor Todopoderoso —quien tiene el poder de sujetar todas las cosas a sí mismo— usará ese gran poder para transformar nuestros cuerpos humildes a semejanza de su cuerpo glorioso. Así, Pablo exhortó a los santos de la iglesia de Filipos a vivir como ciudadanos del cielo mientras esperaban el regreso de Jesús.

(8) Lo que los santos de la iglesia de Filipos habían aprendido, recibido, oído y visto en Pablo era una vida de firmeza en el Señor.

Observemos Filipenses 4:1: «Hermanos míos, a quienes amo y anhele, ustedes son mi gozo y mi corona. Por tanto, manténganse firmes en el Señor». Creo que había dos razones principales por las que Pablo instó con tanta fuerza a los creyentes de la iglesia de Filipos:

(a) La primera razón era externa a la iglesia: Pablo les advirtió que se cuidaran de los «perros», los «malvados» y los «mutiladores del cuerpo» —judaizantes que ponían su confianza en la carne (Filipenses 3:2). También advirtió contra los «enemigos de la cruz de Cristo», quienes «ponían la mira en las cosas terrenales», hacían de «sus deseos carnales su dios» y «se enorgullecían de lo que debería haber sido su vergüenza» (versículos 18-19).

(b) La segunda razón era interna: la iglesia no lograba mantenerse firme con un mismo corazón y una misma mente debido a problemas dentro de la comunidad; específicamente, personas movidas por la «envidia y la rivalidad» (1:15), aquellos que «predicaban a Cristo por motivos impuros y ambición egoísta» (17) y quienes actuaban por vanidad (2:2-3).

Por eso Pablo llegó incluso a mencionar por nombre a dos mujeres —Evodia y Síntique—, instándolas a «tener un mismo sentir en el Señor» (4:2). Fue por esta razón que, al escribir su carta, Pablo exhortó a los creyentes filipenses en 4:1 a «mantenerse firmes en el Señor».

Entonces, ¿qué debían hacer los creyentes de la iglesia de Filipos para mantenerse firmes en el Señor, tal como Pablo les había instado? (a) Para mantenerse firmes en el Señor, los creyentes necesitaban compartir el mismo sentir en el Señor (4:2).

Marcos 3:25 dice en la Biblia: "Si una casa está dividida contra sí misma, tal casa no puede permanecer". Lo mismo se aplica a la iglesia. Si los hermanos y hermanas dentro de la iglesia no comparten el mismo sentir en el Señor, sino que contienden entre sí, cada uno siguiendo su propia voluntad, esa iglesia no puede mantenerse firme. El pastor John MacArthur afirmó: "La estabilidad espiritual depende de que los creyentes se amen, vivan en armonía y en paz unos con otros". En la iglesia de Filipos, dos mujeres —Evodia y Síntique— no se llevaban bien en el Señor. La razón de su discordia era que tenían mentalidades diferentes. Por consiguiente, al escribir a los santos de Filipos, Pablo mencionó específicamente a estas dos mujeres por su nombre y las exhortó a "tener el mismo sentir en el Señor" (4:2). Para lograrlo, necesitaban un corazón humilde (2:5).

(b) Para mantenerse firmes en el Señor, los santos de Filipos necesitaban ayudarse mutuamente (4:3).

Pablo instruyó a los santos de Filipos —dirigiéndose específicamente a un "verdadero compañero" que había trabajado junto a él— para que ayudaran a Evodia y a Síntique (4:3). Exhortó a esta persona a asistir a ambas mujeres para que pudieran compartir el mismo sentir en el Señor y trabajar juntas en las tareas del Señor. Para que la iglesia —el cuerpo de Cristo— permanezca firme en el Señor, debemos ayudar a quienes están en desacuerdo a encontrar unidad de criterio, permitiéndoles cooperar y trabajar juntos para el Señor.

(9) Lo que los creyentes de la iglesia de Filipos aprendieron, recibieron, oyeron y vieron en Pablo fue una actitud de tolerancia (tratar a los demás con generosidad) hacia todos.

Observemos Filipenses 4:5: «Que su amabilidad sea evidente para todos. El Señor está cerca» [(Versión coreana contemporánea) «Traten a todos con generosidad. El día de la venida del Señor está cerca»]. Aquí, el significado de la palabra griega original para «amabilidad» (o tolerancia) es «no insistir en cada derecho otorgado por la ley o la costumbre» o «ceder y mostrar consideración». Para que los hermanos y hermanas de la iglesia se mantengan firmes en el Señor, deben tratarse mutuamente con generosidad y tolerancia. Los líderes de la iglesia, en particular, no deben contender, sino mostrar tolerancia y tratarse con amabilidad. Sin embargo, en la iglesia de Filipos, dos mujeres —Evodia y Síntique— no lo hicieron. Por consiguiente, Pablo mencionó explícitamente a estas dos mujeres por su nombre y las exhortó encarecidamente a tener un mismo sentir en el Señor. Lo que se necesita para lograr esto es «la amabilidad de Cristo» (2 Corintios 10:1). Esta amabilidad de Cristo es una sabiduría que proviene solo de lo alto (Santiago 3:17). Pablo dijo a los creyentes filipenses que dejaran que su amabilidad fuera evidente para todos porque el día de la venida del Señor está cerca (Filipenses 4:5). Para que todos nosotros, como familia de la iglesia, nos mantengamos firmes en el Señor, debemos

mostrarnos tolerancia mutua. Debemos tratarnos con generosidad. Al hacerlo, debemos tratarnos generosamente conforme a la palabra del Señor, teniendo presente la perspectiva de la Segunda Venida: que el día del regreso del Señor está cerca. Además, debemos tratar con tal generosidad no solo a nuestros compañeros de iglesia, sino a todos.

Debemos reflexionar sobre esto. ¿En qué debemos pensar? Primero, debemos pensar en todo lo que es verdadero y justo. Segundo, debemos pensar en todo lo que es piadoso y puro. Tercero, debemos pensar en todo lo que es amable y admirable: todo lo que es virtuoso o digno de alabanza. Además, debemos poner en práctica lo que hemos aprendido, recibido, oído y visto. ¿Qué debemos hacer? Primero, debemos orar a Dios. En segundo lugar, debemos proclamar el evangelio de Jesucristo. En tercer lugar, debemos regocijarnos. En cuarto lugar, debemos soportar el sufrimiento. En quinto lugar, debemos ser humildes. En sexto lugar, debemos ser fieles a nuestro llamamiento. En séptimo lugar, debemos vivir a la espera de la segunda venida de Jesús. En octavo lugar, debemos permanecer firmes en el Señor. En noveno lugar, debemos mostrar amabilidad hacia todos.

«Me alegré grandemente en el Señor...»

[Filipenses 4:10–23]

El lema de nuestra iglesia para este año es «Una iglesia que da». Específicamente, nuestra meta es llegar a ser una iglesia que da «amor», «consuelo» y «gozo». De entre estos tres, hoy quisiera reflexionar sobre el «gozo». Mientras meditamos en la Epístola a los Filipenses, ya hemos reflexionado anteriormente sobre las palabras de Filipenses 4:4: «Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡regocijaos!». ¿Cómo podemos regocijarnos en el Señor? Ya hemos explorado tres puntos basados en el capítulo 8 de Nehemías: (1) No debemos entristecernos ni llorar (v. 9). El pueblo de Israel lloraba porque la Ley les hacía conscientes de su pecado. En aquel momento, Nehemías, Esdras y los levitas que instruían al pueblo les exhortaron a no entristecerse ni llorar, pues era un día santo dedicado a Dios. (2) No debemos estar angustiados (vv. 10–11). La razón por la que los israelitas sentían angustia era que durante mucho tiempo habían fallado en servir al Señor adecuadamente, sin comprender plenamente qué agradaba a Dios y qué le desagradaba. (3) Debemos comprender la Palabra de Dios (v. 12). Al escuchar las exhortaciones de Nehemías, Esdras y los levitas —quienes les ayudaron a entender la Ley de Moisés—, los israelitas dejaron de lado su tristeza, su llanto y su angustia, y se regocijaron grandemente. La razón de ello fue que comprendieron claramente las palabras que se les habían leído (v. 12). La Ley de Moisés nos lleva a reconocer nuestro pecado y, mediante la fe en Jesucristo —a quien la Ley señala—, somos justificados. El pueblo de Israel, al comprender claramente esta verdad, cesó en su tristeza, llanto y angustia, y se regocijó grandemente. Los santos que comprenden claramente la Palabra de Dios miran con fe hacia Jesucristo, a quien dicha Palabra apunta. En consecuencia, al derramar lágrimas de arrepentimiento mientras

confían en el poder de la preciosa sangre de Jesús en la cruz, disfrutan de la bendición de la paz: aquella en la que el Señor elimina toda tristeza y angustia de sus corazones. En el pasaje de hoy, Filipenses 4:10, el apóstol Pablo se dirige a los santos de la iglesia de Filipos: «Me alegro grandemente en el Señor de que una vez más hayan mostrado interés por mí; tenían el deseo de ayudarme, pero les faltaba la oportunidad» [(Versión Coreana Contemporánea) «Me alegro grandemente en el Señor de que hayan renovado su interés en mí. Tenían la intención de ayudarme materialmente, pero no tuvieron la oportunidad de hacerlo»]. Centrándome en este versículo y en el título «Me alegro grandemente en el Señor...», me propongo meditar en el pasaje que va desde Filipenses 4:10 hasta el versículo final, el 23. Deseo reflexionar sobre tres formas en las que podemos alegrarnos verdaderamente en el Señor y recibir las enseñanzas que Dios nos ofrece a todos.

En primer lugar, para alegrarnos grandemente en el Señor, debemos interesarnos los unos por los otros y ayudarnos mutuamente.

Observemos Filipenses 4:10: «Me alegro grandemente en el Señor de que hayan renovado su interés en mí. Tenían la intención de ayudarme materialmente, pero no tuvieron la oportunidad de hacerlo» (Versión Coreana Contemporánea). ¿En qué cosas estamos profundamente interesados en estos días? Si bien nuestros intereses individuales pueden diferir, es probable que también compartamos algunas preocupaciones comunes. Uno de esos intereses comunes es, sin duda, nuestra familia. ¿Cuál es la razón de esto? La razón es que todos amamos a nuestras familias. Los padres, naturalmente, se preocupan profundamente por sus amados hijos; y aunque los hijos se preocupan por sus padres, también centran gran parte de su atención en los amigos a quienes aman. Los abuelos no solo se preocupan por sus propios hijos, sino también por sus amados nietos, orando constantemente por ellos. Sin embargo, entre estos seres queridos, inevitablemente prestamos especial atención —y ofrecemos oraciones especiales— a aquellos que están débiles física o espiritualmente, más que a aquellos que gozan de salud y fortaleza. De esta manera, las familias se mantienen unidas por el cuidado y el amor. Lo mismo ocurre con la

iglesia. La iglesia, una comunidad que actúa como familia espiritual, también está unida mediante el cuidado y el amor. Por lo tanto, es justo que los miembros de la iglesia se cuiden unos a otros, unidos por el amor del Señor. Es natural orar los unos por los otros impulsados por ese amoroso interés. En particular, cuando los hermanos y hermanas de nuestra familia eclesial sufren enfermedades o accidentes, naturalmente nos sentimos impulsados a cuidarlos y a orar a Dios por ellos. Además, debemos interesarnos especialmente por aquellos cuya fe es débil, orando por ellos y esforzándonos por ayudar a que su fe crezca. También debemos preocuparnos profundamente por los misioneros que trabajan en el campo misionero llevando el Evangelio de Jesucristo, y seguir apoyándolos tanto material como espiritualmente. Esto es precisamente lo que llena de gran gozo a los misioneros en el Señor.

En el pasaje de hoy, Filipenses 4:10, el apóstol Pablo escribe a los creyentes de Filipos diciendo: «Me alegré mucho en el Señor». ¿Cuál era la razón de esto? ¿Por qué se alegró tanto Pablo en el Señor? Se alegró porque se dio cuenta de que los hermanos y hermanas de la iglesia de Filipos —a quienes amaba profundamente— habían vuelto a dirigir su atención y sus cuidados hacia él. Pablo sabía que los creyentes de la iglesia de Filipos tenían la intención de brindarle apoyo material (versículo 10, *Versión Coreana Contemporánea*). ¡Qué gran fuente de fortaleza y consuelo debió haber sido aquello para él! Resultaba especialmente reconfortante y fortalecedor recibir ayuda de los creyentes filipenses mientras él atravesaba dificultades. El pasaje de hoy, Filipenses 4:14 (*Versión Coreana Contemporánea*), dice: «Sin embargo, hicieron algo verdaderamente bueno al ayudarme cuando estaba en apuros». ¿Acaso se puede olvidar a la persona que nos tendió la mano con un pequeño gesto de bondad cuando atravesábamos nuestros momentos más difíciles? Aún recuerdo vívidamente un momento en que mi primogénito estaba sufriendo en la unidad de cuidados intensivos; mi cónyuge y yo estábamos profundamente angustiados, pero un pastor veterano de mi seminario nos visitó un día y dejó una pequeña muñeca junto a la cuna del bebé. Aunque fue una visita breve, aquel pequeño gesto de bondad —preparar una muñequita y colocarla junto a nuestro bebé sin decir mucho— permanece como un

recuerdo entrañable en mi corazón hasta el día de hoy. Si el bebé hubiera estado sano y hubiera recibido esa muñeca como regalo en la celebración de su primer cumpleaños, probablemente no lo recordaría con tanta claridad ahora. Por muy grande que hubiera sido la muñeca o el regalo, rara vez se recuerdan los regalos de amor recibidos cuando un bebé goza de buena salud. Sin embargo, aquella pequeña muñeca, recibida cuando tanto el bebé como nosotros —sus padres— atravesábamos nuestro momento más oscuro, ha quedado grabada en nuestros corazones como una profunda expresión de amor. Bajo esta luz, creo que Pablo no podía olvidar la ayuda que recibió de los filipenses mientras sufría; por eso la mencionó una vez más en la parte final de su carta dirigida a ellos. Además, en los versículos 15 y 16 del pasaje de hoy, Pablo escribió lo siguiente a los creyentes de la iglesia de Filipos: «Filipenses, como ustedes mismos saben, en los inicios del evangelio, cuando salí de Macedonia, ninguna iglesia aparte de la suya se asoció conmigo en el dar y el recibir. Incluso cuando estaba en Tesalónica, me enviaron ayuda para mis necesidades no solo una, sino dos veces». Esta carta revela que la relación entre el apóstol Pablo y los creyentes filipenses no fue pasajera, sino un vínculo duradero. Como indica el versículo 15, el hecho de que la iglesia de Filipos fuera la única que se asoció con Pablo en un intercambio mutuo de apoyo cuando él salió por primera vez de Macedonia habla de la naturaleza preciosa y hermosa de su relación. Asimismo, el hecho de que le enviaran provisiones en dos ocasiones mientras estaba en Tesalónica demuestra que la iglesia de Filipos apoyaba constantemente su ministerio del evangelio (versículo 16). Por ello, Pablo dijo a los creyentes: «Lo he recibido todo de ustedes y tengo más que suficiente; estoy bien abastecido, habiendo recibido lo que enviaron por medio de Epafrodito». Afirmó: «Las ofrendas que enviaron son un aroma grato que Dios recibe con agrado» (versículo 18, *Versión Coreana Contemporánea*). Así, cada vez que Pablo pensaba en los santos de la iglesia de Filipos y elevaba oraciones, lo hacía con gozo y acción de gracias a Dios. La razón era que, desde «el primer día» hasta el mismo momento en que escribía esta carta desde la prisión, ellos habían estado participando en la obra del evangelio (1:3–5).

Creo que las relaciones basadas en un amor sincero y un interés genuino son vitales. Deseo profundamente que nuestra iglesia mantenga este tipo de relaciones continuas con los misioneros a quienes apoyamos, tanto material como espiritualmente. Por supuesto, es posible que no podamos hacerlo con todos y cada uno de los misioneros. Puede haber algunos a quienes apoyemos con un corazón y un propósito unidos solo una o dos veces —quizás en momentos de gran adversidad o cuando necesiten ayuda desesperadamente—. Sin embargo, quiero que nuestra iglesia brinde un apoyo constante, fiel y continuo a los misioneros que el Señor ha comisionado y enviado desde nuestra congregación. Sobre todo, el elemento clave en este apoyo es el interés genuino. Aunque tengamos limitaciones, espero que podamos interesarnos sinceramente en su labor, conocer cómo llevan a cabo su ministerio del evangelio y —con un interés creciente y sinceridad de corazón— orar tanto por ellos como por su misión. Con este fin, planeamos organizar una sesión de "compartir sobre misiones" no solo el segundo domingo de enero, como hemos hecho en el pasado, sino también una vez más en junio. Al conocer un poco más sobre su trabajo, esperamos ofrecer oraciones impregnadas de mayor interés y amor. Además, cuando los misioneros comparten fotos o breves actualizaciones en el grupo de KakaoTalk de nuestra iglesia, estas publicaciones nos permiten interesarnos más profundamente en su ministerio. También recibimos actualizaciones periódicas por correo electrónico y peticiones de oración de misioneros como el matrimonio Seo Jin-guk en Guatemala; yo las publico en el tablón de anuncios y les agradecería que se tomaran el tiempo de leerlas y ofrecer una oración, aunque sea en silencio y desde el corazón. Asimismo, pido a quienes hablan inglés que se interesen por las cartas mensuales de actualización misionera publicadas en el tablón de anuncios por Jon y Jan Wagnor, un matrimonio que realiza evangelismo universitario en la Universidad Estatal de Arizona, un ministerio al que hemos apoyado durante mucho tiempo. A través de nuestro interés amoroso y nuestro apoyo continuo, estos misioneros podrán regocijarse grandemente en el Señor, y su alegría se convertirá en la nuestra.

Para regocijarnos grandemente en el Señor, debemos interesarnos los unos por los otros y ayudarnos mutuamente. Debemos cuidar y orar continuamente —además de apoyar

material y espiritualmente— a los misioneros y a sus familias que han sido llamados por Dios y trabajan para difundir el Evangelio de Jesucristo. También debemos interesarnos por los obreros de Dios que trabajan fielmente para el Señor en la expansión de su reino, y apoyarlos en todo lo posible. Hacerlo agrada a Dios y nos permite regocijarnos grandemente en el Señor.

En segundo lugar, para regocijarnos grandemente en el Señor, debemos aprender el secreto de la satisfacción.

Por favor, observemos el pasaje de hoy, Filipenses 4:11–12: «No digo esto porque esté necesitado, pues he aprendido a estar satisfecho cualesquiera que sean las circunstancias. Sé lo que es pasar necesidad y sé lo que es tener abundancia. He aprendido el secreto de estar satisfecho en cualquier situación, ya sea que esté saciado o hambriento, que viva en abundancia o en escasez». Algo que valoro personalmente en gran medida es la actitud de quien está dispuesto a aprender. Creo que, para aquellos de nosotros llamados a enseñar la Palabra de Dios, la disposición a aprender es aún más importante que la disposición a enseñar. Dicho en términos bíblicos: quienes enseñamos la Palabra debemos instruirnos diligentemente a nosotros mismos primero, en lugar de centrarnos simplemente en enseñar a la congregación. Observemos Romanos 2:21: «Tú, pues, que enseñas a otros, ¿no te enseñas a ti mismo? Tú que predicas contra el robo, ¿robas?». Si no nos instruimos diligentemente en la Palabra de Dios, corremos el riesgo de parecernos a los fariseos: decir a la congregación que no robe mientras nosotros mismos robamos. Por lo tanto, para enseñar la Palabra de Dios con eficacia, primero debemos ser diligentes en aprenderla nosotros mismos.

Un aspecto de la Palabra de Dios que debemos aprender diligentemente es el «secreto de estar satisfecho», algo que el apóstol Pablo compartió con los creyentes de Filipos en el pasaje de hoy, Filipenses 4:11–12 («he aprendido a estar satisfecho cualesquiera que sean las circunstancias... he aprendido el secreto de estar satisfecho en cualquier situación, ya

sea que esté saciado o hambriento, que viva en abundancia o en escasez»). En su libro superventas **Pathfinders**, la autora estadounidense Gail Sheehy describió a las personas que viven con verdadera satisfacción de la siguiente manera: (1) aquellas que conocen el sentido de su vida y la dirección hacia la que se encaminan; (2) aquellas que no se sienten decepcionadas ni arrepentidas por haber llevado una vida carente de sentido; (3) aquellos que tienen un plan claro a largo plazo y lo están logrando gradualmente; (4) aquellos que tienen a alguien a quien aman verdaderamente; (5) aquellos que tienen un buen amigo con quien pueden compartir sus pensamientos más íntimos; (6) aquellos que son alegres y, aun ante las dificultades, las interpretan y afrontan con una perspectiva positiva y trascendente; y (7) aquellos que saben escuchar con generosidad las críticas o insultos de los demás sin dejarse perturbar excesivamente por ellos. (8) Una persona que posee la fortaleza mental para superar el miedo y la ansiedad. ¿Está usted viviendo una vida de verdadera satisfacción? Quizás las personas de hoy en día sufran una falta crónica de satisfacción. Incluso cuando obtenemos lo que deseamos, la satisfacción parece efímera; inmediatamente nos encontramos deseando otra cosa. A menudo parece que no hay límite para el deseo humano. Se dice que el filósofo Sócrates comentó: "La persona más rica del mundo es aquella que sabe contentarse con lo mínimo" (Internet). ¿Qué opina usted? ¿Estamos realmente satisfechos con tener muy poco? ¿No desea usted también aprender el secreto de la satisfacción, tal como lo hizo el apóstol Pablo en el pasaje de hoy? ¿No anhela poder decir: "He aprendido a estar satisfecho", independientemente de las circunstancias, ya sea en tiempos de abundancia o de necesidad? ¿Qué debemos hacer para lograrlo? Debemos aprender a encontrar satisfacción únicamente en el Señor. Cuando lo hacemos, podemos vivir satisfechos y sin codicia en tiempos de abundancia, utilizando la abundancia concedida por gracia para la gloria del Señor; por el contrario, en tiempos de necesidad, podemos dar gracias al Señor —quien provee nuestro pan de cada día— en lugar de quejarnos. Así, podremos confesar: "Todo lo puedo en Cristo que me fortalece" (versículo 13). El punto crucial aquí no es la frase "todo lo puedo". El punto crucial es "Cristo que me fortalece" (versículo 13). Solo cuando el Señor nos otorga fortaleza podemos vivir una vida

de satisfacción, plenamente satisfechos en Él, ya sea que enfrentemos abundancia o escasez.

¿Quién es, entonces, este Señor que nos fortalece y nos capacita para vivir satisfechos independientemente de nuestras circunstancias? Centrándome en la confesión de David, el salmista del Salmo 23 —«El Señor es mi pastor; nada me faltará» (v. 1)—, quisiera reflexionar sobre seis aspectos del Señor que nos fortalece, capacitándonos para vivir satisfechos solo en Él:

(1) El Señor que nos fortalece es el Señor que provee para nosotros.

Observemos el Salmo 23:2: «En verdes pastos me hace descansar; junto a aguas tranquilas me conduce». Un verdadero pastor provee el alimento y el agua necesarios para sus ovejas. La razón por la que un pastor hace que sus ovejas reposen en «verdes pastos» es que estos contienen la hierba tierna que a las ovejas les encanta comer. De esta manera, el buen pastor alimenta a sus ovejas. El buen pastor también guía a sus ovejas hacia «aguas tranquilas». Según Calvino, las «aguas tranquilas» se refieren a aguas que fluyen suavemente, lo que facilita que las ovejas beban y resulta beneficioso para su salud. Nuestro Señor nos alimenta —a nosotros, sus ovejas— no solo con sustento físico, sino también con alimento espiritual: la Palabra de Dios. Además, nos alimenta en abundancia. Él es «Jehová Jireh» (El Señor proveerá): el Señor que suple todas nuestras necesidades (Génesis 22:14).

(2) El Señor que nos da fuerzas es el Señor que restaura nuestras almas.

Observemos la primera parte del Salmo 23:3: «Él restaura mi alma...». Aquí, «restaurar el alma» significa conducir al arrepentimiento a un alma que ha pecado, para que pueda recibir la vida verdadera (Park Yun-sun). Cuando no nos arrepentimos tras cometer un pecado, nuestras almas se sienten agobiadas. David experimentó esto: «Mientras callé, mis

huesos se consumieron en mi gemir de todo el día. Porque de día y de noche tu mano pesaba sobre mí; mi fuerza se agotaba como en el calor del verano» (Salmo 32:3-4). Un alma con pecado no resuelto siente inevitablemente una constante sensación de carencia. El alma no solo se siente oprimida, sino que también está atada por el pecado y carece de libertad. Un corazón impenitente no puede hallar satisfacción. El Dr. Park Yun-sun afirmó: «Dado que el alma muere únicamente a causa del pecado, solo puede ser revivida mediante el arrepentimiento por ese pecado». Es cierto. Al arrepentirnos de nuestros pecados, nuestras almas oprimidas pueden ser restauradas a la vida. Sin embargo, esto solo es posible mediante la gracia de Dios. Solo cuando nuestro Señor expone nuestros pecados a través de su santa Palabra podemos reconocer el pecado como tal; y solo al reconocer ese pecado —con la ayuda del Espíritu Santo— podemos arrepentirnos verdaderamente. En resumen, solo el Señor, que es nuestro Pastor, puede restaurar las almas de nosotros, sus ovejas.

(3) El Señor que nos da fuerzas es el Señor que nos guía.

Observemos la última parte del Salmo 23:3: «...Me guía por sendas de justicia por amor de su nombre». La frase «me guía por sendas de justicia» significa que el Señor, actuando como nuestro Pastor, nos conduce por un camino recto —es decir, un camino llano y sin obstáculos— (Park Yun-sun). Sin embargo, parece que las personas en este mundo pecaminoso en el que vivimos tienden a elegir el camino de la maldad y a transitar por él, en lugar de elegir el camino de la justicia. Por tanto, caminar por la senda de la justicia es imposible sin la guía del Señor. Al igual que el justo Lot mencionado en 2 Pedro 2:8, habitamos entre aquellos que recorren el camino del mal; Al ver y oír sus actos ilícitos día tras día, nuestras almas justas sufren inevitablemente angustia. Por tanto, solo cuando el Señor —nuestro Pastor— aviva nuestras almas justas y angustiadas mediante Su Palabra, podemos levantarnos y caminar por la senda de la justicia. Un hecho notable es que, cuando el Señor, nuestro Pastor, nos guía por sendas de justicia, lo hace «no debido a condiciones favorables por parte de los seres humanos, sino por amor al propio "nombre" de Dios» (Park Yun-sun). Nuestro Dios no solo es Aquel que borra el pecado por amor a Su

nombre, sino que también es el Señor que restaura nuestras almas y nos guía por sendas de justicia por causa de Su nombre.

(4) El Señor que nos da fortaleza es el Señor que nos protege.

Observemos el Salmo 23:4: «Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento». Aquí, el «valle de sombra de muerte» simboliza el peligro extremo (Park Yun-sun). Debido a que David hizo del Señor su Pastor, no temió peligro alguno. La razón era su convicción de que Dios estaba con él. Pensemos en José: Dios estaba con él y gozó de la bendición de la prosperidad; ya fuera sirviendo como esclavo en la casa de Potifar o encarcelado injustamente, permaneció bajo la protección de Dios. El Señor, actuando como Pastor, estaba con David y lo protegía con Su vara y Su cayado. Así como un pastor utiliza la vara y el cayado para proteger a sus ovejas de las fieras y guiarlas hacia verdes pastos y aguas tranquilas, del mismo modo el Señor —nuestro Pastor— nos protege a nosotros, Su pueblo, de Satanás y sus secuaces (que son como fieras) y nos guía.

(5) El Señor que nos fortalece es el Señor que nos exalta.

Observemos el Salmo 23:5: «Aderezas mesa delante de mí en presencia de mis angustiadores; unges mi cabeza con aceite; mi copa está rebosando». Nuestro Señor es Aquel que prepara una mesa para nosotros en presencia de nuestros enemigos. Como Pastor, el Señor concedió a David una victoria gozosa —semejante a ofrecer un banquete— justo ante los ojos de los enemigos que buscaban destruirlo (Park Yun-sun). Además, las palabras «Unges mi cabeza con aceite; mi copa rebosa» reflejan la costumbre de ungir con aceite a un invitado de honor en un banquete (Park Yun-sun). Dios trató a David —quien enfrentaba la persecución de sus enemigos— como a un invitado distinguido en un banquete. Ciertamente, el honor y la porción que David recibió fueron abundantes y desbordantes (Park Yun-sun).

(6) El Señor que nos fortalece es quien nos llena de amor y esperanza.

Observemos el Salmo 23:6: «Ciertamente el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida, y en la casa del SEÑOR moraré para siempre». En este pasaje, David mira hacia el futuro basándose en la experiencia de gracia que recibió en el pasado. David ya había experimentado el amor y la ayuda de Dios (versículos 1-5). Él creía que su futuro sería seguro y pacífico para siempre, porque confiaba en que la bondad y la misericordia del Señor estarían siempre con él. En consecuencia, David mantenía una esperanza firme de morar para siempre en la casa del Señor: el Reino de Dios. Una vida llena de tal esperanza es una vida a la que nada le falta.

Para regocijarnos grandemente en el Señor, debemos aprender el secreto del contentamiento. Ya sea en tiempos de abundancia o de necesidad, debemos hallar satisfacción únicamente en el Señor, quien nos da fuerzas. Mi oración es que vivamos cada día satisfechos solo en el Señor: Aquel que nos guía, nos protege y nos provee; que restaura nuestras almas y nos levanta; y que nos llena de amor y esperanza.

En tercer lugar, para regocijarnos grandemente en el Señor, debemos vivir una vida que glorifique a Dios.

Observemos el texto de hoy, Filipenses 4:20: «A nuestro Dios y Padre sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén». Nuestras vidas deben tener un propósito claro. Cuando nuestro propósito es claro, podemos vivir impulsados por esa misma meta. Entonces, ¿cuál es el propósito de nuestras vidas? Es la gloria de Dios. Observemos 1 Corintios 10:31: «Así que, ya sea que coman o beban o hagan cualquier otra cosa, háganlo todo para la gloria de Dios». El Catecismo Menor de Westminster plantea la pregunta: «¿Cuál es el fin principal del hombre?». La respuesta es: «El fin principal del hombre es glorificar a Dios y gozar de Él para

siempre». ¿Cómo podemos glorificar a Dios? ¿Cómo podemos darle gloria? He considerado brevemente tres maneras:

(1) Debemos ofrecer alabanza y adoración a Dios con acción de gracias.

Observemos el Salmo 50:23 en la Biblia: «El que ofrece sacrificio de acción de gracias me glorifica; y al que ordena bien su conducta, le mostraré la salvación de Dios». Cuando reflexionamos sobre la gracia de la salvación que Dios nos ha otorgado a través de Jesucristo, debemos ofrecer alabanza y adoración a Dios con acción de gracias. Esto es lo que agrada a Dios, lo glorifica y constituye una vida que le da gloria.

(2) Para dar gloria a Dios, debemos llegar a ser como el santo Jesús.

Observemos 1 Corintios 11:1: «Sigan mi ejemplo, así como yo sigo el ejemplo de Cristo». Pablo imitaba a Jesús e instaba a los creyentes de la iglesia de Corinto a imitarlo a él. Tal como sugiere esta exhortación, debemos imitar a Jesucristo. Cuando imitamos a Jesús y crecemos hasta parecernos a Él, estamos dando gloria a Dios. En Mateo 5:48, Jesús dice: «Por tanto, sean perfectos, así como su Padre celestial es perfecto». Cuando imitamos a Dios Padre y llegamos a ser perfectos, estamos glorificando a Dios y dándole gloria.

(3) Para dar gloria a Dios, debemos obedecer la palabra de Dios mediante la fe.

Observemos Hebreos 11:6: «Y sin fe es imposible agradar a Dios, porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que él existe y que recompensa a quienes lo buscan con diligencia». Por ejemplo, Abraham, el padre de la fe, no permitió que su fe vacilara aun cuando tenía cien años y se daba cuenta de que su propio cuerpo estaba prácticamente muerto y que el vientre de Sara era estéril (Romanos 4:19). Además, sin dudar de la promesa de Dios —«Así será tu descendencia» (versículo 18)—, él creyó y mantuvo la esperanza aun cuando no había motivos para tenerla (respecto a lo que parecía totalmente imposible).

Plenamente convencido de que Dios tenía el poder para cumplir lo que había prometido (versículo 21), Abraham se fortaleció en la fe y dio gloria a Dios (versículo 20). Seamos nosotros también personas de fe que glorifican a Dios tal como lo hizo Abraham. Aun cuando una situación parezca totalmente imposible a nuestros ojos físicos, miremos al Señor Todopoderoso con los ojos de la fe; no dudemos de las promesas de Dios, sino creamos con certeza que Él ciertamente las cumplirá. Ruego que nos mantengamos firmes en la fe y glorifiquemos a Dios mediante nuestra obediencia a su Palabra.

Quisiera concluir esta reflexión. Para regocijarnos grandemente en el Señor, debemos cuidarnos y ayudarnos mutuamente. Además, debemos aprender el secreto de la satisfacción: hallar plenitud únicamente en el Señor, independientemente de nuestras circunstancias, ya sea en tiempos de necesidad o de abundancia. Sobre todo, debemos vivir de manera que demos gloria a Dios. Al hacerlo, podremos regocijarnos verdaderamente en el Señor.

Conclusión

Nuestro gozo es Jesucristo. Debemos regocijarnos grandemente cuando se proclama el evangelio de Jesucristo. Por tanto, nuestro esfuerzo colectivo debe dirigirse a difundir el evangelio de Jesucristo. Debemos proclamar el evangelio de Cristo con valentía y sin temor. Además, debemos participar activamente en la obra del evangelio. Específicamente, debemos apoyar a quienes proclaman el evangelio con ayuda tanto material como espiritual. Al mismo tiempo, es crucial que vivamos de una manera digna del evangelio de Jesucristo.

Debemos permanecer unidos en un mismo espíritu y luchar juntos por la fe del evangelio. Hemos de compartir el mismo sentir, el mismo amor y el mismo propósito. No debemos hacer nada por ambición egoísta o vanidad. Nunca debemos poner nuestra confianza en la carne. En cambio, debemos imitar el corazón humilde de Jesús, considerando a los demás como superiores a nosotros mismos y velando por sus intereses, llenando así de gozo al Señor. Debemos cuidarnos y ayudarnos mutuamente. También debemos aprender el secreto del contentamiento y hallar satisfacción únicamente en Jesús. Todos estamos llamados a vivir vidas que den gloria a Dios. Con este fin, todo lo que es verdadero y justo, todo lo que es piadoso y puro, todo lo que es amable y admirable —si hay algo excelente o digno de alabanza—, debemos pensar en ello y ponerlo en práctica.

Todos debemos esforzarnos por conocer a Jesucristo. Debemos comprender la verdad de que el conocimiento de Jesucristo es de un valor inestimable. También debemos imitar a Jesús. Al hacerlo, nuestra fe debe crecer. En medio de este progreso en la fe, debemos buscar la madurez espiritual. Además, siguiendo el ejemplo de Jesucristo, debemos permanecer firmes en el Señor. Sin importar qué persecución o tribulación surja, no

debemos preocuparnos; por el contrario, en todo debemos presentar nuestras peticiones a Dios mediante la oración y el ruego, con acción de gracias. Cuando lo hagamos, experimentaremos la paz asombrosa de Dios —que sobrepasa todo entendimiento— guardando nuestros corazones y nuestras mentes. Asimismo, debemos considerar el sufrimiento padecido por causa de Jesucristo como una gracia de Dios, y debemos perseverar y superar todas esas adversidades. Incluso si llegara el momento de morir por la obra de Cristo, no debemos aferrarnos a nuestras vidas, sino más bien ofrecerlas exclusivamente a Jesucristo y a su evangelio. Nuestra ferviente expectativa y esperanza debe ser que Cristo sea exaltado en nuestros cuerpos, ya sea que vivamos o muramos. Pues para nosotros, el vivir es Cristo y el morir es ganancia. Oro para que lleguemos a ser la iglesia del Señor: viviendo de una manera digna del evangelio de Cristo y proclamando ese evangelio únicamente por amor a Jesús.